



Daniel Jiménez

Las dos muertes de Ray Loriga



Galaxia Gutenberg

LAS DOS MUERTES DE RAY LORIGA

DANIEL JIMÉNEZ

DANIEL JIMÉNEZ

Las dos muertes de Ray Loriga

Galaxia Gutenberg



Daniel Jiménez (Madrid, 1981) ha ejercido la crítica literaria y el periodismo cultural. Ganó el II Premio Dos Passos con su primera novela, *Cocaína*, publicada por Galaxia Gutenberg en 2016. Es coautor de la antología *Doce cuentos del sur de Asia*, escrita bajo seudónimo en la editorial El hombre bombilla. En 2017 participó en el libro de relatos *Los escritores plagiaristas*, que editó el sello Bandaàparte. *Las dos muertes de Ray Loriga* es su segunda novela.

En 2017, tras varios años de silencio, Ray Loriga gana el Premio Alfaguara con su novela *Rendición*. El escritor más representativo de la nueva narrativa española de los noventa recupera de golpe la fama que había ido perdiendo. El libro recibe buenas críticas y se agota la primera edición, la segunda, la tercera. Ray concede entrevistas, bromea con los periodistas que le habían dado por muerto, acude como invitado a un *late night*. Luego viaja a Latinoamérica para promocionar su obra. La gira finaliza en Buenos Aires. Y allí, en un hospedaje del barrio de La Boca, aparece su cadáver.

Semanas antes del viaje, Daniel Jiménez conoció a Ray Loriga en la Feria del Libro de Madrid. Hablaron, se intercambiaron sus últimos libros, fueron a tomar una cerveza. Me gustaría escribir una novela sobre ti, le dijo Daniel. Se separaron con la promesa de volver a verse, pero ese encuentro nunca llegó a producirse. Como si fuera una deuda de sangre o una confesión, Daniel se propuso investigar la vida, la obra y la muerte de Ray Loriga con una idea en la cabeza: Un escritor muerto ya no puede seguir escribiendo, eso es cierto; pero los demás sí podemos hacerlo por él.

Novela negra, biografía no autorizada, ensayo metaliterario, autoficción plagiarista: *Las dos muertes de Ray Loriga* es un libro que pretende

derrumbar las fronteras entre géneros con un único propósito: contar una historia *verdadera*.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: enero de 2019

© Daniel Jiménez, 2019
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17747-26-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para María, ella sabe por qué.

Los escritores mueren dos veces, primero sus cuerpos, luego su obra.

LEONARD MICHAELS

Cuando dos agentes de la policía metropolitana de Buenos Aires encontraron el cadáver de Ray Loriga en un hospedaje del barrio de La Boca, éramos pocos los que aún nos acordábamos de *Lo peor de todo*, de *Tokio ya no nos quiere* y de Saúl Trífero.

—Mirá —dijo uno de los agentes mientras registraba el lugar—, es él.

—¿Es quién? —dijo el otro sin entender.

—Ray Loriga, el escritor de este libro.

Le entregó a su compañero *Rendición*, la última novela que había publicado Ray en vida. El otro la sujetó, la abrió por una página al azar, la volvió a cerrar.

—No hay signos de violencia, la puerta estaba cerrada por dentro, los demás huéspedes no oyeron nada. Por ahí que se trata de un suicidio. ¿Vos qué pensás? —dijo el policía que había descubierto la novela de Ray entre los libros que había sobre la mesilla.

—Y supongo que se hartó de escribir, que ya no tenía nada más que contar —dijo el otro sin mucho interés, y añadió—. Fin de la historia.

Los policías se miraron intentando no reírse por la ocurrencia. Sin embargo, estaban equivocados. Un escritor muerto no puede seguir escribiendo, eso es cierto, pero los demás sí podemos hacerlo por él.

EL HÉROE

Quizá lo más cerca que podamos estar de la muerte es escribiendo, en el sentido de que escribir es ausentarse de la vida, un abandono provisional del mundo y de nuestras nimias tribulaciones para intentar ver las cosas con mayor claridad. Escribiendo, uno da un paso atrás y al lado respecto de la vida para verla con mayor desapego, tanto de manera más distante como más próxima. Con una mirada más firme.

Escribir te permite dar las cosas por zanjadas: los fantasmas, las obsesiones, los remordimientos y los recuerdos que nos despellejan vivos.

Apuntes sobre el suicidio
SIMON CRITCHLEY

NUESTRO OPTIMISMO NO ESTÁ JUSTIFICADO

Hacía apenas un mes que cuatro amigos habíamos publicado *Los escritores plagiaristas*, un libro irreverente y también honesto en el que se rendía homenaje a escritores como Enrique Vila-Matas, Roberto Bolaño, Georges Perec y el propio Ray Loriga. Él tuvo tiempo de leerlo antes de morir. Yo mismo se lo entregué el día que nos conocimos, una tarde de finales de mayo del año 2017. Ray estaba firmando ejemplares de su obra en una caseta de la Feria del Libro de Madrid. Me acerqué allí con mi ejemplar de *Rendición*, la novela con la que Ray había ganado el Premio Alfaguara. Había seis personas haciendo cola delante de la caseta. Una mujer en la treintena, un anciano, dos adolescentes y tres tipos que rondarían mi edad y que estaban hablando en voz baja de las últimas desdichas que al parecer había sufrido el autor de *Héroes*. Esperé unos minutos hasta que llegó mi turno.

—Hola, Ray —le dije—. Me llamo Daniel Jiménez. Es un placer conocerte.

—El placer es mío, Daniel —dijo Ray sin asomo de sarcasmo en su voz.

Le ofrecí mi ejemplar de *Rendición* al mismo tiempo que sacaba de una bolsa *Los escritores plagiaristas*. Le entregué los dos a la vez. Cogió primero el nuestro, miró la portada.

—Este libro me suena —dijo.

—Lo acabamos de publicar y queríamos dártelo porque nos gustaría que lo leyeras. Hablamos de ti. Lo hemos escrito con cariño y respeto.

Ray lo estaba hojeando y trató de hablar, pero yo le interrumpí y seguí diciendo que lo habíamos escrito con mucho cariño y respeto y sin ganas de ofender a nadie, lo cual no era del todo cierto.

—Alguien me ha hablado de este libro —dijo Ray—. ¿Lo has escrito tú?
—Lo hemos escrito entre cuatro —le dije—, con cariño y respeto.

No me avergüenza reconocer que estaba nervioso. En un momento de mi vida, desesperado y perdido, inédito y torpe, habría dado lo que fuera por escribir como Ray Loriga. Esa sensación se diluyó con el paso del tiempo, pero aun así no podía evitar sentir que estaba delante de uno de mis héroes. Un héroe que había sido derrotado y que había sufrido y que ahora había resurgido y seguía escondiendo sus cejas furiosas de antaño tras unas gafas de sol oscurísimas. Un héroe frágil, alejado de las grandes gestas y sin una epopeya a sus espaldas, pero un héroe al fin y al cabo.

Dos semanas después, un domingo, volví a la Feria del Libro con la intención de encontrarme de nuevo con Ray Loriga. Él me propuso que me pasara ese día para tomar una cerveza después de su última sesión de firmas. Llegaba tarde y pensaba que ya no nos íbamos a ver, pero entonces nos cruzamos en el Paseo de Coches. Ray iba acompañado de su jefa de prensa. Yo iba secundado por los otros tres escritores plagiaristas, Félix Blanco, Daniel Remón y Minke Wang. Saludamos a Ray y él nos dio un abrazo como si fuéramos viejos camaradas que se reencuentran al volver a su país después de un largo exilio. La jefa de prensa se marchó, no sin antes recordar a Ray que tenía una entrevista importante esa misma tarde. Se lo dijo como si fuera una amenaza o una advertencia. Ray le dio un beso muy cerca de los labios, se separó de ella y nos dijo: Adelante, plagiaristas, vamos a tomar esa cerveza.

Compramos cinco cañas y nos sentamos en la hierba. Ninguno de nosotros, los plagiaristas, dijo gran cosa aquel día. Ray, en cambio, no paró de hablar sobre todos los temas que le venían a la cabeza, que eran muchos. Su novela, nuestro libro, Vila-Matas, las entrevistas, México D. F., el orgullo gay, los chinos que vinieron a España en los setenta, el ajedrez, Beckett, los monos, una periodista que le había confundido con un borracho hacía tres años y que ahora le idolatraba, su madre, algunas drogas de las que nadie se acuerda, el matrimonio, las leyes, el calor, la gira por Latinoamérica que tenía por delante, los impuestos, sus hijos, su teléfono móvil, el rock y la mafia. Puede que hasta se me olvide alguno. Cuando me acabé mi cerveza me di cuenta de que Ray apenas le había dado un trago a la suya. Cogí su vaso sin pedirselo y rellené el mío. Ray seguía hablando, mirándonos a todos a la vez,

como si fuéramos sus mejores alumnos, sus discípulos más fieles, sus propios hijos. Sois unos canallas, nos dijo al final de su monólogo, justo antes de decirnos que ya era hora de volver a casa.

Le dimos la mano uno por uno, con formalidad, pero esta vez no nos abrazamos. Ray se dio la vuelta y empezó a caminar torpemente, quizá por el cansancio acumulado, quizá por el calor, quizá por la urgencia o el alcohol, pero Ray apenas había bebido. Cuando se había alejado unos metros se paró en seco, se volvió y nos dijo:

—Plagiaristas, podéis contar conmigo.

Luego se dio media vuelta y siguió andando de esa manera desajustada.

Esa fue la última vez que le vi.

Conseguí su email unos días después. Llamé a la editorial y me pasaron con la mujer que le acompañaba en la Feria.

—Soy Daniel Jiménez. Me gustaría entrevistar a Ray Loriga.

—Hola, Daniel, soy Melca Pérez. Ray está ahora de gira por Latinoamérica, pero te puedo pasar su dirección de correo electrónico para que te pongas en contacto con él.

Esa mañana le envié un mensaje en el que le daba las gracias por el rato que pasamos en El Retiro. Pero en lugar de pedirle una entrevista, le propuse otro proyecto, una idea que me había rondado varios años por la cabeza: escribir una biografía sobre él, escribir un libro sobre su obra y sobre su vida y sobre todo lo que hubiera ocurrido a su alrededor, lo que hubiera visto y dicho y escrito. Sus logros y sus fracasos, sus esperanzas y sus deudas. Todo.

Envié el email y me fui al restaurante vegano donde trabajaba de camarero. Durante todo el turno no dejé de pensar en ello. ¿Habría sido demasiado directo en mi propuesta? ¿Me habría excedido? ¿Habría abusado de su confianza? Cuando volví a casa encendí el ordenador, entré en mi correo y encontré su respuesta:

«Querido Daniel, ahora estoy fuera de España, cruzando charcos, y no tengo tiempo ni ganas de nada, pero como te dije aquel día, sobre la hierba, podéis contar conmigo.»

El mensaje terminaba con una revelación dramática y premonitoria.

«Si vas a hablar de mi vida también tendrás que hablar de mis muertes. La prensa me ha dado por muerto muchas veces. Y nada me gustaría más que matarme a mí mismo en broma, o en serio, algún día.»

El email que le envié agradeciéndole su mensaje y dándole ánimos para afrontar la gira y las presentaciones pendientes nunca obtuvo respuesta. Un mes después apareció el cadáver de Ray Loriga en Buenos Aires, en una pensión de La Boca, mientras yo servía un plato de seitán con salsa hoisin y una lasaña crudivegana a una pareja de canadienses que había venido al restaurante porque teníamos una buena puntuación en TripAdvisor. Al llegar a casa me enteré de la noticia y, después del colapso que sufrí, me entraron unas ganas terribles de ponerme a llorar.

La mayoría de las veces las cosas no salen como uno espera; salen peor.

*

Rendición, la novela con la que Ray Loriga ganó el Premio Alfaguara, empieza así: «Nuestro optimismo no está justificado». La presentó al concurso bajo seudónimo y con un título diferente. Más de seiscientas novelas enviadas desde diecinueve países optaron al premio en su vigésimo quinta edición. Tras conocerse el fallo del jurado, y como es preceptivo, comenzaron las dudas acerca de su decisión. Muy pocos escritores confían en la ecuanimidad de estos premios, pero aun así no faltan quienes presentan sus obras a estos concursos. Yo mismo había presentado una novela al Premio Alfaguara que coronó a Ray Loriga. Se trataba de una novela sobre la vida de un mendigo, escrita en apenas tres meses, con una trama sencilla y un estilo directo y sin alardes. Una novela a todas luces peor que la novela que finalmente fue premiada, si aceptamos que existen razones objetivas para decidir que una novela es mejor que otra. En cualquier caso, yo no tuve dudas del criterio del jurado puesto que, en lo que a mí respecta, Ray me había superado.

Si un escritor admite que otro escritor es mejor que él, en el fondo está diciendo que él también es un buen escritor. En el año 2007, Ray Loriga incluyó en un libro titulado *Días aún más extraños* una carta escrita «con cariño, desde el infierno», que estaba dirigida al escritor argentino Rodrigo Fresán. Aquel tiempo no fue la mejor época de Ray. Llevaba tres años sin publicar una novela, empezaba a estar mayor para alargar las noches y derribar hoteles, el dinero comenzó a ser un problema y su matrimonio había llegado a su fin. Si existe la crisis de los cuarenta, Ray estaba pasando la peor

de todas, esa que te lleva a dudar de ti mismo y de tus capacidades, de tu lugar en el mundo, y de los motivos por los que vale la pena seguir con vida y seguir escribiendo.

«La ficción se me escapa. Supongo que entre nosotros hay quien se hace con ella, y quien no.» El texto, que Ray define como un «largo preámbulo», no como una carta «ni por supuesto una nota de suicidio», rezuma hastío y desesperanza. Parece el largo lamento de un escritor que sabe que nunca llegará a ser un gran escritor. Parece una disculpa a los lectores, una llamada de auxilio a los amigos, una excusa para no levantarse de la cama. Parece el último intento de levantar el vuelo de un ave con las alas cercenadas.

No hay nada más incoherente que un escritor que no quiere escribir.

«Seguramente, querido Fresán, no he encontrado nunca antes, antes de mí y después de Beckett, sé que alguien me fusilará por esta frase pero estoy dispuesto a morir por ella, tal falta de fe en la ficción, tanta pesadumbre ante lo inútil de narrar lo construido previamente, el empeño de relatar lo inventado como real, o el absurdo paralelo de darle a lo real una forma literaria.»

La escritura como quimera.

«Ni esta escritura es la atolondrada escritura de la juventud, cuando aún teníamos esperanzas de ser los escritores que leíamos, en lugar de los escritores que somos.»

La escritura como fracaso.

«Porque parece imposible librarse del todo de este hábito, querido Fresán, porque me temo que no tenemos más remedio que tratar de escribir una vez más.»

La escritura como condena.

Entre los miembros del jurado del Premio Alfaguara que seleccionaron la novela *Rendición* no estaba Rodrigo Fresán, pero sí Juan Cruz, Marcos Giralt Torrente y Santiago Roncagliolo, todos ellos buenos amigos de Ray. De ahí las suspicacias. De ahí los enfados y las protestas de los otros participantes. Teniendo en cuenta que Ray era, además, lo que se llama un autor de la casa, porque había publicado previamente en la misma editorial que organizaba el premio, algunas personas consideraron que tampoco era descabellado que el fallo no hubiera sido del todo imparcial. ¿Qué puedo decir? Me niego a creer que existiera una confabulación, pero nunca podremos saber si hubo alguna

novela, entre las más de seiscientas que se presentaron al certamen, que fuera mejor que la premiada. Lo que no se puede negar es que la novela de Ray Loriga es por sí sola merecedora de la distinción que alcanzó. ¿Qué pasó entonces por la mente de Ray para quitarse de en medio cuando había logrado alzar de nuevo el vuelo? ¿Acaso el premio no fue suficiente para él? ¿Es posible que el renovado reconocimiento del mundillo literario, en vez de ser su salvación, propiciara el desastre?

En el año 2007, un Ray Loriga en crisis se despedía del autor de *Historia argentina* de la siguiente forma: «Quién sabe, amigo Fresán, tal vez algún día esta larga lista de derrotas me sirva para alzarme con una merecida victoria».

Esa es la palabra clave: victoria.

Esa palabra fue el título que eligió Ray para presentar su novela al Premio Alfaguara, la novela que luego se llamó *Rendición* y que fue la última que escribió. Su última y merecida victoria. Su testamento. Una forma violenta, pero también hermosa, de decir adiós.

*

A la pregunta recurrente que se le suele hacer a un escritor, por qué escribe usted, suele suceder la recurrente respuesta, porque no sé hacer otra cosa. Vila-Matas, quien para estas cosas siempre suele tener una buena cita a mano, real o inventada, escribió que esa respuesta tan convincente y genial salió por primera vez de la boca de Samuel Beckett. Cuando estuvimos con Ray Loriga en el parque de El Retiro, él aseguro que después de Beckett no había más que vacío. Solo Minke Wang pareció entender aquello, aunque los demás asentimos por compromiso o sumisión.

¿Por qué los periodistas se empeñan en saber por qué escribe un escritor cuando eso es lo único que puede y debe hacer un escritor? La pregunta no debería ser por qué escribe un escritor, sino por qué no puede dejar de hacerlo.

En una de las entrevistas que concedió Ray Loriga después de recibir el Premio Alfaguara respondió así cuando le preguntaron por qué escribía: «¿Por qué no iba a hacerlo? ¿Acaso alguien le pregunta a un zapatero por qué hace zapatos? Yo escribo libros porque soy escritor. No hay que darle más vueltas ni mayor importancia».

Cuando estuve promocionando *Cocaína*, mi primera novela, esperaba que me hicieran esa pregunta porque había memorizado una respuesta que creía genial, romántica y trágica, propia del escritor maldito y desheredado que me había propuesto ser. Pero esa pregunta no llegó. Resultaba obvio que escribía para mitigar las convulsiones que me producían la adicción a la cocaína, el suicidio de mi hermana y el fracaso de mis aspiraciones literarias, hasta que lo uno se mezcló con lo otro y me fue imposible discernir si escribía para dejar de esnifar, o esnifaba para poder escribir, o escribía y esnifaba para ahuyentar las ganas de seguir el ejemplo de mi hermana.

Albet Camus escribió: «Vivir, naturalmente, nunca es fácil. Uno sigue haciendo los gestos que ordena la existencia por muchas razones, la primera de las cuales es la costumbre. Morir voluntariamente supone que se ha reconocido, aunque sea instintivamente, el carácter irrisorio de esa costumbre, la ausencia de toda razón profunda para vivir, el carácter insensato de esa agitación cotidiana y la inutilidad del sufrimiento».

Un escritor puede suicidarse por muchas razones. Entre ellas, la más dramática es la de aquel que se quita de en medio porque sus libros no han sido publicados o valorados. Hay decenas de escritores que se suicidaron para llamar la atención sobre su obra, como protesta o como reproche macabro a la comunidad literaria. Pero no todos los escritores suicidas han escrito una obra maestra como John Kennedy Toole.

El escritor Édouard Levé envió a su editor una novela que se llamaba *Suicidio* unos días antes de quitarse la vida. La novela reproduce la forma en la que su protagonista se mata, la misma que usó Levé para escenificar su despedida. El libro que dejó para la posteridad es valiente y conmovedor. A pesar de ello, su autor es poco conocido por los lectores, y los escritores que hablan de él suelen mencionarlo por el morbo de la anécdota y la fascinación o la indiferencia que sienten hacia esta fatalidad.

En otro de los libros de Levé, *Autorretrato*, el francés se describe a sí mismo a través de sus preferencias, hábitos, manías, obsesiones, pensamientos, creencias, acciones y omisiones. La obra, anterior, por supuesto, a *Suicidio*, y superior a esta en elegancia y originalidad, termina de la siguiente forma:

«Creo que hay una vida después de la vida, pero no una muerte después de la muerte. No pregunto si me quieren. Solo podré decir una vez sin faltar a

la verdad: Me muero. El mejor día de mi vida quizá ya haya pasado.»

Ray Loriga tenía cincuenta años cuando murió (¿o debería decir cuando se suicidó?). A esa misma edad murió Roberto Bolaño. Más allá de esta coincidencia, existen escasas similitudes entre ambos sucesos. Bolaño murió a la espera de un trasplante de hígado. Ray murió en circunstancias extrañas y los resultados de la autopsia no fueron revelados a la prensa. La teoría que se impuso casi al instante fue la del suicidio. Ray Loriga se había suicidado, y aunque nadie sabía por qué, en los periódicos se publicaron en los días sucesivos las declaraciones de otros escritores, de sus amigos, de algún crítico, y de esos periodistas que siempre tienen algo que decir, ocurra lo que ocurra.

Se suicidó para engrandecer su obra literaria.

Un acto derivado del miedo a sus propios fantasmas.

Un suicidio motivado por el afán de exhibicionismo.

El vértigo tras el ascenso le generó un anhelo irrefrenable por desaparecer.

Un gesto fatídico pero coherente con su concepción de la literatura.

Ninguno de los que hicieron estas afirmaciones podía saber la verdad. Todavía no. No hay nadie en el mundo que pueda adivinar los motivos concretos por los que Ray Loriga, o cualquier persona, decide terminar con su vida. Ni siquiera Albert Camus. Aunque los dejen por escrito, aunque se los revelen a un confesor, aunque los griten antes de saltar al vacío, los suicidas no llegan a entender la dimensión de su acto y la inextricable red de causas que los llevan a cometer un asesinato contra ellos mismos hasta que ya es demasiado tarde.

Escritores como Larra, Jack London, Virginia Wolf, Yukio Mishima, Hemingway, Silvia Plath y David Foster Wallace dejaron centenares de pistas falsas sobre por qué tomaron esa decisión irrevocable. Todos ellos tenían motivos para acabar con su vida. Desamor, frustración, incompreensión, dolor, amargura, tristeza, depresión. Uno no se quita de en medio de un día para otro. Normalmente se rumia la idea a lo largo de toda una vida, se valoran los pros y los contras, como si se tratase de hacer una inversión, qué voy a ganar con ello, qué voy a perder, hasta que el miedo y la sinrazón dominan la mente y se decide, o se impone, acabar con la agonía.

Marta Sanz afirmó en una entrevista que «se escribe un libro para

entender todo lo que no entiendes». Ray Loriga escribió en casi todos sus libros sobre el suicidio, de una forma explícita o mediante alusiones. Personajes que se suicidan, protagonistas que se lo plantean, narradores que reflexionan en voz alta sobre ello.

Al día siguiente de la muerte de Ray, hablé por teléfono con uno de sus amigos, el periodista Miguel Munárriz. Se habían conocido en los años noventa, cuando Munárriz dirigía *La Esfera*, el suplemento cultural de *El Mundo* en el que colaboraba Ray. Miguel me habló de esos tiempos y de la libertad con la que se escribía entonces, del ambiente festivo e intelectual que se respiraba en la redacción, del papel de los escritores jóvenes en la renovación del endogámico mundillo literario. Me habló de una de las últimas conversaciones que tuvo con Ray, antes de que se supiera que iba a ganar el Premio Alfaguara.

Durante esa charla amistosa, y después de que ambos se hubieran bebido más cervezas de las habituales, Ray le confesó a Miguel que lo había pensado muchas veces. Le dijo: «Lo he pensado muchas veces, eso es cierto, pero no lo voy a hacer. No pienso suicidarme. Ya se suicidó Foster Wallace. Foster Wallace nos mató a todos con su ejemplo. Ahora tengo hijos, tengo ciertas responsabilidades. El momento se ha pasado. Además, qué coño, la vida me divierte. A veces no, a veces me aburre, pero a veces, también, me divierte».

He ahí otra posible razón para quitarse de en medio de una vez por todas. El cansancio, el tedio, y la asfixiante sensación de que nada volverá a ser como antes, cuando fuimos jóvenes y heroicos, cuando la vida no iba en serio y el futuro era definitivamente nuestro.

¿Quién podía imaginar que el éxito sería capaz de destruir a Ray Loriga?

El propio Foster Wallace, en una conversación con David Lipsky, aseguró que «la mayor suerte de todas es tener *pronto* algún éxito en la vida para así averiguar *pronto* que el éxito no importa nada. Lo cual implica iniciar *pronto* el proceso de averiguar lo que *sí* importa algo.»

Pero ¿qué es lo que *sí* importa algo para un escritor suicida?

Seguí hablando un rato más con Miguel Munárriz sobre Ray, sobre su obra, sobre su familia y sobre su afición a la bebida malteada. Luego le di el pésame y colgué el teléfono con la sensación de haber sobrevivido a un naufragio. Si era verdad que Ray Loriga se había suicidado me iba a resultar muy difícil mirarme al espejo y eludir la mirada de mis propios fantasmas.

*

Mi hermana se suicidó cuando tenía veintinueve años. Me resulta imposible escribir este libro sin acordarme de ella. En *Cocaína* también hablé sobre este hecho, intenté comprender ese gesto y digerirlo, usé la literatura para anular mi miedo a repetirlo, y luché día a día contra ese temor aferrado a un turulo y a una bolsita de farlopa. No se puede decir que esa sea la mejor manera de enfrentarse a un proceso de duelo, pero mediante la adicción y su tratamiento literario logré silenciar el verdadero problema de fondo: las ganas de matarme.

La última vez que vi a mi hermana era domingo y yo estaba de resaca. Quedé con ella a las tres de la tarde en Antón Martín y de allí bajamos al barrio de Lavapiés. Era mayo y hacía un día soleado, así que comimos en una terraza de los muchos restaurantes indios que hay por la zona. Tomamos arroz, pollo con curry, pan de pita con queso, y bebimos cerveza Cobra. Hacía varios meses que ella había vuelto a *no estar bien*. Tartamudeaba, decía incoherencias y a todas horas estaba inquieta, como en estado de alerta, esperando el ataque de un depredador que podía llegar en cualquier momento. Lo más impactante era su mirada. Sus ojos estaban muy abiertos y sus pupilas estaban siempre dilatadas, consecuencia de haberse pasado días e incluso semanas sin hallar descanso. Mi hermana me dijo que no era capaz de saber con precisión cuánto tiempo llevaba sin dormir. Es horrible, dijo, ya no soy capaz de distinguir lo que es real de lo que no lo es. Me dijo que había dejado de tomarse la medicación y yo intenté convencerla de que volviera a hacerlo. Si persistía en su renuncia a seguir el tratamiento, la única opción que nos dejaba era el ingreso hospitalario. Ella me dijo que no estaba dispuesta a volver a pasar por eso. Me dijo que prefería estar muerta a estar encerrada. Terminamos de comer y dimos un paseo. Caminamos el uno al lado del otro. A veces nos parábamos y nos dábamos un abrazo. Intenté desmontar sus delirios y traerla de vuelta a la realidad, pero era imposible. Estaba enajenada. Sin darnos tiempo a reaccionar, había dejado de ser la persona que siempre había sido, una mujer amigable, inteligente, divertida, generosa, y se había convertido en un fantasma.

Entramos en una librería y traté de recomendarle algunos libros. ¿Tú

crees que necesito llenar mi cabeza con más fantasías?, me dijo ella. Los dos nos reímos con naturalidad, sin poder evitarlo, y en ese momento noté que su angustia disminuía y pensé que aún estábamos a tiempo de salvarla, que esta vez también se pondría mejor, como lo había hecho las otras veces, que la locura que la atenazaba era una enfermedad transitoria y no congénita, que algún día ella volvería a ser feliz. Me equivoqué.

Antes de irnos quise comprar un libro y fue ella quien lo pagó. La obra agrupaba tres libros de poemas de Michel Houellebecq bajo el título de *Supervivencia*. En aquella época todavía estaba fascinado por la poética del dolor y la nada del escritor francés. Al salir de la librería leí la primera página. Houellebecq había escrito: «El mundo es un sufrimiento desplegado. En su origen hay un nudo de sufrimiento. Toda existencia es una expansión, y un aplastamiento. Todas las cosas sufren, hasta que son. La nada vibra de dolor, hasta que llega al ser: en un abyecto paroxismo».

El mundo es un sufrimiento desplegado. De eso no había duda. Sin embargo, pensé, este farsante sigue con vida.

Le di las gracias a mi hermana. Ella quiso saber de qué trataba el libro y le dije que por el momento era mejor que no lo supiera. Desde aquella tarde y en los días sucesivos empecé a pensar que Houellebecq era en realidad un falso profeta precisamente por seguir con vida. Una vez más, estaba equivocado. La literatura es una forma de supervivencia. Ese es el último regalo que me hizo mi hermana: una revelación literaria.

Fuimos paseando hasta las calles del centro. En el camino enumeramos una serie de cosas que ella debería hacer para darle sentido a su vida. Acudir de nuevo al psiquiatra, retomar la medicación, quedar con más frecuencia con sus amigas, salir a hacer deporte, reincorporarse cuanto antes al trabajo, llamar cada día a alguno de nosotros, a sus hermanos o a nuestros padres, para contarnos cómo se encontraba y decirnos si necesitaba algo. De ahora en adelante, le dije, deberíamos vernos más a menudo, tal vez podríamos hacer todos juntos un viaje, como cuando éramos niños.

Recorrimos la Gran Vía y llegamos a la plaza de los Cubos. Decidimos entrar en el cine. Vimos la última película de Michel Gondry, *Be Kind Rewind*, una ficción sobre la necesidad de hacer ficciones y cómo estas logran transformar la realidad. Ella no le prestó mucha atención a la pantalla. Cuando salimos del cine me dijo que no le había gustado. ¿Por qué?, le

pregunté. La vida no puede dar marcha atrás, no puede reescribirse, sentenció ella. En la ficción sí, le respondí yo. No, dijo ella, ni siquiera en la ficción.

Nos despedimos en la esquina de la calle Princesa con plaza de España. Nos dimos un abrazo y quedamos en vernos la semana siguiente para salir juntos a correr por El Retiro o por las calles anchas de La Majada. Cuatro días después hablé con ella por teléfono y su voz no parecía la suya, era como si me estuviera hablando desde el otro lado del mundo y de las cosas. Siete días después de nuestro último encuentro, un domingo de mayo, minutos antes del atardecer, mi hermana ató el cabo de una cuerda a una barandilla y con el otro hizo un nudo y se lo echó al cuello. Y luego dio un salto. Y desde ese momento se desplegó sobre mi vida todo el sufrimiento y el dolor y el sinsentido que hasta entonces nada más había intuido en los libros y en las vidas de los demás. Pero la impotencia y la rabia y los problemas mentales que genera la muerte voluntaria no se pueden transmitir, y es mejor que sea así. De lo contrario, yo mismo habría usado esa misma cuerda.

Pero un escritor muerto ya no puede escribir.

De ahí la importancia de seguir vivo.

CUALQUIERA QUE PIENSE QUE TIENE ALGO QUE ENSEÑAR ES POR LO MENOS SOSPECHOSO

El día de la muerte de Ray Loriga me desperté a las cuatro de la madrugada. Estaba tumbado en el sofá en una postura incómoda. Me dolía la espalda. Estaba teniendo una pesadilla, una historia macabra sobre un asesinato múltiple en un apartamento pequeño de Buenos Aires. Yo era una de las víctimas y al mismo tiempo uno de los asesinos. Había sangre por toda la casa, y símbolos de rituales satánicos en las paredes. Ya no pude volverme a dormir en toda la noche. Ray Loriga estaba muerto y yo estaba asustado.

A primera hora de la mañana llamé al restaurante para decir que estaba enfermo. No era mentira. Tenía fiebre y sudaba. Me tomé un paracetamol y un lorazepam. No sabía qué otra cosa podía hacer. Y lo único que se me ocurrió fue llamar a mi agente.

—Palmira, ¿cómo estás?

—Querido, no puedo hablar ahora.

—¿Te has enterado?

—Sí.

—¿Qué vamos a hacer?

—Hablamos en otro momento. Estoy en la comisaría —dijo apresuradamente. Y colgó.

Tenía que haber llamado a mi madre. Eso habría sido a todas luces una mejor opción. Me habría hablado del tiempo que hace en su pueblo, de lo que estaba preparando para comer, me habría dicho que mi padre estaba en el huerto recogiendo tomates. Habríamos hablado de cualquier cosa menos de la

muerte de Ray Loriga.

Palmira Márquez conocía muy bien a Ray. Desde que le insinué mi intención de escribir sobre él, ella me había contado varias anécdotas que me sirvieron para hacerme una idea de quién era. Ray y Miguel Munárriz, el marido de Palmira y socio de la agencia Dos Passos que me representaba, eran muy buenos amigos. En la ceremonia de entrega del Premio Alfaguara Ray bajó del estrado en medio de su discurso para ir a darle un abrazo. Palmira me lo contó emocionada. Me dijo que Ray estaba en deuda con Miguel por una cuestión de honor. Entonces no le pregunté qué quería decir exactamente, pero ahora sé que eso es lo que tendría que haber hecho. Hacer preguntas. Investigar. Contrastar la información. Establecer hipótesis y sacar conclusiones. Pero nunca he tenido madera de detective.

Volví a llamar a Palmira. Esta vez no cogió el teléfono. Lo intenté una vez más pasados varios minutos pero tampoco hubo respuesta. Entonces llamé a mi madre y le dije que me gustaría ir al pueblo, que hacía mucho tiempo que no nos veíamos, que podía ayudar a papá a recoger tomates del huerto y que todavía hacía buen tiempo para salir y pasar una tarde en una poza.

—Hijo, no estamos en casa. Estamos en Madrid. Tu padre está en el hospital.

—¿Qué ha pasado?

—No te preocupes. Está bien. Ahora no puedo hablar —dijo apresuradamente. Y colgó.

La única mujer a la que aún podía llamar era María, mi pareja, pero ella estaba viviendo en un apartamento pequeño en Buenos Aires, más o menos parecido al que entreví en mi pesadilla, y pensé que no podría aguantar otro desplante, otra desgracia o cualquier tipo de incertidumbre. Me metí en la cama y traté de dormir.

Al rato sonó el teléfono. Quise creer que era Ray quien me llamaba para decirme que todo era mentira, que no me preocupara, que nuestro plan seguía en marcha y que no tenía que tener miedo. Miré la pantalla del móvil. Era Palmira.

—Estoy llamando al telefonillo. ¿No lo oyes?

—No funciona bien.

—Abre la puerta.

—¿Qué pasa?

—La policía quiere hablar contigo.

—¿Cómo?

—Tranquilo. Abre la puerta. No va a pasarte nada.

No va a pasarte nada. Eso me dijo Palmira, y yo la creí. Así que abrí la puerta.

Ese fue el primer error de todos los que vendrían después.

*

La crítica literaria suele caer en redundancias y lugares comunes con frecuencia. Una de las cantinelas más repetidas tiene que ver con la percepción del conjunto de la obra de un autor que alcanza cierto éxito. Llegado ese caso, los críticos más perezosos echan mano de alguna de estas frases: «En la primera novela de este gran autor estaba el germen de toda su obra posterior». O bien: «En sus obras de juventud ya se intuían los temas y las obsesiones que han poblado sus obras de madurez». O incluso, si el crítico propende a la floritura: «El primer libro de este autor era una tentativa, un ejercicio de imitación y al mismo tiempo una declaración de intenciones para alcanzar una voz propia. Su último y mejor libro pone de manifiesto la coherencia de su estilo y su personalísima cosmovisión».

Lo peor de todo fue el primer libro de Ray Loriga. No fue el primer libro que yo leí de él, y desde luego no es el mejor, ni tampoco creo que sea el germen de su obra posterior, puesto que Ray investigó muchos otros caminos a lo largo de su trayectoria, pero es, sin duda, un libro fundamental en la narrativa española de principios de los noventa, acaso el libro fundacional de la atracción mediática, editorial y comercial por los escritores jóvenes. Se podría decir que *Lo peor de todo* funcionó como *La ciudad y los perros* de Mario Vargas Llosa, libro que ganó el Premio Biblioteca Breve en 1962 y fue traducido casi al instante a varias lenguas, convirtiéndose en la primera chispa de lo que se daría en llamar el *boom* de la literatura latinoamericana. Si bien ambos fenómenos comparten cierta lógica mercantil y renovadora, la trascendencia de las novelas de los jóvenes escritores españoles no es equiparable a la alcanzada por las obras de los autores latinoamericanos.

La primera novela de Ray Loriga comienza así:

«Lo peor de todo no son las horas perdidas, ni el tiempo por detrás y por delante, lo peor son esos espantosos crucifijos hechos con pinzas para la ropa.»

Continúa a lo largo de una trama sencilla y precisa con reflexiones de este tipo:

«Creo que lo que uno se inventa es más real que lo que a uno le pasa. Al fin y al cabo, lo que a uno le pasa no deja de ser un accidente.»

Y termina así:

«Me he esmerado con las patatas fritas y los aros de cebolla porque tal y como están las cosas tengo bastantes posibilidades de colgar mi foto en el comedor central antes de que termine el mes.»

El libro incluye esta dedicatoria:

«Para Christina, ella sabe por qué.»

Y la contraportada explica la obra en los siguientes términos:

«Esta primera novela de Ray Loriga sorprende por la desnudez absoluta de su prosa. Ni una sola imagen pretenciosa, ningún adorno *literario*, ningún pensamiento *profundo*. Un lenguaje de apariencia muy simple con el que va construyendo lentamente una novela significativa. *Lo peor de todo* es una narración que se aparta casi radicalmente de los materiales literarios más utilizados por nuestros narradores de hoy. Con esta novela vuelve a cobrar sentido el manoseado término de joven narrativa. La historia de un adolescente que vive, es decir, que sobrevive. Una chica, el rock, dos o tres amigos, la familia, el trabajo. Una novela sobre una juventud que no es la del 68. Ya era hora.»

En efecto, ya era hora.

En 1992, año en que se publicó este libro, se cumplieron quinientos años de la llegada de Cristóbal Colón a tierras americanas y se prepararon actos fastuosos para celebrarlo (o lamentarlo) en toda Hispanoamérica. En España gobernaba el PSOE y Felipe González seguía, una década después, al frente del ejecutivo, aunque ya habían empezado a destaparse algunos de los escándalos que acabarían con su prestigio y posición. En Barcelona se preparaban para celebrar los primeros Juegos Olímpicos de la historia en nuestro país, y lo mismo ocurría en Sevilla con la llegada de la Exposición Universal. La especulación se abría paso al amparo de estas celebraciones. Cobi y Curro, las mascotas de ambos eventos, aparecían por televisión

generando comentarios de todo tipo, y algunas preguntas que no nos hicimos entonces, como cuántas personas estuvieron dentro de esos disfraces, qué sintieron, cuánto adelgazaron estando ahí, cuánto cobraron por ello, y si les han quedado traumas por disociación.

En 1992, Nirvana publicó su tercer disco y Bob Dylan, su enésimo. Se estrenó *Reservoir Dogs*, la primera película de Quentin Tarantino. Rigoberta Menchú ganó el Nobel de la Paz y Derek Walcott, cómo olvidarlo, el de Literatura. Isaac Asimov murió a los setenta y dos años. El papa seguía siendo Juan Pablo II. La temida guerra de civilizaciones, o la simple y llana lucha por el petróleo, se volvió a manifestar en la primera guerra de Irak, y el año anterior todos pudimos ver las luces verdes fosforescentes iluminar la noche de Bagdad, como si en lugar de bombas lo que allí explotara fueran fuegos artificiales. El Barça ganó su primera copa de Europa gracias a un gol de Ronald Koeman de falta, y el Real Madrid perdió su primera liga en Tenerife. Induráin ganó su segundo Tour de Francia. Van Basten fue elegido Balón de Oro. Agassi y Steffi Graf dominaban en la hierba de Wimbledon. En televisión española seguía triunfando el *Un, dos, tres*, que se disputaba la audiencia con las mamachicho de Telecinco. Matías Prats ya presentaba el telediario de las nueve. *El País* seguía siendo el medio de referencia de la progresía, y *El Mundo* de Pedro J. Ramírez se postulaba como medio emblema del Partido Popular. Una barra de pan costaba 35 pesetas. No había internet en los hogares, no había cervezas artesanales ni polos veganos. Y en vez de recibir el año con Ramón García y su capa lo despedíamos con el dúo cómico Martes y Trece y sus especiales de Nochevieja.

Sin embargo, en la primera novela de Ray Loriga, publicada en Debate gracias al impulso del editor Constantino Bértolo, nada de eso importa realmente. El contexto político, social o cultural apenas tiene influencia en el desarrollo de la trama. A pesar de eso, se trata de una novela «rabiosamente actual», como se dice en la prensa de algunas novelas nacidas para ser olvidadas antes de tiempo.

Ignacio Echevarría escribía por entonces críticas para el suplemento *Babelia* de *El País*. Todavía no era el crítico feroz y temible que inmortalizó Bolaño en *Los detectives salvajes* con el nombre de Iñaki Echevarne, pero sus reseñas ya eran valoradas, elogiadas y comentadas, y gozaba del reconocimiento de los actores más respetados del panorama literario patrio.

Él se encargó de escribir la crítica de la primera novela de Ray. No era fácil contentar a Ignacio entonces. No lo era antes y mucho menos lo es ahora.

Con acierto y agudeza, Echevarría comparaba al protagonista de *Lo peor de todo*, el autodenominado Élder Bastidas, con el protagonista de *El extranjero*, de Albert Camus, quien ni siquiera recuerda con exactitud cuándo murió su madre. Echevarría aprovecha esta crítica para mencionar el rechazo de Camus por la literatura norteamericana, aunque, en cierto modo, su novela era deudora de ella. El mismo rechazo que mostró Faulkner hacia sus compatriotas al afirmar que los jóvenes de su época no tenían nada que contar.

¿Cuántas veces escucharon los jóvenes escritores de los noventa que no tenían nada que contar más allá de sus propias vidas, por lo demás totalmente aburridas? ¿Cuántas veces se enfrentaron con esta barrera generacional, con esta alocución severa y falsa? ¿Fueron ellos igual de intransigentes cuando les llegó el momento de ceder el protagonismo a los que venían después? La historia de la literatura, dijo un escritor vencido en el ocaso de su vida, es una lucha a muerte entre generaciones.

El desprecio generalizado de los mayores hacia los jóvenes se compensa normalmente con el asco que sienten los jóvenes hacia todo lo que huele a vejez. Así se expresa Élder Bastidas en la página diez de la novela:

«Las cosas en general van siendo peores según creces, por eso resulta especialmente cruel que te amarguen la vida de pequeño, cuando aún tienes posibilidades. Los hombres se vuelven repugnantes con la edad, van empeorando año tras año hasta convertirse en viejos babosos.»

Echevarría incluye en su crítica unas palabras que Ray pronunció durante una entrevista: «Esta es una novela acerca del desaliento, acerca de todo lo que uno tiene que hacer aunque no quiera y de lo raras que son las cosas algunas veces. *Lo peor de todo* cuenta en primera persona la vida de un tipo que se extraña, que se cansa y que no avanza. Lo que pretendo escribir es un libro sencillo y directo sobre un punto de vista y un montón de cansancio».

¿Cómo podía estar Ray tan cansado siendo tan joven? ¿Es eso lo que nos ocurre a todos? ¿Cómo fue capaz un joven de veinticuatro años de expresarse con semejante lucidez a la hora de hablar de su obra?

Los impulsos plagiaristas por anticipación ya estaban presentes en algunas reflexiones del narrador de esta novela iniciática, inteligente y de

alguna forma hermosa.

Esto escribe Ray hacia el final del libro:

«Cualquiera que piense que tiene algo que enseñar es por lo menos sospechoso.»

Esto escribió Pessoa en el *Libro del desasosiego*:

«No enseñes nada, pues aún tienes que aprenderlo todo.»

Los impulsos suicidas y asesinos también recorren esta novela, donde conjugar familia, pareja y trabajo es la mayor aspiración de un chico que sin embargo ya sabe que «las cosas nunca salen como uno espera, salen peor». El protagonista escribe sobre su hermano: «M se intentó suicidar una docena de veces, pero no le ponía muchas ganas». Y después, sobre sí mismo, dice: «Creo que de alguna manera, tarde o temprano, voy a tener que matar a alguien».

¿Es posible que, en los dos casos, el autor que está detrás de los pensamientos del joven Bastidas estuviera hablando de sí mismo?

La literatura no es necesariamente autobiográfica, aunque Borges creyera que sí, que todo cuanto escribimos es una revelación más o menos consciente porque hemos sido nosotros quienes lo hemos creado y nos ha acompañado en un momento de nuestra vida. Al releer estos pensamientos, empiezo a creer que Ray Loriga nos fue dando pistas desde el principio, que fue diseminando en sus obras sus inquietudes, su miedo y sus obsesiones, para que alguien, en el futuro, ofreciera al mundo una explicación a la altura del espectáculo. Para que alguien descubra la tramoya de su truco final.

*

No sé cómo pude escribir *Cocaína*. O sí. En realidad fue muy fácil. Compraba cocaína. Esnifaba. Escribía. Bebía cerveza. Seguía esnifando, seguía escribiendo. Cuando se acababa la cocaína tomaba varias pastillas de lorazepam para poder dormir. Dormía y me levantaba y me iba a trabajar, cuando tenía trabajo. Los días siguientes solo trabajaba y dormía. Apenas comía. Luego, cuando tenía uno o dos días libres, compraba cocaína, esnifaba, escribía, bebía cerveza, seguía esnifando y seguía escribiendo y seguía tomando lorazepam para poder conciliar el sueño. Y luego trabajaba, cuando trabajaba, y luego dormía y así un mes y después otro.

Por justicia o por azar, la novela ganó el Premio Dos Passos, se publicó y fue leída por algunos lectores valientes. Concedí entrevistas y asistí a fiestas y presentaciones, pero nada de todo eso me sirvió para hacer amigos en el mundillo literario. Jamás imaginé que Ray Loriga quisiera ejercer de padrino conmigo. Pero Ray Loriga estaba muerto y yo estaba solo.

Ray sí tuvo muchos amigos en el mundillo literario, esa entelequia. Yo, en cambio, perdí los pocos que había hecho antes de publicar tras la aparición de mi primera novela. No me preocupó demasiado, o pensé que no me preocupaba demasiado, ya que pensaba que era más fácil tener enemigos que amigos, que eso era lo normal, la enemistad entre escritores consagrados y aspirantes, entre aquellos que están sentados en los sillones y aquellos que quieren arrebatárselos. Al darme cuenta de todas las personas que dentro del mundillo aseguraban ser amigas de Ray Loriga supe que me había equivocado una vez más. Lo normal no era tener enemigos a diestro y siniestro. Lo normal era tener muchos amigos.

Había elegido el peor camino posible. Desoí el consejo que me dio mi padre cuando publiqué el libro y empecé a conocer a algunos colegas. Mi padre me dijo: Pase lo que pase a partir de ahora, hijo, haz amigos, rodéate de ellos para que te protejan, el mundo está lleno de traidores. ¿Me oyes, hijo? Sí, papá, le dije yo, pero en verdad no le escuchaba. Ni siquiera le presté atención cuando afirmó con rotundidad: Hazme caso, hijo, lo más importante son los amigos. Haz amigos allá donde vayas, en las fiestas, en las presentaciones, en los bares y en los burdeles, pero sobre todo haz amigos, hijo, al menos uno, para que te acompañe cuando tengas que descender al mismísimo infierno.

¿Quién querría ir conmigo al infierno? Nadie lo hizo cuando pasé una larga temporada allí. ¿Por qué habrían de hacerlo ahora? ¿Por solidaridad? ¿Por simpatía? ¿Por lástima? ¿Por compasión? Escribir es un oficio tan solitario que necesitamos a alguien que nos cubra las espaldas. Después de la muerte de Ray Loriga me sentía tan solo y desamparado que conseguí el email de algunos escritores que fueron sus amigos, les escribí, fingí que había leído sus últimos libros, sin duda los mejores hasta la fecha, y les pedí ayuda. Ninguno me contestó. Se lo conté avergonzado a Félix Blanco, y él me alentó a su manera. Me dijo que no me preocupara, que no sería el primer escritor, ni el último, que perdía la sensatez de la noche a la mañana. Fíjate en Tato

Rivas Rosino, me dijo riéndose antes de colgar. Entonces yo también me reí y le di las gracias.

No todo estaba perdido si al menos tenía un amigo como Félix.

*

Conocí a Tato Rivas Rosino en una de las primeras fiestas literarias a las que asistí, antes de haber publicado ningún libro. Se trataba de un acto meramente rutinario en el que se leyó un fragmento de la obra que había resultado ganadora de un cuantioso premio literario, pero como al evento acudían jóvenes escritores y reputados literatos ávidos por beber gratis, ser fotografiados junto al galardonado, escritor genial y magnífica persona, y de paso hablar de su nuevo libro, el mejor, sin duda, hasta la fecha, coloquialmente se utiliza la expresión fiesta literaria, aunque ni de lejos se parezca a una verdadera fiesta ni haya en ella nada verdaderamente literario.

Yo también acudí allí ávido por beber gratis, ser fotografiado junto al galardonado, y de paso comprobar los beneficios de cierta sustancia ilegal que diligentemente me suministraba mi camello, el viejo Andrés, y que solía llevar conmigo en las ocasiones especiales. Me presenté en el lugar con esa única compañía y con la perspectiva arribista de hacer contactos. Ya en la puerta me crucé con Tato Rivas Rosino. Le paré y le dije: Hola, Tato, soy Daniel Jiménez, tenemos amigos en común. Tato me miró de arriba abajo como si así fuera a comprobar mi afirmación, y luego me dio un abrazo y me dijo: Adelante, amigo, encantado de conocerte. Yo iba vestido de cualquier forma, pero Tato lucía sus mejores galas: camisa impoluta, chaleco a rayas, chaqueta de lino, zapatos de charol y, coronando su atuendo, un elegante sombrero gris.

Desde ese momento, Tato Rivas Rosino se convirtió en mi Virgilio personal, guiándome en aquel particular viaje por el inframundo. Tato saludaba a cuantas personas salían a su paso, bromeaba sobre esto y aquello, y luego hacía las presentaciones pertinentes, dejándome con la duda sobre qué decir delante de agentes literarios y editores de los que no había oído hablar en mi vida. Por descontado, ellos tampoco habían oído hablar de mí en la suya, y yo apenas me preocupaba en proporcionarles datos para corregir esa carencia, igual que tampoco mostraba mucho interés en obtener datos que

corrigieran la mía. Me escabullía de las conversaciones en cuanto tenía oportunidad y hacía visitas al baño donde daba cuenta de los maravillosos beneficios de esa sustancia ilegal que siempre llevaba conmigo en ocasiones especiales, e incluso en otras que no lo eran tanto, e incluso en otras en las que estaba completamente fuera de lugar.

El acto transcurría sin mayores percances. Una presentadora de televisión estilosa y recién convertida en escritora charlaba con el galardonado sobre la pertinencia de una novela como la suya, que al parecer glosaba la vida de personajes que huyen del ruido de la ciudad y permanecen fieles a las bondades del campo, o todo lo contrario. Los representantes de las entidades patrocinadoras alabaron al premiado, y se reservaron unos minutos para agradecerse a sí mismos seguir patrocinando premios con la que estaba cayendo.

Llevaba demasiado tiempo solo, así que me puse a buscar entre el gentío el sombrero de Tato. No lo vi por ningún lado. Salí a la calle para fumar un cigarrillo, y a lo lejos vislumbré no uno sino dos sombreros. Me acerqué a ellos. La conversación entre ambos sombreros giraba en torno al libro de uno de ellos, que hacía años había resultado finalista de un importante premio. Casualmente, el escritor con sombrero que no era Tato Rivas Rosino llevaba encima un ejemplar de su libro. Lo utilicé para esparcir sobre su portada parte de esa sustancia que me acompañaba allá donde iba, y que entre otras cualidades tiene la capacidad de despertar entre sus consumidores una cierta simpatía canallesca, como de adolescentes descarriados, y la inmediata admiración recíproca.

Volvimos al bar donde seguía la fiesta. Tres escritores habían subido al escenario para dar un concierto. A mi lado estaba un joven y exitoso escritor de cuentos, que la prensa había bautizado como un prometedor novelista, quien afirmó que los tres eran todavía peores músicos que escritores. Se paseó de un lado a otro haciendo la misma broma en tono confesional pero apodíctico. Todo el que la escuchaba reía sin disimulo y levantaba su copa en señal de compadreo. La fiesta, como vulgarmente se conoce a estos actos, continuaba.

Empecé a hablar con una joven editora sobre mí mismo, recalcando a cada rato que no me gustaba hablar de mí mismo. Estaba sorprendido porque nadie hablaba allí de literatura, solo se hablaba de contactos, de adelantos, de

conspiraciones editoriales y de blogs donde a uno le alababan o le insultaban. Le dije con la voz engolada que todo hacía indicar que la literatura no servía para nada y que eso no tenía remedio. Le ofrecí compartir los maravillosos beneficios de la sustancia ilegal que habitualmente transportaba conmigo en el bolsillo pequeño de mi pantalón. Su mirada de desprecio fue suficiente para darme cuenta de mi error. La fiesta, o lo que sea, continuaba.

Di vueltas por la sala en un evidente estado de embriaguez, parándome en grupos donde no se me había invitado. El mismo joven y exitoso cuentista, y prometedor novelista, comentaba con pesar que estaba harto de ser pobre, que lo único que quería era escribir un libro que se vendiera como churros y hacerse millonario. La bebida había dejado de ser gratis y quizá tener que desembolsar el poco dinero ganado tras largas jornadas solitarias de escritura había mermado su buen carácter. Tato Rivas Rosino desaparecía sin previo aviso y reaparecía sin motivo aparente. En una de sus apariciones me comentó que estaba a punto de convencer a un editor para que le concediera un premio literario al que ni siquiera se había presentado.

En ese momento entró en escena un joven periodista italiano que andaba tras las huellas que dejó Bolaño en Madrid, en Sevilla y en Blanes durante sus últimos meses de vida. Me preparé para entonar una semblanza laudatoria sobre el chileno y su indudable aura mitológica, que mal que bien había logrado inculcar en los jóvenes escritores la necesidad de leer cada vez más, pero finalmente no dije ni una palabra. Como ya estaba borracho, no me sorprendí cuando el italiano reconoció que aún no había leído *Los detectives salvajes* ni tampoco *2666*. Descubrí que ese *aún* me tranquilizaba pero también me daba pavor. La fiesta continuaba, pero la sustancia milagrosa se había terminado. Los puntos de venta habituales estaban muy lejos y Andrés tenía el teléfono apagado, así que solo quedaba encomendarse a los vendedores ambulantes.

Salí a la calle. No me costó mucho trabajo dar con uno de ellos. El poco dinero que me quedaba, y que ingenuamente había reservado para comprar el libro del escritor galardonado por el cual se estaba celebrando aquella fiesta que no era una fiesta, se lo di a dos tipos con pinta de yonkis, quienes al cabo de cuatro minutos regresaron con medio gramo de cal de pared recién horneado en los muros de un local abandonado, quizá mezclado con algún que otro medicamento. Los maravillosos efectos de la anterior sustancia

fueron sustituidos de inmediato por el escozor, el lagrimeo, el asco y el dolor de cabeza.

Regresé al bar. Tato había vuelto a desaparecer. La joven editora se había marchado a casa con una joven escritora. El joven y exitoso cuentista, y prometedor novelista, flirteaba con una joven que escribía reseñas en un blog. Me quedé solo con el italiano que andaba tras las huellas de Bolaño sin haber leído a Bolaño, y empecé a pensar que, bien mirado, había algo innegablemente bolañesco en todo ese asunto.

En un desesperado y patético intento por no volver solo a casa, me acerqué a la presentadora del acto pensando en lo indudablemente literario que sería pasar con ella lo que quedaba de noche en la habitación más cara del hotel Ritz con todos los gastos pagados por la televisión pública madrileña. Nada más verme se giró y me dio la espalda. Eché un vistazo alrededor y traté de sonreír antes de darme por vencido, salir del local y caminar de regreso a casa. Estaba borracho y solo y me había gastado buena parte del dinero que debía emplear en pagar el alquiler, pero al menos había descubierto que algunos escritores eran tan desgraciados como yo.

¿CUÁNTO VOY A DURAR TAL Y COMO SOY AHORA?

Durante el registro de la habitación en la que encontraron el cadáver de Ray Loriga, la policía bonaerense encontró el libro *Los escritores plagiaristas*. Como estaba firmado por mí y tenía una fecha reciente, decidieron seguir esa pista. La lectura del correo electrónico que me había enviado Ray les indujo a contactar con la policía española. A pesar de que había cambiado de domicilio varias veces en los últimos años, los policías encargados de la investigación dieron con mi casa porque Palmira les facilitó la dirección. También los acompañó hasta mi casa, pero en el último momento decidió no subir y se marchó.

—Tengo una reunión —me dijo.

No entendí por qué no se quedó a hacerme compañía en un momento como ese, pero asumí que sería cierto que tenía una reunión. Palmira tenía decenas cada día.

Los dos policías que vinieron a verme renunciaron a representar el papel dualista de las películas. No hubo un poli bueno y un poli malo. Mientras uno de ellos se sentaba en una silla y me invitaba a sentarme delante de él, como si estuviéramos en la comisaría, el otro se dedicó a mirar los papeles que había sobre mi mesa, los libros de las estanterías y el correo amontonado sobre una balda.

—¿Tienen una orden de registro?

Hice esa pregunta porque eso es lo que se dice en las películas.

—¿Para qué? No vamos a tocar nada. Solo estoy observando su casa. Está todo muy limpio y ordenado.

—Lo dice como si fuera algo extraño.

—No, no. Simplemente no me lo esperaba.

¿Qué quería decir con eso? ¿Qué sabía ese policía de mis hábitos de orden y limpieza?

—Yo no he hecho nada —dije.

—Por supuesto que no. Pero no se precipite. Recuerde que los asesinos son los primeros en enseñar las manos limpias.

—Yo no soy un asesino.

—¿Quién ha dicho que usted sea un asesino?

—Yo soy escritor.

—Eso ya lo sabemos. Es algo que repite usted mucho.

—Solo queremos hacerle unas preguntas. Eso es todo —dijo el policía que ya estaba sentado.

El policía que había estado husmeando cogió otra silla y también se colocó delante de mí. Sacó una libreta. La abrió. Se puso unas gafas de ver haciendo un gesto lento y calculado.

El interrogatorio al que me sometieron no fue difícil de responder, pero sí fue agotador.

¿Qué estaba haciendo usted la madrugada del pasado domingo?

¿Tiene testigos que puedan confirmar esa versión?

¿Conoció usted al señor Jorge «Ray» Loriga Torrenova?

¿Cuándo lo vio por última vez?

¿Qué le dijo?

¿Sabe si el señor Loriga tenía algún enemigo declarado?

¿Le habló de alguna persona que le pudiera estar molestando?

¿Le habló alguna vez del suicidio?

¿Tiene alguna idea de qué ha podido pasar?

¿Cuándo le regaló usted su libro?

¿Cuántas veces se vieron?

¿Qué hicieron?

¿Les siguió alguien?

¿Conoció a su familia?

¿Estuvo alguna vez en su casa?

¿Ha estado alguna vez en Buenos Aires?

- ¿Tiene preparado algún viaje en los próximos días?
- ¿Es verdad que está escribiendo un libro sobre él?
- ¿Podemos ver lo que ha escrito?
- ¿Por qué cree que Ray le confesó en ese email, cito literalmente, que nada le gustaría más que matarse, en broma o en serio, a sí mismo?
- ¿Cree que sería capaz de hacer una cosa así?
- ¿Cree que el señor Loriga estaba pasando por un mal momento?
- ¿Sabe si tenía problemas de dinero?
- ¿Problemas con el juego?
- ¿Problemas con la bebida?
- ¿Problemas con las drogas?
- ¿Qué relación mantenía con su esposa?
- ¿La vio alguna vez?
- ¿Le habló de ella?
- ¿Con cuántos amigos del señor Loriga tiene usted trato?
- ¿Le habló él de alguno de ellos?
- ¿Quiénes son los demás escritores plagiaristas?
- ¿Qué significa eso de plagiaristas?
- ¿Sabía usted que el señor Loriga tenía un vuelo para salir de Buenos Aires la mañana siguiente a su fallecimiento?
- ¿Le habló alguna vez de ese viaje?
- ¿Le escribió algún mensaje de texto para decirle que volvía?
- ¿Podemos revisar su teléfono móvil?
- ¿Tiene usted pareja?
- ¿Vive aquí?
- ¿Vive en Buenos Aires?
- ¿Qué está haciendo ella en Buenos Aires?
- ¿Piensa ir a visitarla?
- ¿Cómo se llama el libro que usted publicó hace un año?
- ¿Consume usted drogas?

En ese momento consideré que ya era suficiente. Me levanté y les dije a los policías, con tono calmado, que tenía que marcharme, que con gusto les seguiría ayudando pero que debía irme porque era la hora de abrir el

restaurante vegano en el que trabajaba. Solo me hicieron dos preguntas más, las más absurdas de todas.

—Los veganos son los que no comen carne ni pescado, ¿verdad?

—Eso es, sí. Ni huevos ni queso ni miel. Nada que provenga de animales.

—¿Es usted vegano? —dijo uno de los policías.

—Muchas gracias —dijo el otro para zanjar el asunto, ya que se había dado cuenta de que esa conversación había dejado de tener sentido.

Cuando ya estaban en el descansillo, uno de los policías se volvió y me dio una tarjeta.

—Llámenos si tiene alguna información que pueda ser de utilidad.

—Aunque es posible que antes de eso le volvamos a llamar nosotros.

—¿Para qué? —repliqué.

—Cuídese, señor Jiménez.

—Y avísenos si tiene pensado salir del país.

Cerré la puerta y me di la vuelta y me volví a sentar en la misma silla. Noté que el corazón me latía más deprisa de lo normal. Fui a la mesa y saqué del cajón un lorazepam. Durante el interrogatorio no lo había notado. Había estado extrañamente tranquilo. ¿Por qué no iba a estarlo? Ray Loriga estaba muerto y yo era inocente.

*

¿Quién fue Ray Loriga para la crítica especializada? Las opiniones que generó en vida el autor de *El hombre que inventó Manhattan* fueron tan elogiosas como estas:

«A Loriga se le puede considerar el verdadero iniciador de una escritura que se aleja del realismo español, un monólogo mental en un paisaje desolado, como salido de un cuadro de Hopper, con unos protagonistas cuyo único núcleo social, generalmente roto, es el de la familia. Una escritura depurada, de breves párrafos, que no describe, sino que va, silenciosa como los neumáticos de un automóvil sobre una autopista.» J. A. MASOLIVER RÓDENAS, *La Vanguardia*.

«Ray Loriga es un fascinante cruce entre Marguerite Duras y Jim Thompson.» PEDRO ALMODÓVAR.

«La voz de una nueva generación.» *The Daily Telegraph*.

«Ray Loriga es un escritor de culto emergente que destila genio en cada página.» *Scotland on Sunday*.

«Loriga se ha unido al selecto grupo de escritores, como Houellebecq y Murakami, que están redefiniendo la ficción del siglo XXI.» WAYNE BURROWS, *The Big Issue*.

«Ray Loriga es una de las escasas novedades tangibles y literariamente significativas que en el transcurso de esta última década ha traído la joven narrativa española.» IGNACIO ECHEVARRÍA, *Babelia*.

«Ray Loriga escribe como un hijo bastardo post-existencialista de Camus e, incluso, de Emmanuel Bove.» BARRY GIFFORD.

«Loriga es la estrella del rock de las letras europeas.» *The New York Times*.

Estas eran las definiciones que se podían encontrar en las solapas de los libros de Ray antes de su muerte. Después de su trágico destino, comenzaron a prepararse nuevas ediciones de toda su obra, y se rastreó entre las necrológicas que se habían publicado en los días sucesivos hasta encontrar los mejores laudos para colocar en la faja.

«Un final a la altura de su leyenda.» *The New York Review of Books*.

«El destino de Loriga estaba claro: la muerte o el Nobel.» *Les inrockuptibles*.

«La solidez de su obra le sobrevivirá.» *The Paris Review*.

Cuando le propuse a Ray Loriga escribir algo semejante a esta novela y él aceptó, me faltó tiempo para contarles a todos los amigos con los que hablaba o me cruzaba por la calle que estaba escribiendo una novela sobre Ray Loriga. Ninguna de sus reacciones fue tan entusiasta como yo me había imaginado. La mayoría de ellos ni siquiera tenía muy claro quién era Ray Loriga. La distancia entre las alabanzas de los expertos y la ignorancia de los profanos me puso en guardia y me llevó a dudar del interés del proyecto. ¿A quién le iba a interesar un libro sobre Ray Loriga, el típico libro de un escritor que escribe sobre otro escritor y que suele interesar solo a otros escritores, si cada vez eran menos los potenciales lectores que sabrían adivinar su verdadero nombre en una sopa de letras?

Una amiga, a quien tenía por una lectora enterada, me dijo que pensaba que Ray Loriga había dejado de escribir hacía una década. Un amigo con el

que hablaba por teléfono, mientras le contaba mi proyecto, entró en internet y puso el nombre de Ray en el buscador y entonces le vio y dijo, ah, sí, es el tío que salió con la modelo esta. Otro amigo solo recordaba que Ray había sido el marido de la cantante Christina Rosenvinge, y añadió, sin venir a cuento, que la Rosenvinge seguía estando tan buena como cuando era joven. Otra persona, quizá porque estaba estudiando cine en la ECAM, se acordaba de que Ray había sido guionista de Pedro Almodóvar en *Carne trémula*, y de Carlos Saura en *El séptimo día*, pero no había visto ninguna de las dos películas que había dirigido él mismo, *La pistola de mi hermano* y *Teresa, el cuerpo de Cristo*, porque en clase le habían hablado mal de ambas. Alguien me dijo abiertamente que no había oído ese nombre en su vida; otro, que solo recordaba haber leído *Tokio ya no nos quiere* y que no lo pudo terminar; y a mi hermano se le escapó una risa floja al recordar la portada de *Héroes* en la que Ray posa con el pelo largo, una chupa vaquera, anillos en los dedos y una botella de cerveza en la mano.

No se podía decir que la fama de Ray Loriga había trascendido tanto como yo me imaginaba. ¿A qué se debía ese distanciamiento entre la realeza literaria y los ciudadanos de a pie? ¿Por qué se habían olvidado todos del príncipe Loriga? Solo después de ganar el Premio Alfaguara y volver a las librerías y a los VIPS la gente empezó a recordar. Hasta mi padre me dijo que le sonaba el nombre de ese señor cuando le dije que le había conocido y que quería escribir sobre él.

Tras la publicación de *Rendición*, Ray Loriga fue entrevistado por todos los medios escritos y digitales de relevancia, revistas literarias y blogs, suplementos y diarios de provincias, y su voz se propagó por decenas de radios. La promoción fue un éxito absoluto. Lo más insólito fue ver a Ray en el programa de Andreu Buenafuente. Allí afirmó, entre otras cosas, que había estado cuatro años sin móvil, y acto seguido enseñó el teléfono que se había comprado por indicación de la editorial para estar localizable durante la gira: un aparato prehistórico, pesado, duro y sin conexión a internet.

En esa misma entrevista es fácil darse cuenta de lo ridículo que resulta llevar a un escritor a un plató si nadie, ni el presentador ni los guionistas, se ha leído el libro del invitado. Lo único que se les ocurrió hacer fue leer la primera frase de *Rendición*, como si eso fuera suficiente para demostrar que en efecto tenían el libro en su poder, y que, en efecto, sabían leer. El resto de

referencias al libro fueron más bien escasas, tal vez porque realmente nadie en el equipo de guionistas se había leído el libro, o bien porque a nadie le interesa hablar de un libro en un *late night*, o más bien porque a nadie le interesa que le hablen de libros si está viendo un *late night*.

Durante los diez minutos que duró la entrevista, Ray estuvo gracioso y amable. Nada en sus gestos o en sus respuestas hacía presagiar lo que vendría después. Resulta extraño, casi inconcebible, que esas sean las últimas imágenes que tenemos de Ray antes de quitarse la vida, sonriendo, haciendo bromas y poniéndose serio, jugando a ser el bufón de la corte porque la parte seria, como él dijo, la dejaba para cuando estaba solo y tenía que escribir.

Me alegro de verte tan bien, le dijo Andreu Buenafuente antes de despedirse, y añadió: Aunque como no te había visto antes no sé si estás realmente bien o no. Ray se rió con la ocurrencia y no dijo nada más. Se levantó del sofá de un salto, le dio un abrazo al presentador, se despidió del público con el típico saludo militar, y salió del plató caminando rápido y medio encorvado tras haber fingido a la perfección que todo iba bien.

*

Desde que empecé a escribir tuve a Ray Loriga como referente literario, como modelo de escritor y personaje genuino. Le admiraba, le imitaba y le parodiaba, todo al mismo tiempo.

En los tres primeros libros que publiqué se le menciona.

En la antología *Doce cuentos del sur de Asia* incluí la siguiente cita suya para encabezar el relato del escritor vietnamita Kokoro Pattani:

«Ninguno de nosotros, de los nosotros que he conocido alrededor de casa, o en mis viajes, ha leído jamás a un escritor vietnamita, eso no quiere decir que no existan.»

En *Cocaína* lo nombraba junto a otros escritores en los que me vi reflejado mientras escribía la novela:

«Reordenas una serie de escritos inacabados y se los envías por email al tirano SotoIvars. Durante el proceso te descubres comparando esos textos con los de José Ángel Mañas, Alberto Olmos, Ray Loriga, Agustín Fernández Mallo y algunos autores más que en su momento fueron una revelación y dieron alas a una generación de escritores.»

En el libro «Los escritores plagiaristas» se incluye un cuento, titulado «Brother Ray», que está inspirado en el estilo y las recurrencias del escritor cuyo nombre real era Jorge Loriga Torrenova. Y finalmente, en el relato titulado *Historia abreviada de la literatura plagiarista*, mi álter ego, César Ruiz-Tagle, pronuncia una frase tan enigmática como premonitoria: «Ray Loriga somos todos».

Recuerdo la primera vez que fui a una presentación de Ray Loriga. Era el año 2008 y él acababa de publicar la novela *Ya sólo habla de amor*. Yo estaba pasando por una nueva crisis. Estaba solo, sin trabajo, sin dinero. Dormía de día y vivía y escribía de noche. Dudaba de mí, de mis capacidades, de mi escritura, del sentido de la vida y de todas esas cosas. Estaba realmente desesperado y pensaba que todo se iría a la mierda una vez más. Sin embargo, luché con todas mis fuerzas para que eso no pasara. No importaba que hubiera tanta gente viviendo vidas maravillosas en países exóticos. No importaba que mis amigos solo se preocuparan por sus parejas, sus hipotecas, sus hijos y sus partidos de pádel. No importaba que mis padres estuvieran al borde de la ruina total. No importaba que yo estuviera al borde del desastre. Tenía un hogar donde hacía frío y correteaban dos gatas completamente locas, y tenía todo lo necesario para seguir escribiendo: tiempo, fe, y un ordenador que había pertenecido a mi hermana hasta que se suicidó.

Había conseguido vender un artículo sobre una nueva generación de escritores que se decían a sí mismos originales. Gracias a eso conseguí el dinero suficiente para comprar tabaco, comida y el nuevo libro de Ray. Y con él bajo el brazo fui al FNAC de Callao para asistir a la presentación.

La sala estaba hasta arriba, incluso había gente de pie. Me senté detrás de un grupo de mujeres jóvenes que se comportaban como si estuvieran en la previa de un concierto. Escuché a una chica decir que Ray Loriga era tan guapo que debería hacer cualquier cosa en vez de escribir. No entendí muy bien el razonamiento, pero quizá tenía razón. En la sala también había varios viejos aburridos a punto de quedarse dormidos.

A la hora en que tenía que empezar el evento, una mujer joven, morena y guapa, como Ray, cogió un micrófono y se dirigió al público.

—Sentimos comunicarles que la presentación comenzará con un ligero retraso porque el escritor está en un atasco en mitad de la Gran Vía.

Aproveché el paréntesis para mirar a las mujeres que me rodeaban. Descubrí a una chica muy alta que conocí cuando trabajaba de camarero en un hotel moderno del centro de Madrid. Nuestras miradas se cruzaron un segundo, pero los dos evitamos saludarnos. Había olvidado su nombre, pero recordaba que nos habíamos llevado bien. Me ayudó a situarme los primeros días que trabajé allí. A cambio le invitaba a cigarrillos en la escalera de emergencia mientras le contaba historias rocambolescas para hacerla reír. Recordaba sus piernas, dos piernas largas, muy largas, y sus aletas de la nariz, redondas y oscuras como abismos diminutos. Era una chica simpática y agradable y no me hubiera importado acostarme con ella. Cómo se pasa en cuestión de semanas de querer acostarte con una mujer a no saludarla cuando te cruzas con ella es algo demasiado triste y demasiado frecuente para darle importancia. Bajé la cabeza y no volví a mirarla. Lo más seguro es que ella no se acordara de mí.

Empecé a pensar en esa frase: Ray Loriga es tan guapo que no debería escribir. Aún no entiendo el significado de esta afirmación. ¿Qué pueden y qué no pueden hacer los hombres guapos? ¿Para ser escritor es preferible ser feo y llevar gafas anticuadas y no mirarse en el espejo antes de hacerse la foto que se pone en las solapas de los libros? La fotografía de Ray que aparecía en la solapa de su nuevo libro era una declaración de intenciones. Ray posaba con el rictus serio, el pelo engominado, y escondía la dureza de su mirada detrás de unas gafas de sol. Era indudable que tenía bien aprendida la lección, que había interiorizado su personaje, la retórica del hombre ausente y conmovido, profundo, introspectivo. A pesar de haber sobrepasado los cuarenta, Ray seguía posando como un escritor maldito, como un desheredado, como un hombre trágico en constante lucha consigo mismo y sus fantasmas. Solo años más tarde descubrí que no era una pose, que nunca fue una pose, sino una forma de defenderse de los ataques de los demás.

La mujer morena cogió el micro una vez más.

—Buenas noches. Disculpen el retraso. Gracias a todos por venir. También quiero dar las gracias a este gran escritor por haber venido a presentarnos su nuevo libro. En nuestra editorial estamos tremendamente orgullosos de que un escritor de su talla se haya incorporado por fin a nuestro catálogo. Es un honor y un privilegio. ¡Y además vende muchos libros! Bueno, no les voy a hacer esperar más. Le cedo la palabra a Ray Loriga.

El público aplaudió y vitoreó al escritor, lo que me hizo pensar que la literatura, o la representación social que hacíamos de ella, no se iba a morir nunca, que los lectores allí reunidos éramos una especie en extinción que se aferraba a la supervivencia a pesar de las inclemencias del tiempo y el afán de sus depredadores, que Ray Loriga seguía siendo un héroe y que yo también llegaría a serlo algún día.

—Buenas tardes —dijo Ray sin quitarse las gafas de sol—. Disculpad el retraso. Vengo de un largo viaje por Latinoamérica donde lo único que he hecho ha sido hablar de literatura y emborracharme, contestando pobres preguntas con patéticas respuestas. Allá me han hablado mucho de mis influencias, que si Bukowski, que si Carver, que si Steinbeck y Kerouac, lo cual, dije, dice mucho de ellos y muy poco de mí. Me sorprendió que ninguno de los periodistas mencionara a Ballard, a Beckett o a Canetti entre mis influencias, pero imagino que no los habrían leído. Todos hacemos cosas malas, se me ocurrió decirle a uno de los entrevistadores para justificar mis deudas literarias. Seguro que tú también, le dije guiñándole un ojo, pero no le hizo gracia el comentario y se enfadó. Así son las cosas. Otro entrevistador quiso saber por qué me había cambiado de editorial a estas alturas. Entonces me enfadé yo. ¿Y por qué te cambias tú de casa? En fin. ¿Qué decir de este libro? Bueno, el protagonista, Sebastián, tanto en la novela como en la vida real, actúa como el que busca una rosa en el jardín a pesar de saber que esa rosa le hará vomitar. Mi personaje no es una víctima, es un soldado. Todos los escritores lo somos. Bueno, estoy hablando mucho y muy rápido, como cuando era joven y llegaba a las presentaciones del revés porque tenía todo el futuro por delante. Ya no lo tengo, es cierto. Debería callarme, ¿no? Está bien, me callo. Ya nos queda menos para acabar con esto y marcharnos todos a tomar unas cervezas.

Marcos Giralt Torrente hizo de interlocutor durante el resto de la charla, en la que Ray siguió hablando sobre su nuevo libro, sobre sus quehaceres diarios, sus rutinas de escritor y sobre sus antiguos y tal vez mejores libros. A mi lado estaba sentado un hombre mayor peleándose consigo mismo para no quedarse dormido. En un momento dado dio una cabezada y se chocó con mi hombro.

—Lo siento.

—No se preocupe.

—Yo conozco a ese tipo.

—¿A Ray?

—A Marcos.

—Ah, ¿sí?

—Fui amigo de su padre.

—No me diga.

—Como lo oye.

—Vaya, qué casualidad.

—No se puede hacer usted una idea.

—Me lo imagino.

—Es extraño.

—Claro, él está allí y usted está aquí.

—No me refiero a eso.

—Ah, ¿no?

—No. Simplemente digo que es extraño.

—¿Por qué?

—Sabe, joven, trabajé en un concesionario muchos años. He vendido muchos coches. A personas famosas, me refiero. Una vez le vendí un coche a Elvira Lindo.

—Ah, ¿sí?

—Y una vez estuve cenando en el mismo restaurante que Juan José Millás.

—Eso sí que no me lo creo.

Cuando llegó el turno de preguntas, un periodista se irguió y tomó la palabra.

—Buenas noches, Ray. Siento decirle que su nuevo libro no me parece para tanto, la verdad. Creo sinceramente que su mejor obra ya está escrita y que su momento ha pasado. Como escritor aún joven, ¿no le frustra eso a usted, saber que no logrará alcanzar la cima que alcanzó en el pasado?

Me asusté. Todos nos asustamos. ¿Cómo iba a responder Ray ante semejante ofensa? ¿Quién se había creído ese hombre para dejar en evidencia al ídolo que todas aquellas mujeres habían ido a admirar? Ingeniosa, aguda y de manera políticamente incorrectísima, Ray decidió encararse con el periodista.

—¿Está usted casado? —le preguntó Ray—. Bien. ¿Desde cuándo? Bien. ¿Cómo se llama su mujer? Bien. Y no le pasa a usted que a lo mejor no todos los días, claro, porque a partir del mes de casado uno deja de follar todos los días, pero, bueno, no le pasa, digamos, uno de cada cuatro o cinco días, y me parece un porcentaje muy alto, ya le digo, de campeón, no le pasa ese día que hace el amor con su mujer, ¿cómo me ha dicho que se llamaba? Oh, sí, claro, qué bonito nombre el suyo. Pues no le pasa, decía, que después de hacer el amor con Silvia, por cierto, no estará ella aquí, ¿verdad? Mejor, no me gustaría que ella escuchara esto. El caso. Usted está en la cama con Silvia, que sigue siendo bella y le sigue gustando hacer guarradas en la cama, ya me entiende, ¿no? Bueno, pues no le pasa a usted cuando apagan la luz y se dan la vuelta para dormir que se le vienen a la cabeza los mejores años de su vida, los dos o a lo sumo los tres primeros años de noviazgo que fueron un paseo por el paraíso de las posibilidades y de la sexualidad y de los proyectos y de la pasión, cuando en medio de una representación teatral salían de la platea por separado y se veían en los baños de señoras y hacían el amor frenéticamente, dígame, ¿no le frustra saber que eso que usted vivió tan intensamente, como usted lo llamaría, su momento, ya fue y nunca más será?

El periodista enmudeció, alguien se atrevió a reírse, y la mujer morena cogió el micrófono para decir que se había acabado el tiempo. Sin embargo, antes de sentarse, el periodista levantó la voz para decir:

—Al menos estamos de acuerdo en algo.

—¿En qué? —dijo Ray.

—En que efectivamente nuestro mejor momento ha pasado.

*

En el último párrafo de *Héroes*, publicado en 1993, el libro que demostró que Ray Loriga era, y sería, un autor radicalmente distinto a los escritores españoles que le precedieron, el narrador quería saber si mediría lo mismo en el futuro, si tendría la misma cara, a qué se parecería cuando soñara, cuando follara, cuánto iba a durar tal y como era entonces. En 1993 Ray medía un metro y setenta centímetros, era joven y guapo, posaba con una botella de cerveza para la portada de su segundo libro (aunque más tarde reconoció que no le agradó especialmente la idea), tenía toda la vida por delante, había

andado más que la mayoría de los chicos de su edad, soñaba, o imagino que soñaba, con chicas bonitas y rubias, y se veía, o imagino que se veía cuando follaba, como un hombre atractivo.

Este es el último párrafo:

«A veces me imagino con una mujer y un niño corriendo por la casa. Un niño al que abrazar y dar besos, tan pequeño que todavía no está lleno de nada. ¿Quién voy a ser entonces? ¿Qué cosas podré coger con las manos y cuáles no? ¿Mediré lo mismo? ¿Tendré una cara parecida a la que tengo ahora? ¿Qué pensará mi mujer de lo que era antes? ¿Mi mujer será la chica rubia o tendré que ocultarle a ella que no lo es? ¿Qué pinta tendré follando? Cuando pase todo ese tiempo, ¿dónde estará este de ahora y dónde estará el de después y dónde estaré yo en medio de todo esto? ¿A qué me pareceré cuando sueñe? ¿Qué pasa con lo que has hecho? La responsabilidad sobre todas las cosas que hacías debería caducar, como las latas. ¿Cuánto voy a durar tal y como soy ahora?»

Algunas de las preguntas que se hace un escritor joven en sus comienzos se repetirán en el resto de sus libros, como si fueran un mantra, una letanía o un presentimiento, hasta que poco a poco se vayan desvelando las respuestas una por una, bien por azar o por convencimiento. Llegado ese momento es cuando uno puede responder a la última pregunta que se hacía Ray Loriga a los veintiséis años:

«¿Cuánto voy a durar tal y como soy ahora?»

En 2017, cuando Ray Loriga estaba a punto de viajar a Latinoamérica para promocionar *Rendición*, acababa de cumplir cincuenta años, medía un metro y setenta centímetros, ya no era joven aunque seguía siendo guapo a su manera, pero me resulta imposible saber cómo se vería mientras soñaba o mientras follaba. Follar es algo a lo que Ray hacía muchas alusiones en sus primeros libros, pero no hay nada extraño en ello. Todos los escritores jóvenes piensan demasiado en follar, quizá porque están o han estado demasiado tiempo solos.

¿Cuánto voy a durar tal y como soy ahora?

¿Cuánto tiempo falta para saberlo?

¿Podemos confiar en la literatura como medio para hallar respuestas?

Cuando me quedo en blanco en mitad de una conversación, cuando estoy sentado en la silla del dentista, cuando voy al teatro, aunque no voy mucho al

teatro, y la obra pierde fuelle, cuando salgo a correr, cuando voy en el metro, cuando friego los platos, cuando en el telediario informan sobre el rey, cuando me llama mi madre y me habla del tiempo que hace en su pueblo, estoy pensando en literatura.

Quizá la literatura es una palabra demasiado importante para nombrarla a la ligera, pero demasiado gastada para andar nombrándola siempre con tanto respeto.

A todas horas pienso en los libros que aún no he podido leer, y que probablemente nunca leeré, y en los libros que querría escribir, y que probablemente nunca escribiré. Pienso en la vida y en la suerte de decenas de escritores, en los pobres, en los miserables y en los exitosos, pienso en Dostoyevski y en su consejo a un joven escritor, «para escribir hay que sufrir», pienso en todo lo que podía estar haciendo y pensando en vez de estar pensando en literatura y en por qué quiero ser parte de ella, y como no podía ser de otro modo termino pensando en saltar al vacío o echarme a llorar.

Pero llorar no sirve de nada, y a nadie le impresiona ya ver a alguien llorando. Llorar, el hecho cotidiano y vulgar de ponerse a llorar, ha perdido su dramatismo y su capacidad de emocionar. No nos conmueve ver a otro ser humano llorar, como no nos conmueve ver a otro ser humano morir. Morir en diferido, en los periódicos, en internet. Solo vemos cifras y estadísticas.

¿Qué pasa cuando uno de nosotros llora porque le ha dejado su pareja, o porque le han echado de su trabajo, o porque sus amigos se han olvidado de su cumpleaños, o porque ha perdido cientos de euros en bolsa, o porque su madre no le ha cogido el teléfono cuando quería contarle que estaba llorando?

Mi amigo Pedro García estuvo grabando un documental que contaba la historia de un francotirador español, un hombre normal y corriente que un buen día se armó de valor, o de inconsciencia, y se fue a luchar contra el ISIS en el Kurdistán para ser el protagonista de su vida, para vivir una aventura épica. Para ser un héroe. Pero ¿quién puede asegurar que los héroes siguen siendo los que nos habían contado, los aventureros, los soldados, los guerreros, los luchadores? ¿No somos nosotros otro tipo de héroes? Héroes de lo ordinario, de lo trivial, de lo mundano. ¿No somos héroes todos los que sobrevivimos en un mundo cuyas normas y códigos han cambiado tanto que nos sentimos tan desorientados como Ulises al regresar a Ítaca? ¿No somos dignos de contar nuestra epopeya?

El protagonista y narrador de *Héroes* vive en su mente, atiborrada de anfetaminas y delirios de grandeza, luchando contra la depresión y el miedo a salir afuera. «Puedo morir congelado aquí dentro y abrasado aquí dentro y completamente solo aquí dentro y en general puedo morir de cualquiera de las maneras, igual dentro que fuera. La única diferencia es que dentro me reconozco o al menos puedo perseguir algo concreto mientras que fuera podría estar un mes o un año sin darme cuenta de que me habían disparado o de que la pistola se había disparado, sencillamente, sin que nadie tenga la culpa.»

Esta agonía lenta se contrarresta en ocasiones con reflexiones autocomplacientes o exculpatorias: «A nadie le parece que sea tan difícil. Quiero decir que no es como una guerra. No tienes un arma, no tienes que disparar contra nadie y no parece que alguien te vaya a disparar, así que al final se supone que eres un jodido cobarde o que te estás volviendo loco de alguna de las mil maneras posibles. ¿Qué coño hay en tu cabeza?».

Es cierto, tenemos agua caliente y treinta días de vacaciones, siempre y cuando tengamos trabajo. Tomamos gintonics más caros de lo conveniente, compramos calzoncillos nuevos en *packs* de tres o de cinco en el H & M, renovamos nuestro imaginario viendo las series de moda. Cogemos taxis si llegamos tarde, viajamos al extranjero con frecuencia y nos hacemos fotos delante de estatuas, templos y maravillas de la naturaleza. De vez en cuando publicamos en nuestro muro de Facebook alguna noticia social, de esas que cabrean a todos los habitantes del planeta, sean de izquierdas o de derechas o de centro o de algún lugar de la periferia. Nos vestimos de gala para las bodas y ponemos muecas compungidas en los funerales. Somos modernos. Asistimos a presentaciones de libros y cortometrajes, vamos a festivales de música, acudimos al microteatro y a exposiciones de fotografía en blanco y negro, apoyamos el comercio justo y compramos artesanía indígena. Sin lugar a dudas, no tenemos mucho que ofrecer al mundo. No somos héroes, y puede que nunca lo seamos. Nadie espera nada de nosotros. Pero, joder, ¿es que no basta con tener que soportar todo esto?

«Para todos los que lucharon en alguna guerra habrá estrellas y para los demás no habrá nada. Qué es lo que te convierte en una leyenda, que tu nombre sea repetido por mil personas una sola vez o que una persona repita tu nombre mil veces. [...] Cada vez que veo la muerte de cerca me siento

como un extranjero.»

LOS ÚNICOS QUE PUEDEN HABLAR DE ACCIDENTES SON LOS ATROPELLADOS

No tenía que ir a trabajar. Había mentido a los policías, lo que me produjo una sensación a medio camino entre el orgullo y la vergüenza. Uno siempre se siente así cuando desafía a las autoridades.

Lo que hice fue acercarme al hospital para ver a mis padres. Hacía por lo menos seis meses desde la última vez que nos vimos. Cuando hablé con mi madre por teléfono y me dijo que mi padre estaba ingresado, también dijo que no hacía falta que fuera, y que me llamarían en cuanto le dieran el alta. Pero mi padre estaba mayor y me asusté.

No avisé a mis hermanos, no sabía si me los encontraría allí o no, lo que podía ser al mismo tiempo una buena y una mala noticia.

Llegué al Hospital Clínico y pregunté por mi padre en recepción. Subí a la tercera planta. Recorrí un pasillo repleto de cosas y de personas hasta llegar a la habitación. En la puerta me dijeron que no podía entrar. Estaban lavando a los enfermos.

Me quedé dando vueltas por la escalera de servicio. No aguantaba estar en el pasillo viendo a los enfermos pasear agarrados a ese palo de metal con ruedas que arrastran consigo en su deambular por los territorios de la enfermedad, ese palo que les mantiene atados a la vida por vía intravenosa. Odio los hospitales. No entiendo cómo María es capaz de ir a trabajar a uno de ellos a diario. No recuerdo quién me dijo una vez que los hospitales son cárceles con las puertas abiertas. Tenía razón.

¿Por qué estaba mi padre en el hospital? No tenía ni idea. Que yo supiera,

estaba en buena forma. ¿Por qué entonces estaba encerrado en una habitación mientras una persona que no le conocía de nada le tenía que limpiar el culo?

Pensé en ello. Pensé en lo duro que será cuando sea yo quien esté en esa situación y los hijos que aún no tengo sean quienes sientan hacia mí esa mezcla de compasión y bochorno.

Volví al pasillo, a la puerta de la habitación. Una enfermera salía en ese momento. Mi madre no estaba por ningún lado. Tomé aire y entré. Vi la ventana y la cama de un enfermo que no era mi padre. Seguí andando y entonces vi a mi padre, sentado al lado de su cama, con una bata blanca y varias vías intravenosas saliéndole del brazo. Nos miramos. Se extrañó.

—Hijo, no tenías que haberte molestado.

Intenté sonreír pero no fui capaz. Estaba conmovido. Me acerqué y le di un abrazo tibio. Mi madre apareció de repente. Traía una caja de bombones. Mi padre adora los dulces. Se dieron un beso. Luego se acercó a mí y me dio otro beso.

—No tenías que haberte molestado.

¿Por qué decían eso? ¿Por qué iba a ser una molestia ir a ver a mis padres?

Estuve con ellos media hora. Hablamos poco. Me sentía incómodo, pensaba que mis padres no querían que estuviera allí. Al rato dije que tenía que irme a trabajar, pero tampoco esa vez era cierto. Mi madre quiso llevarme en coche. Le dije que no se molestara, como me habían dicho ellos a mí, pero ella insistió y no pude negarme.

Me despedí de mi padre con un apretón de manos.

—Estoy bien, hijo. No te preocupes.

—Está bien, no lo haré.

—¿Cómo se llamaba el escritor del que estabas escribiendo?

—Ray Loriga.

—Ah, es verdad. ¿Le ha pasado algo? Estaba viendo las noticias y me ha parecido oír su nombre, pero estaba medio dormido y no me he enterado bien.

Si me lo hubiera preguntado antes le habría contado todo lo que había pasado. La muerte de Ray Loriga, el interrogatorio de la policía, sus sospechas y mi miedo. Pero mi padre era especialista en hacer las preguntas

cuando ya era demasiado tarde. Improvisé una respuesta para salir del paso y no tener que dar explicaciones.

—Hace mucho que no sé nada de él.

—Para mí que ese tipo no es de fiar.

Mi madre me agarró del brazo y me dijo que nos fuéramos ya, que no íbamos a llegar a tiempo. Salimos de la habitación y del hospital. Llegamos al coche y descubrimos que le habían puesto una multa.

—¿Noventa euros por no poner un tique? —dijo mi madre mientras arrugaba el papelito y lo tiraba al suelo.

El dinero. Siempre el mismo problema.

—Es igual, no podemos pagarlo.

Mi madre condujo despacio, a pesar de que ella pensaba que íbamos con prisa. Al final de la calle Princesa nos detuvimos en un semáforo, al lado del edificio España, donde hace muchos años hubo un lujoso hotel. Mi madre señaló una ventana y habló.

—Yo trabajé allí. Fue a finales de la década de los sesenta. Estaba interna para cuidar a una niña de una familia rica. La niña era insoportable. Yo era una adolescente, no había sido madre y no tenía mucho cariño a los niños, todo sea dicho. Cuando la niña se dormía yo llamaba a mis amigas desde el teléfono de la habitación y ellas venían al hotel. Pedíamos a recepción fruta y chocolate. Nos traían lo que quisiéramos. Eso era lo mejor. Lo peor era cuando salía de paseo con la familia por la calle Serrano y la madre de la niña me obligaba a llevar uniforme y cofia. Estaba ridícula. Menos mal que yo era de pueblo y no conocía a mucha gente en la ciudad. Si alguno del pueblo me hubiera visto así, a mí, la valiente y atrevida joven que con trece años se fue a la capital a ganarse la vida, ¿qué hubiera pensado? La vida es dura, hijo, pero al menos tenía trabajo. Ese mismo verano me fui con la familia de vacaciones a Benidorm. Aún no era tan impresionante como lo fue en los setenta, pero ya habían construido algunos rascacielos. Nos alojamos en uno de ellos. Una noche de julio, mientras todos estaban en la sala de la televisión del hotel viendo cómo el hombre llegaba a la Luna, yo estaba en el cuarto limpiándole los mocos a una niña repelente y marisabidilla. Ese día comprendí que mis sueños no se iban a cumplir jamás.

Habíamos llegado a Cibeles. El tráfico era denso y apenas se podía avanzar.

—Para cuando puedas, mamá. Voy a tardar menos si voy andando.

Puso las luces de emergencia y se desvió al carril bus. Le di un beso en la mejilla y me quedé un segundo mirando su cara, sus ojos, las arrugas de sus párpados.

—Si te sirve de algo, hijo, escribe lo que te acabo de contar. Pero no creo que le interese a nadie.

Abrí la puerta y salí del coche. Mi madre se alejó conduciendo. Fui consciente en el acto de algo que ya debía de saber, algo que quizá sabía ya, solo que me había negado a aceptar. Mis padres habían dejado de confiar en mí por culpa de lo que había escrito sobre ellos. Mis padres no querían que su hijo utilizara sus intimidades para hacer literatura. Me hubiera gustado decirle a mi madre que tenía razón, que la literatura no era tan importante y que le haría caso y no escribiría más sobre nuestra familia. Pero le habría mentido. Y es más vergonzoso mentir a tu madre que a la policía.

*

El Movimiento plagiarista que *creamos* Félix Blanco y yo, bautizados como Leandro Romaña y César Ruiz-Tagle, quiso ser desde el principio una llamada a la acción, una crítica de todos nosotros, una parodia de todos nosotros, una máscara, un laberinto, una trampa para ratones, un laboratorio, un espejismo y otras muchas cosas que todavía no es y que alguna vez será. La certidumbre de que todo está escrito nos anula o nos afantasma. Por ello, dando un salto en el vacío, podríamos decir que la literatura existe únicamente como plagiarismo. ¿No somos todos copia de copia de copia: plagiaristas de nacimiento?

Uno de los desencadenantes más poderosos de la escritura es la búsqueda de la originalidad, que suele traducirse, consciente o inconscientemente, en la mera y simple emulación. Es fácil encontrar en *Cocaína* una docena de frases, e incluso párrafos enteros, que podrían haber sido escritos, con mayor acierto, por Ray Loriga. Es curioso que algunos críticos compararan mi novela con *Historias del Kronen*, cuando los parecidos son anecdóticos y escasísimos, mientras que las deudas de mi estilo sincopado, fragmentario y sentencioso con algunos pasajes de los primeros libros de Ray son más que evidentes.

La literatura, el flujo clásico de la literatura, acepta y también está hecho de plagios consecutivos. Es decir, todos estamos escribiendo el mismo libro, a final de cuentas, y ese libro, a final de cuentas, es nada.

Esta afirmación es poca cosa dicha por mí. Pero si sabemos que fue pronunciada por el autor de *Los detectives salvajes* su trascendencia es otra. Si asumimos que Patricio Pron no habría escrito como escribe si no hubiera leído a Bolaño, que no habría escrito como escribía si no hubiera leído a Cortázar, que no habría escrito como escribía si no hubiera leído a Bioy Casares, que no habría escrito como escribía si no hubiera leído a Borges, que no habría escrito como escribía si no hubiera leído a todos y cada uno de los miles de autores que leyó, y que de algún modo plagió, entre ellos a Cervantes, quien creó una de las primeras novelas modernas fusionando los estilos, los temas y los géneros que se practicaban en su época, llegaremos a la conclusión de que estamos salvados, de que no estamos solos en esto, y de que todos somos, lo sepamos o no, escritores plagiaristas. Como lo fue el propio Ray Loriga.

El día que nos vimos en la Feria del Libro y le entregué *Los escritores plagiaristas* yo estaba muy nervioso. En la página de cortesía había escrito:

«Para Ray Loriga, este libro escrito desde el cariño, el respeto y la admiración.»

En ese momento Ray no leyó la dedicatoria. Ignoro si llegó a leer el libro antes de morir para comprobar por sí mismo la veracidad de aquellas palabras. Acto seguido Ray me devolvió firmado mi ejemplar de *Rendición*. Yo sí leí al instante lo que él había escrito:

«Para Daniel, de un plagiarista a otro.»

Que Ray Loriga reconociera al instante el neologismo que habíamos usado Félix Blanco y yo fue emocionante y catártico, como la primera vez que tu padre te invita a tomar un whisky con él. Significaba que habíamos entrado en el mundo de los adultos, en el mundo de los escritores que se profesan respeto. Significaba que había alguien que estaba dispuesto a tomarnos en serio. Significaba, en definitiva, que también nosotros podríamos llegar a ser escritores verdaderos y dejar de ser unos parias sin remedio.

No todos los escritores nos trataron con el mismo respeto que Ray Loriga. De hecho, solo Patricio Pron se había interesado por el Movimiento

plagiarista en sus inicios. Él fue de los primeros en leer *Doce cuentos del sur de Asia*, una antología de textos apócrifos de escritores asiáticos, y su reacción fue verdaderamente inesperada. Alabó el libro y la llegada de la Internacional Plagiarista, nos dio la enhorabuena e insertó la obra en una larga tradición de libros raros e imaginarios sobre escritores imposibles que arrancaba en Marcel Schwob, pasaba por Alfonso Reyes y por Borges, y llegaba hasta Bolaño.

Sin lugar a dudas, Ray Loriga y Patricio Pron fueron más generosos de lo que esperábamos.

¿Para qué leer a los jóvenes que imitan o parodian a los grandes escritores si todavía podemos leerlos a ellos?, me dijo un escritor con hechuras de académico en la fiesta que siguió a la presentación de *Los escritores plagiaristas*, y añadió: Si me das a elegir entre la copia y el original, entre la burla y la seriedad, ¿qué crees que voy a elegir? Por supuesto, no le contesté. Me limité a darle la razón, quizá porque aún no había bebido lo suficiente, y me fui a la barra para pedir otra cerveza, y luego otra y otra hasta que logré emborracharme y olvidarme de él, de la literatura y sus crímenes.

¿Por qué no me atreví a responderle cuando todavía estaba sobrio? ¿Por qué no le dije que todos los escritores, incluido él, son hijos de alguien, herederos de un imperio que no ayudaron a levantar y que existía antes que ellos? ¿Por qué no le dije que era más sensato desconfiar de un escritor que pretendía ser único y no asumía las deudas contraídas con sus padres que despotricar contra los escritores que solo querían ser agradecidos? ¿Qué era lo que teníamos que hacer los escritores plagiaristas para que nos tomaran en serio de una vez, a pesar de nuestra proverbial caradura e inmadurez?

Podría haberle dicho que la originalidad es la madre de la ignorancia, que todo texto es una transformación de otro texto, que todo está escrito, que no hay nada nuevo bajo el sol, que nosotros solo éramos unos principiantes, unos humildes aprendices y unos hijos desobedientes que habíamos venido a dar la batalla por la literatura y a agitar las aguas estancadas del mundillo literario. Pero no dije nada de eso. Me emborraché y esperé a que la noche llegara a su fin.

Antes de marcharme a casa me crucé de nuevo con él. Estaba borracho, y se mostró todavía más desafiante conmigo.

—¡¿De vuelta a la caverna, plagiador?! —me gritó al pasar por su lado.

Lo evité como pude y me largué sin decir adiós.

¿Habría servido de algo rebatirle, encararle, aceptar su provocación y pegarle un puñetazo y de paso explicarle la diferencia entre un plagiador y un plagiarista? No. Seguramente no. Lo que sí está claro es que la literatura gozaría de mejor salud si los escritores no bebiéramos tantísimo.

*

En junio de 2014, en la revista *El Estado Mental*, Ray Loriga publicó un artículo titulado «Ensayo sobre el plagio a Peter Handke». En él se detenía a reflexionar sobre la pertinencia del plagio, sobre su naturaleza y su origen, su necesidad y su refutación.

Escribe Ray:

«Llego a la conclusión, prematura, de que se plagia mejor cuando no se relee. Es decir, a escondidas del texto original. Puedo estar muy equivocado, pero para saberlo hay que tirar de ese hilo. Esta impresión se basa, creo, en que aquello que leímos hace tiempo está ya de alguna manera distorsionado, tanto por nuestra experiencia como por lo impreciso de nuestro recuerdo. Tal vez ni siquiera se asemeje demasiado lo escrito a lo pretendidamente plagiado, y esta puede ser la única manera de plagiar con cierta destreza. Ahora bien, para empezar, habría que plantearse por qué plagiar y si es realmente necesario. De que lo era al principio me caben pocas dudas. Es raro, por no decir insólito, el escritor que no responde como un cachorro a los gestos de sus mayores e intenta repetirlos, al fin y al cabo el aprendizaje en cualquier tarea tiende a ser obligatoriamente mimético, pero ¿y después? A un autor con cierta trayectoria, buena, mala, regular, pero asentada a la postre, se le supone ya una voz ¿propia? Si no original, tal cosa no es posible, sí al menos formulada a su imagen y semejanza. Una identidad. Con lo que es fácil concluir que a esas alturas, o bajuras, un escritor podría lícitamente plagiarse a sí mismo. Otra cosa es si eso tendría sentido. Y sin embargo rebrotan las antiguas lecturas como fantasmas reclamando su nombre.»

Imagino que Ray Loriga estaba atravesando una crisis de identidad en el momento en que escribía este artículo. Ese mismo año había publicado *Za Za emperador de Ibiza*, el hermano pequeño y grotesco, aunque soberanamente divertido, de todo lo mejor que había en *Tokio ya no nos quiere*. Camellos,

drogas y fantasmas. Soledad, aburrimiento, vacío. Pienso que Ray se estaba preparando para dar un giro a su escritura, que estaba leyendo a sus viejos referentes con una mirada distinta, que había descubierto que es preferible encender un fuego y compartir la comida con los habitantes de la selva antes que pasar la noche solo, a la intemperie, y rodeado de sombras.

El artículo continúa así:

«De niño solía cruzar las calles sin semáforo a la sombra de otro peatón que me pareciera más mayor y avezado en el peligroso arte de cruzar entre el tráfico. Lo he recordado hoy mismo al ponerme al cobijo de un lugareño mientras cruzaba la avenida Diez de Bogotá, plagada de coches y motos y microbuses atiborrados. Tal vez por eso el plagio. Protección y recuerdo enredados como los cables de un circuito destinado a mover las acciones del pensamiento de lo propio. Poco importa si es lícito o no. La seguridad es causa suficiente. La seguridad una vez asumido el riesgo de cruzar entre los coches. Hay que considerar el valor de la empresa. ¿Seguridad? Puede que esta sea una palabra demasiado exacta y osada o al contrario, ilusa e ingenua. ¿Qué seguridad puede haber en la escritura? Y de haberla, cómo no despreciarla. El plagio sin duda debe responder a otra causa. Algo más similar a la infección.»

El resultado de este viraje llegaría tres años después con *Rendición*, una curiosa distopía (aunque Ray demostró poco afecto por esta definición y prefería llamarla fábula), una historia hipnótica, una elaborada narración en la que resaltan los ecos de una voz conocida, de una cadencia reconocible y de una sensibilidad aprehendida. Aunque reconozcamos la impronta del joven Ray en la novela, esa tendencia innata a la reflexión fronteriza, esa mirada escéptica frente al progreso, ese fraseo intuitivo y el regusto por la metáfora florida y luminosa, *Rendición* despliega otros recursos, técnicas y soluciones narrativas que demuestran que Ray Loriga se había cansado de su propia voz, de su timbre y de su resonancia. Podemos decir que se había cansado de su personaje, de sus dejes y sus manías, lo que quedó patente en aquella entrevista que Ray concedió a Karina Sainz Borgo, y en la que le confesó que estaba harto de ser Ray Loriga. Incluso podemos afirmar que, por encima de todo, Ray Loriga se estaba cansando de dar una imagen de escritor atormentado, maldito o enfadado, como se evidencia en la respuesta que dio en *El País* a Manuel Jabois cuando este le preguntó qué sensación tenía

después de haber ganado el Premio Alfaguara: «No voy a pedir perdón por la suerte. ¿Se pide perdón por la desgracia?».

Ray termina su artículo con esta reflexión:

«Infección no puede ser. Resultaría demasiado fácil, y fácil nunca ha sido. La náusea amenaza con volver, el espíritu se debilita. ¿Cuánto dura el coraje, sea este prestado o no? ¿Es eso el plagio, un coraje prestado? Seguro que no. Tampoco un amor, ni un hurto, ni desde luego un homenaje. ¿Es posible plagiar? Seguramente tampoco. Entonces, qué triste sería siquiera intentarlo. El imitador no es un doble, el doble consume el engaño de pasar por el otro, el imitador conoce sus límites, parodia, no pretende ni por un momento ser. Así el niño en su juego no simula. El niño tampoco recuerda, la ansiedad lo consume todo. El próximo juguete, el próximo verano, el próximo partido, algún día un beso. El niño cuando está triste no repite una sensación, su tristeza es siempre nueva, presente. El niño no es el doble de nadie. La escritura, ¿debería aspirar a tanto?»

Nosotros, los plagiaristas, jamás podríamos expresar nuestras ideas sobre el plagiarismo con tanta lucidez. Me gustaría saber qué le habría dicho a Ray Loriga el escritor que me desafió aquella noche si hubiera leído este artículo. ¿Le habría tratado con la misma insolencia?

Nuestra respuesta, nuestra forma de envalentonarnos, nuestra tesis sobre el plagio, nuestra tabla de salvación y nuestro mapa para salir del laberinto, nuestra trampa, nuestra mejor arma contra la ignorancia y el desdén, siempre ha sido la misma: Lea detenidamente el Manifiesto plagiarista. El plagiarismo y el humor son cosas muy serias. Los escritores plagiaristas no sirven para nada. La literatura entera no sirve para nada. La literatura solo sirve para la literatura, y para el plagiarista eso es más que suficiente. En caso de duda, dude.

*

«Todos los escritores —escribe Ray en uno de los últimos capítulos de *Días extraños*— reconocemos miles de influencias, pero siempre le tememos al verdadero padre. Ahora que ya casi no me queda nadie, muerto Bukowski y muerto Carver, tengo la obligación moral de abrir mi maleta y empezar a sacar de ella todos los trajes que no son míos. No para devolverlos, sino para

enseñarlos con orgullo antes de robarlos para siempre.»

Días extraños es el tercer libro que publica Ray Loriga, una antología de textos autobiográficos plagados de aciertos, de extrañeza, de reflexiones mortuorias y vitalistas, de confesiones y de embustes, de franqueza, de miedo y de incompreensión. La edición de 1994, publicada por Ediciones Detursa, contiene textos de Ray que habían sido publicados ya en las revistas *El Europeo* y *El canto de la tripulación*, las páginas en las que se dio a conocer. A estos textos se unen fragmentos que parecen arrancados del diario del escritor.

En las primeras páginas aparece el retrato de Ray hecho por Alberto García-Alix. Pasado el tiempo, es fácil encontrar a decenas de artistas de todas las disciplinas que han sido retratados por García-Alix, pero entonces no debía de ser tan fácil, a no ser que fueran amigos, lo que sin duda es bastante probable porque Ray Loriga siempre tuvo muchos amigos.

Así explican el libro los editores:

«A modo de diario íntimo, Ray Loriga observa el mundo con la única mirada posible en nuestro tiempo; la de la percepción subjetiva. Reflexiones en voz alta, notas de paso, metáforas con garras que atenazan el corazón en los días extraños. El entusiasmo y el miedo. Los efectos del tiempo sobre el amor de los hombres. Si hoy, más que nunca, es revolucionario ser sincero, Ray Loriga nos lleva de viaje hacia la verdad privada. Esa, que aunque no salvará a nadie, mejorará el mundo.»

La edición es hermosa. Un libro azul marino con un revólver gris en la portada. Las decenas de erratas no afean lo suficiente un libro que además contiene varias fotografías en blanco y negro de José Manuel Castro Prieto. Lo encontré en una librería de segunda mano mientras pasaba la mirada de una estantería a otra sin buscar nada en particular. Me costó dos euros y cincuenta céntimos. Me lo llevé a la casa en la que vivía entonces con dos amigos, ninguno de los cuales había leído a Ray Loriga, y lo leí en una tarde con alegría y cansancio. «Finjo ser más orgulloso de lo que soy y, en realidad, solo quiero que me dejen en paz. Si un ejército enemigo invadiera el país, tendrían que llegar hasta mi lata de cerveza para que empezara a preocuparme.»

El libro arrastra y contagia todo ese cansancio que está en las dos primeras novelas de Ray. Un hombre empieza hablándonos de carreteras y de

sueños, de las conversaciones de un niño con su madre, recorre acontecimientos mínimos y hace paradas en la vida de un hombre que espera en casa bebiendo a que su mujer vuelva del trabajo, un hombre que habla del amor como si ya lo supiera todo de él y no esperara nada. «Hacer feliz a mi mujer se ha convertido en una prioridad. Mucho más ahora que antes. [...] Creo que la gente dice que se quiere mucho antes de empezar a hacerlo. Igual que se llora una muerte cuando aún no se ha tenido tiempo de sentir la ausencia. Después de cuatro años mi mujer se ha convertido en algo real. Algo que no depende de mi estado de ánimo. Ya no es parte del decorado. No se mueve detrás de mí como los paisajes. Está ligada a mi propio movimiento. Existe.»

Ese mismo hombre cruza el tiempo y la desesperanza a bordo de aviones solitarios, sin dejar de beber, y en mitad de algunos trayectos encuentra la lucidez necesaria para seguir escribiendo que escribe y que bebe y que todavía no está derrotado del todo. «No puedo creer que haya hecho todo esto. Alejar cualquier sensación real con respecto a mi pasado. Perdonarme lo imperdonable. Plantar un espantapájaros en la memoria. Borrar todas las huellas. Renacer. Y aún queda tiempo para unas cuantas reconstrucciones más. Para nuevos trucos de desaparición. Para sentarme y aprovechar una tranquilidad desconocida o para enterrar al que soy ahora sin una sola lágrima.»

Borras las huellas. Renacer. Nuevos trucos de desaparición.

Ese hombre, tan parecido a Ray, se recuerda a sí mismo que no siempre ha sido así y que le gustaría no seguir siendo así hasta el final de sus días. Orgulloso y atrevido, «lo último que se me ha ocurrido es que nunca voy a volver a ser un cínico», el hombre recupera el entusiasmo perdido y se disputa con los demás un lugar en el mundo. «Los únicos que pueden hablar de accidentes son los atropellados. Sinceramente, no sé de qué coño están escribiendo. A veces parece que tengo algo personal contra ellos, pero la verdad es que no comprendo nada de lo que hacen. Evidentemente, lo suyo no es lo mío y lo mío les suena a chino. Alguien tiene que estar equivocado. O a lo mejor no, a lo mejor son escritores que escriben en idiomas que no entiendo.»

El mismo hombre que empieza hablando como si fuera un niño termina asegurando que ya no quiere ser un niño, que intentar dejar de beber tal vez

no sirva para nada, que nos ha mentado, que no tiene miedo, y que sigue enamorado de la misma mujer aunque sepa que nunca podrá rellenar el hueco que han dejado en su vida sus propios fantasmas. «No me gustaría que me vieran ahora. Ni mis amigos, ni mi mujer, ni por supuesto mi editor. Porque ahora sencillamente no sé qué coño hacer. No sé por dónde ir. No sé cuánto he andado y no sé lo que me queda. No sé si se puede decir algo acerca de los sitios o las personas que no sea un juego al que ya hemos jugado todos. No sé si tratar de dejar de beber sirve para algo. No sé si beber era un asunto serio o solo una de esas cosas que hago, como vestirme de estrella del rock and roll, por ejemplo. No sé por qué hasta hace nada estaba tan seguro de acertar, ni sé por qué ahora estoy absolutamente convencido de haberme estado equivocando. Solo estoy seguro de una cosa. Dos días distintos te convierten en una persona diferente.»

Días extraños es el libro más personal y emotivo de Ray Loriga hasta ese momento, porque las máscaras en las que se había escondido en sus dos anteriores novelas ahora no están, y las fricciones entre realidad y ficción, entre narrador y autor, entre persona y personaje, se han difuminado hasta desaparecer. Ahora estamos seguros de que el hombre que nos habla, el hombre que bebe y que ama y que querría escribir mejor de lo que escribe es Ray Loriga, un hombre, un joven, que en muy poco tiempo y en muy pocos libros se había dado cuenta de algunas cosas que a los demás nos costarían una vida y unos cuantos libros innecesarios. «No quiero que cuando me vaya me sigan todos los que he sido. No quiero ver sus caras, ni oír sus chistes, no quiero nada de lo que hayan ganado; ni sus premios, ni sus robos, ni su suerte, solo un poco de lo que han visto y algunos de sus amigos.»

Los últimos capítulos del libro están dedicados a la escritura, al afán de superación, a la aceptación de ciertos errores y a la batalla generacional. El joven Ray se postula como un posible candidato a ser uno de los elegidos, todo lo contrario que ocurrirá algunos años después cuando le escriba a Rodrigo Fresán que solo es un escritor menor. Este es el razonamiento que despliega Ray Loriga para enfrentarse al mismo tiempo con sus predecesores y sus contemporáneos, una postura abiertamente hostil que con el paso de los años iría matizando hasta contradecirla:

«Todas las generaciones mejoran mucho cuando el tiempo ha escondido ya a los imbéciles. Entonces se quedan solas las gestas, los héroes, los dueños

del verdadero talento, las buenas ideas. Lo demás desaparece. Nadie se acuerda del resto de los niños que estaban también en la foto con sus medias sonrisas debajo de flequillos de domingo. Solo se habla del niño con el círculo rojo alrededor de la cabeza, el que descubrió la vacuna, cruzó a nado el océano, cambió el curso de la pintura o derrocó al régimen. Los demás niños salen de la foto para siempre, se esfuman para que su vulgaridad o su torpeza no fastidien la estadística. Para que sus caras vacías no arruinen el retrato generacional. Y así, con este sistema, se va creando el peso de la historia, que se arrojará después sobre los siguientes para ahogarlos por injusta comparación.

»En esas estamos. Como aún no se han marcado los círculos rojos, los supuestos dueños de las supuestas glorias pasadas andan riéndose de la cara de tontos que tenemos todos los de este curso. Al parecer el problema más serio es la falta de ideales. Ellos tenían ideales, nosotros no. Ellos estaban cautivados por la estética de la revolución, con sus pañuelos al cuello y sus banderas y nosotros le estamos cogiendo demasiado apego a la deserción. Ellos lucharon por las libertades y nosotros solo abusamos de ellas. Ellos eran algo y nosotros no somos nada.

»Tampoco hay que alarmarse. Todas las promociones han tenido desde siempre la certeza de ser superiores a la promoción siguiente. Es una ley natural. Lo realmente doloroso, lo que me jode, es verme condenado a la estupidez de mi grupo. Y ya sé que esto suena asquerosamente arrogante, pero si repartiéramos un rotulador rojo a cada niño, lo más normal sería que cada uno trazase un círculo a su alrededor.

»Creo en las generaciones tan poco como en los países o las razas. Me parece evidente que un mismo sol puede calentar a los grandes y a los miserables, igual que una misma bomba puede acabar con los héroes y los traidores. Resulta infantil olvidar que los opresores y los libertadores siempre coinciden en el tiempo, como los verdugos y las víctimas, y que sin mucho de los unos nunca hay nada de los otros.

»A los de ahora les ordenará el tiempo, de mayor a menor, y comparando las filas, se llegará a la conclusión, supongo, de que todos los grupos están hechos básicamente de lo mismo.

»Venir a estas alturas con que las películas buenas eran las de antes, dice muy poco a favor de los que pretenden demostrar que la inteligencia es un

bien limitado, como los carburantes, que se agota con el paso de los años. La pedantería de mis predecesores sería solo un mal chiste si no hubiera empezado a calar en los niños de mi clase, muchos de los cuales sujetan sus mismas tesis, convirtiéndose en loros que construyen su propia jaula.

»A estos, lo único que les pido es que no me manchen a mí con su mierda. Si no quieren salvarse que le pasen el rotulador rojo al siguiente.»

MORIRSE NO ES NADA EXTRAORDINARIO

Llegué a casa en veinte minutos. Hice pasta. Comí. Luego me acosté en el sofá. Me desperté al anochecer. Llamé a varios amigos con la intención de que me ayudaran a sobrellevar el luto. Dio la casualidad de que dos de ellos, que se dedicaban con mayor o menor fortuna al cine, daban una fiesta en su casa por los viejos tiempos, cuando todos éramos más jóvenes, más felices y mejores amigos.

Llegué allí con la cara desencajada. Lo sé porque eso fue lo primero que me dijo Pedro Martín-Calero nada más verme.

—Estás muy pálido, Daniel. Pareces un cadáver.

Fuimos al baño, me miré en el espejo. Más que un cadáver parecía un zombi. Tenía la cara blanca pero mis ojos estaban enrojecidos y las pupilas dilatadas, el pelo revuelto, la boca torcida.

Al salir me presentaron a Ernesto Lavalle. Mira, le dijo Pedro, este es Daniel Jiménez, el tipo que quería escribir una novela sobre Ray Loriga.

—Éramos como hermanos —me dijo Ernesto mientras me empujaba de nuevo al baño—. No entiendo qué ha podido pasar —dijo cuando nos quedamos solos.

Ernesto hablaba de Ray con una desafección que no supe cómo interpretar.

—De todas formas, no entiendo por qué quieres escribir sobre Ray. Estaba agotado. Es cierto que había ganado un premio y que escribió una buena novela, una novela diferente al resto de las suyas, pero tampoco fue para tanto. Ray se había quedado en el pasado. Quería vivir como si todavía fuera un joven escritor de éxito, guapo y famoso. Quería convertirse en una

leyenda antes de serlo, quería parecerse a Burroughs o a Lowry, estaba obsesionado con la idea romántica del bebedor y del fracasado. Cada día que nos veíamos me contaba alguna anécdota que ya había oído cien veces, como la de que estuvo en Nueva York tomando *crack* con los Sonic Youth. Hablaba de toda la gente a la que había conocido, pero nunca miraba hacia delante.

De pronto, como si hubiera recordado que Ray estaba muerto y había que recordarle con pesar, Ernesto bajó la voz y cambió el tono con el que había hablado hasta ahora.

—Si hubieras podido conseguir que te hablara del futuro, de lo que esperaba él de la vida, entonces sí me parecería interesante tu novela. Pero hablar de un escritor que parecía un muerto antes de estarlo no me parece una gran idea.

A esas alturas ya estábamos en la terraza de la casa fumando un cigarrillo. Ernesto me dio la espalda y empezó a hablar con un actor que quería ser camarero, o con un camarero que quería ser actor, no recuerdo muy bien el orden de sus preferencias.

¿Cómo era posible que no le pareciera una buena idea escribir esta novela? A mí, desde luego, me parecía la mejor idea que había tenido en la vida. Las palabras de Ernesto, lejos de desmotivarme, fueron otro estímulo más para seguir escribiendo sobre Ray Loriga. ¿Cómo no iba a hacerlo después de lo que él mismo había dicho? ¿De quién tenemos que escribir los escritores si no es de personas derrotadas, profundas, complejas, heridas, destrozadas y desesperadas?

Seguí un rato más en la fiesta, bebiendo cerveza y mezcal, tratando de olvidarme de Ray Loriga y de los escritores plagiaristas y de la investigación policial, hasta que una chica de unos veinte años se acercó a mí y empezó a hablarme demasiado cerca de la cara. No sabía por qué de entre todas las personas que había en la fiesta me había elegido a mí, pero eso no me impidió seguirle el juego. Nos dijimos algunas tonterías al oído y nos rozamos las mejillas, pero eso fue todo. Luego ella se dio media vuelta y yo me fui al baño con varias personas, algunas de las cuales fueron protagonistas de una famosa serie de televisión en los años noventa.

Malditos años noventa, pensé al salir del baño y comprobar que apenas quedaban cinco o seis personas en la casa. ¿Por qué seguía yo allí? Es bien

sabido que el último en abandonar la fiesta es siempre el intruso.

Lo que de verdad me hubiera gustado esa noche era estar con María, hablar con ella, contarle mi miedo y mi dolor, pero María estaba en Buenos Aires, Ray Loriga estaba muerto y yo estaba borracho. Había llegado ese momento en que seguir en la fiesta es inútil, pero había algo que me impedía marcharme. La misma chica se me acercó de nuevo y me dijo que sabía quién era yo, que había leído mi libro, que le había conmovido y que yo era una buena persona, a pesar de todo. Me dijo algo más que no recuerdo, pero sé que fue algo bonito, algo que hacía tiempo que no me decía María. Pensé en lo extraño que era aquello porque María me quería mucho más que esa chica pero no me lo decía, y yo quería a María mucho más que a esa chica, a quien no quería nada, pero tampoco se lo decía. Pensé que debía llamar a María en ese preciso instante y decirle que la quería y que iba a hacer todo lo posible por recuperarla, que estaba dispuesto a ir a Buenos Aires y empezar de nuevo, que todavía podíamos ser felices juntos y que nunca más volvería a hacerle daño.

Volví a casa solo, caminando en círculos, como si fuera un turista desquiciado. Vi amanecer desde mi ventana mientras pensaba que el canto de los pájaros era una advertencia o una señal de que nada volvería a ser como antes.

Un segundo antes de quedarme dormido recordé a la chica de veinte años. Me imaginé con ella en la cama. Me sentí estúpidamente feliz por haber logrado que una mujer se fijara en mí por acción y efecto de la literatura. Me acordé de Ray Loriga y de todas las mujeres que acudían en masa a sus presentaciones. Me acordé de Foster Wallace y de la entrevista que le hizo David Lipsky durante la gira de promoción de *La broma infinita*, en la que Wallace confesó que no había conseguido ligarse a ninguna mujer de las muchas que acudieron a sus presentaciones, lo que necesariamente le auguraba pocas esperanzas de conseguirlo en el futuro.

¿Es posible que Foster Wallace escribiera una novela complicadísima de más de mil páginas para conocer a una mujer? Me dormí con una idea penosa en la cabeza: ¿Hacemos esto simple y llanamente para follar?

Me levanté pasado el mediodía. A pesar del cansancio y la resaca llamé al restaurante para decir que esa noche ya estaba en condiciones de trabajar.

Mientras Tato Rivas Rosino aparecía en las noticias de las nueve

comentando lo afligido que estaba por la muerte de Ray Loriga, yo servía las decenas de tapas veganas que habíamos preparado en el restaurante para participar en el concurso Tapapiés: una cama de kimchi, compuesto por repollo fermentado, seta de cardo, pimentón, cayena y sirope de agave, coronada con una croqueta de kefta, hecha con champiñones, pipas de girasol, apio y cebolla, todo ello regado con salsa de yogur de soja y semillas de amapola. En la televisión, lo supe porque me lo contó Félix por teléfono, Tato Rivas Rosino dijo que Ray Loriga siempre estaría vivo en su corazón, que su obra le iba a sobrevivir, y que ese crimen no iba a quedar sin castigo.

—¿Qué crimen? —le pregunté a Félix—. ¿De qué está hablando este hombre?

—Ray no se suicidó —me dijo él—. Lo han asesinado.

*

Me preguntaba a menudo por qué Tato Rivas sí y yo no. Qué había hecho yo mal, y qué había hecho él tan bien. Cuántos amigos tenía él, y qué pocos tenía yo. Me convencía de que no era tan extraño, que en realidad era lo más normal del mundo, que al fin y al cabo el público demanda caras nuevas, que los viejos contertulios solo tenían cabida en Televisión española, que había que renovar la vestimenta y el peinado de los invitados, que tarde o temprano todos llegaríamos al mismo sitio porque los mayores se mueren y dejan los sillones vacíos y alguien tiene que sentarse en ellos.

Entre las causas primigenias que tiene un escritor para escribir sobre otro siempre está el deseo de imitarlo. También el deseo de rendirle homenaje y por supuesto también el de superarlo. Entre las consecuencias más perjudiciales de escribir sobre otro destacan la obsesión, la repetición y la pérdida de contacto con la realidad.

Si hubiera tenido Facebook, me habría dedicado a colgar fotos de mi gato mirando por la ventana y habría dejado de escribir.

Escribir es una pérdida de tiempo.

Mi madre me lo decía.

Me decía: Hijo, escribir no sirve para nada, ¿no te das cuenta?

Podía notar en su tono de voz algo parecido al resentimiento, como si en el fondo ella creyera que yo podía haber llegado más lejos. Quizás era por

eso, pero quizá también era porque mi madre sabía que todos los escritores, tarde o temprano, acaban escribiendo sobre su familia.

¿Por qué no te dedicas a cualquier otra cosa, hijo? Todavía estás a tiempo, me decía mi madre.

Si me hubiera dedicado a cualquier otra cosa, medicina, arquitectura, derecho, empresariales, seguramente habría sido más feliz. Podría haber sido jardinero, un buen jardinero, uno de esos jardineros que hablan con las plantas y aman la naturaleza y en cuanto llega el otoño se van con la familia a la montaña a recoger setas.

Fue David Foster Wallace quien habló del síndrome del impostor para describir ese odio irracional hacia uno mismo, esa sensación inmutable de ser un farsante, alguien que ha usurpado el lugar de otro, alguien que no merece la vida que lleva, alguien que está condenado de antemano. Wallace, encumbrado por la crítica y algunos lectores valientes, se suicidó antes de cumplir cincuenta años después de haber seguido un tratamiento contra la depresión durante la mitad de su vida. Una vez muerto, Wallace dejó de ser un hombre, dejó de ser ese farsante al que tanto temía, y se convirtió en una leyenda, lo que bien mirado no es más que otra forma de usurpación y ocultamiento.

Si yo no sintiera ese vacío del que hablaba David Foster Wallace, esa sensación fantasmagórica de ser uno y otro al mismo tiempo, que también estaba en Borges, nunca habría empezado a escribir. Lo que no quiere decir que haya que echarles la culpa a ellos de que yo empezara a escribir.

Mi madre tenía razón. Ser escritor es un destino triste para cualquiera. Te vuelve indiferente y obsesivo. Y cuanto más indiferente es uno hacia la política o los intereses ajenos, más obsesionado está con su propio drama. Mientras investigaba la vida y la muerte de Ray Loriga estaba dejando de lado, por ejemplo, el proceso de independencia de Cataluña o el juicio contra la trama Gürtel, como si esas cuestiones no fueran importantes o fueran competencia de otros, de Javier Marías, de Tato Rivas Rosino, de esos escritores, periodistas e intelectuales que siempre tienen a mano un comentario luminoso, un dato esclarecedor o una reflexión irrefutable. Yo nunca quise, ni habría podido, ser uno de ellos, lo cual me hacía sentir tan tranquilo como aislado.

Nadie me pidió nunca mi opinión al respecto de esas cuestiones, ni de

ninguna otra. Ni siquiera logré vender un artículo elegíaco sobre la figura de Ray Loriga en la revista *Tiempo*, donde había escrito varios reportajes literarios en los últimos años.

Una única vez me llamaron de un medio de comunicación digital con la intención de conocer mi punto de vista sobre un tema de actualidad: el consumo de cocaína entre los jóvenes. Pero yo ya no era tan joven ni consumía cocaína así que decliné amablemente la oferta. A cambio les ofrecí escribir un artículo sobre los beneficios de la dieta vegana para tratar determinadas enfermedades.

Llevaba meses trabajando en el restaurante vegano y debía aprovechar la oportunidad. Todas las conversaciones que escuchaba allí versaban sobre ese y otros asuntos. Se hablaba del salvajismo de la industria cárnica y lechera, de la tolerancia contra los intolerantes taurinos, de cooperativas de mujeres que fabricaban su propia cerveza y de grupos de consumo que no usaban plástico. Y cuando todos esos temas se agotaban, se hablaba de series de televisión, de destinos de vacaciones y de rencillas entre los trabajadores. Ser vegano no impedía ser vulgar.

Sin embargo, cuando me senté a escribir el artículo me di cuenta de que no sabía nada de eso. Llevaba más de un año en un restaurante vegano y todavía no sabía explicar la diferencia entre la heura y el tempeh, y cuando lograba recordarlo y decírselo a aquellos clientes profanos en cuestiones veganas, al día siguiente me preguntaban lo mismo y ya lo había vuelto a olvidar. ¿Cómo iba a ser capaz de escribir una sola línea sobre Cataluña, el juez Ruz o el toro de Tordesillas si había acostumbrado mi mente a la levedad y la indolencia?

Solo había una cosa que nunca olvidaba hacer y a la que prestaba una atención prioritaria y desmedida: beber.

*

Me seguía sorprendiendo cuando iba a una librería y encontraba *Cocaína* en uno de los estantes. Cuando lo veía allí colocado, revivía la sensación embargante y autocomplaciente de haberlo conseguido. Solo es un libro, es cierto. Un libro más. Un libro que tuvo pocos lectores y menos ventas, pero en el que había depositado todas mis esperanzas, mis miedos, mis

frustraciones, mi dolor. Puede que a nadie le importase mi vida o mi literatura, pero para mí la escritura seguía siendo el principal motivo por el que merecía la pena seguir vivo. Precisamente por eso la relación con María era cada vez más desequilibrada. Por eso se marchó a Buenos Aires. Ella quería tener hijos. Yo quería tener libros.

Pero no fue solo por eso.

—Esto no puede seguir así —me dijo María una noche mientras cenábamos—. Me levanto a las ocho y voy a la cocina a hacerme el café, abro la basura para tirar los posos y ahí están las latas de medio litro, como mínimo tres, a veces cuatro y cinco, depende del día. ¿Qué te pasa? ¿Qué problema tienes? ¿Es necesario que te bebas al día dos litros de cerveza? ¿Para qué? No lo entiendo, explícamelo porque no lo entiendo. La otra noche te quedaste solo y te bebiste media botella de ginebra. Solo. Hasta las seis de la mañana. Y al día siguiente venían mis padres y te levantaste tarde y de resaca y por supuesto no viniste a comer. Y cuando llegué a casa vi que había otras dos latas en la basura, y te habías ido a trabajar. ¿Qué te crees, que no me entero? ¿Para qué necesitas beberte un litro de cerveza antes de ir a trabajar? De verdad que no lo entiendo. Y así todos los días desde hace meses. No sabía cómo decírtelo, pensaba que no era para tanto, pero sí que lo es. ¿O acaso no ves tú que tienes un problema?

Sí, lo tenía, desde luego que lo tenía. Bebía mucho, dos o tres litros de cerveza al día, alguna copa de vino, una copa de ginebra a última hora de la noche. El problema, si me apuras, no era eso, no era beber, el problema es que ya ni lo notaba. O eso creía yo. Bebía antes de ir a trabajar y nada más salir. No bebía en el trabajo porque allí estaba entretenido y no tenía ni un minuto que perder, pero sí bebía antes y después, a las pocas horas de despertarme y antes de meterme en la cama, siempre más tarde de lo necesario.

Los días que tenía libres era peor. Me pasaba toda la mañana en casa, escribiendo, bebiendo y fumando, y solo me levantaba de la silla para bajar a por más cerveza. Por la noche quedaba con Rodrigo, con Borja, con Remón, y seguía bebiendo en las terrazas de Malasaña o de Lavapiés, y volvía a casa tarde y borracho y al día siguiente hacía exactamente lo mismo.

—Esto no puede seguir así —dijo María.

Acabábamos de pedir las bebidas. De hecho, mientras ella hablaba, yo

daba sorbos a mi cerveza.

—Tienes que hacer algo. ¿Por qué no pides cerveza sin alcohol?

—A veces lo hago.

—No, no lo haces nunca.

No era verdad, a veces sí pedía sin alcohol, incluso bajaba a por una al chino, pero era normal que ella exagerara. Le gustaba mucho eso, la rotundidad. Decir siempre y nunca para apoyar sus argumentaciones y zanjar la discusión, y reprochárselo era peor que asumir la sentencia.

—Bueno, a veces sí.

—¿Qué más da que lo hagas alguna vez? El problema es todas las veces que no lo haces, que son cientos.

Tenía razón, no podía negarlo. Cuando escribía siempre tenía a mano una lata de cerveza, y en cuanto se me acababa me levantaba a por otra, guardaba los cambios hechos hasta ese momento, que eran pocos, y bajaba al chino. Solo compraba una cada vez que bajaba, y me decía, bueno, Daniel, esta es la última. Pero nunca (nunca, como a ella le gustaba decir) era la última. Y así fue hasta que provoqué la ruptura.

—Te miro y no te reconozco —dijo María cuando ya habíamos llegado a casa, antes de lavarse los dientes y meterse en la cama.

Era cierto. Yo tampoco sabía ya quién era y en qué me estaba convirtiendo. Me fui a dormir al sofá. Lo llevaba haciendo una semana, desde el día que discutimos a gritos. Desde entonces no habíamos vuelto a tocarnos, y cabía la posibilidad de que nunca volviéramos a hacerlo.

No sabría decir por qué bebía tantísimo si el alcohol sacaba lo peor de mí, me destruía y amenazaba con destruir cuanto había a mi alrededor. Beber me hacía peor persona, me hacía infeliz, pero seguía escribiendo y seguía bebiendo ginebra con agua mientras escribía y pensaba que el alcohol me hacía peor persona. A veces pensaba: ojalá me acostara esta noche y no me despertara más, así dejaría de causarle problemas a María. Por supuesto, me faltaba valor para hacer algo así. Todavía no había perdido la cabeza del todo. Morir, además, no sirve de nada. Y yo no quería morir: quería cambiar. No quería estropear la vida de María. Quería hacérsela más fácil. Quería hacerla feliz.

Pero ¿y si ya no podía hacer las dos cosas? Pensaba: a lo mejor ya no quiero a María. A lo mejor es por eso por lo que mi mente lucha contra ella y

contra el futuro que nos espera si no paramos la máquina. La boda, el viaje de novios al Caribe, un hijo que llevará nuestros apellidos y nuestros genes, una casa en la playa al lado de la casa de sus padres. Una vida cómoda, tan cómoda y tan difícil como la de cualquiera. Preocupaciones nuevas, dar ejemplo, reponerse ante las adversidades. Hacer crecer la generosidad y ocultar el egoísmo. A ser posible, desterrarlo para siempre. Dejar de escribir, dejar de inventarme excusas para no afrontar la vida que me espera, un trabajo serio, comercial en una inmobiliaria, agente de seguros, visitador médico.

Pero no se trataba solo de eso.

Había defraudado a María, y me había defraudado a mí mismo.

Lo más probable era que después de aquella discusión ella se hubiera olvidado para siempre de esos planes.

Lo más probable es que fuera ella la que había dejado de quererme a mí.

*

Mario Vargas Llosa decía que escribir un libro es un *striptease* invertido. Al comenzar una novela el escritor está desnudo, pero mientras sigue escribiendo, poco a poco y sin darse cuenta, se va poniendo ropajes, accesorios, complementos y afeites que lograrán disimular la realidad que él intentaba transmitir de forma pura, ideal, hasta que ni él mismo pueda reconocerse en ella. «Pero lo que el novelista exhibe de sí mismo no son sus encantos secretos, sino demonios que lo atormentan y obsesionan, la parte más fea de sí mismo: sus nostalgias, sus culpas, sus rencores.»

Imagino que Vargas Llosa sabe de lo que habla puesto que varias de sus novelas tratan temas abiertamente autobiográficos. Varios amigos que hacía tiempo que no veía quisieron saber si todo lo que se contaba en *Cocaína* era verdad, si todo eso había sucedido, y si había sucedido tal y como se contaba. Me gustaría haberles dicho algo más inteligente, pero lo único que les respondí a todos fue que no, que no todo lo que se contaba en la novela había sucedido, pero que al haber sido contado era como si realmente hubiera sucedido.

Ningunas de las novelas escritas por Ray Loriga está protagonizada, o narrada, por una mujer (si exceptuamos esa estéril incursión en la novela

juvenil llamada *El bebedor de lágrimas*). ¿Quiere decir eso que es un escritor machista?

En casi todos los libros de Ray, eso sí, las mujeres ocupan un papel fundamental en la trama o, mejor dicho, en las maquinaciones de los protagonistas, ya sea porque quieren enamorarlas o porque quieren olvidarlas. El primer caso es evidente en *Lo peor de todo*, en *Héroes* y en *Días extraños*, donde la chica rubia es un anhelo constante de los narradores. A ella, «a Christina», está dedicada *Lo peor de todo*. *Tokio ya no nos quiere*, donde el protagonista escribe para olvidar a una mujer, está dedicada «a mi mujer, y a mi hijo». *Ya sólo habla de amor* cuenta la desesperación de un escritor arruinado que ama a quien ha dejado de amarle, situación similar, salvando las distancias, a la que pasaba Ray por esa época, por lo que puede dar la impresión de que es el propio Ray Loriga quien ya solo habla de amor. En *Trífero*, es el mismo doctor Saúl Trífero quien añora la vida al lado de su mujer Lotte. Y en *Rendición* es el narrador el que sospecha, no sin razón, que su mujer ya no le quiere.

En algunas de las entrevistas que concedí tras la publicación de *Cocaína*, varias periodistas me preguntaron por la escasez de escritoras en el libro. En efecto, en toda la novela solo se nombra a dos: Isabel Allende y Doris Lessing. A la primera como un fenómeno superventas incomprensible, mientras que se habla de la muerte de la segunda como uno de los sucesos que acontecieron el mismo año que la narración.

Para justificar esa ausencia no podía más que disculparme aludiendo a mi formación lectora, dominada por escritores, si bien nunca pensé que esa carencia pudiera ser tildada de machista, aunque lo fue, puesto que no era algo que hiciera, digamos, a conciencia. Me limité a aceptar las críticas y prometí enmendar ese error lo antes posible.

Es cierto que había leído menos libros de escritoras, pero también lo es que el protagonista de mi primera novela no era exactamente yo, y que su vida pivotaba entre la fuerte influencia de tres mujeres: su exnovia María, su madre y su hermana suicida, siendo además fundamentales en la trama otras mujeres como la psicóloga, la médica de cabecera y otra de las exnovias del protagonista.

En una de las fiestas a las que acudí después de la publicación del libro, se me acercó una chica que se presentó como escritora. En un mes iba a

publicar su primera novela. Le di la enhorabuena y luego ella me la dio a mí. Enhorabuena por tu novela, me dijo, la he leído con verdadero interés. También dijo que había leído algunos artículos escritos por mí, y que me seguía en Twitter. Me pareció halagador y reconfortante. Era cierto que la ausencia de escritoras en mi primera novela era flagrante, pero también lo era que al menos había conseguido una lectora entre las nuevas escritoras. Intenté que la vanidad no ocultara una realidad vergonzosa. Mi formación lectora era de todo menos igualitaria.

Esto escribió Ray Loriga en 1994: «Por fin tenía una mujer. Mientras andaba haciendo el imbécil, bebiendo en los bares, no paraba de pensar: una mujer te sacaría de todo esto. Una mujer te convertiría en uno de esos que escriben canciones. Una chica cariñosa con un buen culo hará de ti un hombre nuevo. Ordenará tu casa, esconderá el rencor en alguna parte y no volverás a verlo».

Esto escribí yo en 2016: «Te lo dice tu madre y también tu hermana. Te lo dice hasta tu médica de cabecera, una mujer divorciada que siente piedad de ti y te trata como a un hijo descarriado o a un hermano con cierto retraso. Te dice: búscate una buena chica con la que formar una familia. No debe de ser tan difícil, Daniel, el mundo está lleno de buenas chicas. [...] Tu doctora es una mujer maravillosa y se merece una segunda oportunidad y a lo mejor ella es la mujer que todas las mujeres de tu entorno te aconsejan encontrar de una vez para enderezar tu vida y escapar de la desesperación.»

¿Qué significan estos dos párrafos? ¿Qué hay detrás de esa desesperación, de ese rencor, de esa ansia por encontrar una mujer con la que hallar la serenidad y la seguridad que no somos capaces de alcanzar por nosotros mismos?

Caídos del cielo es, en verdad, una historia de amor. Llegó a la cuarta edición en solo dos meses. Lo sé porque esa, la cuarta, es la edición que tuve yo, publicada en mayo de 1995 por Plaza & Janés. Supongo que el éxito de los tres libros anteriores de Ray fue lo que aupó a esta a la lista de los más vendidos sin ser una gran novela. En ella, el hermano pequeño de un joven que mata a un vigilante de unos grandes almacenes y se da a la fuga cuenta lo que sabe de él y de la historia. El asesino, en su huida, rapta a una chica, que más tarde relatará los detalles de su aventura al narrador. Un asesino que está «harto de oír hablar de todo. Harto de dar explicaciones. Harto de que las

cosas fueran inevitables. Harto de que nadie pudiese ser de otra manera». Un hermano pequeño que se lamenta de que en realidad a su hermano «nadie le quería mucho. Nadie le quería nada». Y una chica que confiesa que si su padre muere «pensaré que es culpa mía y seré desgraciada para siempre. Le he pedido a Dios más de un millón de veces que le deje tetraplégico, pero ni caso». Tres personajes desarraigados, como suele decirse en algunos casos para no decir que son personajes incómodos, incompresibles o intolerables.

El relato va dando tumbos y saltos mientras el dueño de la pistola y la chica huyen por carreteras secundarias, como si fuera una *road movie* en la que suenan los Beatles, Hendrix y Madonna, y en la que la admiración fraternal del narrador se confunde a ratos con la defensa: «No digo que esté bien, no quiero que nadie se confunda. Solo digo que cada pistola tiene dos lados y a cada lado hay una persona y que si se explica bien la historia, no como lo contaron en televisión, la canción suena de otra forma. Aunque, eso sí, sigue siendo una canción llena de muertos».

Hay hermosura y verdad en la relación de los hermanos. Como también ocurre, aunque con menos credibilidad, entre el asesino y la chica.

«Morirse no es nada extraordinario», le dice él. «¿Qué coño estás diciendo?», le responde ella. «Es algo que leí en un poema de Robert Lowell.» Podríamos pensar que es desconcertante que un asesino lea poesía, pero es que toda la novela lo es. Al final, casi lo menos importante del libro es el asesinato, y lo que estamos leyendo es una conmovedora historia de amor y lealtad.

No es extraño que Ray Loriga hable de Dios en sus novelas. Aquella vez, en el parque de El Retiro, creo recordar que Ray dijo que era católico: «No creo en Dios, más bien él no cree en mí, pero yo sigo siendo católico». Por eso me enternecí al leer en este libro una reflexión sobre la existencia de Dios y sus capacidades: «A veces pienso que Dios existe para los demás y que, por alguna razón, no puede ocuparse de mí. A lo mejor hay un Dios que no es un Dios tan capaz como dicen. A lo mejor Dios es un poco torpe o un poco vago o incluso un poco imbécil».

Quizá lo mejor de la novela, o lo mejor para mí, lo que no es para nada lo mismo, sucede cuando los dos hermanos hablan por teléfono antes del final en una conversación hermosa y fatídica en la que el asesino se explica así: «No entiendo nada de lo que pasa. No soporto que me agiten y que digan que

he robado si no he robado y nunca pensé que pudiera encontrarme una pistola en la basura y sobre todo no me imaginé que matar a la gente fuera tan fácil».

Esa es, quizá, la lección más terrible y esclarecedora de esta historia mínima. Que matar a alguien puede ser tan sencillo como hacer clic.

No puedo recordar
el nombre de las enfermedades,
pero recuerdo el dolor

Al día siguiente de la fiesta vine a Valladolid porque me dijeron que acá había estado Ray Loriga. Fue durante la semana del cine de la ciudad. Ray había sido miembro del jurado del premio a mejor guion. Se hospedó en un hotel del centro en el que hacía frío y las sábanas estaban viejas. Lo sé porque eso me contó Rodrigo Sorogoyen que le había dicho el mismo Ray durante la gala de presentación del festival.

Rodrigo se presentó como un amigo de los plagiaristas, y le preguntó cómo se sentía al ser jurado de un premio tan importante. Ray le contestó que no estaba mal, que en el hotel hacía frío y que las sábanas estaban viejas, pero que sería peor estar picando piedra. Luego Ray se acercó a la que por entonces era la novia de Rodrigo. Mientras Ray intentaba ligar con ella, Rodrigo se reía a dos metros de distancia. Ray le miró un momento y se acercó a él. ¿De qué te ríes?, le preguntó. Es mi novia, dijo Rodrigo. Ray se cuadró y le hizo una reverencia. Os deseo lo mejor, les dijo a ambos, y se encaminó hacia la barra.

A la mañana siguiente Ray debía dar una conferencia sobre las conexiones entre cine y literatura en el salón de actos de la universidad. Se presentó con cara de pocos amigos pero cumplió con su cometido. Durante la charla, hablando de la adaptación al cine de la obra de Malcolm Lowry, *Bajo el volcán*, Ray dijo que el director había captado muy bien el sentir de un borracho porque el protagonista hablaba solo y en voz alta, como hacemos todos los borrachos, dijo al fin Ray. Lo sé porque Félix Blanco estuvo allí y habló con él al finalizar la charla. Cuando Ray le vio aparecer puso cara de susto y le dijo: Coño, plagiaristas, estáis en todas partes.

—Las historias extraordinarias les suceden siempre a los demás —me

dijo Félix cuando nos vimos en la puerta de un bar del centro a punto de anochecer. Me había pasado la tarde dando vueltas por una Valladolid fría y gris, esperando a que él terminara de trabajar—. Tal vez es cierto que la historia de Ray Loriga no es para tanto.

Entramos en el bar. Pedimos dos bebidas. Nos quedamos en silencio hasta que las trajeron. El camarero se dio la vuelta y Félix se enfadó.

—¿Y esto? Pago siete euros por un gintonic, un precio desorbitado se mire por donde se mire, y no solo porque haya palmeras en el bar y una fuente y luces tenues y flores de plástico en las mesas. Pago siete euros para que me lo sirvan en condiciones, joder, que yo pueda ver la botella que he pedido, que la copa sea de cristal de bohemia, con forma de balón, y me pongan unas bayas de enebro o una frambuesa o cualquier gilipollez semejante. ¡Esto es una estafa! Así va este país.

Las copas que nos habían puesto por siete euros cada una eran de tubo y no llevaban ni una mísera rodaja de limón, es cierto, pero aun así me sorprendió el enfado de mi amigo. Quise preguntarle por qué no se quejó cuando pagó casi doscientos mil euros por una casa de cincuenta metros cuadrados en una zona residencial donde aún no había ni farolas. Pero los amigos no preguntan esas cosas. Asienten con cara de resignación y sonrían con disimulo. Prefieren convertirse en cómplices antes que en delatores. Así va este país. En eso tenía toda la razón.

—Todos los que querían tener éxito se han ido de esta ciudad. Así que, de algún modo, los que estamos aquí hemos fracasado. —Félix movía su vaso mientras hablaba, como si tuviera en la mano una copa de vino—. Este país y esta ciudad ya no pueden ofrecernos nada.

—Igual los que se han ido piensan de otra forma. Tal vez sientan que los fracasados son ellos.

¿De qué estábamos hablando realmente? ¿En quién estaba pensando Félix?

El ambiente del bar era lúgubre, la copa estaba demasiado cargada, Félix estaba demasiado taciturno, Ray Loriga estaba muerto y yo empezaba a estar harto de tanto oscurantismo, pero se nos había metido dentro.

Salimos a fumar y seguimos hablando.

—A lo mejor todos nos dejamos engañar y no se trataba de eso, de triunfar a toda costa por encima de los demás, y recurriendo a cualquier

estrategia, aunque fuera ilegal, ilícita o directamente despreciable.

—¿A qué te refieres, Félix?

—En la vida hay tiempo para todo, Daniel. Hemos tocado fondo con la punta de la nariz, pero también hemos salido a flote.

—¿Cómo?

—Todo el mundo se merece una segunda oportunidad. Cada uno tiene que aprender eso por su cuenta y riesgo.

—Pero ¿qué dices?

—Supongo que, en el fondo, solo queríamos divertirnos. Como me dijo Loriga: Yo solo quería divertirme, pero he pagado un precio demasiado alto por unas cuantas noches de diversión.

—¿Ray? ¿Qué más te dijo?

—Yo también quise unirme a la fiesta, quise que me dejaran entrar aunque tuviera que cambiarme de ropa y ponerme unos zapatos caros, eso daba igual. Yo quería entrar allí para sumarme a la fiesta, divertirme hasta no poder más y luego, antes de marcharme, destrozarlo todo hasta caer desmayado en un sofá, demoliendo hoteles, demoliendo hoteles, como dice la canción, mientras alguien que no era yo limpiaba los vómitos y recogía los cristales rotos. Pero no nos dimos cuenta, yo no me di cuenta, de que la fiesta se había acabado cuando quisimos entrar.

—¿Eso te contó Ray?

—Nos hemos divertido mucho, sí, algunos más que otros, como pasa siempre, pero la fiesta ha terminado.

—¿Qué fiesta?

—Lo que ocurre es que la resaca está durando demasiado y ya somos mayores para que se nos pase con un zumo de naranja recién exprimido y un Espidifen disuelto en un vaso de agua tibia.

Habíamos entrado de nuevo en el bar. Félix se había acabado la copa de un trago y había pedido otra a pesar de su elevado precio.

—Dos policías vinieron a interrogarme —dijo de pronto.

—¿Y qué les dijiste?

—Nada. Dije que había visto a Ray Loriga dos veces en mi vida. Me preguntaron por ti, y les dije que eras tú el que había estado en contacto con él.

—¿Por qué les dijiste eso?

—Y me dijeron que ya lo sabían, que te estaban siguiendo la pista.

—¿Cómo?

—Fue todo muy divertido. Parecían dos personajes de una novelita policíaca pornográfica.

—¿Qué te dijeron sobre mí?

—Las novelas policíacas son un intento de ordenar el caos.

—Félix, hazme caso, por favor. ¿Tenían alguna prueba contra mí?

—En el fondo, los que están fuera están deseando volver. Estén donde estén y hagan lo que hagan, todos terminarán por volver. Como hice yo.

—¿De quién estás hablando ahora?

—Todos los escritores son unos asesinos.

—¿Qué?

—Eso fue lo que les dije a los policías, que todos los escritores somos unos asesinos.

—¿Cómo? ¿Por qué dijiste eso?

—Y que los plagiaristas también éramos unos asesinos. Unos asesinos brutales, insaciables.

Félix estaba delirando. Se había terminado su segunda copa y había pedido una tercera, pero ya no dijo nada más sobre el plagiarismo ni sobre Ray Loriga. Volvió varias veces sobre el tema de los expatriados, sobre lo que significaban el éxito y el fracaso en una sociedad profundamente capitalista, sobre la derrota y el dolor y las decisiones equivocadas. Estaba claro que Félix no tenía su mejor día, así que opté por seguir bebiendo en silencio.

Llegó la hora de cerrar, salimos del bar y nos quedamos un instante el uno delante del otro.

—Deberías hablar con Tato Rivas Rosino. Él también vino a verme.

—¿Cuándo?

—Él podría aclararte ciertas cosas.

—¿Sobre Ray?

—Sigue al conejo blanco.

—Félix, no empieces.

—Me voy a casa. La fiesta ha terminado.

No había nada que hacer. Ray Loriga estaba muerto, Félix se había vuelto loco y yo estaba perdiendo tiempo y dinero.

Nos despedimos con un abrazo tímido. Nada más darse la vuelta, Félix dio una patada a un contenedor de basura, pegó un grito y empezó a correr.

*

Una amiga decía que buena parte del triunfo de Ray Loriga residía en su nombre. El verdadero nombre de Ray es Jorge. Jorge Loriga Torrenova, nacido en Madrid el 5 de marzo de 1967, hijo de un ilustrador y de una actriz de doblaje. Ray explicó muchas veces que le empezaron a llamar así de pequeño, cuando jugaba al fútbol, y que le pareció natural publicar con ese nombre llegado el momento. Por supuesto, dado que Ray es plagiarista y mitómano, le encantaba que su nombre fuera el mismo que el de otros escritores a los que admiraba, como Carver, Chandler o Bradbury.

Ray admitió en muchas ocasiones la importancia que había tenido el fútbol en su vida, tanto cuando era jugador como cuando era mero espectador. Fue un fanático del Real Madrid, por lo que disfrutó de las dos Ligas de Campeones consecutivas que el Madrid ganó a las órdenes de Zinedine Zidane. El Madrid también fue mi equipo, aunque en mi caso la afición por el fútbol profesional se perdió al superar los veinte años.

Durante una entrevista antigua, hecha en Chile, Ray habló de la necesidad del fútbol para escapar, aunque sea por noventa minutos, de la mente de un escritor: «Cuando uno es escritor, no puede trabajar ocho horas al día y luego echar el cierre como si de un negocio se tratase. Si uno es escritor lo será siempre, las veinticuatro horas del día durante toda su vida. Para un escritor no existen las vacaciones. De hecho, yo solo soy capaz de olvidarme de que soy escritor cuando juego con mis hijos, lo que cada vez hago menos porque cada vez están más mayores y no quieren jugar con su padre, o cuando veo un partido de fútbol».

Yo jugué al fútbol con frecuencia hasta los treinta años. En mi último partido importante, si se puede afirmar algo así de un partido de una liga municipal, metí dos goles, uno con cada pierna, aunque finalmente perdimos. Al año siguiente hubo más partidos y más derrotas. Me di cuenta de que cada vez corría más despacio, perdía más balones y me lesionaba con más

facilidad. Los chavales de veinte años me superaban en carrera, me regateaban y tiraban a puerta con más potencia. Había llegado el momento de retirarme.

Cuando era pequeño, jugar al fútbol era mi única vía de escape contra la monotonía de los días, el aburrimiento de las tardes y la soledad que sentía cada noche cuando estaba en la cama a punto de quedarme dormido. Lo que se espera de un escritor es que hable de las noches que se pasaba en vela leyendo a Stevenson gracias a la luz de una linterna porque sus padres le habían obligado a quedarse a oscuras. Nada más lejos de mi realidad. Borges aseguraba haber leído *El Quijote* en inglés antes de haber cumplido cinco años. Yo, con treinta y seis, no he sido capaz de terminarlo en castellano.

Compararse con un escritor inigualable es otro de los patéticos intentos que hacemos los escritores para no desesperar, como si tuviéramos delirios de grandeza y estuviéramos pidiendo auxilio.

Miguel Munárriz me contó cuando hablamos, al día siguiente de la muerte de Ray, que una vez le propuso que escribiera poesía.

—¿Por qué no? Todos los escritores escriben poemas —le dijo—. Seguro que puedes hacerlo mejor que muchos de ellos.

Entonces Ray se rió, dio un trago a su cerveza y le dijo:

—No escribo poesía por dos motivos. Uno, porque entonces tendría que relacionarme con ellos, y todos los poetas son un coñazo.

—¿Todos? —preguntó Miguel riéndose, porque sabía que Ray era propenso al sarcasmo y a la generalización.

—Todos, menos Pepe Hierro, que en paz descansa.

Ambos habían sido grandes amigos de José Hierro, así que levantaron sus vasos y brindaron por él.

—Fue él quien me enseñó que las frases que no llegan hasta el final de la página no son necesariamente poesía.

—Y ¿cuál es la otra razón por la que no escribes poesía? —dijo Miguel.

Entonces Ray se puso serio y le respondió con esta pregunta:

—¿Cómo voy a escribir poesía después de haber leído a William Carlos Williams?

Al empezar a jugar al fútbol uno siempre tiene en mente a un jugador al que analiza y trata de imitar. Cuando uno empieza a escribir ocurre

exactamente lo mismo. El jugador intenta imitar los regates, los pases y la forma de moverse en el campo de su ídolo. El escritor intenta imitar el estilo, el tono y la forma de estructurar la narración de su maestro. En los talleres de pintura el principiante comienza pintando los cuadros que admira. Copiar es la metodología básica del arte, su naturaleza. La imitación está en el origen de la poesía, escribió Aristóteles en su *Poética*, pero no hace falta ponerse solemne para aceptar que lo nuevo surge a raíz de lo viejo y de lo ajeno, que puede haber hijos sin hijos pero no hijos sin padres, y que la originalidad no consiste en no parecerse a nadie, sino en parecerse a todos. Uno aprende a escribir por ósmosis, dejándose contaminar e influir por los demás escritores, siempre y cuando uno sea decente y agradecido.

A lo largo de mi trayectoria como futbolista *amateur* hubo varios jugadores a los que quise parecerme. Butragueño, Michel, Hagi, Luis Enrique, Redondo, Zidane, Raúl. Nunca llegué a jugar como ninguno de ellos, pero de todos traté de aprender una característica esencial de su juego. La destreza, la precisión, la potencia, la versatilidad, la impetuosidad, la elegancia, la lucha.

A lo largo de mi trayectoria como escritor he tenido como referentes a otros tantos escritores. Borges, Bolaño, Georges Perec, Carver, Foster Wallace, Emmanuel Carrère, Ray Loriga. Jamás escribiré como ellos, pero eso no evita que intente a toda costa que su influencia y sus dotes se trasluzcan en mi escritura. Así la erudición, la desmesura, lo extraordinario, la claridad, la solidez, el rigor y la autenticidad.

A pesar de haber sido uno de los primeros escritores españoles que se aprovechó de su estética para promocionar un libro, o precisamente por eso, Ray Loriga fue auténtico. En la portada de *Héroes*, Ray aparece posando con el pelo largo, varios anillos gigantes en los dedos y una litrona en la mano. Una imagen que recordaba a los icónicos retratos de las estrellas del rock, a Jim Morrison cuando posó con el torso desnudo, a Kurt Cobain y sus gafas ovaladas.

Pero la relación entre la foto de la portada y el libro estaba justificada, puesto que el protagonista de la novela, que podía ser y no ser Ray Loriga, era un joven deprimido y deprimente que por encima de todo quería escribir canciones. No se trataba solo de una estrategia de marketing, que también. Había una estrecha conexión entre la escritura sincopada y agresiva de Ray,

entre su tono y su tempo, entre sus referencias y sus metáforas, que le situaban en la vanguardia de la nueva narrativa española de los años noventa. Si Ray estaba adecuando su escritura a los nuevos tiempos, si de alguna manera estaba cambiando la postura del escritor frente a la realidad, menos extemporánea y más contundente, si se estaba comportando de una manera diferente y transgresora, lo lógico era que sus fotos y las portadas de sus libros también lo fueran.

Lo curioso es lo hartó que acabó Ray Loriga de esa foto, de esa estética y de su posterior encasillamiento. En una de las muchas entrevistas que concedió antes de su muerte, cuando le preguntaron sobre su imagen en los medios, sobre las recurrencias de la prensa a la hora de hablar de él, Ray afirmó sin concesiones: «Estoy hasta los huevos de la etiqueta rock and roll».

Después de comprobar que en el noventa y nueve por ciento de las entrevistas que le hicieron tras la publicación de *Rendición* se usaba esa fórmula en algún momento, bien dentro de una pregunta o en la entradilla de la noticia, era normal que Ray Loriga, a sus cincuenta años y con varios mundos a sus espaldas, detestara la torpeza o la inercia de los periodistas que seguían usando esa etiqueta para describir a un escritor que llevaba años huyendo de ella.

No creo que ninguno de esos periodistas lamentara la muerte de Ray Loriga, porque ellos ya lo habían enterrado. Si nadie hacía nada por evitarlo, solo era cuestión de tiempo que, pasadas la euforia elegíaca y la falsa aflicción, los libros de Ray Loriga acabaran dentro de la misma tumba.

*

«No puedo recordar el nombre de las enfermedades, pero recuerdo el dolor. Como alguien que ha perdido la casa y aún guarda la llave.»

Para escribir *Tokio ya no nos quiere* Ray dio un giro a su narrativa. Amplió sus referentes literarios, renovó su escritura, memorizó otros pasajes y vivió muchas vidas en muy poco tiempo. Viajó mucho, leyó más, miró el mundo con la mirada del hombre a quien quería parecerse, escribió desde un lugar menos incómodo y más reposado (él mismo dijo que, antes de pasarse al ordenador, sus dos primeras novelas las había escrito en una máquina de escribir y que en varias ocasiones, para evitar el laborioso proceso de

corrección que para él implicaba dejar de escribir, recortar los folios y pegar los pedazos para que el texto continuara, optaba por dejar la primera versión de lo escrito), cuidó de su primer hijo y amó, o imagino que amó, a su mujer, la chica rubia de las primeras novelas, con una exultación menos desgarrada aunque seguramente igual de intensa.

Desde la publicación de *Caídos del cielo* hasta la aparición de *Tokio ya no nos quiere*, en 1999, pasaron cuatro años, los que tardó Ray en dar forma a este libro que la crítica consideró al fin una novela madura. Después de tres novelas que se habían calificado como juveniles, en el sentido más amplio de la palabra, centradas en personajes jóvenes, perdidos y atacados por el mismo nihilismo que recorría cierto tipo de literatura que bebía directamente de la generación *beat*, Ray Loriga se hizo mayor.

En ese intervalo de tiempo, además, Ray dirigió la película *La pistola de mi hermano*, cuyo guion estaba basado precisamente en su novela *Caídos del cielo*, si bien, como señaló un crítico por entonces, Ray había sido infiel a sí mismo a la hora de trasladar la novela a la pantalla. Entre medias también había publicado al menos dos relatos de relevancia, uno en la antología *Páginas amarillas*, titulado «Nunca llores delante del carpintero», un cuento corto sobre una pareja y unas grietas en el suelo donde se puede descubrir la impronta del joven Loriga, tan cansado como siempre, cuando dice: «Me sentía mal, pero no mal de una manera nueva, sino mal como toda mi vida, como al principio»; y otro en el libro *McOndo*, la ya mítica antología de textos irreverentes y con afán provocador dirigida por Alberto Fuguet y Sergio Gómez.

La edición de *Tokio* que reeditó Alfaguara cuando se hizo con todos los derechos de la obra de Ray solamente hizo alusión a las críticas de medios extranjeros, como si los críticos españoles no tuvieran el suficiente caché para dar lustre al libro. Como si todavía necesitáramos que alguien de fuera viniera a descubrirnos el valor de lo que teníamos dentro.

Para *The Guardian*, *Tokio* era «una original y convincente crítica de la vida moderna».

Para *The Washington Post*, era una «magnífica y enigmática novela. Une brillantemente estilo e historia».

Para *The New York Times*, el medio que había nombrado a Ray «estrella del rock de las letras europeas», en esta novela había ecos de Ballard, Dick,

Gibson, Burroughs y Houellebecq, «pero Ray Loriga añade un anhelo romántico y su original ingenio a un tipo de héroe cada vez más frecuente».

En España, las críticas fueron menos rimbombantes. Alguien dijo que Ray se había cansado ya de su estilo rítmico, de su tendencia a la escritura epigramática o sentenciosa, de su «original ingenio» y sus malabares sintácticos, de su pose rockera y atrabiliaria, que se había cansado de sí mismo, o del sí mismo que había construido hasta entonces para los otros. En cualquier caso, es indudable que *Tokio* supera en ambición, refinamiento y efectividad a sus tres anteriores novelas.

Leí *Tokio ya no nos quiere*, el libro más célebre y celebrado de Ray, en una edición que conseguí en una biblioteca pública porque a los pocos años de su publicación se había convertido en una obra inencontrable. Lo leí en pocos días, y a los pocos meses lo olvidé. Ese era, precisamente, el tema principal de la cuarta novela de Ray: la necesidad de olvidar para seguir adelante.

El protagonista del libro es un vendedor de sustancias químicas que borran los recuerdos a placer. El problema, o uno de los problemas, es que la química acaba devorando más recuerdos de los que el consumidor había planeado eliminar, por lo que los efectos adversos de la ingesta masiva de esas sustancias acaban por ser peores que los beneficios prometidos.

Leí *Tokio ya no nos quiere* en una época difícil. No tenía trabajo, ni dinero ni perspectivas de conseguirlos, y había tenido que volver a casa de mis padres. Mis padres no tenían trabajo, ni dinero ni perspectivas de conseguirlos, pero tenían una casa. Unos días después me enteré de que debían casi un año de alquiler y que el casero había dado parte a la policía para que procedieran al desalojo. Antes de que llegara ese momento, mi madre consiguió un trabajo como limpiadora en unas oficinas y yo empecé a trabajar en un restaurante. Entre los dos logramos reunir el dinero suficiente para reanudar los pagos mensuales, y el casero se fió de nosotros cuando le juramos que le pagaríamos los meses anteriores en cuanto tuviéramos oportunidad. Pero no lo hicimos. Unos meses después me volví a independizar dejando a mis padres solos con sus pesares y sus deudas. Al poco tiempo, una mañana soleada que prometía un día agradable, la policía se presentó en la puerta de la casa de mis padres, que no era su casa, y les obligó a abandonarla en veinticuatro horas.

Todos fuimos allí para ayudarlos con la mudanza. Yo me había partido un hueso del pie en un partido de fútbol y tenía la pierna escayolada hasta la rodilla. Mi función aquel día se limitó a ordenar y vigilar. Me quedé en la puerta de la casa mientras mis hermanos ayudaban a mis padres a meter todo en cajas y llevar los muebles a la furgoneta que habían alquilado. Llevamos todas las cosas a casa de mi hermana pequeña, que por entonces vivía con su pareja en una casa amplia con trastero, donde se fueron apilando las cajas, los muebles y una incurable desolación.

No puedo asegurar que una cosa tenga que ver con la otra, pero me atrevo a conjeturar que el desahucio de mis padres fue decisivo a la hora de reorganizar mis referentes. Me enamoré de la imagen esplendorosa del autor literario al mismo tiempo que desmitificaba la figura de mi padre. Cuando ves a tus progenitores cayendo por el precipicio, arruinados y desdichados, embalando utensilios de cocina, discos no vendidos, papeles inservibles y los restos de comida de la nevera, tu admiración hacia ellos se confunde con la compasión mal digerida.

¿Qué había pasado? ¿Qué es lo que habían hecho mal? ¿No habían trabajado duro durante toda su vida para sacar adelante a sus hijos? Nosotros lo habíamos conseguido. Estábamos preparados, teníamos una casa de alquiler, teníamos trabajo y teníamos todo el futuro por delante. Pero ¿qué pasaba con ellos? ¿Qué tenían? ¿Qué les depararía el futuro y cómo podíamos nosotros amortiguar esa caída y ayudarlos a levantarse?

Mi hermana pequeña los acogió en su casa. Mi hermana mayor los ayudó económicamente. Mi hermano se preocupó por estar con ellos cada día. ¿Qué hice yo? Poco o nada. No podía darles dinero, ni conseguirles trabajo ni ofrecerles apoyo moral porque nunca lo había hecho hasta entonces y no sabía cómo hacerlo. Me limité a esperar que las cosas mejoraran. Y cuando mejoraron y mis padres volvieron a alquilar una casa y todo parecía haber vuelto a la normalidad, mi hermana se ahorcó.

Ray Loriga, más bien el protagonista de *Tokio ya no nos quiere*, escribe para intentar recordar a una mujer que se fue, mientras recorre ciudades decrepitas o fabulosas, practica sexo con mujeres y con hombres, toma drogas para paliar la tristeza del olvido y recurre a la química para olvidar la tristeza de los días. En las primeras páginas del libro escribe: «Al parecer mi hermana se ha suicidado con una escopeta de caza. Lo raro es que no

recuerdo tener ninguna hermana. En casa se preguntan si asistiré al entierro. Yo me pregunto lo mismo».

Solo al releer el libro me di cuenta de la paranoia del protagonista. «Supongo que soy la clase de persona que al ver en televisión el retrato robot de un asesino se encuentra siempre algún absurdo parecido.» La ausencia de recuerdos favorece la psicosis. También lo hace la rememoración obsesiva de ellos. Desde que mi hermana se suicidó pasé a recordar mi vida desde otro prisma. Todo lo que había vivido, dicho o presenciado adquiriría un nuevo sentido a la luz de aquel suceso. Igual que Borges presintió tras leer a Kafka que toda la literatura que le precedía había sido una larga espera, yo sentí que toda mi vida había sido un simulacro, un ensayo que se repetía cada mañana hasta que una bomba de relojería estalló en mitad del escenario, lo destrozó de arriba abajo y dejó al descubierto la vida real.

Qué bien me hubiera venido un poco de esa química que vende el protagonista sin nombre de la novela para olvidar lo que le pasó a mi hermana y lo que sucedió en mi familia tras ese dramático incidente. Pero olvidar no sirve de nada. No te hace más sabio ni más cuerdo. No te enseña a calibrar tus miedos ni a dominar tu ansiedad. Los recuerdos, en cambio, son, o pueden llegar a ser, didácticos. El problema, como también decía Borges, es que los recuerdos son una invención, una mera representación. Con el paso del tiempo, uno ya no recuerda el hecho que intenta recordar, sino la última vez que recordó el hecho en sí. La siguiente vez que intentamos recordar, recordamos la anterior vez que recordamos el hecho en sí, y así vamos construyendo una realidad de planos superpuestos y escalonados, como los pliegues de una falda, como las faldas de una montaña.

«¿Qué he olvidado?», se pregunta el narrador y protagonista de la novela cuando los efectos de la química han acabado con su memoria, su resistencia y su equilibrio. «Todas las oraciones, el nombre de mis padres, la sombra de los árboles junto a la valla de mi colegio, el mundial de fútbol del 78, si he ido alguna vez en barco, las heridas de bala, si las ha habido, los hijos, si los hay, sus caras, las caras de un millón de mujeres, por alguna extraña razón no demasiadas películas, pero desde luego algunas, números, puede que algún idioma, mañanas, tardes, noches, el sabor de muchas cosas y también el color de muchas cosas, cientos de canciones, cientos de libros, favores, deudas, promesas, direcciones, amenazas, calles, playas, puertos, ciudades enteras, he

olvidado Berlín y he olvidado Roma, por supuesto no he olvidado Tokio, he olvidado el día de ayer, completamente, como olvidaré el de hoy y después el de mañana. ¿Qué más he olvidado? La he olvidado a usted, señora mía, y he olvidado el jardín y la piscina y he olvidado todas las heridas en mis propias manos pero sintiéndolo mucho y no sabe usted cuánto no he conseguido olvidarla a ella.»

No está hablando de su hermana, está hablando de ella. La mujer con la que estuvo en Tokio, la mujer que tenía miedo a volar.

No voy a contar qué pasa con esa chica, qué pasa con la memoria del protagonista, con las tribulaciones de Ray Loriga ni con el miedo que tuve yo cuando leía este libro. «Lo que da miedo no es el fuego, sino lo que queda después del incendio y después del incendio no queda nada.»

Es curioso que un libro sobre la pérdida y el dolor deje a su paso un alud de recuerdos y certezas, un rastro de pistas, falsas o premonitorias, sobre la futura e imprevista muerte de Ray Loriga cuando escribió: «Me siento como un asesino después de quemar sus guantes de goma. Convencido de que las huellas que encuentren en mi propia vida no serán las mías». O bien: «La decoración en estos hoteles es tan normal y tan extraña, que el suicidio parece la única solución natural». Y finalmente: «Sea lo que sea lo que tenga que venir y lo que haya pasado antes, una cosa es segura, la muerte no me encontrará bailando».

¿Qué pasó realmente cuando la muerte tocó la puerta de Ray Loriga? ¿Qué estaba haciendo en ese momento? ¿Fue él quien la llamó? ¿Fue otro? ¿Fui yo?

«Me siento como un hombre que camina ileso entre los restos de un avión estrellado y se dice a sí mismo, no sin cierto entusiasmo: Aquí precisamente, es donde empieza mi vida.»

Ojalá eso fuera cierto y todo esto no sea más que el principio de algo nuevo, un nuevo hogar, un nuevo libro, una memoria nueva. Pero quizá ya es demasiado tarde y es verdad lo que dice el protagonista de esta novela cuando afirma: «Al final cualquiera se siente un verdugo en casa del ahorcado».

*

En una de las últimas entrevistas que concedió, Ray Loriga contó esta

anécdota:

«Cuando estaba en el instituto gané un premio de relatos. Había sido el único concurso al que me había presentado en mi vida hasta que envié la novela al Premio Alfaguara. Me presenté al concurso de relatos y lo gané. Y me dieron diez mil pesetas, que entonces era mucho dinero. Pensé, joder, esto no está mal, diez mil pesetas por cuatro folios. Merece la pena intentarlo, ¿no? Yo no quería ser rico con la literatura, solo quería estar tranquilo. Y bueno, parece que lo he conseguido. Cualquier escritor que empieza querría estar en mi lugar en este momento.»

Ray lo intentó y lo consiguió. Era un escritor bien posicionado, feliz y satisfecho. Había conseguido lo mismo que habían conseguido todos mis amigos de La Majada que no se dedicaban a la literatura. Los ingenieros, los arquitectos, los profesores, los funcionarios. Lo habían conseguido también los albañiles y los teleoperadores que contaban con la ayuda económica de su pareja. Lo habían conseguido todos.

Menos yo.

Yo tampoco quería ser rico. Yo quería lo mismo que Ray: estar tranquilo. Pero la literatura difícilmente aporta estabilidad mental, emocional y económica. Pensaba: ¿Y si me he equivocado? ¿Y si yo también quería lo mismo que ellos? Una casa con jardín en una urbanización nueva de La Majada con una piscina con forma de riñón, pistas de pádel y zonas verdes, una hipoteca a interés variable, un asesor financiero, un abogado de la familia, un hijo que lleve mi nombre y mi apellido, los viernes al estreno de una película de superhéroes o de animación, los sábados al zoológico, al parque de atracciones, al planetario o al teleférico, los domingos a comer paella en casa de la abuela de mi mujer, un carné de socio del gimnasio del centro comercial, la tarjeta de compra de El Corte Inglés, el 3 × 2 del Carrefour, el último modelo de Nike para salir a correr por el parque, vacaciones en el Caribe en un resort con pulserita, Nochebuena en casa de papá y mamá, Navidad en casa de los suegros, Nochevieja viendo por televisión la gala de Fin de Año en Televisión española, cervezas y palomitas para ver la Champions League con los amigos, algún fin de semana en la montaña, alguno en la playa, otro más disfrutando de un *pack* multi-aventura, *rafting*, *puenting*, *trekking*, una tarde de toros en Las Ventas, una semifinal en el Bernabéu, un concierto en el Palacio de los Deportes, una despedida de

soltero en Ibiza, el mismo traje para las bodas y la misma mueca afectada y comprensiva para los funerales.

¿Y si era eso lo que yo quería conseguir en la vida y no había podido hacerlo? ¿Y si era eso, simple y llanamente eso, y no escribir libros?

Solo unos meses después de publicar *Cocaína* ya había vuelto a trabajar en un restaurante porque el círculo se había vuelto a cerrar, el dinero del premio se había agotado, y no me quedó más remedio que volver a la hostelería, ese lugar del que quizá nunca debería haber salido: el sector terciario.

Hola, buenas noches, cuántos son, pasen por aquí, qué desean tomar.

Eso se me daba bien. Poner buena cara, servir bebidas, llevar platos, retirar platos. Los jefes estaban contentos conmigo. Me daban de cenar. Cobraba un sueldo a final de mes y me ganaba buenas propinas. ¿Qué más se podía pedir?

Una noche, poco antes de la discusión que determinó nuestra ruptura, María me dijo que sí, que bueno, que estaba bien que volviera a trabajar, que necesitaba dinero y una rutina para salir del bache, otro bache, pero que mi destino era la literatura. Entonces me reí. Con todo el tiempo que me costó convencerla de que la literatura era mi salvación, me resultaba extraño, casi ofensivo, que ahora que pensaba abandonarme quisiera alentarme a seguir escribiendo.

—Tienes un compromiso.

—¿Con quién?

—Contigo mismo. Con los lectores.

—¿Qué lectores? En este país no hay lectores —dije con altanería—: Solo telespectadores.

—¿Qué pasa con los que han leído tu libro?

—Eso digo yo, ¿qué pasa con ellos?

—Tú sabrás.

—Nada, realmente no pasa nada. Han sido pocos, todos ellos valientes y audaces, personas maravillosas que han sufrido, han reído, y puede que hasta hayan llorado para nada.

—¿Por qué para nada?

—Porque los que estaban enfermos siguen estándolo, los que estaban

deprimidos puede que estén todavía peor, los que estaban solos se seguirán sintiendo solos, los tristes, los raros, los miedosos, los estupendos, los engreídos, los fabulosos, todos, todos ellos, siguen siendo o estando como estaban antes de haber leído el libro.

—¿Y qué es lo que esperabas?

—Pues no sé, qué sé yo, quizás esperaba que hubiera un eclipse, un apagón, y que al encenderse las luces todos empezáramos a ver lo que nos habíamos negado a ver, las sombras, las dobleces, las trampas. Esas cosas.

María no apreció la ironía y me reprendió con la mirada. Guardó silencio unos segundos hasta que dijo algo que yo ya sabía y que no necesitaba oír.

—Solo has escrito un libro, Daniel. Eso es todo.

Tenía razón. Solo era un libro, y por eso después del ruido y la furia me tocó volver a poner cañas en un bar. La literatura se puede ir muy a tomar por el culo, pero todo el mundo espera que alguien le sirva una cerveza bien tirada en alguno de los bares del centro de Madrid. Y para eso estaba yo.

Hola, buenas noches, cuántos son, pasen por aquí, qué desean tomar, aquí tienen la bebida, estos son los entrantes, quédense con los cubiertos que ya viene el segundo, vamos a por los postres, el café no puede faltar, al chupito invita la casa, faltaría más, gracias por venir, espero que vuelvan pronto, hasta otro día, gracias.

Gracias una y mil veces porque si no fuera por ustedes yo no tendría cómo ganarme la vida y solo podría escribir. Y escribir sirve de poco o de nada cuando se trata de ganarse la vida.

¿Por qué, entonces, no dejarlo de una vez?

¿Por qué seguir escribiendo?

Por ejemplo, para evitar saltar al vacío. Para no volverse loco. Para evitar llorar en público. Para ahuyentar a los fantasmas. Para saltarse las reglas. Para mirar el abismo que nos mira y decirle que no le tenemos miedo. Para soñar que tenemos lectores que nos tenderán la mano cuando estemos viejos y apenas podamos caminar. Para sobrevivir. Para olvidar que no somos nada y que estamos solos y que tarde o temprano nos vencerá el tiempo.

¿Por qué seguir escribiendo?

Para evitar la segunda muerte de Ray Loriga.

Para rendirle un merecido homenaje.

Para honrar su memoria y encontrar a su asesino.
¿Acaso no basta con eso?

No soy un hombre inocente,
por más que no sepan ustedes adivinar
la naturaleza de mi culpa

Volví a Madrid con la idea de visitar a Tato Rivas Rosino en Barcelona en cuanto tuviera dos días libres. Como Félix se marchó sin darme tiempo a reaccionar, tuve que coger el último autobús de la noche para salir de Valladolid. A la media hora de viaje, mareado y todavía conmocionado por el encuentro con mi compañero plagiarista, entré en el baño y vomité. No fue tanto por la ginebra o por no haber comido nada en todo el día. Vomité porque aún no era capaz de digerir que Ray Loriga estaba muerto y que yo era sospechoso de su asesinato.

Llegué a casa derrotado y me dormí al instante. Tenía fiebre. Yo nunca tengo fiebre. Supongo que por eso soñé por primera vez en mi vida con Ray Loriga.

No fue un sueño asfixiante, pero sí fue revelador. Volvía a estar con Ray en el césped del parque de El Retiro. Estábamos bebiendo cerveza, y Ray decía que beber cerveza era lo único que deseaba hacer en ese momento. Luego, como aquella vez, se largaba a hablar de temas insospechados e inconexos, hasta que llegaba la hora de despedirnos y entonces Ray me decía que no lo había hecho a propósito, que él no había querido morir. ¿Qué ha pasado realmente?, le preguntaba yo. Pero Ray no me escuchaba y seguía hablando, y algunas historias eran parecidas a las que nos contó aquel día, solo que estaban distorsionadas o exageradas.

Recuerdo a Ray diciendo que si a un mono le dejaran teclear durante años y años al final acabaría por componer *El Quijote*, que los chinos que habían venido a España en los setenta no eran culpables de nada, que no quería consumir más cocaína porque era la droga que tomaba de pequeño, y que le daba pena que Enrique hubiera dejado de beber, que antes bebían juntos, que se emborrachaban a menudo, pero que como Enrique ya no bebía habían dejado de hacerlo porque no hay nada más cruel que emborracharse delante

de un exbebedor.

El último recuerdo que guardo de aquel sueño fueron las cuatro mismas palabras que le escuché decirnos antes de despedirse aquella vez: Plagiaristas, podéis contar conmigo.

La primera parte del sueño con Ray me recordó a los sueños que tuve los días siguientes al suicidio de mi hermana. En todos ellos, ella también me decía que no había querido hacer lo que había hecho, que eso no había ocurrido, que ella no quería morir. Nos dábamos un abrazo y nos separábamos con la promesa de volver a vernos. La confusión que sentía al despertar era tan grande que muchas veces me levanté de la cama creyendo que mi hermana estaba viva.

Esa mañana me volví a despertar con la misma sensación. Todavía con los ojos cerrados, con el cuerpo vencido y aplastado en la cama, pensé que Ray Loriga seguía vivo y que nos encontraríamos pronto. Tengo que ir a buscarlo, me dije. Está vivo.

Me quedaban dos horas para entrar a trabajar. Me vestí y fui a la librería Cervantes y Compañía. Allí estaba María. Ella era una de las tres personas que estaban a cargo del negocio, que sobrevivía a duras penas en la calle Pez, en un local de tres plantas que otros hubieran aprovechado para montar un garito moderno. Nos abrazamos. Nos teníamos mucho cariño.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—¿Pudiste hablar con Ray? —dijo ella.

—¿Cómo?

—Estoy en *shock*.

—Todos lo estamos.

—Estamos vendiendo más libros que nunca.

—¿Qué libros?

—*Rendición. Tokio. Héroes*. Se venden todos. Por docenas. Y pidamos los que pidamos se acaban enseguida.

—Bueno, es lo normal. Siempre que muere un escritor se disparan las ventas de sus libros.

—Esta vez es diferente. Hacía mucho tiempo que no se suicidaba ningún escritor famoso.

Me sorprendió que María no se hubiera enterado de la nueva versión de

los hechos. ¿Debía decírselo yo? No hizo falta. María bajó el tono de voz, aunque estábamos solos en la librería, y dijo:

—Creo que Ray no se ha suicidado.

—¿No?

—Lo han asesinado.

—¿Cómo lo sabes?

—La policía.

—¿La policía qué?

—Algunos periodistas siguen hablando de suicidio, otros de asesinato, pero casi todos los demás están reclusando y han empezado a hablar de muerte natural.

—¿Y eso por qué?

—Es la versión más cómoda. A nadie le gustan los suicidas. Hacen que los jóvenes piensen que la vida no merece la pena, y los jóvenes son los que más dinero gastan en comprar *smartphones*, ropa de marca, billetes de avión, *tablets*, videojuegos, zapatillas y etcétera.

—Todo menos libros.

—Eso pensaba yo, pero han venido muchos a comprar libros de Ray.

—Eso está bien. Que se vendan libros es bueno para todos.

—Menos para Ray Loriga.

—Menos para Ray Loriga.

—De todas formas, como me dijo ayer una clienta que se llevó los primeros cuatro libros de él, Ray seguirá siendo Ray aunque le echen tierra por encima.

Y eso era, precisamente, lo que habían hecho con él.

Entró una persona en el local. Sin saludar siquiera se paró delante de María y le preguntó si hacían fotocopias. Aproveché para dar un par de vueltas por la librería. Mirando títulos antiguos y novedades, reimpresiones y reediciones, llegué a la conclusión de que la literatura estaba viviendo una nueva burbuja editorial, lo que probablemente la iba a conducir a la extinción. Quizá no la literatura, no hay que ser catastrofista, pero sí el mercado editorial, lo que ciertamente no es lo mismo.

—Tengo aquí el libro de Sawa que me pediste —dijo María cuando nos volvimos a quedar solos.

—¿Qué libro?

—*Iluminaciones en la sombra*.

No recordaba habérselo pedido. ¿Cuándo lo había hecho? Pensé que María me estaba confundiendo con otra persona. Le di las gracias y lo cogí. Leí la primera frase: «Quizá sea ya tarde para lo que me propongo: quiero dar la batalla a la vida».

—¿Sabes por qué estaba Ray Loriga en Buenos Aires? —me preguntó María como si ella ya supiera la respuesta.

—Estaba de promoción.

—Sí, bueno, esa es la versión oficial.

Me quedé callado, mirándola fijamente a los ojos, unos ojos redondos como bolas de cristal en los que iba a aparecer en cuestión de segundos mi porvenir.

—¿Por qué me has preguntado antes si pude hablar con Ray?

—¿Tu chica no está en Buenos Aires?

—Sí.

—¿Y no vas a ir a verla?

—Bueno, es que ella y yo, ahora, ella se fue, y ahora yo, yo no.

—No, ¿qué?

—No lo sé. Pero ¿qué tiene que ver eso con Ray Loriga?

—Todo lo que te está pasando tiene que ver con Ray Loriga.

En ese momento entraron a la librería varias personas a la vez, algunas de las cuales eran amigas de María. Se saludaron y yo me quedé al margen. Llegaba tarde a trabajar así que guardé el libro de Sawa y me largué sin mirar atrás. Igual que había hecho María, mi chica, la que había sido mi chica tanto tiempo, cuando se marchó a Buenos Aires y puso un océano de silencio entre nosotros.

Tal vez había llegado el momento de ir a buscarla.

*

Leyendo las *Iluminaciones* de Alejandro Sawa uno tiene la impresión de que la literatura autobiográfica, durante el tiempo que estuvo, digamos, proscrita, fue el consuelo de los desdichados, los resentidos y los desviados.

Los que se quedaron con la sensación de que el mundo les debía algo, los que acunaron la idea de la gloria y se despertaron en el fango, los que perdieron todo o casi todo en el viaje de ida y por lo mismo prefirieron volverse antes de tiempo, los que jugaron con cartas marcadas, los que confundieron una pesadilla con el sueño de un héroe, los que quemaron las naves antes de salir de ellas, los que concentraron todos sus esfuerzos en la introspección, o la rebeldía, y más tarde que pronto se dieron cuenta de que ni lo uno ni lo otro les valía para ubicarse en un mundo que no comprendían, un mundo que les era ajeno y doloroso.

Sawa escribió: «A pesar de las bellas puestas de sol, de las euritmias femeninas y de los dulces días primaverales, vivir es tan amargo, que a las veces se me antoja como una extraña condena».

La última anécdota que me contó Miguel Munárriz sobre Ray Loriga me pareció sobrecogedora. Ray le había confesado que cada día, nada más levantarse, tenía un ritual secreto. Todas las mañanas, antes incluso de abrir los ojos, Ray sentía vivamente la angustia existencial, que los alemanes llaman *angst*, como si fuera un puñal clavado en el costado. En cuanto tomaba conciencia de sí mismo, entraba en el baño, se miraba en el espejo, se lavaba la cara y dejaba correr el agua y, mientras esta se escapaba por el sumidero, Ray la miraba desaparecer, como quien contempla unas cataratas, hasta que levantaba la vista y se volvía a mirar en el espejo y entonces se decía a sí mismo tres veces seguidas: Muere y renace, Ray. Muere y renace, Ray. Muere y renace.

¿Era eso lo que estaba pasando? ¿Se había dejado matar Ray Loriga para renacer cual Ave Fénix? ¿Quién había matado a Ray Loriga y por qué todos a mi alrededor parecían saber algo que yo desconocía?

Yo también quería morir y volver a nacer, ser uno y otro al mismo tiempo, pero la verdad es que tenía un miedo espantoso a la muerte. Siempre lo había tenido.

Cuando María salía cada mañana de casa y se dirigía en bicicleta hasta su lugar de trabajo, yo me quedaba en la cama imaginando que un coche podía atropellarla. Sin poder quitarme esa idea de la cabeza, me veía reproduciendo el accidente, el golpe, las heridas, la sangre, los gritos. Cuando mis hermanos me contaban que salían de viaje temía que el avión se partiera en dos, que allá donde fueran hubiera un atentado terrorista, que la montaña rusa descarrilara

y mis sobrinos salieran despedidos por los aires. Cuando mi madre me llamaba por teléfono pensaba que había ocurrido algo, que mi padre se había caído por la escalera, que tenía los pulmones encharcados, que había sufrido un infarto.

Pero ese miedo no se circunscribía a mi familia. También temía que le pasara algo a la familia de María, a cualquiera de mis amigos, a Palmira, a mi editor, a mi librería de confianza, al rumano al que daba unas monedas al salir del supermercado, que le pasara algo a cualquiera de los que me rodeaban y hacían que mi vida fuera más completa, más hermosa, mejor.

A veces también temía por el futuro y el estado de la literatura cuando Jorge Herralde muriera, cuando Coetzee dejara de publicar, cuando me volviera a cruzar con Tato Rivas Rosino y debiéramos resolver nuestras desavenencias en persona, cuando Saviano cometiera un desliz y la camorra le ajusticiara.

Antes de dar por finalizada nuestra larga conversación sobre Ray Loriga, Miguel me preguntó qué estaba escribiendo, y acto seguido me dijo que sabía por Palmira que había varias editoriales pendientes de mi segunda novela. ¿Sería cierto? No supe cómo reaccionar. Podía haber llorado de emoción y retorcerme de placer, salir a la calle gritando que el mundo se podía ir a la mierda porque yo iba a publicar mi segunda novela, llamar a Tato Rivas Rosino y decirle, nos vemos en el Nobel, Tato, como se dicen Don DeLillo y Murakami cada vez que coinciden en una velada literaria de postín. Pero no hice nada de eso.

Mi segunda novela. Bueno. ¿De verdad le importaba a alguien mi segunda novela? Todavía pasarían varios meses hasta que la terminara, y estaba seguro de que antes de que eso pasara iba a suceder algo terrible en mi vida. ¿Qué podía importarme entonces publicar o no una segunda novela?

Lo único cierto era que Ray Loriga estaba muerto y que yo estaba consternado.

Me hubiera gustado escribir sobre ello en los medios, pero nunca me han gustado los elogios póstumos, esas alabanzas excesivas que se entonan tras la desaparición de una personalidad de la cultura. Ocurrió con García Márquez, con Ana María Matute, con Juan Goytisolo, con Rafael Chirbes, con Ricardo Piglia, y con el propio Ray Loriga. Cuando eso ocurre, cuando un escritor muere, es indudable que su obra se revaloriza y las sombras de sus fracasos

se camuflan entre ditirambos e hipérboles. Los lectores sienten simpatía hacia el tristemente fallecido escritor y se lanzan a leer sus mejores libros. Las ventas suben. Los herederos se frotan las manos. Los amigos escriben artículos bien remunerados y en muchos casos realmente conmovedores. El muerto ya no puede comprobar los beneficios que genera su muerte, ni colgarse las medallas al mérito que no recibió en vida, pero ha logrado que la rueda económica siga girando, y eso es más de lo que suele ocurrir cuando muere un trabajador de una fábrica.

Las últimas novelas que me impactaron vivamente fueron las escritas por Rafael Chirbes, que murió en 2015 a los sesenta y seis años. Gracias a ellas descubrí que uno podía escribir desde la confortabilidad contra la confortabilidad de los otros, que no había que tener miedo a escribir contra el poder, que el realismo, el costumbrismo o la novela social que practicaba Chirbes, o como quieran categorizarla los críticos, no era complaciente ni anquilosada, sino combativa y en cierto modo revolucionaria.

Cuando Chirbes murió, cuando Ray Loriga murió, nos acostumbramos a decir que siempre nos quedarán sus libros, que estos siempre estarán ahí para iluminarnos cuando todo esté oscuro, que siempre podremos volver a ellos en los momentos de zozobra o indecisión. Pero no todos los libros sobreviven a sus autores.

En tres ocasiones intenté entrevistar a Rafael Chirbes. No lo conseguí en ninguna de las tres. Conseguí, eso sí, hablar con él gracias al email. No me atreví a llamarle, me perturbaba poder perturbar su aislamiento escogido, y las tres ocasiones le propuse participar en una entrevista vía correo electrónico. Como Chirbes marcaba su ritmo, cuando leía mis correos ya era tarde y el tiempo para participar en el reportaje había expirado. Pero siempre respondió a mis mensajes.

La última vez que nos escribimos le acababan de conceder el Premio Nacional de Narrativa. Una vez más, rehusó cortésmente y a destiempo participar en la entrevista. Me explicó que estaba cansado de tantas idas y venidas, que estaba harto de oírse hablar de esto y de aquello, que necesitaba alejarse del escenario público porque, escribió, «a fuerza de hablar, no sé quién soy». Se despidió diciendo que no quería volver a hablar hasta que saliera, si es que salía, un nuevo libro suyo. Los premios y las laudatorias pueden precipitar en uno la sensación de final. Y Chirbes, al parecer, la

estaba sintiendo.

Aproveché para darle la enhorabuena por el premio, pero sobre todo le di las gracias por escribir, por seguir escribiendo, puesto que sus libros, su postura frente al mundo y su estilo literario eran una inspiración y un ejemplo para los que intentábamos dedicarnos a esa cosa tan tonta y tan importante como es la literatura. Le aseguré que debía seguir escribiendo, que se lo debía a sí mismo y nos lo debía a nosotros. Envié el mensaje sin saber si me había excedido en mis palabras, en mis exigencias, si me estaba dejando llevar por la emoción de escribirme con un maestro vivo de la literatura en castellano.

Su respuesta llegó a las pocas horas. Al leerla me estremecí:

«Querido Daniel:

»Muchísimas gracias por sus palabras. Joder, consigue usted emocionarme. Ojalá pueda volver a escribir, uno nunca lo sabe, aunque tener un lector como usted me empuja. Gracias una vez más y un abrazo.»

Haber emocionado a Rafael Chirbes me parece el mayor logro literario que he alcanzado en la vida. Ojalá Chirbes pudiera volver a escribir, ojalá Ray Loriga pudiera volver a escribir, pero me temo que no, y que es cierto que ya solo nos quedan sus libros. Y el dolor.

*

«¿No son siempre los culpables los primeros en mostrar las manos limpias?», se pregunta en la primera página del libro el doctor Trífero cuando se descubre hablando solo. Y luego: «¿No crecen de igual manera los secretos cuanta más tierra los cubre?».

En noviembre del año 2000, Ray Loriga publicó *Trífero* en la editorial Destino, quizás el libro más enigmático dentro de su trayectoria, el más extemporáneo, el más irregular. Una rara avis en la literatura española de comienzos de siglo.

Para entonces, la obra de Ray Loriga ya había sido traducida a diez idiomas. ¿Cuáles eran esos idiomas? La contraportada no lo decía, pero en cualquier caso diez idiomas son muchos idiomas. Podemos suponer que Ray Loriga, como el propio Saúl Trífero después de su primer ¿y único? triunfo, se atreviera a exclamar para sí mismo: «Hemos vencido y los laureles que adornan nuestras cabezas son los laureles que merecemos». Sin embargo,

pronto tuvieron que darse cuenta, autor y personaje, de que ser un hombre nuevo no era necesariamente lo mismo que ser un hombre mejor: «No importa el tamaño de los leones, se dijo Trífero, sigue siendo un circo».

Después del éxito de *Tokio ya no nos quiere*, Ray Loriga dio un nuevo rumbo a su narrativa, el primero de todos los que vendrían después, y por eso, quizás, el más arriesgado. Hay quien afirma que *Trífero* es una de las mejores novelas de Ray Loriga. Yo no iría tan lejos, pero reconozco que una vez dejado atrás el pasional y exagerado romance entre el protagonista y Lotte, la obra, que amenazaba ser hueca y sensiblera, gana consistencia.

Los editores definieron *Trífero* como «romance delirante y comedia cuántica», pero también es la historia de una amistad, la de Trífero y Jerusalem, aunque sea una amistad entre dos farsantes, «un ciego guiando a otro ciego». Uno de ellos, el doctor (¿en qué?) Saúl Trífero, es el único que será capaz de salir adelante por su proverbial locuacidad, que otros simplemente llamarían charlatanería. «El doctor Trífero no es un hombre cualquiera, no se atreva usted a juzgarle», dice su amigo Jerusalem. En cambio, de él mismo dice: «Soy el más triste de los habitantes de su universo sombra». Eso, y no otra cosa, es la única aportación de Trífero a los anales de la ciencia: el descubrimiento, más bien la simple denominación, de los universos sombra.

Saúl Trífero: un hombre que parece un fantasma, un farsante que parece un genio. Un príncipe vencido pero todavía en pie. «¿No es la dignidad del hombre vencido, del hombre ridículo, si quieren, tan valiosa como la de cualquier otro hombre? [...] A la luz de la gloria todos los vicios son pequeños y, en cambio, a la sombra de la derrota las más corrientes debilidades se vuelven faltas imperdonables. No se juzga a un hombre por sus actos, sino por su condición.»

La mecánica cuántica no es más que una excusa para mostrarnos las dobleces de un personaje que «no fue un genio ni un farsante, probablemente no fue nada». Amante solitario, amigo de nadie, dueño de nada. «¿Qué guerra es esta, Lotte, en la que los supervivientes envidian a los muertos y los vencedores a los vencidos?» Falsario, plagario, traicionero. A pesar de eso, y aunque él mismo lo negara, Saúl Trífero fue también un hombre leal: «La lealtad es un regalo envenenado que jamás he pedido y jamás he prometido devolver».

Trífero lleva su lealtad hasta el límite cuando decide imitar el gesto final de su amigo Jerusalem, y rechaza una fortuna que podría solucionarle la vida. La verdadera motivación de Trífero era la mera supervivencia. Ser amado por Lotte, la pequeña gran Lotte, y después del incidente ser perdonado por ella. Por su fantasma. «No soy culpable del crimen del que me acusan, sino del crimen que mi propio corazón estaba condenado a cometer.»

¿De qué es culpable, qué clase de crimen quiere expiar? Trífero asegura: «No soy un hombre inocente, por más que no sepan ustedes adivinar la naturaleza de mi culpa». Y luego: «Si soy un monstruo, soy un monstruo dormido. Un monstruo que tal vez ya nunca despierte. Y he aquí el único consuelo. Quien cometió el crimen dormido y dormido recibió el castigo, tal vez pueda seguir durmiendo durante los años que dure la condena».

Quizá la condena que le queda por cumplir a Trífero, la condena que le quedaba por vivir a Ray Loriga, es la misma que nos hemos impuesto todos: enmascarar nuestra debilidad con falsos sueños de grandeza, impostar una seguridad para la que no estamos diseñados, dar la batalla a la vida hasta el final, aunque intuyamos que la guerra se perdió hace mucho tiempo. Por eso Trífero dice sobre el suicidio que «no hay de qué avergonzarse. ¿Acaso no debe uno llevar hasta el final las riendas de su propia existencia?».

Es fácil encontrar en esta novela recurrencias temáticas, poéticas y estilísticas inherentes a su autor. El asombro y la fatalidad del patinaje artístico. La exacerbación del sentimentalismo, de «ese abismo que llamamos amor». El destino como una consecuencia de lo que hacen unos «monos tecleando una máquina de escribir». Las fabulaciones del azar. El valor del soldado y la grandeza de la batalla. La fe religiosa como «una mentira incuestionable». Las trampas de un Dios «que juega a los dados». Y los misterios de la impostura: «Un buen impostor, mientras no se confunda, juega siempre con ventaja, pues no es más que un hombre de paja de sí mismo, y si la paja termina por arder, ¿de qué manera podría afectar eso al hombre que jamás estuvo allí? Si se dispara contra la sombra de un hombre, ¿contra qué se dispara?».

¿Contra quién estaba disparando Saúl Trífero su última bala?

«No es extraño que la pobre Lotte tuviera más de una vez la sensación de haberse casado con un fantasma.»

¿Contra quién estaba disparando Ray Loriga al escribir esta farsa?

«Los fantasmas no son ni más valientes ni más temibles que los hombres que fueron, sino una mera prolongación de la misma suerte. Los grandes vuelven para atormentarnos con sus grandezas, los pequeños vuelven para atormentarnos con sus miserias.»

¿Contra quién estoy disparando yo al escribir este libro?

Contra todos.

Contra nadie.

Contra las personas que fuimos y que ya no seremos.

Contra el fantasma de Ray Loriga.

Contra mí mismo.

«Todos estamos ciegos en el mundo de las sombras.»

*

El día que cumplí treinta y cinco años fui a visitar la tumba de mi hermana.

Mi hermana se quitó la vida con veintinueve años, cuatro meses y cinco días. Desde aquel momento, a la tristeza y el dolor se unió un miedo irracional a repetir su gesto cuando yo llegara a esa misma edad. Ese día llegó y estuve las veinticuatro horas metido en la cama, durmiendo sin parar gracias a unas maravillosas pastillas, soñando, una vez más, que ella estaba viva, más bien que había resucitado, y que su muerte solo había sido una broma pesada.

Me desperté en mitad de la madrugada del día siguiente convencido de que ella seguía viva. Poco a poco, en mitad de la oscuridad, fui descubriendo los perfiles de las cosas, la sombra de una lámpara en la pared, los libros en las estanterías, la cortina, y ni siquiera fui capaz de llorar al darme cuenta de que ella estaba muerta y yo me había convertido de alguna forma en su hermano mayor.

Pasó el tiempo. Me volví loco intentando adivinar las verdaderas razones por las que debía seguir vivo. Escribí *Cocaína* solo para averiguarlo. Creo que no lo conseguí. Seguí dejando que el tiempo se escurriera sin hacer nada por retenerlo hasta que llegó el día de mi treinta y cinco cumpleaños y pensé que ya era hora de visitar su tumba. No había vuelto al cementerio desde el

entierro.

Antes de ir fui a cortarme el pelo. Luego, ya en La Majada, visité la librería Altazor y decidí regalarme el *Ulises* de Joyce. De camino al cementerio publiqué un par de tuits sobre naderías literarias que tenían que ver conmigo. Pensé que con treinta y cinco años sería una persona diferente, una persona mejor, pero no había cambiado nada.

A eso de las cuatro salí del cementerio con la sensación de haber cometido un error imperdonable. No llevé flores. No derramé una sola lágrima. No recé por la salvación de su alma. No había aprendido nada.

El resto de la tarde estuve con María. Hablamos de los cementerios. Yo le conté mi aversión a ellos y ella me dijo que no tenía sentido. De pequeña, sus padres la obligaban a visitar cada domingo la tumba de su abuela, en el cementerio de la Almudena, y ella recordaba con alegría esas mañanas correteando entre lápidas y mausoleos. No sé cómo, empezamos a hablar de la locura, de los extraños, los inadaptados y los dependientes, de los anormales de los que hablaba con ironía Foucault. ¿Habíamos sido mi hermana y yo como ellos?

Los dos estuvimos internados en la planta de psiquiatría del Hospital Puerta de Hierro. Primero la ingresaron a ella, durante dos semanas interminables, cuando volvió con la mente perturbada de una estancia de tres meses en Italia. Recuerdo con un pinchazo en la corteza cerebral esa noche que estuvimos los dos en casa, apenas unas horas antes de que la lleváramos al hospital. Estábamos cenando y viendo la televisión mientras nuestro perro nos miraba fijamente. Mi hermana se acercó a mí y me susurró al oído, con una voz demencial: No te muevas, no digas nada, el perro nos está vigilando. ¿Ves sus ojos? Sus ojos lo graban todo. Quiere acabar con nosotros.

Dijo aquello mirándome a los ojos y en sus ojos abiertos y en sus pupilas dilatadas descubrí la locura. Para disimular el pánico solté una carcajada. Intenté que ella se riera conmigo, pero fue inútil. La expresión de pavor que reflejaba su cara era inamovible. Me levanté y me llevé al perro del salón para que siguiéramos comiendo, pero los dos habíamos perdido el apetito. ¿Qué te ocurre?, le pregunté después de un largo silencio, ¿qué es lo que te está ocurriendo?

Al día siguiente mi hermana amaneció con cortes en la muñeca. La llevamos al hospital y los médicos nos recomendaron el ingreso inmediato.

Como un autómatas, como un niño envidioso, como un anormal, cuando volvíamos a casa supe que tarde o temprano habrían de ingresarme también a mí.

En efecto, dos años después fui yo quien sucumbió sin remedio a los delirios paranoicos. ¿Por qué? Los médicos dijeron que fue por el consumo de drogas. Mis padres pensaron que estaba descentrado. Mis hermanos decían que solo era miedo. Cristina, mi novia de entonces, opinó que estaba depresivo a causa de una sucesión de fracasos académicos, vitales y sentimentales. Mis amigos, los pocos que tenía, se limitaron a dejarme de lado durante meses. La locura es contagiosa. Un loco es peligroso porque despierta en nosotros asociaciones mentales perturbadoras. La gente no puede evitar pensar: ¿Es posible que yo, un ser normal, inteligente y capacitado, pierda el control de mi mente y de mis pensamientos de la noche a la mañana, no sepa distinguir lo que es real de lo que no lo es, y termine desvariando y creyendo que mi querido perro me quiere matar?

Salí del hospital al cabo de dos semanas, sedado y con un riguroso tratamiento de psicofármacos. El tiempo se encargó de hacer su trabajo y tanto mi hermana como yo recuperamos paulatinamente la cordura. Terminamos nuestros estudios, viajamos al extranjero, recobramos las viejas amistades, amamos y fuimos amados, volvimos a salir, a beber, a reír, a bailar. Dejamos la medicación. Les contamos a nuestros mejores amigos lo que nos había pasado. La locura, los delirios, el miedo, las ganas de desaparecer. Todo eso había quedado atrás. Se podría decir que éramos felices. Fue una época maravillosa. ¿Cuánto duró? Dos, tres, cuatro años. No lo sé con exactitud, pero sé que una tarde de mayo se terminó para siempre.

Mientras velábamos el cuerpo de mi hermana en el tanatorio, recordé una frase que ella solía decirme en broma cuando estábamos de buen humor para ironizar sobre la repetición de nuestras vidas. Ella decía: Estás siguiendo mis pasos, pequeño.

La última vez que me lo dijo fue cuando me pasé todo un verano recorriendo una isla del Mediterráneo en bicicleta, trabajando de camarero y andando desnudo por la playa. El verano anterior ella misma había estado viviendo una aventura semejante en un pueblo de la costa del Levante. Cuando la llamé para decirle que no iba a volver a Madrid, que había encontrado trabajo en el restaurante Las banderas, al lado del Blue bar, en la

playa Mitjorn de Formentera, ella se alegró, me dio algún consejo sobre mis hábitos nocturnos, y antes de colgar repitió la frase: Estás siguiendo mis pasos, pequeño.

Nos reímos y colgamos sintiéndonos más unidos, hermanados para siempre por una serie de desgracias comunes, de decisiones vitales semejantes, y de recuerdos y secretos de infancia compartidos. Como una docena de fotos en las que solo aparecemos ella y yo. Como el pequeño incendio que provocamos en una pradera en el pueblo de nuestro padre y que nunca asumimos. Como las trampas que hacíamos jugando a las cartas con nuestros primos. Como los largos paseos que dábamos juntos con el perro, el primero que tuvimos, un chucho, otro, como el que ella creía que acabaría con su vida y que la sobrevivió y se convirtió con el paso de los años en el ser vivo que más tiempo pasaba a mi lado.

Estás siguiendo mis pasos.

Eso era lo que mi hermana solía decirme, y por eso todos los días de mi vida, a la hora en que ella se quitó la vida, esté haciendo lo que esté haciendo, lavándome los dientes, montando en un autobús, viendo una película, sacando la basura, haciendo el amor, tomando una cerveza, es igual, todos los días a la misma hora pienso en el suicidio, pienso en mandarlo todo a tomar por el culo y pienso en suicidarme yo también y morir en paz. Pero me contengo, no sé cómo, y sigo viviendo. Cierro los ojos, aprieto los puños, doy un estufido, y me contengo. Y creo que lo hago, que no sigo sus pasos en esto, solo para llevarle la contraria. Porque si no lo he hecho ya, intento pensar, intento creer, que no lo haré nunca. Pero ¿cómo saberlo?

Puede que sí, que un día sí.

SOLO LOS IMBÉCILES CREEN EN FANTASMAS

Salí de la librería y caminé deprisa para llegar al restaurante a tiempo. Pasé allí el resto del día. Cuando acabó mi turno estaba derrotado. Volví a casa, me paré en el chino de al lado del portal y compré dos latas de cerveza. Me bebí una de un trago. Encendí un cigarrillo. Saqué el móvil y le escribí un mensaje a María. Lo envié. Al segundo me arrepentí de haberlo hecho. Subí a casa y me bebí la otra cerveza. Me tumbé y me quedé dormido en el sofá con la luz encendida.

Me desperté a la mañana siguiente por el sonido del teléfono. Palmira me recordaba en un mensaje que teníamos una cita ese mismo día para comer. No contesté y me dormí de nuevo. Me volvió a despertar el sonido del móvil. Era mi hermana. Decía que pasaría a recogerme en una hora. Hacía semanas que habíamos quedado en que iríamos todos al pueblo para celebrar el setenta cumpleaños de mi padre.

Me levanté y me duché y me puse mi mejor camisa, pero en vez de ir al cumpleaños me preparé para ir a la comida que tenía con Palmira, con Joan Tarrida, el editor de Galaxia Gutenberg, y con otros escritores de la editorial porque sabía que allí se hablaría de Ray Loriga. Cuando le dije a mi hermana que estaba enfermo y que no iría al pueblo, ella ni siquiera se molestó, acostumbrada como estaba a mis continuos desplantes. Ella sabía, todos sabían en realidad, que estar con ellos era perjudicial para mi estado de ánimo, porque cuando nos reuníamos todos se hacía aún más evidente que faltaba alguien.

Llegué puntual al restaurante donde tendría lugar el encuentro. Saludé a los presentes, casi todos ellos escritores y escritoras mayores o muy mayores,

a ninguno de los cuales conocía. Sentí una inmediata admiración por esas personas que habían construido sus vidas en torno a la escritura y que habían llegado hasta ahí jugando a esa cosa tan ingrata de la literatura.

—Este es Daniel Jiménez, el autor de *Cocaína* —dijo Joan cuando me presentó a uno de los jefes de la distribuidora.

—Habrás traído las rayas, ¿no? —me preguntó él con una media sonrisa en la boca.

—No —respondí con seguridad—, pero debería haberlo hecho, ¿verdad? ¿Qué pasaría si ahora le dijera que sí las he traído? —le pregunté con una sonrisa que quería ser simpática pero resultó insolente.

—Pues nada, no pasaría nada. Yo ya estoy mayor para eso.

—La verdad es que yo también.

Era una reunión informal. Todos estábamos de pie y los camareros nos acercaban en bandejas los canapés y las bebidas. Me moví entre los corrillos intentando sin éxito participar en alguno de ellos. Nadie hablaba de Ray Loriga sino de sus propios libros, de lo rico que estaba el cóctel de gambas, de ventas y reediciones, de amigos y enemigos.

Se me acercó una mujer y se presentó educadamente. Me dijo su nombre, me llamo María, y yo pensé que no era posible o que se trataba de una broma. Me acordé del mensaje a María. Miré el móvil pero no tenía ninguna notificación. Seguí hablando con la María de acá y dejé de pensar en la del lado de allá.

—*Cocaína* es tu primera novela, ¿verdad?

—Sí.

—Y ¿qué estás escribiendo ahora?

—No escribo mucho ahora.

—¿Por qué no?

—No lo sé, pero pienso que no voy a ser capaz de superar lo que ya he escrito.

—A veces ocurre que la primera novela de un escritor es la mejor, pero eso nunca podrá saberse hasta que sea demasiado tarde, así que uno nunca debe dejar de escribir. Fíjate si no en Muñoz Molina. Hace mucho tiempo que tocó techo y ello no le ha eximido de seguir entregando puntualmente a su editorial libros cada vez menos interesantes.

—Mujer, yo no iría tan lejos.

—¿A quién estás leyendo ahora?

—Estoy obsesionado con Carrère.

—Ah, ¿sí?

—Quiero imitarle, me encantaría hacer lo mismo que hace él.

—No creo que vayas a llegar a su nivel todavía, y es del todo probable que no llegues nunca, pero eso tampoco quiere decir que debas dejar de escribir.

Las mujeres más importantes de mi vida se llaman María. Mi madre, mi pareja, la primera niña de la que me enamoré en un campamento de verano, mi médica de cabecera, mi librera de confianza. Paul Auster habría escrito una trilogía si le hubiera pasado lo mismo.

—Por cierto, ¿por qué nadie habla aquí de la muerte de Ray Loriga? — me atreví a preguntarle.

—Para muchos de nosotros, Ray Loriga estaba muerto literariamente antes de haber muerto literalmente.

—Eso no es verdad —dije casi gritando—. Y además, como usted diría, eso no le exime a usted de preocuparse por el hombre a pesar de la obra.

Sin duda me excedí en mi apreciación porque María puso cara de fastidio, hizo un mohín extraño y me dio la espalda. Me quedé solo varios minutos. Salí al patio, encendí un cigarrillo. Cogí otra cerveza y me preparé para largarme de allí. Entonces alguien me tocó el hombro. Me volví. Era Palmira.

—¿Cómo estás, querido?

—No muy bien.

—No te preocupes, he venido a ayudarte.

—¿Por qué crees que necesito ayuda?

—Porque eres un buen escritor, y a los buenos escritores hay que cuidarlos.

Palmira me guiñó un ojo y se rió. Yo me reí y me ruboricé. Me dio un codazo y me encogí. Estaba convencido de que Palmira estaba bromeando, que quería hacerme sentir bien porque ella sabía que en esas reuniones yo no terminaba de estar cómodo. Pero también podía ser que no, que hablara en serio, que hubiera visto mi cara de pánico y que hubiera decidido darle un impulso a mi amor propio para que no me viniera abajo y siguiera

escribiendo, puesto que al fin y al cabo necesitaba que yo y que todos los escritores a los que representaba siguieran escribiendo porque de ello dependía en gran medida su estabilidad económica. Aunque yo, hasta ese momento, no le había hecho ganar ni un mísero euro, Palmira siempre me decía que todo era cuestión de tiempo.

—Ray no se suicidó —le dije de pronto.

—Lo sé.

—¿Por qué me está investigando la policía?

—Porque Ray llevaba tu libro encima.

—Eso no quiere decir nada. Yo estaba trabajando en el restaurante cuando Ray murió. Es imposible que sospechen de mí. Estaba a doce mil kilómetros de distancia.

—Ellos saben que tú no eres el asesino, Daniel, no digas bobadas, pero pensarán que, bueno, quién sabe, está el libro, los emails, las insinuaciones de Ray. En fin, esas cosas. Pero es que además los plagiaristas sois un tanto particulares.

—¿Qué quieres decir con eso?

Un señor que caminaba apoyándose en un bastón se paró al lado de Palmira y ella le dio un abrazo. Se quedó un segundo hablando con él muy cerca de su cara. Luego ambos se giraron y Palmira me lo presentó.

—Daniel, este es Antonio Fontana. Escribió sobre *Cocaína*.

—¿El libro o la sustancia? —No pude evitar hacer el chiste. Siempre que lo hacía me sentía ridículo, pero me divertía hacerlo.

—Él puede decirte algo sobre Ray Loriga.

—No —dijo él—, yo no. Pero sí puedo decirte el nombre de alguien que podrá hablarte de alguien que sí sabe algo sobre el otro Ray Loriga.

—¿Qué?

—El otro Ray Loriga.

—¿Cómo que el otro Ray Loriga?

—Hay dos Ray Loriga.

—¿Qué significa eso?

—Ve al pub Gaudí y pregunta por Mario. Él ya sabe que irás a verle. Escucha lo que tiene que decirte y no hagas preguntas.

—¿Qué es esto, alguna clase de broma?

—Es una broma, sí. Pero, como decís los plagiaristas, se trata de una broma muy seria.

*

En aquel momento yo no pensaba que fuera a superar lo que había logrado con *Cocaína*, un libro que a muchos les pareció insuficiente o simplemente aceptable, pero que a mí, entonces, todavía me parecía, tan ególatra y vanidoso como era, inmejorable.

Llevaba meses preocupado por saber si era o no era eso que nos gusta llamar, con pomposidad, un verdadero escritor. Y todo parecía indicar que no, que no lo era, al menos no todavía, y todo parecía indicar que tampoco importaba gran cosa serlo o no serlo, y todo parecía indicar también que a nadie le importaba realmente eso de los escritores verdaderos porque cada vez eran menos numerosos y más hipócritas.

Tenía treinta y seis años y una curvatura peligrosa en el vientre. Debía alimentarme mejor, más sanamente, hacer ejercicio a diario, dejar de beber cerveza todos los días de mi vida. Había empezado a engordar. De hecho, estaba gordo. Comía mal, demasiados hidratos, demasiado azúcar, demasiada cerveza. Un día compré quinoa. Por la tarde fui a una librería, pero antes de llegar entré en una pastelería y me compré un donut relleno de chocolate que devoré en tres mordiscos. Tendría que haber salido a correr en vez de acudir a la presentación de un libro que a buen seguro nunca iba a leer.

Se trataba de un libro sobre la generación poética de los cincuenta. Casi todas las personas que había en la librería rondaban los setenta años. También había escritores que rondarían los cuarenta, mujeres maduras y un par de tipos de mi edad. Asistí, como siempre, por ese impulso envenenado de hacer relaciones sociales, hablar con Palmira y caer bien a la gente que no me conocía. Pero Palmira no fue y no llegué a conocer a nadie, porque a nadie le importaba si yo estaba allí o no.

Los parlamentos de los presentadores fueron interesantes, enriquecedores a ratos y a ratos aburridos. Qué poco importaba ya la poesía, qué poco interesaban ya los autores que nacieron para ser canónicos, qué débil estaba y qué poco tiempo le quedaba a la literatura en nuestras vidas. Me había pasado el anterior fin de semana corrigiendo los cuentos de *La vida privada de los*

héroes, un libro de relatos en el que había trabajado durante meses, y percatarme, una vez más, de lo inútil que podía haber sido ese esfuerzo era lo último que necesitaba.

Las presentaciones de libros aumentaban mi nivel de ansiedad. A todas ellas acudía después de haber ingerido un lorazepam de un miligramo, y así, al menos durante una hora, podía disimular mi nerviosismo. Pasado ese tiempo resurgía la incapacidad para decir algo coherente, empezaban los temblores, se desataban los pensamientos psicóticos. Me quedaba quieto en una esquina, sin acercarme a los grupos de escritores que se formaban alrededor, preguntándome qué pintaba yo allí. La respuesta siempre era la misma: nada. Si al menos hubiera llevado conmigo un gramo de cocaína para entretenerme como hacía antes. Pero ya no. Ya ni siquiera tenía el teléfono de Andrés.

No me gustaban las presentaciones. No me gustaba aparentar que me interesaba todo lo que se decía en ellas. No me gustaba intentar relacionarme de una manera casual y bienintencionada. No me gustaba estar nervioso ni me gustaba parecer sereno. No me gustaba la parafernalia en torno al autor, sus palabras y sus experiencias. Ni siquiera me gustó cuando me tocó a mí ser el protagonista. Es cierto que la presentación de *Cocaína* la viví con emoción. Era la presentación de mi primer libro, el libro que había estado a punto de acabar conmigo, el libro que me había rescatado de la autodestrucción. Tenía motivos para sentirme orgulloso. Pero ¿acaso no los tienen todos los autores que publican sus obras, sean primerizos o consagrados, escritores menores o escritores verdaderos? Además, ¿qué es un escritor verdadero? Me estaba aburriendo. Era uno de esos días en los que la literatura y sus sinsabores me agotaban soberanamente. Tendría que haber salido a correr.

Mi aspecto, y mi actitud, eran lamentables. María y yo llevábamos semanas sin acostarnos. Por supuesto, no era por eso, o no era solo por eso. Había algo más. Pero ¿el qué? Lo hablábamos alguna vez y ella decía que no pasaba nada, que solo era una época, que estaba cansada. A mí no me costaba demasiado entenderlo. Estaba claro que no la satisfacía sexual, emocional ni espiritualmente. Tenía claro que ella me estaba engañando, porque si yo estuviera en su lugar eso es lo que hubiera hecho. Era insoportable. Solo era cuestión de tiempo que María me dejara. La duda era saber cuánto sería ella capaz de aguantar.

A la salida de la librería me crucé con Luisgé Martín, quien fue mi padrino en la presentación de *Cocaína*. Nos saludamos. Quiso saber qué estaba escribiendo ahora. ¿Sigues con esa novela negra de la que me hablaste?, me preguntó. Le respondí que no, que esa novela no había por dónde cogerla, que no era capaz de escribir una novela negra y que la novela negra, si de mí dependiera, se podía ir muy a tomar por el culo. Luisgé se rió y yo me reí y luego le di las gracias y me marché.

La verdadera poesía es como un puñetazo en los ojos, porque nos deja viendo las estrellas. Eso era lo único que recordaba de todo lo que se dijo en la presentación mientras caminaba de regreso a casa. Esa es la única enseñanza posible, que hay que golpear fuerte al lector para lograr que reaccione, que sufra y que acabe alucinando. Recordé que el mismo señor que dijo esa frase también dijo que no debíamos emplear grandes palabras para referirnos a las cosas pequeñas. En eso no estaba de acuerdo. La hipérbole, la desmesura, la grandilocuencia, estaban en el origen de mi concepción literaria. Me parecía la forma más sugerente de tratar la banalidad de los asuntos mundanos. Si vivíamos en un tiempo carente de épica, no parecía una mala idea crearla de la nada. Si vivíamos en un tiempo poco o nada propicio para heroicidades, no nos quedaba más remedio que inventar nuestros propios héroes. Si vivíamos en un tiempo profanado por el tedio, que las luchas cotidianas fueran nuestras grandes gestas.

Esa tarde, al llegar a casa, hice mi primera receta con quinoa.

Ese aprendizaje fue la gran hazaña de la jornada.

Y esa misma noche tuvo lugar la discusión que precedió a la ruptura.

María llegó a casa, la cena estaba lista, empezamos a comer, bebimos, empezamos a discutir, primero sobre cualquier cosa, después sobre nosotros, elevamos el tono, le dije que sabía por qué estaba así, la acusé de haber estado engañándome durante días, semanas, meses, lancé el plato con lo que quedaba de quinoa al suelo, ella se levantó y me gritó y yo le grité y le di un empujón y chocó contra la nevera, se quedó paralizada, yo fui a decir que lo sentía pero ella habló primero y juró que nunca volvería a tocarme.

Dos semanas después María me abandonó, abandonó la casa y luego abandonó la ciudad, el país y el continente, y yo me quedé solo en un piso demasiado caro y demasiado grande, en una ciudad en ruinas, en un país permanentemente en crisis y en un continente a la deriva.

*

Durante algún tiempo consideré, erróneamente, que *El hombre que inventó Manhattan* era el mejor libro de Ray Loriga. Publicada en 2004, se trata de una novela que avanza a tientas por las grietas de varios personajes cuyas vidas se cruzan en Nueva York, una ciudad sobre la que un borracho irlandés aseguró que quienes la aman «se odian un poco a sí mismos.»

Cuando salió a la luz, hacía mucho tiempo que se había apagado el fuego que generó la irrupción de los jóvenes narradores de los noventa. Tres años tardó Ray Loriga en componer este fresco urbano y distorsionado del cosmopolitismo y el sueño americano. Entre los más férreos defensores de Ray volvió a destacar el crítico Ignacio Echevarría, quien aseguró entonces que de «entre los escritores españoles que en la actualidad cuentan con menos de cuarenta años, Ray Loriga ha sido y sigue siendo, seguramente, el más señalado».

Ray Loriga siempre quiso desmarcarse de lo que algunos llamaron, desafortunadamente, generación Kronen: «No me sentí cerca de lo que se llamó generación Kronen porque empecé a publicar antes y solo. De hecho, en ese momento ya estaban publicando Luisa Castro, Ignacio Martínez de Pisón y Francisco Casavella, que justo no se asocian a este movimiento y que son quienes estaban más cerca y eran amigos y ya los había leído. Por lo cual no tenía un contacto directo con aquellos. Nos hemos cruzado en actos literarios y nunca he tenido ningún problema».

En 2004, diez años después de la aparición de *Historias del Kronen*, como señaló Echevarría, «los nombres de muchos de los autores por entonces catapultados, incluido el del propio Mañas, han sucumbido, en menos de una década, en un olvido más o menos discreto, más o menos piadoso, que conviene no remover».

El declive en tan poco tiempo de los que fueron nuevos y prometedores escritores no es un fenómeno extraño en la literatura, más bien es la norma. Para algunos autores jóvenes es más fácil desnortarse, o ser desnortados por otros, colegas, críticos o lectores, que aguantar la presión y mantener o mejorar el nivel de sus primeros libros. Si bien, como volvía a remarcar Echevarría después de la salida de *El hombre que inventó Manhattan*, en el

caso de Ray Loriga «sus cambios de rumbo son consecuencia tanto de la insatisfacción como de una cierta perplejidad en relación a su propio talento poderosísimo. No está claro que sea una lástima. En cualquier caso, en relación al menos al fenómeno de la joven narrativa que prosperó en los noventa, se hace cada vez más evidente que toda aquella algarabía solo contenía una voz de verdad: la de Ray Loriga, que entretanto continúa su propia fuga personal».

Es cierto. Ray Loriga había emprendido desde el principio de su carrera, desde su primer libro, una verdadera fuga. Primero, para alejarse de la literatura heredada de los años ochenta. Después, para alejarse del encasillamiento de la crítica. Más tarde, para huir de su país e instalarse en Nueva York, donde escribiría *El hombre que inventó Manhattan*. Y finalmente llevó a cabo una última fuga, ese ausentarse de la vida de manera tan misteriosa y brutal, matándose o siendo matado, pero en cualquier caso desapareciendo sin dejar más rastro que sus novelas y las absurdas teorías de la conspiración en las que me estaba involucrando sin darme cuenta.

«Como siempre, lo propio nos avergüenza y lo ajeno nos consuela. Lo ajeno nos devuelve un reflejo impreciso de nosotros mismos. Una imagen empañada en la que uno puede imaginar lo que no acaba de ver del todo.»

Eso dice uno de los personajes del libro, el único que habla en primera persona, acaso el narrador del libro, acaso el propio Ray Loriga, puesto que se trata de un hombre que lleva cuatro años en Nueva York y que va a emprender el camino de vuelta junto a su familia. Un pequeño gran libro que cuando lo leí por primera vez me cautivó, aunque en una segunda lectura me dejó más bien perplejo. Un libro que comienza con un suicidio y acaba con un asesinato.

Nunca he estado en Nueva York, pero dudo que sea una ciudad tan asfixiante como la que describen los personajes elegidos por Ray Loriga para mostrarnos algo que no acabamos de comprender. Personajes enclaustrados, dolientes, insatisfechos. Hombres y mujeres que desean lo que no tienen, o lo que tiene el otro. Hombres resentidos y mujeres rencorosas. Hombres y mujeres envidiosos y desdichados, pero también, de alguna extraña manera, orgullosos.

«No le costaría ningún trabajo arrancar este mundo de raíz y devolverlo al vacío. Todo lo que tenía que hacer era morir.»

Esta cita de Yukio Mishima, suicida célebre y devoto, prefigura la deriva de una novela cuyo narrador afirma: «Todas las historias de este libro son parte del sueño de Charlie [el *superintendent* rumano que se suicida], todas son inventadas aunque muchas, la mayoría, son ciertas».

Historias inventadas o ciertas, no hay nada que más le guste a Ray Loriga que jugar con las paradojas y las contradicciones, todas las historias de este libro son historias de fantasmas. Y como dice uno de esos personajes desolados: «Solo los imbéciles creen en fantasmas».

*

Dos años después de la muerte de mi hermana, el camino me llevó de regreso a la nueva casa de mis padres, también en La Majada, justo cuando el país estaba pasando la peor crisis de la democracia. Si no fuera por el apoyo de nuestras familias, que en muchos casos sustituyeron al Estado como garante de derechos y subsidios, los jóvenes como yo habríamos acabado en la locura y la indigencia, o bien en el exilio, pero igualmente locos y mendigando.

El tiempo que pasé en esa casa, hasta que ellos tampoco pudieron seguir pagando el elevado precio del alquiler y se mudaron a un pueblo de Toledo, fue cálido pero deprimente. Volví a sentirme como un niño, volví a sentir la frágil protección de mi madre y la ineficaz autoridad de mi padre, volví a sentirme solo estando con ellos. Apenas hablábamos entre nosotros. Siempre que estábamos juntos la televisión estaba encendida. Me pasaba horas encerrado en mi habitación, leyendo o durmiendo. Para evitar salir y encontrarme con mis padres por la casa me llevaba un orinal al cuarto, galletas, cigarrillos y un termo de café. Cuando sabía que se habían acostado salía de mi refugio y recorría el pasillo, la cocina, el salón. Miraba las decenas de fotografías que había colocado mi madre por las paredes, imágenes recientes de todos los miembros de mi familia sonriendo, mirándome a los ojos y preguntándome: ¿Qué te pasa, Daniel? ¿Por qué todos hemos vuelto a sonreír menos tú?

Eso pensaba que pensarían todos, pero en realidad no era así. Yo no era el único al que le estaba costando tanto remontar.

Un día, al poco tiempo de haberme instalado, mi hermana mayor vino de

visita y entró en mi cuarto y se tumbó en la cama. Empezó hablando del tiempo, del dolor de cabeza que tenía, de sus planes para las vacaciones, pero yo no le prestaba mucha atención, seguía sentado dándole la espalda y miraba la pantalla del ordenador. Hasta que ella estalló.

—¿Qué nos ha pasado? —preguntó—. ¿Por qué no te importa una mierda lo que te estoy contando?

Se levantó y fue hacia mí. Yo también me levanté. Ella me abrazó. ¿Qué nos ha pasado?, dijo otra vez. Yo no sabía qué contestar, o sí lo sabía pero explicárselo iba a llevar demasiado tiempo y no tenía claro que lo fuera a entender ni que fuera a mejorar las cosas.

—¿Qué nos ha pasado? ¿Por qué se ha estropeado tanto nuestra relación? Hace meses que no nos juntamos con nuestro hermano, con su familia, ya no salimos juntos de copas y ni siquiera vamos a su casa para cenar una hamburguesa y jugar con sus hijos. ¿Qué nos ha pasado?

Mientras mi hermana decía esto había empezado a llorar, al principio de manera disimulada pero luego abiertamente, y las palabras se le atragantaban en el pecho y en la garganta antes de salir al exterior. Seguíamos abrazados pero yo era incapaz de llorar. Quería hacerlo, yo también sentía una pena terrible y sincera, pero no tan angustiada como la suya. Sabía que debía llorar y lamentar la situación, decir que lo íbamos a arreglar, que entre todos podríamos solucionarlo y que todo volvería a ser como antes. Pero no era verdad. Nada volvería a ser como antes y ella lo sabía y por eso lloraba y yo también lo sabía y por eso me resignaba y lo aceptaba.

Cuando parecía que se había calmado se me ocurrió la feliz idea de decir que no pasaba nada, que era lo normal, que las relaciones se van distanciando y estropeando y que esto pasa hasta en las mejores familias, que la vida era así y que nosotros poco podíamos hacer para cambiar el curso de los acontecimientos.

No sé por qué tuve que decir aquello. Sabía que no era lo que ella necesitaba oír, pero no pude contenerme. ¿Qué tenía que haber dicho? ¿Que todo era cuestión de tiempo y que volveríamos a estar juntos? ¿Que nosotros decidimos nuestros actos y nuestro destino? ¿Que el suicidio de nuestra hermana no iba a impedir que volviéramos a ser felices?

—Me siento sola. Yo te quiero y quiero que me cuides como yo he intentado cuidarte a ti. Sé que no puedo esperar lo mismo de los demás, pero

pensaba que aún podía esperarlo de ti. Ya veo que estaba equivocada.

Dijo eso y se quedó parada a un metro de mí, mirándome fijamente con sus ojos enrojecidos y una mueca de desamparo que tardaría mucho tiempo en borrar de su rostro. Pasaron cinco segundos, diez, pero yo no dije nada. Todavía podía arreglarlo, solo tenía que decir que lo sentía, que me perdonara, que la quería y que siempre la iba a querer y que por supuesto que podía confiar en mí. Pero no dije nada. Me quedé quieto y me quedé callado, y solo cuando ella hubo recogido sus cosas y abandonado la habitación comprendí que mi hermana era la persona más sola del mundo.

Un año más tarde, mi hermana conoció a un hombre, se enamoraron, viajaron, se casaron y tuvieron dos hijas. Desde que formó su propia familia, mi hermana y yo no volvimos a tener ningún espacio de intimidad. Ella nunca más se acercó a hablarme en tono confesional, y por supuesto nunca más la volví a ver llorar. Entonces yo me convertí en la persona más sola del mundo, y solo dejé de serlo cuando María me salvó una vez más de la apatía y la desesperación. A cambio solo me pidió que alguna vez escribiera algo hermoso sobre nosotros.

Pero todavía no he sabido hacerlo.

Todavía le debo una historia de amor.

EL DOBLE

¿Cuándo empezó esto que ahora va a terminar con mi asesinato?

Sobre héroes y tumbas
ERNESTO SABATO

SE VIENE AQUÍ A DESCANSAR PERO NOS PERSIGUEN NUESTROS ESTÚPIDOS CRÍMENES

—Ray Loriga tenía un doble —dijo Mario.

Me marché de la comida de la editorial nada más escuchar el consejo de Antonio Fontana. Me despedí de Palmira, que tenía una media sonrisa en la boca, y salí a la calle. Paré un taxi, que tuve que pagar con tarjeta porque no llevaba ni un euro encima, y en veinte minutos estaba en la puerta del pub Gaudí.

Pregunté por Mario. Me dijeron que estaba a punto de llegar. Me senté a esperar en una mesa pegada a la ventana y pedí una cerveza. Estaba excitado y nervioso, pero también estaba cansado. Sentía que todo este asunto era una extraña y malsana forma de perder el tiempo. Un juego sin sentido. Una broma sin gracia.

A los cinco minutos apareció Mario. Se sentó a mi lado después de darme un apretón de manos. Dejó sobre la mesa un termo y un mate. Se reía mientras me lo ofrecía. Negué con la cabeza.

—Es mejor que te vayas acostumbrando —dijo Mario—. Por ahí aunque no te guste te espabila. Y tú tienes que espabilar.

Seguí sin aceptar el mate y tampoco me reí. Estaba harto de que todos me trataran como a un imbécil que no se entera de nada. Aunque, bien pensado, todos tenían razón. No me estaba enterando de nada.

—Ray Loriga tenía un doble —dijo entonces Mario—. Todos pensábamos que lo sabías.

—¿Todos? ¿Quiénes sois todos?

Mario chupó la bombilla.

—Es de alpaca

—¿El qué?

—La bombilla. Es de alpaca. Y el mate es de la provincia de Misiones. El noventa por ciento del mate que exporta Argentina se produce ahí.

—¿Eres argentino?

—A Ray nunca le gustó el mate.

—¿Y eso qué más da?

—Él prefiere las bebidas frías. La cerveza, para ser exactos.

—¿Te refieres al verdadero Ray Loriga o a su doble?

—Técnicamente, nadie puede saber quién es la copia y quién el original.

—¿Cómo?

—Es una historia muy curiosa.

—Que me encantaría escuchar.

—Se parecen, pero no son el mismo.

—¿Qué?

—Son el mismo, pero no se parecen.

—Basta.

—Está bien, te contaré lo que yo sé.

Mario echó agua del termo en su mate, dio una chupada, y se largó a contar una historia folletinesca como si fuera un personaje secundario crucial de una mala novela de misterio.

—Ray es un hombre de costumbres. Durante los últimos diez años vino a desayunar a este bar, al menos cuatro o cinco días por semana, siempre que no estuviera de viaje. Venía temprano, muchas veces antes de que hubiéramos levantado el cierre. Entraba y se sentaba en la misma mesa, en esta mesa en la que estamos sentados tú y yo ahora, y pedía un café con hielo, hiciera la temperatura que hiciera. Luego sacaba de su maletín cinco o seis periódicos que esparcía sobre la mesa, y se pasaba cuatro o cinco horas leyéndolos, saliendo cada veinte minutos a fumar. A las doce de la mañana pedía la primera cerveza del día. Bebía y seguía leyendo los periódicos y también algunos libros que traía él y que estaban llenos de anotaciones en los márgenes. Me parecía el comportamiento más normal de un escritor, leer, escribir y beber, aunque no necesariamente en ese orden. Al final nos hicimos

amigos. Nos veíamos las caras cada día. Nunca me dio por leer un libro suyo, pero me encantaba charlar con él. En realidad, yo apenas hablaba, era él quien me comentaba alguna noticia de las que había leído en el periódico, o bien hablaba de personas que yo no conocía y de lugares en los que yo no había estado. Salvo cuando me contó una historia sobre Argentina.

Mario dejó de hablar para dar otra chupada, y me miró enarcando las cejas para ver si había logrado intrigarme.

—La primera vez que Ray pisó Argentina tenía poco más de treinta años. Fue durante la promoción de *Tokio ya no nos quiere*. No estuvo muchos días, pero le dio tiempo a salir por la ciudad y a conocer a algunas personas que más tarde serían buenos amigos. Una noche de borrachera, Ray también conoció a un hombre extrañísimo que se pegó a él como si fuera su sombra. Según me contó, ese tipo, que tendría más o menos la misma edad que él, le dijo a Ray que era un impostor, que como broma tenía su gracia pero que ya había llegado el momento de decir la verdad, que si no lo hacía Ray lo haría él y entonces se le acabaría el chollo, que era mejor hacer las cosas por las buenas y no por las malas, que él no sabía cómo hacerlo bien, pero que llegado el momento sabría hacerlo mal bien hecho. Era tarde, Ray se había quedado solo con ese hombre en un boliche de mala muerte y empezaba a estar asustado, así que le dijo que sí, que lo haría, que al día siguiente destaparía todo y pondría fin a la farsa. El tipo, al fin, se rió, pero Ray no supo si esa risa significaba que solo se trataba de una broma o que él había ganado la batalla. Siguieron bebiendo un rato, y en un momento en que el otro fue al baño Ray aprovechó para salir corriendo sin mirar atrás.

—No entiendo muy bien qué tiene que ver eso con la muerte de Ray Loriga.

—¿Te apetece otra cerveza?

—Me apetece saber qué estás intentando decirme.

—Qué bárbaro. No tenés paciencia, vos.

—Lo que no tengo es dinero.

Mario se levantó, se acercó a la barra y sirvió una caña. Me la trajo. La cerveza no tenía espuma y además era Cruzcampo, pero no me quejé y le di las gracias.

—Mirá. A los pocos días de ganar el Premio Alfaguara Ray empezó a recibir cartas en su casa. Se las enviaban desde Argentina, desde Buenos

Aires. Las fue acumulando porque no tenía tiempo ni ganas de leerlas, pero un día que vino acá trajo consigo cuatro o cinco de ellas. Las abrimos juntos. Estaban escritas a mano. Todas iban dirigidas al falso Ray Loriga, y estaban firmadas por el verdadero Ray Loriga, por Jorge Loriga Torrenova. Todas decían prácticamente lo mismo: Usted y yo sabemos, señor Loriga, que usted no es el verdadero Ray Loriga. Yo soy el verdadero Ray Loriga. Soy yo el que ha escrito todos sus libros, soy yo el que merece los honores que usted ha recibido, y es usted quien merece la deshonra que he sufrido yo. Todas las cartas empezaban así, y terminaban con la siguiente propuesta: Estoy dispuesto a aceptar que usted siga firmando mis libros, siempre y cuando nos repartamos los beneficios al cincuenta por ciento, y me presente usted a su exmujer para que pueda vivir con ella la vida que usted me robó. Todas las cartas terminaban con la misma amenaza: Si se niega a este acuerdo, señor Loriga, las consecuencias serán desastrosas para todos, pero sobre todo para usted. Aún está a tiempo de salvarnos, señor Loriga. Piénselo. De lo contrario, caeremos juntos en el abismo de la fatalidad y la infamia.

Mario se levantó de nuevo y se metió en el cuarto que había detrás de la barra. A los pocos segundos volvió con un sobre abierto. Me lo entregó. Dentro había una hoja blanquiazul con un sol amarillo en el centro, escrita a mano por las dos caras. La letra era grande, redondeada. La tinta era roja. Estaba firmada por Jorge Loriga Torrenova.

—Ray me dejó esta carta de prueba, dos días antes de iniciar la gira por Latinoamérica, que precisamente terminaría en Buenos Aires.

—¿Por qué Ray no alertó a la policía antes de ir allí?

—¿Para qué? Se habrían reído de él.

—¿Por qué no avisamos ahora a los policías que me interrogaron y les entregamos esta carta para que hagan algo?

—Y ¿qué van a hacer? El caso está cerrado.

—Pero ellos piensan que yo estoy involucrado.

—Boludeces. La versión oficial es que Ray se ha suicidado, así que no hay nada que investigar.

—Pero eso es mentira —dije yo.

—Desde luego que lo es —dijo Mario—. Porque Ray Loriga todavía está vivo.

*

El año que Ray ganó el primer premio de novela *El Sitio con Héroes*, en el jurado estaban Rafael Chirbes, Juan Antonio Masoliver Ródenas y Juan Marsé. No era un jurado de pacotilla, como muchos de los que hay ahora, nos dijo Ray aquel día en *El Retiro*. Y luego nos contó que Marsé le había dicho: Ray, me ha encantado el libro, no he entendido nada, pero me ha encantado.

El premio *El Sitio* dejó de existir, por lo que no podemos saber a quién premiarían ahora, si seguiría siendo un premio de los que arriesgan, o se habría convertido en un premio endogámico, promovido para perpetuarse y para perpetuar al *establishment*, a los que siempre ganan todos los premios porque son grandes escritores y mejores personas y han demostrado su rentabilidad económica.

No está claro si hay que censurar los premios que se organizan única y exclusivamente para promocionar a autores de la casa o a grandes figuras que pueden amortizar en ventas el dinero que han recibido por anticipado. El mercado editorial está tan saturado que se vuelve imprescindible llamar la atención de los lectores como sea. El lector que ha de elegir entre dos libros de los que no conoce absolutamente nada, uno de los cuales ha ganado un premio, tiene más fácil su elección. Así que todos los escritores necesitamos ganar premios literarios para ganar lectores, además de algo de dinero por adelantado, porque a estas alturas nadie te paga anticipadamente por escribir.

Uno de los muchos escritores que lloró la pérdida de Ray Loriga fue su amigo Alberto Fuguet. El escritor chileno habló en público sobre su relación amistosa y literaria, basada en el respeto mutuo y en la admiración recíproca, una amistad forjada en las trincheras de la literatura.

Fuguet escribió en el prólogo a su libro *Missing*: «Un escritor puede ser raro, puede vivir en su cabeza, no tiene que —no debe— vivir igual que los demás».

Los escritores nos hemos acostumbrado a decir que tenemos algo que nos hace especiales, ni mejores ni peores, pero sí, al menos, diferentes. La escritura nos transforma, nos obliga a dar más de lo que tenemos, es un combate y un aprendizaje. La escritura nos redime y nos absuelve, nos impulsa a ser más de lo que somos, nos obliga a no conformarnos. A cambio te exige los mejores años de tu vida, la plenitud de tu talento, tu energía, y fe.

Para el rumano Mircea Cărtărescu, la literatura es más que un arte: es una religión.

Escribir también nos obliga a tener que justificar ante los demás por qué estamos escribiendo, por qué hemos escrito, por qué ellos, los que no escriben, deben prestar atención a lo que nosotros hemos escrito, porque si lo hemos escrito debe de ser por algo.

Quizá Fuguet tiene razón y un escritor no tiene y no debe vivir igual que los demás, pero tampoco debería estar recordándolo a cada momento. No basta con querer ser diferente para serlo, igual que no basta con escribir para ser escritor.

Además de escribir hay que ser escritor, declaró Antonio Ortuño, y añadió: eso es lo espantoso.

Al recordar la trama de *Missing*, narrada en primera persona por su autor, encontré un ligero parecido con esta historia. Fuguet cuenta la huida o desaparición de su tío, y la búsqueda que emprende él mismo para saber si aún vive, y en ese caso preguntarle por qué se fue, si es que se fue voluntariamente, y por qué dejó de mantener el contacto con él. Ray Loriga también había desaparecido y yo quería salir a buscarle, pero me faltaba valor, además de tiempo y dinero.

¿Sería real la historia del doble?

Mientras Mario estuvo hablando me vino a la cabeza una anécdota que creía haber olvidado. A mi madre, que tenía tanto que ver, nunca le conté esta historia, este desdoblamiento de la realidad.

Cuando tenía veinte años debía conseguir varios documentos para lograr que me dieran una beca. Uno de ellos era mi partida de nacimiento, y para conseguirla debía ir al hospital en el que había nacido. Se lo pregunté a mi madre y ella me dijo sin pensarlo que fuera a La Paz. Me presenté allí al cabo de varios días, con el tiempo justo para cerrar los trámites, dije mi nombre y esperé. No tardaron demasiado en darme lo que estaba buscando. Lo ojeé al llegar al metro. Aparecía mi nombre completo y mis dos apellidos, Daniel Jiménez Palencia, así como mi fecha de nacimiento, 28 de septiembre de 1981. Sin embargo, los nombres de los progenitores que indicaba el documento no coincidían con los nombres de mis padres.

Llegué a casa y le volví a preguntar a mi madre en qué hospital había nacido. De nuevo, sin pensarlo ni un segundo, mi madre dijo que fue en el

Clínico, y añadió, sorprendida: ¿Por qué me lo preguntas otra vez?

Al día siguiente fui a ese hospital y repetí el procedimiento. Cuando me entregaron la hoja comprobé al instante los nombres de los progenitores, que esta vez sí coincidían con los nombres de mis padres.

De esta manera descubrí que había otra persona con mi nombre que había nacido el mismo día y en la misma ciudad que yo, otra persona que estaba viviendo una vida paralela a la mía, otra persona que igual no sabía nada de esto, o igual sí lo sabía y no le importaba, o igual estaba ya muerta.

La forma casual de hacerlo me previno. ¿Debía preocuparme porque hubiera otro ser humano con mi misma identidad, o debía preocuparme aún más porque mi madre había confundido su pasado y mi lugar de nacimiento para demostrarme que no era único en el mundo?

Había descubierto que tenía un doble.

Cualquier novelista habría salido a buscarlo, no solo Alberto Fuguet.

No sé por qué le oculté a mi madre el conocimiento de este hecho, de este dato inobjetable, ni por qué me he negado siempre a salir en busca de ese otro alguien que podría suplantarme. Estoy seguro de que sería fácil dar con él. La pregunta es: ¿Serviría de algo encontrarlo?

*

Esto escribió Ray sobre la utilidad de la escritura: «La gente escribe, cualquiera, todos, yo mismo. ¿Para qué? No está claro. Para corregir un error, para rectificar un dato, para ganar altura, dinero, prestigio, para birlarle una novia a un amante más diestro, para no pensar en la muerte o para pensar en ella con cierta distancia. O simplemente para tener algo que hacer, entre sopa y sopa, entre niño y niño, entre guerra y guerra».

En el prólogo a *Días aún más extraños*, Ray cita a Nabokov para señalar que «el joven escritor guarda una admiración y respeto por el escritor que algún día será, que no se reproduce nunca a la inversa». Este libro, publicado en 2007, guarda una relación estrecha con el volumen misceláneo de 1994, *Días extraños*. La idea primigenia fue reeditar ese libro y añadirle los textos nuevos, pero finalmente se descartó esa posibilidad porque, como dice Ray, «releer lo escrito, especialmente lo escrito hace ya demasiado tiempo, provoca poca alegría y más de un bochorno».

La primera parte de *Días aún más extraños* está compuesta por dieciocho artículos que tratan, o merodean, diversos asuntos. Desde cuestiones políticas como el 11-M hasta la censura de la Iglesia católica, pasando por la literatura de Vila-Matas, el arte contemporáneo, el cine de Bergman, de Hitchcock, de Zulueta y de Godard, la lectura como incitación y la escritura como necesidad, o al revés, y en definitiva sobre la cultura, «esa cosa que no se come pero que es tan importante que nadie sabe muy bien qué hacer con ella ni dónde ponerla». El libro incluye la renombrada carta apócrifa a Rodrigo Fresán, y «dos ficciones frustradas» que pueden contarse entre lo más prescindible de la narrativa de Ray.

Algunos textos son tan ligeros como ese en el que Ray escribe una columna de opinión sobre las dudas de un escritor a la hora de escribir una columna de opinión, y donde lo más destacable es llegar a la misma pregunta que se hace Ray sobre lo que está pasando a su alrededor: «¿Y a mí qué más me da?». También es llamativa y premonitoria la frase que le dedica al autor de *La literatura nazi en América* a un año de su muerte: «De Bolaño habla ya bien todo el mundo, por una vez con razón». Lo mismo que acabaría pasando con Ray según avanzara el tiempo y al desconcierto por su muerte le sucediera la admiración inequívoca.

Tras la concesión de un premio a su amigo Vila-Matas, Ray escribe: «Quienes pensamos que la literatura es un asunto esencial, divertido, emocionante y riguroso, estamos de enhorabuena por la mera, aunque dudosa, existencia de Enrique Vila-Matas». Así habla Ray sobre la obra de su colega: «Impostura es, en esencia, la presentación de una ficción como realidad, la voluntad de imponer una construcción en el mundo de lo real. Así, ni más ni menos, se produce la buena literatura, no copiando y reduciendo la realidad, sino imponiendo a esta los impulsos y las necesidades de la ficción».

En el artículo *Después del dolor*, publicado el 14 de marzo de 2004, tres días después de los atentados en la estación de Atocha, cuando todavía no se había elegido a los culpables, Ray se sitúa juiciosamente entre el escepticismo, la precaución y la autocrítica.

Sobre las responsabilidades escribe: «Hay que entender, de una vez por todas, que hay cosas que solo son de una manera y no admiten matices. No hay bandera que valga una vida, la patria es una sopa, un aroma, un recuerdo,

un monte, un verso. No hay patria que se refleje en un charco de sangre. La patria no sirve, solo importan los hombres, las mujeres y los niños. Los que están a un lado y a otro de todas las fronteras, los mismos que el jueves por la mañana cerraron las puertas de un mundo que ya no volverá a abrirse nunca».

Sobre la posible reacción, anterior y futura, a los atentados, Ray señala: «No hay crimen que justifique un crimen, sobre todo si como en los días de la sogá al cuello se agarra al primero que pasaba por allí (no basta con que Sadam fuera a su vez un asesino, que lo es) y se le cuelga, mientras los verdaderos culpables siguen sueltos».

Sobre el papel de la izquierda en la justificación de los atentados, Ray afirma: «A la izquierda progresista enseguida se nos va la cabeza y acabamos llamando a los terroristas del 11 de septiembre, lo leí en su día con indignación, kamikazes de la miseria y eufemismos similares. Y es que también la izquierda ha, hemos, perdido pie desde hace tiempo, entre la nostalgia de las barricadas, el progresismo de salón, la libertad de expresión amenazada, el chapapote instrumentalista, el pensamiento pegatina, las canciones protesta, la arrogante superioridad moral, la paja en el ojo ajeno y la viga en el propio».

Sobre el futuro de la «España de patriotas» de Aznar preconiza: «Tendremos una bandera muy grande encerrada en un rincón muy pequeño».

Y sobre la reacción del colectivo de intelectuales y artistas, «como nos llama Savater», Ray puntualiza: «Deberíamos hacer un esfuerzo por dejar de poner a salvo el alma roja y bajar la mirada hacia el rojo de la sangre».

En uno de los artículos más lúcidos de la compilación, *Los libros quemados*, Ray cita a Piglia para decir que «la literatura es más interesante que la vida y me temo que muchos escritores estamos de acuerdo. Y sin embargo, escribir avergüenza. Supongo que también avergüenza vivir si uno se para a pensarlo». Continúa diciendo que «se escribe mucho, demasiado»; que «literatura y mercado son dos cosas muy distintas condenadas a vivir juntas, en la misma caseta, como los animales del zoo están condenados a vivir entre sus propios excrementos»; y termina afirmando, a modo de colofón, que «todo esto ya se sabe, y a cuento de qué, entonces, repetir lo que se ha dicho tantas veces. Aquí la Duras nos ayuda: Hay que volver a decir. No hay otra razón para seguir escribiendo. También hay que volver a escuchar. No hay otra razón para seguir leyendo. No nos queda más remedio

que vivir».

Este conjunto de textos sirve para certificar que a Ray Loriga le importa menos el hecho en sí que las connotaciones que adquiere, le importa menos la realidad, plana e inofensiva, que la literatura, el cine o el pensamiento que la retuercen y «la incomodan», y por eso se lamenta de que «el desafío intelectual resulta pedante, frío, pasado de moda. Han muerto las distancias, las precauciones, el vértigo, el arte por el arte, el cine por el cine. Hay que sentir, en el estómago, en los huesos, en el corazón. En eso estamos, sufrimos mucho, pensamos poco».

Entre el mar de derrotas y desesperanzas, la literatura se yergue para salvarnos. Mientras «Europa se contrae y España se deshace», mientras «la izquierda nacionalista y la derecha española parecen empeñadas en despertar al Dios de sus leyendas», mientras «los demás deberíamos conseguir de una maldita vez presentar un frente común al terrorismo, alejados de políticas electoralistas», y ante «una Europa en retroceso y una España amenazada por dos conceptos mágicos de nación, ambos enraizados en la ficción, la literatura sobrevive cuando las monstruosas piezas de todo lo demás no encajan».

Hasta que leí estos artículos no supe si Ray Loriga era o no uno de esos escritores que tratan la actualidad desde sus tribunas como si estuvieran pontificando, «uno de esos columnistas iracundos que parece que vienen siempre cabreados de casa». Es posible que Ray Loriga, en algunos momentos de facundia, se pueda parecer a ellos. Ray conocía a todos esos escritores. Los trataba y se reconocían respeto, pero creo que nunca fue uno de ellos. Le salvaron declaraciones como esta, que hizo semanas antes de morir, en pleno *procés*: «No me voy a morir si Cataluña se independiza».

Ray Loriga ya estaba sufriendo su propia crisis afectiva y creativa cuando al año siguiente de la aparición de este libro tuvo lugar la caída de Lehman Brothers, el inicio de la peor crisis de lo que llevamos de siglo.

«La ficción —escribe Ray en la carta abierta a Rodrigo Fresán— precisa de un entusiasmo, de un rigor y de un talento, que ya no tengo, que nunca tuve, en realidad. Por eso ahora me dedico al cine porque un mal escritor vive mejor del cine que de la literatura y además conoce a más gente.»

Quizás el origen de la crisis de autoestima de Ray estuviera en otro lugar: «De niños éramos más fuertes, me dijo Rodrigo Fresán, el magnífico escritor

argentino y mejor amigo, ayer mismo durante una conversación telefónica, atropellada por mi parte no por la suya, que era yo el que estaba borracho sin estarlo del todo, sin ni siquiera haber bebido».

Quizá la bebida era una forma de ocultamiento, una válvula de escape: «Todo esto no tendría mayor importancia si uno no se fuera derrumbando con los años. [...] Mi nombre no es importante. Los nombres se olvidan en los cócteles».

Quizás el naufragio, en aquel momento, tenía rostro de mujer. Una mujer rubia: «No sé nada de amor, pero el amor me persigue. [...] Se viene aquí a descansar pero nos persiguen nuestros estúpidos crímenes».

Quizá Ray Loriga había atisbado el principio del fin de Ray Loriga: «Me pregunto cuál puede ser la causa última de mi derrota. Como cada uno de esos escritores que de cuando en cuando declaran que la novela ha muerto, sin reconocer que ellos la han matado, tengo claro que la novela, las novelas gozan de perfecta salud, todas menos las mías. Sé que la muerte de un escritor menor no es el fin del mundo, pero qué quieres que te diga, amigo Fresán, a mí me preocupa».

Solo esta última frase, que Ray escribe a modo de posdata, permite vislumbrar la posibilidad de un renacimiento: «Nada de esto es importante y hay una parte feliz que no te cuento, pero siempre hay una parte feliz, que no se cuenta.»

*

Unos días después de la discusión, y una semana antes de que María se fuera a Buenos Aires, me crucé con Carlos Pardo en la plaza Jacinto Benavente. Llevábamos semanas intercambiándonos correos electrónicos, pero el encuentro nos pilló a los dos por sorpresa. Hablamos vagamente de nuestros proyectos y nuestras frustraciones, sobre todo de las mías. Carlos me dijo que siguiera adelante, que siguiera escribiendo, estuviera escribiendo lo que estuviera escribiendo, y que si era o se parecía a la autoficción, como en efecto así era, leyera *Los monederos falsos*. Me sentí estúpidamente orgulloso por saber de qué libro me hablaba, como si no saberlo me hubiera dejado en evidencia. Le dije que ya lo había leído pero no era cierto. Lo había empezado a leer hacía años pero lo dejé a la mitad.

Quedamos en vernos otro día para seguir hablando de lo mismo, de novelas, de frustraciones, del mundillo literario y de los escritores a los que queríamos parecernos, como André Gide. Qué agotamiento esto de ser escritor, le dije a Carlos mientras le daba un abrazo tibio.

Ese mismo día, cuando llegué al restaurante, me tocó atender una mesa en la que estaba comiendo Paca Flores, la editora de Periférica, la editorial en la que Carlos Pardo había publicado sus novelas. Nos saludamos con cordialidad. Fue precisamente Carlos Pardo quien me presentó a Paca en uno de los actos literarios a los que tanto odiaba acudir, pero a los que asistía por si allí pasaba *algo*.

Durante la presentación me senté a su lado. Le pedí un bolígrafo y le escribí esta nota: Estoy terminando de escribir mi primera novela. Me gustaría que la leyeras. Doblé la hoja y se la entregué. La leyó, me miró y se rió.

Terminó la presentación y nos fuimos a tomar una cerveza. Cuando llegó el momento de despedirnos Paca me dijo que sí, que bueno, que seguro que la novela estaba muy bien, pero que en la editorial no daban abasto con todos los manuscritos que tenían pendientes, con las reimpressiones, con las traducciones y con las publicaciones de los autores de la casa. Le dije que lo entendía y me marché.

No volvimos a vernos hasta que vino al restaurante. Estaba todo muy rico, dijo ella mientras nos despedíamos en la puerta. Me alegré, le di un beso, volví a la mesa y me fijé si había dejado propina. Lo hizo. Dos euros y treinta céntimos. De algo teníamos que vivir los escritores que ocupábamos el extrarradio de la literatura.

Llegué a casa. María ya estaba durmiendo en la cama. Yo había dormido en el sofá todos los días después de la discusión, aunque los últimos me mantuve casi todas las noches despierto. Cogí de la estantería el segundo libro de Carlos Pardo, que también había dejado a medias, y me tendí una vez más en el sofá.

María se despertó a la hora de siempre. Yo seguía despierto cuando ella pasó por el salón, pero cerré los ojos y me hice el dormido. La oía trastear en la cocina. Pensé si sería buena idea levantarme y desayunar con ella. En toda la semana apenas nos habíamos dirigido cinco o seis palabras. No nos mirábamos. No nos tocábamos.

Por las mañanas, antes de marcharse de casa, María solía darme un beso aunque yo estuviera dormido. Yo mismo le había dicho que lo hiciera, le había pedido que lo hiciera cada día, que no tuviera miedo de despertarme, que prefería saber que se iba a despertarme más tarde solo. Le costó un tiempo acostumbrarse a hacerlo, pero llegó un momento en que lo hacía todos los días.

Lo que más echaba de menos, y lo que más echaría de menos cuando ella se marchara a Buenos Aires, más que su sonrisa o sus palabras, era ese primer beso del día que significaba que seguía vivo y que María estaba conmigo.

Pero no.

Ya no.

EL ÚLTIMO EN ABANDONAR LA FIESTA ES SIEMPRE EL INTRUSO

Lo primero que hice al salir del bar Gaudí fue llamar a Palmira. Respondió al primer tono:

—Cuéntame, querido.

Supe al instante que ella ya sabía lo que iba a decirle, pero se lo conté de todas formas. Le dije que Ray Loriga podía estar vivo, que Mario me había contado *cosas*, que no tenía claro si debía ir a la policía o no, que tenía una prueba que me exculpaba o que al menos me concedía una tregua, que necesitaba verla y que necesitaba, sobre todo, dinero.

—¿Para qué quieres dinero?

El dinero siempre había sido un problema. Mis padres habían vivido toda su vida con el dinero justo. Desde que cumplí dieciocho años empecé a trabajar para pagar mis propios gastos, lo mismo que hicieron mis hermanos a esa edad. Desde entonces no dejé de hacerlo, pero nunca conseguí un trabajo tan bien remunerado como para ahorrar, y cada céntimo que gastaba pensaba que hubiera sido mejor guardarlo porque era probable que lo necesitara para algo importante. Como esa vez.

—Para comprar un billete de avión. Tengo que ir a Buenos Aires.

En cuanto pronuncié esas palabras en voz alta supe que no había vuelta atrás.

—Está bien, Daniel, pero ahora vete a casa. Estás muy alterado. Necesitas dormir. Mañana por la mañana hablamos y hacemos lo que tengamos que hacer.

Seguía sorprendiéndome el cariño que Palmira me regalaba con tanta naturalidad. Desconfiado y paranoico, pensaba que Palmira quería algo de

mí, pero ¿el qué? ¿O era normal que una agente tratara así a sus autores? En una entrevista que realizamos los dos para Televisión española, en la que yo me atreví a decir que en este país era normal que se cerraran las puertas a los jóvenes escritores porque sin duda éramos demasiados, Palmira optó por el lado sentimental y explicó al periodista que ella no había tenido hijos porque tenía autores. Es decir, que para Palmira yo era como su hijo. Y como solía hacer con mi madre, tampoco a ella le hice caso.

Llamé a Daniel Remón nada más terminar la llamada. No podía pedirle a Palmira todo el dinero que necesitaba así que pensé que Remón podría prestarme algo más. Además, necesitaba hablar con alguien sobre Ray Loriga y necesitaba seguir bebiendo. Pensé que no me sería muy difícil convencer a un escritor plagiarista para hacer ambas cosas: hablar y beber. Eso era, al fin y al cabo, lo que mejor sabíamos hacer.

Una hora más tarde estábamos hablando y bebiendo en un bar de Lavapiés. A Remón le costaba entender lo que estaba diciendo, o bien a mí me estaba costando explicarme.

—A ver, no me está quedando nada claro. ¿Ray Loriga está vivo o está muerto?

—Está muerto. La policía dice que está muerto. Y la prensa también. Pero hay otro Ray Loriga que está vivo, y que podría ser el asesino de Ray Loriga, del Ray Loriga que está muerto. Pero también podría ser que Ray Loriga no esté muerto, y que el otro Ray Loriga lo tenga secuestrado en algún lugar de Buenos Aires. Esa es la versión de Mario.

—¿Quién es Mario?

—Pero si los dos Ray Loriga están vivos la cosa se complica aún más, porque oficialmente Ray Loriga está muerto, lo que significa que la policía podría estar involucrada en el asunto, y que el otro Ray Loriga tiene contactos importantes, así que no me convendría meter la cabeza donde no me llaman.

—¿Por qué querría secuestrarlo?

—Por dinero, supongo.

—Pero entonces le convendría decir que Ray Loriga está todavía vivo.

—Yo creo que lo está. Y Mario también.

—¿Quién es Mario?

—¿Tú crees que Ray Loriga es un impostor?

—¿Cuál de los dos?

—¿A qué te refieres?

—Hay dos Ray Loriga, ¿no?

—Sí. Bueno, eso parece.

—Entonces, ¿cuál de los dos es el impostor?

—Eso me pregunto yo.

—Y ¿por qué tiene que haber un impostor?

—Eso. ¿Por qué?

—Igual los dos Ray Loriga son auténticos, originales e intransferibles.

—Como el carné de identidad —dije yo.

—Como el carné de identidad —dijo Remón.

Nos quedamos callados un par de minutos mirando la televisión que estaba colgada en una esquina del bar. El canal sintonizado estaba emitiendo un programa de debate. El ruido nos impedía escuchar las palabras de los tertulianos. Cuando vimos que el debate se terminaba y aparecía en la pantalla Tato Rivas Rosino le pedí al camarero que subiera el volumen del televisor. Algunos clientes se quejaron. Nos perdimos las primeras preguntas, pero vimos los rótulos sobre la pantalla que decían: Ray Loriga podría no estar muerto. Me pareció una forma extraña de decir que podría estar vivo.

—Es una acusación muy seria —oímos que le decía el presentador a Tato.

—Hay que ser muy torpe o estar ciego para no ver que todo esto forma parte de una estrategia publicitaria.

—Y ¿quién está detrás de esa estrategia?

—El verdadero Ray Loriga.

—¿Quién?

Ya no pudimos oír ni ver nada más porque el dueño del bar apagó el televisor y dijo que nos fuéramos todos a la calle.

—Está claro —dije de golpe.

—¿El qué? —dijo Remón.

—Tato tiene razón.

—¿Sobre qué?

—Tato siempre va dos pasos por delante de mí. Siempre ha sido así. Y esta vez no podía ser menos.

—¿Por qué no le llamas?

- Todo es mentira.
- Tienes que verle.
- Es un juego.
- Tienes que hablar con él.
- Una trampa.
- Toma mi móvil. Llámale.
- La muerte, la investigación, el doble.
- Bueno, ahora no le llames porque el programa es en directo.
- Están jugando conmigo.
- ¿A qué hora acabará?
- Mario es un farsante.
- Ya que tengo el móvil en la mano.
- Y Palmira.
- Voy a hacer la llamada del ahorro.
- El otro Ray Loriga es el mismo Ray Loriga.

Un paquistaní se paró delante de nosotros y nos ofreció una lata de cerveza. Compramos una cada uno. Las abrimos. Bebimos.

- Aunque igual —dije intentando reírme.
- ¿Igual qué?
- Igual me estoy volviendo loco.
- Puede ser.
- Tengo un doble.
- Claro.
- No lo conozco, pero sé que existe.
- Todos tenemos un doble en alguna parte.
- Igual a Ray le pasó lo mismo que a mí.

—Sus nombres han sido varios, desde Ka, el «doble del espíritu» de la cultura egipcia antigua, pasando por los fantasmagóricos dobles llamados *vardøger* de la mitología nórdica, hasta los *etiäinen* del folclore finés, pero el que perduró fue el vocablo alemán *doppelgänger* que, si quisiéramos traducirlo, sería algo así como «doble andante».

- Solo que su doble nació en Argentina.
- El término apareció por primera vez en una novela romántica alemana

de 1796 escrita por Jean Paul, *Siebenkäs*, en la que un hombre infelizmente casado acude a su doble, quien le aconseja que finja su propia muerte.

—Pero ¿qué estás diciendo, Remón?

—No tengo ni idea.

—Necesito dinero.

—Yo te invito a la próxima, no te preocupes.

—Me refiero a mucho dinero.

—¿Cuánto es mucho dinero?

—No sé, tres mil euros.

—¿Para qué?

—Para encontrar a Ray Loriga.

—¿A cuál de ellos?

—A los dos.

Por fin me había calmado y me reí. Remón también se rió, nos acabamos la cerveza y nos fuimos a otro bar hasta que también cerró y luego fuimos a otro bar pero no nos dejaron entrar porque estaba a punto de cerrar así que nos quedamos al lado de la puerta bebiendo más latas de cerveza que compramos a otro paquistaní (¿o era el mismo?), y cuando ya casi no podíamos hablar decidimos que era hora de irse a casa.

Nos despedimos en mitad de la calle Embajadores. Remón quedó en hacerme una transferencia por internet para que tuviera el dinero lo antes posible. Se lo agradecí con un abrazo y con la promesa de devolvérselo tan pronto como pudiera. Tanto él como yo sabíamos que iba a pasar mucho tiempo hasta ese momento.

Llegué a casa a las seis de la madrugada. En vez de meterme en la cama me senté delante del ordenador para intentar escribir todo lo que había pasado desde que conocí a Ray Loriga en la Feria del Libro, pero me sentía incapaz de hacerlo. Me preparé una copa de ginebra con agua y encendí un cigarrillo. Quedaba poco para el amanecer. A las nueve de la mañana llamaría a Palmira y quedaría con ella para ultimar el viaje. ¿Qué tenía que hacer? ¿Qué iba a decir en el trabajo? ¿Qué haría con el gato? Entonces recibí el mensaje de María:

«Hola. Me alegró y me sorprendió tu mensaje. Todo bien por acá. Si tú también estás bien y no ha pasado nada grave prefiero que no hablemos

todavía. Cuídate. Besos.»

¿Qué debía hacer ahora? En dos días esperaba estar en Buenos Aires. No iba por ella, o al menos eso creía, pero era lógico que ella supiera que yo iría allí. Me vi a mí mismo desde fuera, bebiendo solo, sin escribir desde hacía semanas, pidiendo dinero para hacer un viaje sin sentido en busca de un escritor muerto y de paso para recuperar a una mujer que no quería saber nada de mí. Era una imagen desoladora. Dejé la copa a medias y me fui a la cama.

Tres horas más tarde me despertó el sonido del teléfono móvil.

—Querido, ¿qué haces dormido aún?

—Hola, Palmira. Necesito dormir un poco más.

—Ni hablar. Te he comprado un billete de avión. Tienes cinco horas para llegar al aeropuerto. Te vas a la Argentina, boludo.

Palmira dijo la última frase con acento argentino y luego se rió. Yo también quise reírme pero estaba demasiado cansado. Me incorporé, suspiré, y me escuché decir:

—Gracias, mamá.

*

Cualquiera puede escribir una novela. Hombres y mujeres. Jóvenes y ancianos. No parece una tarea muy complicada, o no más complicada que, por ejemplo, construir un buque mercante.

Camilo José Cela escribía una página por día, solo una, y trabajaba en ella hasta que no había forma humana de mejorarla. García Márquez siguió una rutina férrea, que no abandonaba ni un solo día, para escribir *Cien años de soledad*. Su gran amigo (hasta que dejó de serlo) Mario Vargas Llosa afirmaba dedicar seis horas cada mañana a la escritura de ficción, más el tiempo que dedicaba cada tarde a la correspondencia, los artículos de prensa y demás fruslerías. Vila-Matas cuenta en *Bartleby y compañíadocenas* de ejemplos de escritores que optaron por el silencio como modo de vida o como reacción a lo que se esperaba de ellos.

La escritura como exigencia, como compromiso, como responsabilidad, como negación.

Daniel Remón me dijo aquella noche que estaba harto de escribir guiones que serían filmados por otros, que estaba harto de escribir pero no ser el último responsable de su obra. Decía que quería escribir una película y dirigirla, o bien escribir una novela. ¿Por qué no? Remón era probablemente el mejor escritor de todos nosotros.

Cualquiera puede escribir una novela. Otra cosa es que esa novela merezca ser leída, pero escribirla no parece tan difícil. No solo lo hacen a diario cientos de escritores, también pergeñan novelas presentadores de televisión, periodistas del corazón, empresarios, youtubers, políticos, policías, taxistas, carteros, agentes de seguros, abogados, drogadictos y asesinos.

Pero Remón no quería escribir *cualquier* novela. Quería escribir La Novela. Todos los escritores aspiran a eso, a escribir la mejor novela del mundo, pero no todos están dispuestos a sacrificar su vida y su estabilidad mental para lograrlo. Aunque Remón lo intentase era improbable que escribiera la mejor novela del mundo, es cierto, pero si seguía intentándolo escribiría la mejor novela que él podía entregar al mundo, y con eso sería más que suficiente.

Todos los escritores de hoy estamos derrotados, somos huérfanos y estamos ensimismados y no tenemos remedio. Nuestra fragilidad se hace visible en la necesidad de referentes, en la búsqueda constante de padres literarios, de comportamientos a imitar. Por eso un escritor primerizo se motiva cuando sabe que Cortázar fue pobre en París, que Bolaño no obtuvo el reconocimiento que tanto ansiaba hasta los cuarenta y cinco años, que a Vila-Matas le costó tres décadas vender más de cinco mil ejemplares de una obra, que la lucha y el valor acaban conduciendo a una clase de éxito, aunque esa recompensa casi siempre llega tarde.

Pero el éxito no es el objetivo. La única batalla del escritor es con la lengua y con la literatura que le precede. La aspiración a la gloria solo es un síntoma más de su ambición maltrecha y su flaqueza emocional. Ray Loriga no tenía la culpa de haberse convertido en un icono de la noche a la mañana. Los culpables éramos nosotros. Nosotros habíamos creado un ídolo del tamaño de nuestras esperanzas.

Ray Loriga estaba muerto, o estaba vivo pero había desaparecido, y yo había dejado de escribir porque había perdido la confianza. Un escritor que no escribe es algo sin sentido, una invitación a la locura. ¿Por qué seguir

caminando cuesta abajo, hacia el abismo? Simplemente porque es más fácil caminar cuesta abajo que cuesta arriba.

El mundo, el mundo real pero también la ficción, se sostiene y se perpetúa por la mutua confianza. Confiamos en el piloto que maneja el avión, en el policía que porta las armas, en el peluquero que juguetea con unas tijeras alrededor de nuestras cabezas, en el mecánico que revisa el líquido de frenos del coche, en el conductor del autobús que lleva a nuestros ancianos a Benidorm, en el doctor que nos receta pastillas para dormir, en el químico que las elabora con dosis milimetradas de sustancias desconocidas por nosotros. Confiamos en el granjero que alimenta a las vacas, en el obrero que levanta las vigas de nuestra casa, en el ingeniero que idea máquinas y mecanismos para depurar el agua. Confiamos en el profesor que enseña a leer a nuestros hijos. Confiamos en los escritores porque ellos saben de lo que hablan.

¿O quizá no lo saben y entonces todo es una farsa? La literatura, Ray Loriga y su *doppelgänger*, los plagiaristas.

Daniel Remón quería escribir una novela, Ray Loriga se había convertido en una leyenda y yo estaba deprimido y no podía escribir. La escritura se había convertido en una suerte de condena. Tenía que escribir. No me quedaba más remedio que escribir. No tenía alternativa, o la alternativa era pobre y poco grata. No me quedaba más remedio que seguir escribiendo. Aunque también podía dejarlo de golpe y para siempre. ¿Por qué no? Si la novela estaba al alcance de cualquiera era lo mismo que decir que estaba medio muerta. Y yo no quería ser uno más de sus asesinos.

*

En octubre de 2008, a los pocos días de publicarse *Ya sólo habla de amor*, Ray Loriga respondió así a las preguntas de los lectores de *El País*.

¿Cree que los escritores jóvenes tienen los mismos intereses que los escritores de su generación?

No sé lo que interesa a los narradores jóvenes. A los viejos, como yo, nos interesa lo que ha interesado siempre: el amor, la política, las relaciones, la ciencia, y la literatura.

¿Qué autores está leyendo en este momento?

De ahora, de lo nuevo que he leído, me gusta mucho Dave Eggers, Foster Wallace, la gente nueva como Xavi Calvo, Mallo. De mis contemporáneos, Marcos Giralt, Luisa Castro, Nico Casariego.

¿De verdad cree que todavía se habla de amor? ¿O ya solo nos quedamos en lo superficial?

De eso trata el libro, de no quedarse en lo superficial, de hablar de amor de verdad, con todo el dolor que eso conlleva.

¿De cuál de tus libros estás más orgulloso?

De *Tokio*, y de este último, probablemente. Aunque le guardas siempre un cariño especial al primero.

¿Tiene la sensación de que en España se le minusvalora?

No, la verdad es que cada día menos, todo lo contrario. Sí que tengo la sensación de que en el extranjero, cuando voy a otros países, no hay ningún prejuicio sobre la obra, y la obra se sujeta mejor sola, eso sí. Como personaje, no soy nada interesante, y eso hace que los libros se cuiden mejor todavía.

¿Qué queda del Ray Loriga guionista?

Pues mucho, porque sigo trabajando como guionista. La última en la que he trabajado se llama *La mujer del anarquista*, y es una película franco-alemana-española, con Juan Diego Botto y María Valverde. Sobre la Guerra Civil, por cierto. Debía de ser el último que no había escrito nada sobre la Guerra Civil.

¿Crees que ha cambiado el significado de la literatura? Tengo la sensación de que quedará poco para la posteridad de la literatura actual. Creo que la literatura de antes profundizaba más en el ser humano, y ahora se divaga con argumentos más entretenidos.

No, creo que la buena literatura sobrevive.

¿Por qué ha dejado a la chica rubia de sus primeros años?

No hablo en público de mi vida personal.

Es cierto, Ray Loriga nunca hablaba en público de su vida privada. Sin embargo, en esta novela, él mismo decidió romper esa regla.

No quiero cometer el error de confundir a los personajes que crea Ray Loriga en sus libros con el propio Ray Loriga, pero algo de todos ellos está dentro de él. En el caso de Sebastián, el héroe de *Ya sólo habla de amor*, es más que evidente. Sin ser una autoficción al uso, cualquier lector en preaviso

puede encontrar similitudes entre la atormentada situación del protagonista con el momento personal que vivía el autor.

¿Quién es Sebastián?

«Sebastián no es muy feliz [...], y es cierto que solo habla de amor, pero no se ha vuelto loco. ¡De qué otra cosa podría hablar! [...] Si está desconsolado es cosa suya, si quiere amar a quien ya no se deja amar, a nadie debería importarle. Si su amor es o no sincero, o lo fue en el pasado, ¿quién puede decirlo?»

Sebastián es escritor, «pero no uno de esos hermosos escritores que no escriben, no, era uno de esos que eligen escribir hasta el agotamiento, sin saber muy bien por qué, ni para qué»; aunque ahora apenas escribe: «[...] de su fino olfato para la política, de su ingenio, de su alegría, que parecía innata pero conllevaba no poco esfuerzo, apenas queda nada, y de la ilusión que supo ponerle antaño a cualquier asunto, por intrascendente que fuera, no queda más que una burla».

Sebastián se ha divorciado de su mujer, pero «de ella, de esa mujer en concreto, no dirá nada, porque no existe, porque ella misma le rogó no existir, y él, sumiso como siempre, había aceptado».

En su delirio, Sebastián ha creado un áter ego argentino (¿por qué argentino?): «Si volviera a nacer con un voto en la mano [...] elegiría sin duda ser un jugador de polo en el hemisferio contrario. Un hombre leal, fuerte, atractivo e ignorante de todo ese absurdo territorio de ficción que consuela a los pobres en su derrota. [...] Incluso había imaginado concienzudamente a este áter ego enorme y argentino y hasta le había puesto un nombre, Ramón Alaya».

Sebastián se viste con elegancia, «había sido guapo en otro tiempo, pero nunca supo muy bien qué hacer con eso», porque ahora se sentía «tan condenado como cualquiera a no ser más de lo que era. [...] Envejecer debe de ser esto, vivir ya para siempre contra las construcciones del pasado». Fue ocurrente y divertido, tuvo éxito y dinero, fue grande y feliz: «Aún cree que puede pasearse con la cabeza bien alta en ciertas fiestas, pero no puede, y no le pregunten su opinión sobre algún asunto de actualidad porque, a pesar de la lectura puntual de todos los diarios, no la tiene». Sus amigos se congraciaban de tenerle como amigo, pero ahora está siempre triste, ensimismado: «¿Acaso se interesa él por las vidas de sus amigos, por sus

hijos, sus causas, sus negocios, sus amores si los tienen? No, con su desgracia le sobra al muy memo».

Sebastián se regodea en su fracaso: «Cualquier forma de amor, incluso la más diminuta, le recuerda dolorosamente el amor perdido». Sin embargo, cada día es capaz de imaginar alguna victoria, y «se sabe muerto por ahora, pero no muerto para siempre. El olor de algunas flores le recuerda que un buen día estará vivo de nuevo y será capaz. Lo estaría ya si no tuviera un enemigo tan dedicado y tan molesto, un enemigo que lleva su nombre como quien lleva un absurdo capirote y se hace merecedor de todas las humillaciones».

Un enemigo que lleva su nombre.

Era 2008. El país estaba entrando en una de las mayores crisis de la historia reciente, aunque es posible que este país siempre haya estado en crisis y que esa sea su verdadera condición. Ray Loriga se había separado, pero frente al ruido que emitía la radio, donde otros habían decidido airear sus conquistas, él se parapetó en esta novela para hacer un examen de conciencia, para expiar sus culpas, para confesar lo que quizá no tuvo tiempo de decir antes.

«Ya sólo hablaré de amor, se decía entre copa y copa, y mientras tanto su vida se derrumbaba, las deudas crecían, las demandas se amontonaban, sus agentes (tenía más de uno) le amenazaban no sin cierta dulzura, mientras su carrera se detenía y el dinero no llegaba. [...] Para cuando le alcanzó el rumor de que su carrera estaba acabada, él llevaba ya varios metros de ventaja.»

La primera vez que leí esta novela no logré identificarme con el protagonista, no sentí empatía ni rechazo, no supe entender la magnitud del desastre ni acepté de buena gana la sinceridad del condenado. Aún no sabía que la literatura era una forma de exorcizar demonios, una demostración de valentía y superación, un enfrentamiento a muerte entre dos samuráis, como decía Bolaño, en el que uno de ellos es un monstruo invencible. Saber que vas a luchar hasta la muerte y que no vas a vencer, eso es la literatura. Y eso era lo que quería decir Ray Loriga en este libro, que no iba a dejar de luchar contra ese monstruo, que no iba a dejar de pelearle a la vida.

«El proceso que lleva a un hombre a empezar a cavar su propia fosa tiene siempre un comienzo alegre. [...] Todo el mundo quiere morir en algún momento y hasta hay quien lo consigue. [...] Sebastián no quería morir en

realidad, solo se distraía con la idea. Morir le parecía un sueño, un lugar en el que descansar, una almohada más fresca por el lado que la cabeza aún no ha tocado, un segundo de paz, un respiro, una mentira al fin y al cabo.»

Morir: un sueño.

Morir: una mentira.

Por eso la idea de desaparecer: «Pero a qué tanto eufemismo si la palabra es suicidio, digámosla bien alta y veremos cómo se aleja».

Por eso la realidad metiéndose en la ficción: «Pensó en matarse, pero enseguida descartó la idea. Tenía dos hijas».

Por eso el miedo a cometer un asesinato contra sí mismo: «La gente pensará que estoy loco, imaginó, si por un segundo dejase de ser para siempre esa persona entretenida, amable y sonriente, ligera, que tanto les gustaba, para amargar de pronto el mediodía de sus días con la grave noticia de un vulgar suicidio».

Tras conocer a Ray Loriga pude entender mejor esta novela, pude ponerme en el lugar de Sebastián y no pensar que estaba siendo demasiado indulgente o compasivo consigo mismo. La volvería a leer en Buenos Aires, cuanto todo lo que yo quería era hablar de amor, y era lo único que no podía hacer. «Y todo esto por amor, se decía Sebastián. [...] Y por qué no morir, finalmente, amando. ¿Hay mejor ocupación? ¿Existe acaso una manera mejor de pasar el tiempo, de recorrer ciudades, de darle su sentido a cada plato de sopa? ¿Por qué no hablar de amor todo el tiempo y de nada más?»

Solo tengo una duda razonable: ¿Por qué imaginó Ray Loriga para esta novela un álter ego argentino? «No quería, en realidad, jugar al polo en las antípodas de sí mismo, ni conquistar o reconquistar nada, no quería vencer ni ser vencido, solo quería que algo o alguien, y al final nada, le aliviara del peso imposible de sus cosas.»

A pesar de la transparencia de Ray Loriga, *Ya sólo habla de amor* deja muchas dudas y solo tres certezas.

La primera, una incómoda revelación literaria:

«La ficción puede muy bien instalarse en el alma de un hombre hasta destruirla.»

La segunda, una iluminación:

«—Todo el mundo piensa que su vida podría ser una novela.

»—¿Y no es verdad?

»—No. Una novela es una novela. No tiene nada que ver con la vida.»

Y la tercera, una afirmación incontestable sobre el lugar de los desheredados:

«Es bien sabido que el último en abandonar la fiesta es siempre el intruso.»

Yo nunca he sabido irme a tiempo, abandonar la fiesta antes de que me descubran. Igual esa es la única forma de ser aceptado: saber cuándo uno debe despedirse y no seguir incordiando a los demás.

¿Y si Ray Loriga no estaba muerto y lo último que quería era que yo le encontrara?

¿Y si María no deseaba que yo la buscara y le hablara de amor?

¿Y si Ray Loriga y yo éramos las dos caras de una moneda falsa?

*

Desde que empecé a escribir siempre quise contar una historia de amor. Los primeros cuentos que terminé fueron escritos en estados de enamoramiento o desamor con la intención de perpetuarlos o ahuyentarlos.

El día que María se marchó a Buenos Aires no la acompañé al aeropuerto. Ella no quiso que lo hiciera. Se había pasado varios días recogiendo su ropa, metiéndola en bolsas y llevándolas a casa de su amiga Raquel. Ella fue quien la acompañó.

—¿Qué hacemos con el gato? —le pregunté a María cuando me dijo que ya tenía el billete.

—El gato se queda contigo. Pero si no lo quieres se lo llevo también a Raquel.

—Y ¿qué pasa con el alquiler de la casa? ¿Cómo voy a pagarlo?

El dinero. Siempre el mismo problema.

—Te dejaré pagados dos meses más, y si para entonces no he vuelto habrá que pensar qué hacemos.

El uso del plural me tranquilizó. Todavía era posible que solo se tratara de una separación temporal.

Hacía tiempo que María tenía en mente el viaje. Había completado los

trámites de la excedencia, solo tenía que elegir la fecha exacta. Un día, semanas antes de la discusión, María me planteó irme con ella, y yo no supe o no quise decir que sí.

La noche anterior a su partida también dormí en el sofá. Me estaba acostumbrando a dormir ahí y no se estaba tan mal. El gato se subía a mi pecho y me hacía compañía, aunque como estaba tremendamente gordo acababa por aplastarme los pulmones y tenía que quitármelo de encima. Cuando amaneció y llegó la hora de marcharse, María se acercó al sofá y me despertó con un beso. Estaba tan desorientado que no reaccioné. Simplemente respondí, como un autómatas, que tengas un buen día, y seguí durmiendo.

Esa fue la última vez que hablé con María, entre el sueño y la vigilia. Incapaz de aceptar que se había marchado, cuando me levanté me propuse hacer como si nada hubiera ocurrido. Salí de casa para ir al dentista. Tenía cita para una higiene bucal desde hacía un mes. La dentista que se encargó de limpiar mis dientes amarilleados por el tabaco y el café fue una mujer atractiva y simpática que llevaba aparato. Cada vez que me rozaba con sus manos sentía un escalofrío. Hacía semanas que nadie me tocaba.

Estaba tan cerca que podía notar su olor. Eso me resultaba menos agradable. Acostumbrarse al olor de los demás es una tarea complicada. Yo ya estaba acostumbrado al olor de María. Comprendí de golpe que su olor se alejaba de mí y que tal vez sería mejor ir acostumbrándome al olor de otra mujer.

Salí de la consulta y me pasé por un cajero, luego por una imprenta y luego por un bazar chino. Saqué dinero, imprimí el borrador de los relatos de *La vida privada de los héroes* para seguir corrigiéndolos, y compré un mechero. Recibí un mensaje de Carmen Ramos, la mujer que se atrevió a reeditar *Doce cuentos del sur de Asia* en su pequeña editorial llamada El hombre bombilla, y quedé con ella una hora después para tomar una cerveza.

Nos vimos en la plaza del Dos de mayo. Hablamos de los relatos que estaba corrigiendo y que ella ya había leído, de Ray Loriga, de la traducción que ella tenía entre manos y que le estaba llevando demasiado tiempo, hablamos de Félix y del Movimiento plagiarista y de mi miedo o pereza a seguir escribiendo, de mi gato y su destino, y finalmente hablamos de María.

Carmen me dijo que mi vida era demasiado cómoda como para que

hubiera verdad en lo que estaba escribiendo, que dejara de obsesionarme por la escritura, que me dedicara a vivir con tranquilidad y alevosía y que me olvidara por un tiempo de la literatura.

—Eso —dijo al fin ella—, o bien escribes sobre María y sobre todo el sufrimiento que estás arrastrando. ¿No piensas hacer nada para recuperarla?

—Han pasado más de diez años desde que nos conocemos —le dije a Carmen con la voz temblando. Me lié un cigarrillo mientras pensaba una respuesta a la altura de las circunstancias—. Han pasado más de diez años. Hemos tenido momentos increíbles y momentos de pánico, hemos sido la pareja más feliz de la tierra y también los peores amantes, nos hemos ayudado, nos hemos hecho la vida más fácil, más apacible, más placentera, pero también nos hemos hecho muchísimo daño, sobre todo yo a ella, y no creo que me pueda perdonar otra vez. Han sido más de diez años de relación, interrumpida cientos de veces por mis sucesivas crisis y sus continuos viajes, y me parece que ya no tengo nada que ofrecerle. Lo único que me gustaría hacer es escribir una historia hermosa para ella, pero ha pasado mucha agua por debajo del puente y no se puede vivir del amor.

Carmen me escuchó mirándome fijamente. Luego miró alrededor. Creo que quería reírse de mi afectación, pero se contuvo. Me pidió un cigarrillo de liar, y luego dijo que ya era hora de irse.

Volví andando hasta casa. Al abrir la puerta el gato salió a recibirme. Lo cogí en brazos y fui hasta la nevera. Estaba vacía. Me di cuenta de que no había comido nada. María estaba a ocho mil pies de altura alejándose a novecientos kilómetros por hora, y yo lo único en lo que podía pensar era qué iba a cenar. Pedí comida china. Esperé mientras me fumaba varios cigarrillos a pesar de que la dentista me recomendó dejar de hacerlo para evitar esas manchas tan antiestéticas. Llegó el repartidor y me entregó la comida. Comí en diez minutos. Me tumbé en el sofá y esperé a que el gato se subiera encima de mi pecho para tratar de dormir.

La primera semana que estuve solo en casa después de la marcha de María a Buenos Aires me pasé horas y horas durmiendo, acumulando sueños en la retina y en la memoria.

Soñé que volvía al instituto y llegaba el momento de hacer un examen y no sabía ni una sola respuesta. Soñé que la dentista quería acostarse conmigo pero yo era incapaz de tener una erección. Soñé que contraía una enfermedad

incurable y me quedaban pocos meses de vida. Soñé que viajaba a países donde nunca he querido ir, Canadá, Paraguay, Birmania, y en todos esos lugares tenía miedo a ser atracado, perseguido o ajusticiado. Soñé que esnifaba cocaína y que por fin sabía lo que era la cocaína. Soñé con Andrés, mi antiguo camello, y le vi la cara y era igual que la mía. Soñé que volvía a ver a mi hermana muerta y ella me aseguraba que solo era cuestión de días que me tocara a mí. Soñé que mis mejores amigos me humillaban en reuniones sociales con escritores consagrados que no conozco. Soñé que la casa de mis padres salía ardiendo una vez más. Soñé que María estaba durmiendo en la habitación y entraban unos hombres armados a violarla, y a veces soñé que la defendía y otras veces soñé que salía huyendo y la dejaba sola. Soñé que me moría de diversas formas. Soñé que me suicidaba de diversas formas. Soñé que mataba a algunas personas de diversas formas. Soñé que era todavía peor persona de lo que en verdad soy. Nunca, en toda esa semana, en toda mi vida, he soñado que el mundo podía ser un lugar mejor.

La siguiente semana me pasé horas y horas despierto. Me apunté a un gimnasio y fui todos los días a entrenar. Nada más salir me preguntaba si Coetzee, a los treinta y seis años de edad, perdería el tiempo haciendo pesas, sudando en la cinta, en la bicicleta elíptica, en la bicicleta estática, haciendo abdominales superiores, inferiores y oblicuas, estiramientos y ejercicios de piernas y respiratorios. Deduje que no. No parecía la mejor manera de convertirse en un gran escritor.

A las dos semanas Palmira me rescató de la abulia invitándome a comer en su casa, con Miguel. No sé por qué, pero no les dije que María se había marchado a Buenos Aires. Supongo que todavía confiaba en que ella regresaría a los pocos días. Cuando me preguntaron por ella les dije que no había podido venir porque estábamos pasando por una nueva crisis. Les dije que yo era conflictivo, que era inseguro, que era insoportable, y que María se estaba hartando definitivamente de mí. Palmira y Miguel dijeron que ellos no discutían nunca.

Durante la comida merodeamos lugares comunes y viejas batallas. Las andanzas de los amigos y los triunfos cotidianos. En un momento dado, no recuerdo por qué, hablamos de los hijos, de la paternidad y de la maternidad. Pasado un rato les confesé que me veía incapaz de avanzar, que sentía que mi

vida se había estancado, que no había aprovechado nada de lo que me había pasado para ser más fuerte o mejor persona. Me dijeron que los treinta eran la mejor década de la vida y que no debía quejarme sino actuar. Reaccionar. Disfrutar.

Luego hablamos del mundillo literario, de escritores y de las rivalidades entre ellos. Les conté mi problema con Tato Rivas Rosino, pero no se lo tomaron en serio. Yo estaba realmente afectado. Había perdido la amistad con el único escritor que respondió a mis llamadas de auxilio cuando estaba al borde de la quiebra.

Mientras tomábamos una copa, Miguel me propuso un proyecto en el que tendría que hacer de negro literario, de escritor fantasma. Es decir, escribir la novela de otro y dejar que él la firmara. Para un plagiarista resultaba una idea tentadora, pero finalmente le confesé que preferiría no hacerlo. Me había pasado los últimos días leyendo *Bartleby y compañía*, el libro de Vila-Matas sobre la negación de ciertos escritores a seguir escribiendo, y me emocionaba la idea de convertirme en uno de ellos. Puedes dejar de escribir si quieres, me dijo Miguel entonces, pero nunca dejes de leer. Le aseguré que no lo haría y me despedí de él y de Palmira con un abrazo.

«Que otros se jacten de los libros que les ha sido dado escribir; yo me jacto de aquellos que me fue dado leer.» Eso escribió Borges al final de sus días. Pero Borges nunca habría aceptado la deriva que estaba tomando la literatura del siglo XXI, tan egocéntrica y reconcentrada, tan vulgar, tan fanática. ¿Y bien? Tal vez su tiempo y su criterio estaban dejando de interesarnos. Tal vez había llegado la hora de levantar un nuevo imperio. Tal vez, con el paso de los años, Ray Loriga se fuera a convertir en el epicentro de un nuevo canon. Tal vez no. ¿Qué importaba? Que se encargaran Tato Rivas Rosino y su legión de seguidores de postular la buena nueva.

Yo lo único que quería era que María volviera a casa otra vez.

EL ENCUENTRO CON EL DOBLE SIEMPRE ASEGURA UNA MUERTE

Tenía cinco horas para hacer la maleta, llevar al gato a casa de Raquel, ir al restaurante para pedir vacaciones inmediatas o solicitar la baja voluntaria, y finalmente llegar al aeropuerto. Y tenía que hacer todo eso, además, trasladando conmigo una poderosa resaca.

Llené una maleta de mano con ropa de abrigo. Metí al gato en el transportín y llamé a Raquel. Salí de casa. Al llegar al restaurante solo encontré al jefe de cocina preparando el menú del día: ensalada de quinoa con pepino, hamburguesa de alubia morada con *chips* de boniato y seitán estofado con brócoli y soja texturizada. Me di cuenta de que apenas había comido en veinticuatro horas.

—Necesito vacaciones —le dije al cocinero después de probar una cucharada del guiso.

—¿Qué?

—Me marchó a Buenos Aires.

—¿Cuándo?

—Dentro de tres horas. Le falta un poco de sal a esto, ¿no?

—Y ¿qué pretendes que hagamos?

—No lo sé. Solo he venido a avisaros.

—¿Por qué no has avisado antes?

—Me acabo de enterar. Es difícil de explicar.

—Mi hermano vive en Buenos Aires. ¿Quieres que te dé su teléfono por si necesitas algo?

—Gracias.

—Él te puede enseñar la ciudad.

—No voy a hacer turismo.

—Es una ciudad ideal para eso. Hay muchas cosas que ver. El barrio de Palermo, el mercado de San Telmo, el cementerio de Recoleta, el obelisco, la Bombonera.

Me dejó el teléfono y la dirección de su hermano, y me dijo que él se encargaría de hablar con los socios para ver qué podía hacer. Le di las gracias y me di la vuelta. Cuando estaba saliendo del restaurante me llamó.

—Daniel.

—¿Qué pasa?

—Te olvidas el gato.

—Qué cabeza la mía.

—Si quieres deshacerte de él llévalo a un restaurante chino.

El cocinero se rió de su propio chiste. Yo también quise hacerlo pero me dolía la cabeza y tenía prisa.

En mitad de la plaza de Lavapiés me crucé con Minke Wang. No lo había vuelto a ver desde que estuvimos con Ray Loriga en El Retiro. Minke era un tipo esquivo y reservado. Quizá por eso ninguno de los dos mencionó nada sobre aquel día.

Minke parecía contento de verme porque me hizo muchas preguntas. Quiso saber qué tal estaba, cómo estaba María, cómo habíamos pasado el verano, qué estaba escribiendo ahora y para cuándo el siguiente libro. Pensé que me llevaría menos tiempo mentirle que contarle la verdad. Le dije que estaba bien, que el verano había sido muy caluroso, que María estaba de vacaciones en Buenos Aires y que yo me iba al aeropuerto en ese instante porque iba a reunirme con ella. Le dije que había terminado un libro de cuentos del que estaba bastante orgulloso, que nuestro amigo Borja Soler iba a rodar un cortometraje basado en dos de los relatos, y que en unas semanas aparecería un reportaje que había escrito para una revista de tirada nacional. Me sorprendí al escucharme. Parecía un anuncio de mí mismo.

Hacía tanto que no nos veíamos que a pesar del poco tiempo que me quedaba seguí hablando y le dije que sí, que no me podía quejar, que desde que se publicó *Cocaína* había vivido relativamente bien, había viajado mucho, había leído bastante, había disfrutado de cenas con amigos y reuniones familiares, y hasta había reaprendido que todo principio tiene un

final cuando se acabó el dinero del premio y tuve que volver a la hostelería, pero qué le vamos a hacer, hay que seguir luchando, no desesperar, salir adelante, sonreír, poner buena cara, dar la mano con firmeza, mirar a los ojos, llevar la cabeza bien alta, caminar erguido y no mirar atrás, nunca mirar atrás.

—Pues de puta madre —dijo Minke, y añadió—: Tengo prisa.

—Yo también.

—Voy al ensayo general de la obra.

—Claro.

—Mañana es el estreno.

—Enhorabuena.

—Hay que seguir remando —dijo Minke.

—Adelante —dije yo.

—Hay que echarle huevos —dijo Minke.

—Mucha mierda —dije yo.

—El que no arriesga no gana —dijo Minke.

—En esas estamos —dije yo.

—Buen viaje.

—Gracias.

—Saluda a Ray de mi parte.

—¿Cómo?

—Vas a perder el vuelo —dijo Minke sin darme tiempo a asimilar sus palabras. Me di la vuelta, caminé varios metros y oí su voz.

—Daniel.

—¿Qué pasa?

—Te dejas el gato.

—La madre que me parió.

—Si quieres deshacerte de él llévalo a un McDonald's.

Minke se rió de su chiste y yo pensé que los chistes son una prolongación lógica de las preocupaciones de cada individuo. Me hubiera gustado decirles la verdad al cocinero del vegano y a Minke Wang, decirles que yo no iba a Buenos Aires a ver bailar tango, ni a comprar artesanías en el mercado de San Telmo ni a pasear por Puerto Madero al atardecer ni a ver la tumba de Evita. Todo eso me daba igual. Yo iba a Buenos Aires para encontrar a Ray Loriga, a su asesino o a su doble, si es que no eran la misma persona.

Crucé una calle deprisa. Una mujer me imitó y un coche estuvo a punto de atropellarla. Vi cómo el coche se aproximaba a ella y quise dar un grito para avisarla del riesgo que corría. El peligro está por todos lados y nadie puede avisarnos a tiempo de ello. Ojalá alguien me hubiera avisado a mí de lo que me esperaba. Seguí caminando calle abajo cuando vi que la mujer se incorporaba con la ayuda del conductor que había salido del coche. Llegué a casa de Raquel jadeando. Me quedaba una hora para llegar al aeropuerto.

—Tienes que quedarte con el gato —le dije.

—Ya me lo imaginaba —me dijo ella al verme con el transportín en la mano, y añadió—: No vayas a Buenos Aires.

—¿Por qué sabes que me voy a Buenos Aires?

—María.

—¿María qué?

—No creo que sea una buena idea.

—¿Por qué?

—María necesita tiempo.

—¿Por qué sabe María que voy a Buenos Aires?

Raquel escribió una dirección en una hoja y me la entregó.

—Solo espero que al menos encuentres a Ray Loriga.

—¿Qué sabes tú de Ray Loriga?

—Si Ray no ha muerto todavía, puede que esté en una quinta de La Pampa cebando mate y leyendo el Martín Fierro ordenado alfabéticamente.

—¿Qué?

En ese momento Raquel recibió una llamada de teléfono y me dio la espalda. No podía quedarme allí esperando a que me explicara sus palabras. Salí de su piso y empecé a correr. Llegué a casa, cogí la maleta. Bajé otra vez a la calle y me metí en un taxi. Llegué al aeropuerto con el tiempo justo para hacer el *check-in* y pasar el control de la policía.

Nada más entrar en el avión me dejé caer en mi asiento. Me acordé de las pocas veces que había cogido un avión en mi vida, y del miedo que me daba hacerlo. Tenía el mismo miedo del que habló Ray Loriga en *Tokio ya no nos quiere*: miedo a que los aviones despeguen; miedo a lo que vendrá después de que aterricen. María siempre me decía que tenía que viajar más, que el miedo a volar solo se me iría volando. Ella había estado en los cinco continentes. Yo

nunca había salido de Europa. No era por falta de ganas, era por falta de dinero. Aunque también era cierto que muchas veces viajar me resultaba más engorroso que placentero. De pequeño no me acostumbraron a hacerlo, y menos aún de adolescente, cuando me pasé cinco largos años encerrado en los pueblos del noroeste de Madrid sin salir siquiera de la comunidad. Con treinta y seis años iba a cruzar el Atlántico por primera vez. Me tomé un lorazepam para dominar la ansiedad y antes de despegar ya tenía los ojos cerrados.

Me gustaría contar que pasó algo durante el viaje, el más largo de mi vida, pero no me enteré de nada. Dormí diez horas de forma casi ininterrumpida. No recuerdo que tuviera sueños ni tampoco pesadillas. No sufrí. No molesté a mi vecino de asiento. No comí. Fue lo más parecido a estar muerto.

Al bajar del avión me situé detrás de una pareja de ancianos que caminaban con torpeza. Les ayudé a llevar la maleta. El viejo me miró sonriendo y dijo: Gracias, che. No había duda: estaba en Argentina. El viejo siguió caminando y al separarnos me dijo: No te hagás viejo, papá. Morite antes.

En el control de pasajeros, mientras ponían el primer sello en mi pasaporte immaculado, pensé que esa era una buena razón para querer morir: evitar la decadencia. Volví a pensar en la muerte de Ray Loriga. Todavía cabía la posibilidad de que Ray se hubiera suicidado, y una de las razones podía ser esa, el miedo a la ruina física y mental. Morir para no pagar las deudas contraídas con el cuerpo. Morir para no convertirse en un viejo más que necesita ayuda para transportar una maleta. Morir antes de que te quieran matar. Literaria o literalmente.

*

Unos días antes de quitarse la vida, mi hermana le dijo a mi hermana mayor que su muerte sería lo mejor para todos, que así no nos molestaba con sus problemas, que ella, mi hermana mayor, podía quedarse con su coche, y nuestra madre con sus ahorros, y yo con su ordenador, y todos estaríamos libres de culpa. ¿Cómo pudo mi hermana pensar en la materialidad de su muerte y llegar a ese razonamiento macabro de que a todos nos beneficiaría

su desaparición?

Cuando ella murió, en efecto, yo me quedé con su ordenador, y gracias a él pude escribir *Cocaína*. Mi hermana se quedó con el coche y todavía lo utiliza. Sus hijas van al colegio en él. Ignoro si saben a quién perteneció y cómo ha llegado hasta ellas. Sin embargo, los ahorros de los que hablaba mi hermana no fueron suficientes. Tan solo tenía tres mil euros que mis padres usaron para pagar los gastos del tanatorio.

Durante el entierro, a uno de los hombres que estaba alzando el ataúd para colocarlo en el nicho le sonó el móvil mientras todos llorábamos y yo decía en voz alta que todo era mentira, que mi hermana no estaba allí dentro, que estaba en otro lugar, en otro mundo. Mi hermano me miró sin comprender. El móvil seguía sonando porque el hombre no podía soltar el ataúd. Me pareció un final demasiado tragicómico para ser cierto, el timbre de un teléfono sonando en mitad de la representación, quitándonos la posibilidad de experimentar el dolor en toda su amplitud, negándonos el silencio reverencial que todos los muertos se han ganado a pulso.

El entierro sucedió en la más absoluta intimidad. Una semana más tarde tuvo lugar el funeral, esta vez sí abierto a amigos y familiares lejanos. Mi hermana leyó un texto que yo había escrito para la ocasión en el que se hablaba de un viaje, de una lucha y de un reencuentro. La versión oficial fue que mi hermana había muerto en un accidente. La mayoría de las personas que acudieron a la misa se enteraría muchos años después, tras leer mi novela, de que mi hermana se había suicidado. No sé qué fue peor, si ocultarlo durante tanto tiempo o revelarlo de una forma tan impúdica. Hacerlo así, usando los artificios literarios, fue la única manera que encontré de explicar ese acto, ese gesto tan incomprensible y brutal, aunque mi hermana hubiera decidido antes de acometerlo que eso iba a ser lo mejor para todos.

No podía estar más equivocada.

Diez años después, no he hablado con ningún miembro de mi familia de lo mal que gestionamos el luto frente a los demás, de lo injusto que fue para sus amigos no saber por qué y cómo había muerto su amiga. Mis padres no estaban dispuestos a asumir que su hija se había suicidado. Supongo que estaban sobrepasados por el dolor, y me atrevo a pensar que sentían miedo y quizá también algo parecido a la vergüenza. Pero crear esa mentira fue más

vergonzoso de lo que habría sido aceptar la verdad. Por eso, diez años después, sigo escribiendo sobre mi hermana. Porque a pesar del tiempo transcurrido no sé cómo hablar de ella con mi familia. Porque solo escribiendo soy capaz de rozar la paz que no he alcanzado todavía.

*

Era inevitable que Ray Loriga escribiera alguna vez una historia de soldados. Después de haber escrito decenas de metáforas bélicas sobre la victoria y la derrota, la cobardía y el valor, era casi obligatorio que terminara por escribir directamente sobre ellos. Sobre los soldados. Sobre los que morían por algo o por alguien. Sobre aquellos que no éramos nosotros, los que nunca habíamos ido, y no iríamos jamás, a la guerra.

Eso es *Los oficiales*, un relato largo, o una novela corta, sobre la suerte de un soldado que una noche hace una imitación de un oficial, y la suerte de ese oficial tras la muerte del imitador y el final de la guerra.

«Sucedió en la cantina. [...] Allí conoció al bufón que le imitaba. Allí se reconoció. Allí se enamoró del joven soldado que imitaba sus gestos.» El oficial, al advertir la parodia, la burla, «se sintió incómodo y halagado. Se veía a sí mismo como un fantasma cuya presencia solo pudiera ser imaginada».

Lo extraño es cómo reaccionó el oficial al día siguiente, en la batalla, «cuando se sintió, al silbar de las balas, más altivo, puede que más insensato o más valiente, tal vez protegido por el honor de haber merecido una réplica, una imitación, un plagio. Decir que se multiplicó sería exagerado, pero puede que se desdoblase».

Quizás estoy pecando de cabalista, pero nada me parece más adecuado ni premonitorio que esta vulgar imitación en la que un soldado emula a un oficial, tal y como estaba haciendo yo, un escritor raso imitando los gestos de un escritor de mayor rango, creando un Ray Loriga a la altura de mis capacidades. «No era más que una grosera imitación de la pretendida nobleza y la impostada elegancia de un oficial cualquiera», dice el narrador sobre la parodia que entrevió en la cantina. Aunque acto seguido reconoce que «tan importante es la obediencia como la burla».

Solo los escritores menores son capaces de copiar a los grandes

escritores, porque «los oficiales no imitan a los soldados, su importancia es otra, ni comparten bromas con cualquiera». Sin embargo, si el copista es lo suficientemente talentoso puede llegar a lograr que su copia, su imitación, su plagio, supere al original, o al menos crear una réplica perfecta de lo representado. «A los pies del oficial, el soldado de la cantina. El bufón, aquel que imitaba sus gestos, el que llevaba su nombre.»

El que llevaba su nombre.

El otro, el mismo.

«La eterna presunción del parecido. El oficial no se engaña, nada en él es singular, nada le diferencia. El cariño que puso el joven soldado en la parodia no le pertenecía realmente. Tampoco la muerte del muchacho es cosa suya. Si bien es cierto que el encuentro con el doble siempre asegura una muerte, también lo es que los caídos se cuentan por cientos al día.»

El encuentro con el doble siempre asegura una muerte.

Yo *también* tenía un doble, si es que era cierto que Ray Loriga *también* tenía uno. Lo recordé otra vez al releer este relato. Sobre ello versaba una de las tramas que se abrían y nunca se cerraban en la novela negra que intentaba escribir al mismo tiempo que *Cocaína*. Estuve casi un año escribiendo una novela negra porque eso era lo que se llevaba, la novela negra, y porque esa parecía la única manera de entrar sin molestar a nadie en la guerra literaria. La novela en cuestión era un despropósito absoluto. Sin embargo, a lo largo de sus más de doscientas páginas había intercalado algunos pasajes autobiográficos que quizá merecían otro destino.

La repetición es una forma como cualquier otra de enfatizar ciertas ideas a lo largo de un discurso. Lo verdaderamente complicado es averiguar qué es eso tan importante que debemos repetir. La novela negra que nunca terminé creció y escapó a mi control. Abrí tantas tramas y tan inverosímiles que llegué a pensar que lo que estaba escribiendo se acabaría pareciendo a *Vicio propio*, de Thomas Pynchon, más bien a una copia errática y descafeinada escrita por un adolescente disléxico enamorado de las novelas mal traducidas de Boris Vian. Durante varios meses esa fue la excusa que me repetí para seguir escribiendo. A Pynchon nadie le hace preguntas, nadie le cuestiona la veracidad ni la verosimilitud o la pertinencia. También tenía a mano esta sentencia de Gombrowicz: «¿Qué es una novela policíaca? Un intento de organizar el caos».

Caos. Esa era la palabra que mejor definía lo que yo estaba escribiendo, lo que yo estaba viviendo. No tengo claro si todo el tiempo empleado en escribir esas páginas ha servido para algo, si ser o tratar de ser escritor ha servido *realmente* para algo. ¿Para qué podía servir? El mismo Gombrowicz lo explica así: «El escritor no es nada, nadie». ¿Qué se puede esperar, por tanto, de un escritor? «Al fin y al cabo —escribe Julian Barnes— es fácil no ser escritor. La mayoría de las personas no son escritores, y esta circunstancia no les causa ningún perjuicio.»

Era imprescindible encontrar a Ray Loriga para que me diera una explicación válida, para que me mostrara una salida, para que le imprimiera a esta otra novela veracidad, verosimilitud y pertinencia. Aquella novela inacabada e inacabable iba a finalizar con mi asesinato. Esta confusa novela, en cambio, acabará de otra forma. Pero aún cabía la posibilidad de que mi destino fuera el mismo: la muerte entre fantasmas. Ninguna de las dos novelas, ninguno de los dos finales, será en verdad el final de nada. La realidad tiene sus propios planes. La literatura solo es el intento que hacemos, en vano, de desconcertarlos.

El otro relato que completa este libro, dedicado ahora a Fátima de Burnay, y publicado en 2009 por El Aleph Editores, es *El destino de Cordelia*. Encontré un ejemplar en una librería de compraventa el mismo día que me topé con el mío. Por azar, o por el efecto de otra jugada cabalística, me vi delante de una estantería en la que estaba colocada mi primera novela. Solo habían pasado dos meses desde su publicación y alguien ya la había vendido. La cogí. Estaba firmada, imagino que por su comprador, en la primera página. En la siguiente había una dedicatoria. Era mi letra. Decía: «Para Jorge, espero que encuentres esperanza en este libro desesperado». Era evidente que Jorge no encontró esa esperanza, pero al menos recuperó una parte del dinero invertido.

De camino a casa me acordé de la escena en la que Paul Theroux narra cómo encontró en una librería de segunda mano todos los libros que le había regalado, firmados por él mismo, a sir Vidiadhar Naipaul, lo que desencadenó la furia del escritor estadounidense, que quedó reflejada para siempre en su libro *La sombra de Naipaul*. Un ejemplo amargo de lo que sucede cuando la amistad literaria se convierte en una enemistad real.

El Jorge que había vendido mi novela no era, no podía ser Jorge Loriga

Torrenova, es decir, Ray Loriga, porque no tuve tiempo de entregársela antes de que muriera. No todo lo que sucede en una novela tiene que estar calculado. Dos o tres coincidencias son suficientes para captar la atención del lector. El resto es onanismo o pereza.

El destino de Cordelia es una pequeña «fábula campestre» de desamor en la que Ray Loriga insiste en imágenes repetidas en sus otras historias de amor. La condena del amante y la absolución de la amada y viceversa, el desprecio que surge del poder que se le entrega a quien amamos, la falsedad del amor y la derrota del desdichado, «el agotador repertorio de trucos aprendidos», la elegancia de los impostores, «la gracia precipitada de los bufones».

«Una mujer que reúne a sus pretendientes bajo un mismo techo no tiene intención de querer a ninguno, por la misma razón que aquellos que creen ver fantasmas buscan fantasmas y nada más.»

El destino de Cordelia y el mío estaban entrelazados: «El destino de Cordelia es pues, ya está claro, vivir y morir entre fantasmas».

¿Una coincidencia más?

No. Yo no he escrito los libros de Ray Loriga. Simplemente los interpreto. Yo soy, en todo caso, el alegre soldado que imita al oficial.

*

Viajar a Buenos Aires me recordó a los únicos momentos de mi vida en los que me atreví a salir de Madrid para vivir fuera. No estuve en Londres en los noventa ni en Berlín a principios del año 2000, cuando ambas ciudades eran la cuna de la modernidad y el destino de los jóvenes de la clase media alta española a los que el país se les quedaba pequeño. Mi aventura se redujo a pasar un verano en Ibiza y Formentera, trabajando de camarero once horas al día, seis días a la semana, hasta que me harté y dejé el trabajo en mitad del turno, alquilé una bicicleta y me escondí en una casa donde me subía al tejado cada mañana para ver el amanecer.

Años más tarde, tan solo un mes después de la muerte de mi hermana, me escapé a Cádiz, donde cambié los amaneceres por los paseos al atardecer. Poco más hice allí. Intenté escribir una novela, pero tan solo escribí fragmentos de un diario que estuvo a punto de volverme loco. Pasé calor,

dormí doce horas al día, leí 2666, y compartí piso con un mexicano que siempre se estaba riendo. Y cuando le dije que era, o quería ser escritor, lo único que me preguntó él fue si había leído *El Quijote*.

Le dije que sí, pero que no lo había terminado, y el mexicano me dijo que cómo me atrevía a decir que era escritor si no había leído *El Quijote*. ¿Lo has leído tú?, le pregunté yo. Por supuesto que no, me dijo él, pero es que yo no soy escritor. Y además soy mexicano.

David Foster Wallace se suicidó el verano que yo estaba en Cádiz, tres meses después de que se quitara la vida mi hermana. Un día busqué en internet la conferencia que dio Wallace en la ceremonia de graduación de una universidad perdida del medio Oeste, y que posteriormente se publicó como libro con el título de *Esto es agua*.

Wallace intentó que esos alumnos, futuros hombres y mujeres importantes, logran ponerse en el lugar del otro cuando les llegara el momento de elegir su camino y enfrentarse con los demás por un puesto de trabajo o por el lugar en la cola de un supermercado. Intercalado en el discurso principal, el autor de *La broma infinita* aludía a sus propios miedos y luchas cotidianas: «No es para nada una coincidencia el que los adultos que se suicidan con armas de fuego casi siempre se peguen un tiro... en la cabeza».

Existe una gran diferencia entre la literatura que demuestra y la literatura que descubre. Foster Wallace pertenece a la primera categoría. Ray Loriga, en cambio, casi siempre optó por la segunda. Aun así, habría que preguntarse por qué pensamos que la literatura debe demostrarnos *algo*, por qué pensamos que escribiendo vamos a descubrir *algo*.

Pensándolo bien, uno ni siquiera debería escribir. Debería protegerse de la escritura, de las confesiones y las confidencias, de los secretos y las revelaciones. A veces pienso que escribo este libro solo para demostrarme a mí mismo que puedo escribir este libro. A veces pienso que escribo este libro solo para descubrirle a María que soy suficiente para ella.

Escribir para demostrar.

Escribir para descubrir.

«La verdad con V mayúscula tiene que ver con la vida antes de la muerte. Tiene que ver con llegar a los treinta años, o incluso a los cincuenta, sin querer pegarte un tiro en la *cabeza*.»

¿Para qué seguir escribiendo si la verdadera legibilidad, como afirmó Ricardo Piglia refiriéndose a Macedonio Fernández, siempre es póstuma? Para ser un héroe, me susurra la parte más infantil de mi *cabeza*. Pero, como también dice Piglia, «el héroe vive en la pura representación, sin nada personal, sin identidad. Héroe es el que se pliega al estereotipo, el que se inventa una memoria artificial y una vida falsa».

Quizá fue el heroísmo mal entendido lo que llevó a David Foster Wallace a atarse una soga al cuello mientras yo desayunaba una tostada de pan con aceite y tomate en una casa luminosa de Cádiz y pensaba que nunca llegaría a ser escritor. Ese mismo día, mientras paseaba a la hora del crepúsculo, tomé dos decisiones que iban a cambiar mi vida para siempre: regresar a Madrid para buscar allí mi lugar en el mundo, y seguir escribiendo hasta el agotamiento o la muerte.

La vida continúa aunque actuemos como héroes o cobardes, escribió Henry Miller. Abandoné Cádiz sintiéndome un cobarde. Sin embargo, al llegar a Buenos Aires me sentí como un héroe. Había emprendido una aventura, estaba poniendo en juego mi vida, me había arriesgado, estaba escribiendo mi propia leyenda.

Unos días después de la discusión, cuando todavía no sabía que ella quería marcharse del país, María me dijo que si no tomaba una decisión drástica para evitar que nunca, bajo ningún concepto, se volviera a repetir una situación como la que había sucedido, ella jamás volvería a estar conmigo.

Me acordé de esta advertencia cuando pisé el suelo de Argentina y me di cuenta de que no había tomado ninguna decisión drástica, más allá de coger un avión y cruzar el océano que nos separaba. Había seguido bebiendo, no había vuelto al psicólogo como le prometí, había dejado la medicación, había seguido escribiendo que no tenía nada que escribir, había dormido demasiadas horas y había seguido trabajando en el restaurante sin hacerme ninguna pregunta, sin hacer un examen de conciencia. ¿Qué iba a decirle cuando nos viéramos otra vez? María, lo siento mucho. María, tengo miedo. María, estoy solo. María, perdóname. María, me estoy volviendo loco. María, necesito ayuda. María, te quiero.

SI LA ESCRITURA NO SE COMPRENDE COMO UNA BATALLA, CARECERÁ DE SENTIDO

La primera noche que pasé en Buenos Aires fue extraña. Me presenté sin avisar en casa del hermano del cocinero, en el barrio de Palermo, casi a medianoche. Le llamé por teléfono desde la puerta de su casa. Me dijo que su hermano le había avisado de mi llegada y que no había problema, que ahora mismo bajaba a abrirme.

Nos saludamos en la calle y subimos a su apartamento. Dejé la maleta en el suelo y me senté en el sofá.

—Tendrás que dormir ahí —me dijo—, ¿no te importa?

—Me encanta dormir en el sofá —le dije sin ironía, aunque quizás él no lo entendió así.

Hablamos un rato de cosas sin importancia hasta que de pronto él me dijo que su novia acababa de abandonarle. Me ha dejado, dijo, se ha ido con otro, así que no me viene mal un poco de compañía. Quise decir algo comprensivo o piadoso, pero no encontré las palabras adecuadas. Simplemente gesticulé y él también gesticuló y luego me dijo chau y se metió en su habitación.

En toda la noche me levanté al menos cinco veces del sofá para beber agua, echar un vistazo por la ventana o dar vueltas por el salón mirando las fotografías y los libros que había en la estantería. Se hizo de día. Apenas había dormido dos horas seguidas. El hermano del cocinero salió del cuarto y no se sorprendió al verme despierto. Es por el *jet lag*, me dijo. No creo, le dije yo. Seguro que sí, me dijo él. Lo que tú digas, le dije yo.

—¿Qué vas a hacer hoy? —me preguntó más tarde.

—Quiero ir al barrio de La Boca.

—¿Por qué?

—Estoy buscando a alguien.

—¿Vive allí?

—En realidad, no sé si vive o no.

—¿Cómo?

—Nada, cosas mías.

—Ve con cuidado.

—¿Por?

—Es un lugar peligroso. Antes de que se haga de noche vete de allí.

Desayunamos juntos. Me explicó algunas cosas esenciales para moverme por la ciudad y me dio un juego de llaves.

—¿Cuánto tiempo necesitas quedarte?

—No lo sé. Un par de días, quizá más.

Salimos del apartamento y nos despedimos con un abrazo que me resultó forzado. Fui caminando hasta una casa de cambio, conseguí cinco mil pesos, me acerqué al metro y compré la tarjeta de transporte, me subí en el vagón y me bajé nueve paradas después donde debía salir a la calle para coger el autobús que me llevaría a La Boca.

Antes de ir para allá paseé por la calle Corrientes a la altura del obelisco, entré en varias librerías a husmear y luego me senté en un bar a comer empanadas. Me conecté al wifi y revisé los mensajes de WhatsApp. Solo tenía uno de Palmira: Querido, ¿qué tal el viaje? Contesté diciendo que todo bien y que muchas gracias. Salí del bar y conseguí un mapa en un kiosco. A pesar de la distancia, decidí ir caminando hasta La Boca.

Fui a la plaza de Mayo y bajé por Defensa. Crucé una docena de calles hasta que llegué al parque Lezama. Lo atravesé. Recorrí varias calles más mirando las fachadas hasta que me topé de frente con el estadio de La Bombonera. Lo rodeé. Llegué a la calle Caminito casi al anochecer. Los turistas se retiraban en taxis y los camareros empezaban a recoger las mesas de las terrazas.

Quedaba poco para que se hiciera totalmente de noche. Recordé la advertencia del hermano del cocinero, pero había ido hasta allí a buscar información sobre Ray Loriga y todavía no había conseguido nada. No supe

cómo encontrar la pensión en la que había aparecido el cadáver de Ray. Me di cuenta esa tarde de que nadie había mencionado nunca el nombre de ese lugar, ni siquiera en las noticias que informaron sobre el suceso.

Al final de Caminito se me puso delante una vieja. Pará, me dijo, ¿dónde vas? Llevaba gafas de sol, un fular en la cabeza y las muñecas llenas de pulseras. Pensé que querría venderme una. Lo siento, le dije, no quiero nada. Yo tampoco, dijo ella. Me moví para marcharme pero ella se movió para entorpecerme el paso.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—¿Qué hacés acá?

—Estoy buscando a alguien.

—Yo puedo ayudarte.

—¿Cómo?

—Dame tu mano derecha.

Así que era eso. Bueno, pensé, ¿qué puedo perder? Se la acerqué y ella la sujetó.

—Vas a tener una larga vida.

—Claro, cómo no, si me dice que me voy a morir mañana salgo corriendo.

—No seás boludo. Prestame atención. Vas a tener una larga vida y vas a morir de viejo. Nada de accidentes ni cáncer. Eres feliz, aunque a veces caes en depresiones muy fuertes. Estás enamorado, pero eres celoso y te enojás con frecuencia. No seás boludo y no seás celoso, no discutás por pavadas. Vas a tener hijos, gemelos, con la misma mujer con la que quieres estar ahora. En tu vida va a haber opulencia, pero dependerá de si tomas la elección adecuada. Te van a ofrecer dos caminos, y tendrás que pensar mucho cuál de los dos eliges. De esa decisión va a depender tu futuro, serás feliz o desdichado, rico o pobre. Según. Ahora cerrá los ojos y pensá tres deseos.

—¿En serio?

—Tomátelo en serio, chabón.

—Está bien.

Cerré los ojos y pensé tres deseos. El primero fue el más sencillo: quiero recuperar a María. El segundo tampoco fue difícil: no quiero ver morir a

nadie más de mi familia. El tercero me vino solo a la mente: quiero encontrar a Ray Loriga. Abrí los ojos.

—Bueno —me dijo la vieja—. Ahora andate a casa, es tarde. Vete a la cama y pensá en los tres deseos. Dentro de siete días se cumplirá uno de los tres. ¿Qué hacés en Argentina?

—No lo sé —le aseguré.

—¿Cuánto tiempo te quedás?

—No mucho. Volveré pronto, supongo.

—Puede que no. Tal vez estés aquí más tiempo del que habías pensado.

—¿Por qué?

—Los caminos —me dijo—. La elección.

—Me da igual eso. Lo único que quiero es encontrar a un hombre.

—¿Cómo te llamás?

—Daniel.

—¿Cómo se llama él?

—Ray Loriga. Pero no sé si está vivo o muerto.

Entonces la vieja se quitó las gafas de sol y pude ver sus ojos. Era ciega.

—Está vivo.

—¿Cómo lo sabes?

—Está vivo, lo sé. No preguntes.

—¿Cómo lo puedo encontrar?

—Lo encontrarás.

—Pero ¿dónde está?

—Andate a casa, haceme caso.

Me soltó la mano. Ladeó la cabeza. Primero me sonrió y luego se puso seria. Me quedé parado varios segundos. Cuando quise darme la vuelta la vieja me agarró el brazo.

—¿Qué pasa?

—Son trescientos pesos, che. ¿Qué esperabas?

Saqué la cartera y se los di.

—Dale, bárbaro. Ahora largate por donde has venido.

—Pero ¿qué pasa con Ray Loriga? Tengo que encontrarlo.

—Hoy no.

—Está aquí, tiene que estar aquí.

—Acá no está, Daniel. Marchate de una vez. Este no es lugar para héroes.

Empecé a tener miedo. Me fui a una parada de autobús y enseguida apareció uno. Ya estoy a salvo, pensé. Me subí. Volví al centro y desde allí cogí otro autobús de vuelta a Palermo. Me bajé en plaza Italia y caminé sin saber muy bien adónde me dirigía. En una esquina poco iluminada se me acercaron cuatro tipos y me rodearon. Uno de ellos sacó una pistola y me la mostró. Es de juguete, recuerdo que pensé, y traté de reírme y de echarme a un lado. Entonces recibí el primer puñetazo en la cara. Al segundo recibí otro más en la cabeza. Me caí al suelo. Me dieron varias patadas. Uno de ellos me quitó la mochila en la que llevaba la cartera, las llaves y el móvil. Otro me cogió del pelo y acercó su cara a la mía. Andate con ojo, dijo, esto no es nada comparado con lo que te espera. Luego me soltó y se fueron. Di un grito, pero nadie vino a ayudarme.

Me levanté. Me sangraba la nariz y tenía una herida en la cabeza. Metí las manos en los bolsillos buscando un pañuelo. Encontré un papel escrito. Era el papel que me había dado Raquel con la dirección de María. Todavía llevaba el mapa en el bolsillo. Busqué la calle. Miré hacia arriba. Estaba en la calle Soler. Empecé a caminar hacia la casa de María sin pensar en nada. Como un sonámbulo. Como un fantasma. Llegué al portal en quince minutos. Apreté el timbre del telefonillo.

—¿Quién es?

—Soy yo.

—¿Quién?

—Soy yo, María. Soy Daniel. Ábreme, por favor.

Pasó un minuto y no pasó nada. Volví a llamar pero ya no contestó nadie. Luego supe que muchas de las viviendas de Buenos Aires tienen desactivada la apertura automática por seguridad. A los cinco minutos se abrió la puerta y apareció María. Me miró aterrada, como si estuviera viendo a alguien que creía muerto. Yo tampoco reaccioné. Me quedé quieto hasta que ella se calmó y dio un paso hacia delante.

*

No es fácil entender y aceptar quiénes somos. ¿Debo asumir que estoy

condenado a repetir mis delitos y faltas y que nunca voy a escribir una obra maestra? ¿Qué futuro me espera en la vida, en la literatura?

Después del atraco tuve pánico a que le pasara algo a María. Mi vida giraba en torno a ella. Me lo había dicho muchas veces: No puedes depender tanto de mí, debes buscar nuevas metas y nuevas ocupaciones para no estar siempre pendiente de cuándo entro y cuándo salgo. ¿Por qué no haces un voluntariado y das clases a niños desfavorecidos? ¿Por qué no dejas de escribir?

Me preocupaba que María no entendiera mi frustración porque no era capaz de escribir algo *importante*. Debía seguir escribiendo. Pero ¿qué escribir? ¿Qué historia contar? Una historia de amor. Nuestra historia de amor. ¿Hay algo más irritante y empalagoso que eso?

La noche que nos reencontramos en Buenos Aires, María y yo hicimos el amor. No sabría decir cuánto tiempo había pasado desde la última vez. Hasta María lo reconoció cuando estábamos en la cama. Hacía mucho tiempo, dijo ella, y yo me reí, aunque en el fondo tenía ganas de echarme a llorar. Nos abrazamos con fuerza durante un minuto y al separarnos descubrí que ella sí había empezado a hacerlo. Me he emocionado, me dijo. Te quiero, le dije yo. Luego ella se dio la vuelta y yo permanecí despierto un rato más.

Me levanté y di una vuelta por la casa. No había fotografías en las paredes ni objetos de decoración. Era un apartamento sin huellas. Me senté en el sofá. El día había sido un desastre, estaba asustado y dolorido, pero creo recordar que también estaba feliz. Estaba enamorado de una mujer que lloraba de emoción cuando hacíamos el amor. ¿Por qué lo hacía? Quizá María no me engañaba con otro. Quizás estaba volviéndome loco. Quizá no merecía la pena perder el tiempo escribiendo si todo lo que quería decir lo había dicho ya. No debía seguir escribiendo si no encontraba una historia que me sobrecogiera y me hiciera gritar y llorar de emoción mientras la escribía. No debía seguir escribiendo si no había verdad y autenticidad en lo que escribía. No debía seguir escribiendo si no estaba dispuesto a dar mi vida por lo que escribía. No debía seguir escribiendo que escribía. No quería parecer una caricatura deformada de Vila-Matas. No quería profesionalizar mi escritura y escribir libros como quien hace zapatos. Pero ¿qué alternativa tenía? Volví al cuarto y me acosté.

La mañana siguiente María se despertó temprano y yo seguí en la cama.

Se vistió deprisa, intentando no hacer ruido. Salió de la habitación. Solo un instante después oí cómo se abría la puerta y creí que María había vuelto para despertarme con un beso. Mantuve los ojos cerrados y esperé conteniendo la respiración ese gesto que no llegó. Se marchó de casa para ir al Borda, el hospital psiquiátrico donde trabajaba, el lugar donde veía a diario a decenas de personas a quienes les costaba demasiado entender y aceptar quiénes eran y por qué estaban encerrados. Lo que no sabía María es que había vuelto a vivir con una de ellas.

*

Creo que fue Octavio Paz quien dijo que si uno copia a un autor es un plagiarlo, pero si lo que hace es reunir en su texto citas de treinta escritores entonces uno es un erudito. Ray Loriga, en su ensayo *Sombrero y Mississippi. Impresiones sobre el oficio de la impresión*, publicado en El Aleph Editores en 2010, sobre la pertinencia, la representación, el compromiso y la experiencia de la escritura, no menciona solo a treinta escritores, nombra a ciento cincuenta.

Son estos, por orden de aparición:

Mark Twain, William Carlos Williams, Heinrich Von Kleist, Antón Chéjov, Friedrich Hölderlin, Hesíodo, Heidegger, Balzac, Shakespeare, Lewis Carrol, Wittgenstein, Kierkegaard, Marina Tsvietáieva, Aleksandr Pushkin, John Updike, Kurt Vonnegut, John Stuart Mill, Marguerite Duras, Marcel Proust, Louis-Ferdinand Céline, Jean Genet, Arthur Rimbaud, Gustave Flaubert, Auden, Samuel Beckett, Kafka, Philip Roth, Jonathan Swift, H. G. Wells, Robert Louis Stevenson, Joseph Brodsky, G. K. Chesterton, La Fontaine, Luigi Pirandello, Miguel de Unamuno, James Joyce, Cervantes, Mark Van Doren, Ernest Hemingway, Norman Mailer, Raymond Carver, D. H. Lawrence, Graves, Anthony Burgess, Peter Handke, Juan Marsé, Javier Marías, Jack Kerouac, William Styron, James Baldwin, Billy Collins, Virginia Woolf, Thomas Hardy, Herman Melville, Juan Rulfo, Tom Wolfe, Johann David Wyss, Cesare Pavese, Gertrude Stein, Jünger, John Cheever, Rick Moody, Antonin Artaud, Henry James, Arrabal, Ionesco, Thomas Pynchon, Guy de Maupassant, Scott Fitzgerald, Azorín, John Locke, Paul Valéry, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Pável Florenski, Charles

Dickens, William Faulkner, Cormac McCarthy, Albert Camus, Boris Vian, Graham Greene, Walt Whitman, Lorca, Julio Verne, Esopo, J. G. Ballard, George Orwell, Vladímir Nabokov, Rainer Maria Rilke, Hans Christian Andersen, Gógol, Baroja, Saint-Exupéry, Truman Capote, Allen Ginsberg, Edgar Allan Poe, Vidiadhar Naipaul, Henry Miller, Pérez Galdós, Emerson, Ray Bradbury, Philip K. Dick, John Steinbeck, Lou Andreas-Salomé, Lawrence Ferlinghetti, John Milton, Dante, Haruki Murakami, Yukio Mishima, John Le Carré, Hunter S. Thompson, Elias Canetti, Robert Walser, Felisberto Hernández, Enrique Vila-Matas, David Foster Wallace, Homero, Evelyn Waugh, Marshall McLuhan, Joseph Conrad, T. E. Lawrence, Charles Bukowski, Harold Bloom, Jorge Luis Borges, Thomas Mann, Malcom Lowry, Jean Cocteau, Charles Baudelaire, Dostoyevski, Ramón J. Sender, Flannery O'Connor, Frank O'Hara, Simone de Beauvoir, Arthur Miller, Georges Simenon, James Ellroy, Manuel Vázquez Montalbán, Luis Martín Santos, James M. Cain, Dashiell Hammett, William Burroughs, Edgar Lee Masters, Stephen King, Arturo Pérez-Reverte, Victor Hugo, Ring Lardner, Damon Runyon y León Tolstói.

Es posible que hasta se me haya pasado alguno.

Lo mejor que se puede hacer con este libro exuberante y agotador es jugar, imitar el ejercicio plagiarista de Pablo Katchadjian, y ordenar alfabéticamente todas las frases y párrafos que tengo subrayados en el texto, excluyendo aquellas que nombran a un escritor. El resultado es esta colección de aforismos, epigramas y enunciaciones categóricas:

«Alcohol y literatura no son la misma cosa pero no se separan demasiado. La euforia, la sensación de seguridad. ¿Falsa? Ese andar impreciso pero valiente. ¿Falso el valor también?, es posible.»

«Algo más tiene que aportar un escritor que pretenda serlo, su enorme alegría, y su insensato entusiasmo. La escritura no es un oficio adecuado para quienes no son, por naturaleza, generosos.»

«Avanzar en el territorio de la escritura, y espero que al menos esto quede claro, no es llegar más lejos, sino seguir andando. Perecer ahora, antes del empeño, sería igual que no haber existido.»

«Con frecuencia un público coincide con el gusto de un autor, pero no hay autor que sea capaz de inventar el gusto de un público.»

«Cualquier consideración sobre el oficio de escribir debería incluir a sus

nuevos empleados, porque no hay negocio que se sujete con obreros muertos.»

«Cualquier escritura es una carrera insensata.»

«Cuántos mediocres escritores «originales» tiran la toalla para entregarse al comercio, al *best seller*, a la apreciación pública, fracasando aún más sonoramente, para darse cuenta demasiado tarde de que sus mejores armas no les acercaban en absoluto a la tarea de contentar a los demás.»

«De nada se apropia uno por accidente.»

«El escritor, en contra de lo que pudiera parecer, es siempre discreto. La arrogancia de los demás nos pone nombres que no merecemos.»

«En toda escritura precisa se pueden encontrar razones necesarias, que no suficientes, para la propia escritura.»

«Entre dos posibilidades invisibles y de idéntico peso, hay que estar muy loco para escoger el fracaso.»

«Escribir es decidir.»

«Escribir es precisamente decir todo esto, repetir lo que se ha escuchado, sin saber exactamente su función, hasta que se le encuentra un lugar, un acomodo, puede que un sentido.»

«Escribir es también confiar en que algunos no han leído, o han olvidado.»

«Escribir es también y, en cierta medida, un oficio de bufones. Cerca del rey sin molestar demasiado.»

«Escribir sobre escribir es tan absurdo ahora como antes. No hacerlo sería una manera de reconocer que algo por fin se ha terminado.»

«Es sencillo (e importante) darse cuenta de que nada de lo escrito ha sucedido realmente.»

«Fuera de la escritura un escritor carece de todo interés. Nadie invita a un enterrador a su boda.»

«Guardaremos con amor lo ya escrito, pero escribiremos de nuevo. La alternativa a este cálculo es la muerte de la escritura.»

«Hay que conocer lo escrito para no repetirlo exactamente, esa tarea puede consumir una vida.»

«Incluirse en el talento que se admira es la tarea de un escritor, incluso perecer en el intento merece la pena.»

«La escritura ni roba ni exige, sencillamente emplea aquello que le es útil. Sin establecer un conflicto. La historia se sabe a salvo de la ficción porque ya ha sucedido plenamente. La ficción no debe nada a nadie porque aún está por suceder.»

«La escritura no es inocente, nada lo es, al parecer.»

«La escritura rara vez se compromete con nada más allá de la escritura. Utiliza el material a su alcance, y si no diera con la materia exacta que necesita para la narración no tendrá reparos en recoger pedazos de otras narraciones. El efecto que produce la narración lograda con materiales alegremente robados de entre las tumbas se llama «invención». No es una acusación sino un reconocimiento.»

«La novela criminal siempre es una opción si el escritor además de la gloria necesita el dinero. No hay nada deshonesto en ello. [...] La novela criminal conoce la naturaleza de su juego y en eso se diferencia de escrituras más presumidas. La buena escritura criminal ofrece un misterio, la mala escritura, criminal o no, lo despedaza (o lo desplaza).»

«La obligación de escribir, si es que esa es la obligación que nos hemos impuesto, exigirá un triunfo o un fracaso propios y despreciará todo el territorio intermedio.»

«La relación entre lo escrito y lo real siempre pasa por la tiranía de las decisiones, de otro modo no se puede hablar de literatura.»

«Lo escrito nos delimita y nos nombra.»

«Lo real en lo escrito es lo escrito.»

«Nada está escrito para nadie, por lo que nada de lo escrito, y de ahí la crueldad de nuestro pequeño mundo, carece de dueño.»

«No es posible escribir sobre lo escrito, pero hay que hacerlo.»

«No hay escritores malditos. Hay escritores que restituyen a la moral su carácter combativo.»

«Nosotros no somos el asunto de la escritura pero el asunto de la escritura es, en cambio, asunto nuestro.»

«Ningún escritor sensato busca su momento, ni marca el árbol con una fecha. Los escritores, incluso los peores, son mucho más ambiciosos. Miran, miramos, al pasado y al futuro, rara vez alrededor.»

«Pudiera parecer entonces que toda escritura es válida y debe ser

validada. La respuesta es no. [...] Juzgar es también arriesgarse a estar profundamente equivocado. No juzgar no parece ser una posición sensata frente a la escritura. La opinión no es en realidad nada, pero carecer de una opinión es aún menos.»

«Respetar no es matar, es continuar. Escribir no carece por lo tanto de sentido.»

«Si algo es inmune al paso del tiempo es la escritura. La escritura sólida, aquella que se vertebra en un tiempo y a favor del tiempo. [...] Conviene recordar, pese a la obiedad, que nada se ha escrito nunca en el pasado. Que toda escritura sensata es presente.»

«Si fuera posible distinguir entre lo que se debe escribir y lo que no, estaríamos ante el oficio más sencillo del mundo.»

«Si la escritura no se comprende como una batalla, carecerá de sentido. Para enfrentarse a un ejército hay que levantar un ejército. El hombre libre solo existe al final de su empeño.»

«Sin embargo, entre las cosas que un escritor puede aventurar sobre la escritura, habría que separar aquellas reflexiones construidas alrededor, es decir por otros, aunque asimiladas con entusiasmo, y aquellas propias, las que su relación con la escritura le dicta.»

«Si no se elige, no se escribe. No se escribirá todo, piensa el escritor, se escribirá esto.»

«También la escritura precisa de cierta alegría y de la tristeza que acompaña al fracaso de toda alegría.»

«Toda victoria en la escritura es necesariamente confusa y no debería ser contada de otro modo.»

«Todo aquel que aprende de verdad agradece lo aprendido, solo los ignorantes se olvidan de dar las gracias.»

«Todo en la literatura es decisión. Incluida, claro está, la aparente indecisión. Lo que no ha sucedido es parte de la tarea de un escritor, también lo es aquello que de ninguna otra manera puede suceder.»

«Un buen escritor, con frecuencia, no se parece en nada a un asesino.»

«Un escritor debe presentarse frente a la historia, pero su trabajo es en realidad su percepción de la historia.»

«Un escritor nuevo no será distinto en lo esencial a un escritor viejo. Las

posibilidades se presentarán intactas, los miedos dispuestos, solo quien sea capaz de levantar el vuelo será merecedor de cierta distancia.»

«Un escritor y un hombre desnudo se parecen. Ambos querrán ser más de lo que son, y a veces, imaginando serlo lo serán. Muchas otras veces no.»

«Un libro es algo que sucede según lo planeado. Nada sucede de igual manera en esta vida.»

«Verdad y ficción son probablemente las dos cosas más raras del mundo.»

«Y así se escribe.»

«Y es desconsolador que alguien utilice la escritura para ignorar, precisamente, la escritura.»

«Y volviendo al único contrato que ha firmado nunca quien pretenda escribir, me gustaría recordar por un segundo el compromiso intransigente y a la vez generoso que abre y cierra este libro y, por ende, y a mi entender, todas las obligaciones del escritor: Ningún sirviente dejó nunca su servicio, si merecía seguir en él.»

*

Cuando tenía diez años mis padres me llevaron a un campamento de verano. Yo no quería ir, o creo recordar que no quería ir, puesto que recuerdo haberme pasado llorando las primeras siete noches que estuve allí. A la semana vinieron mis padres a verme. Todavía me quedaba una semana más en el campamento, pero los organizadores habían previsto que los padres tuvieran la oportunidad de ver a sus hijos en medio de la aventura, o, al menos en mi caso, del calvario.

Nos vimos en medio de una pradera, al lado de las tiendas. Los vi acercarse y fui hasta ellos y los abracé y enseguida les dije que quería volver a casa, que no quería estar allí, que tenía miedo o vergüenza o lo que fuera, pero que por el amor de Dios no me dejaran solo otra vez. Mis padres se asustaron. ¿Había pasado algo? ¿Por qué tenía tantas ganas de volver? ¿Es que no había hecho amigos? ¿Me habían pegado los demás niños?

Intentaron tranquilizarme. Me dijeron que debía aprender a estar solo, que no pasaba nada, que aguantara una semana más porque al final lo iba a pasar bien. Solo tenía que dejarme llevar. Eran mis padres y los quería así que les

creí. Me recompuse, me sequé las lágrimas, y les prometí que les haría caso. Se marcharon y yo volví a mi tienda de campaña.

Al día siguiente, en una de las actividades que se organizaban, me tocó compartir el pañuelo con una chica que se llamaba María. No exagero si digo que nos enamoramos al instante, como solo se pueden enamorar dos niños de diez años o dos náufragos. Desde entonces siempre estuvimos juntos. Íbamos de la mano a las demás actividades. Nos buscábamos con la mirada cuando nos separaban para hacer equipos. Nos dimos varios besos en la boca cuando no nos miraba nadie, detrás de un árbol en cuyo tronco intentamos escribir nuestros nombres.

¿Estoy siendo sensiblero? No lo dudo. Pero esos días fueron los más cercanos a la plenitud amorosa de mi vida, solo equiparables a los primeros años que pasé junto a María, esta María, cuando empezamos nuestra relación hace ya tanto tiempo.

La víspera de la despedida, María y yo bailamos juntos en la pista de la carpa donde se celebró la fiesta. No recuerdo ninguna canción, pero sé que estuvimos todo el tiempo abrazados. Una última vez nos besamos antes de despedirnos y volver a nuestras tiendas. Al día siguiente me levanté tarde y empecé a recoger mis cosas. Fui a ver a María, pero su tienda ya no estaba. Fui al aparcamiento. Mis padres estaban esperándome. No me quiero ir, les dije. Entonces se rieron. ¿Ves?, me dijeron, sabíamos que te lo ibas a pasar tan bien que no querrías volver. María se había ido sin dejar rastro. No nos habíamos dado los teléfonos ni las direcciones. No sabía sus apellidos, lo que me habría servido para intentar buscarla en las *Páginas Amarillas*, como se hacía antes de que existiera Facebook. No sabía nada de ella. Solo sabía que me había enamorado y que nunca más la volvería a ver.

Después del atraco en la calle Soler, me pasé tres días en casa de María sin apenas salir, salvo cuando fui al apartamento del hermano del cocinero para recoger mi maleta. Me preocupaba por María cada vez que se iba a trabajar por si le ocurría algo, por si la atracaban y la golpeaban, por si le atropellaba un coche, por si se le caía una cornisa encima, por si se quedaba encerrada en un ascensor uno de esos días de lluvias torrenciales en los que siempre se iba la luz. Por lo que fuera. El miedo que sentía en Madrid se reprodujo con fidelidad en Buenos Aires.

Así que esos tres primeros días en la ciudad, cuando María se iba al

hospital, yo me quedaba en casa como un animal que ha diseñado su propia jaula. Me levantaba más tarde que ella y desayunaba poco. Daba vueltas por la casa hasta que sentía que las paredes se me venían encima. Entonces salía para ir a la compra. Solía ir a la tienda de los chinos que había a solo una cuadra de casa. Al principio me sorprendió que los chinos también hubieran llevado sus negocios a este lado del Atlántico, pero luego reflexioné que lo extraño es que no lo hubieran hecho. Hacía la compra y volvía a casa para preparar la comida. Salía al balcón a fumar a eso de las dos de la tarde, justo en el momento en que un tipo que trabajaba en el lavacoches de la esquina se tomaba su descanso para fumarse un cigarrillo. Los dos nos mirábamos, los dos sabíamos de la existencia del otro, pero nunca llegamos a levantar la mano para saludarnos. ¿Por qué íbamos a hacerlo?

Luego ordenaba la ropa, limpiaba aquí y allá, empezaba a preparar la comida. Nada especial. Ensalada, arroz, pasta, ensalada de arroz, ensalada de pasta. Mientras fregaba o mientras cocinaba me preocupaba mucho, igual que hacía en Madrid, por no desperdiciar más agua de la necesaria. Hacía lo mismo cuando me lavaba los dientes, cuando me duchaba, cuando presionaba ligeramente el botón de desagüe del váter para no gastar todo el depósito. No sé por qué tenía esa manía con el agua. También intentaba no gastar electricidad en vano. Muchas veces, en nuestra casa de Madrid, entraba en el baño a oscuras y me movía a tientas para no encender la luz innecesariamente. María nunca se preocupó demasiado por emular o contradecir esa manía que yo tenía por el ahorro. Ella tenía preocupaciones acuciantes en su trabajo, y la cabeza en varios sitios a la vez. Supongo que mi obsesión por el ahorro, por el control, era una consecuencia directamente proporcional a su descuido. Ahora pienso que todo lo que yo hacía, en Madrid y en Buenos Aires, era una llamada de atención, una forma de demostrarle a María que yo también tenía preocupaciones y que era una persona tan válida como ella, aunque no hiciera nada efectivo por los demás.

Por supuesto, me aburría. Era evidente que no quería escribir y que me resistía, seguía resistiéndome a ello de todas las formas posibles. No tenía claro por dónde continuar la búsqueda de Ray Loriga. La culpa de todo la tenían el miedo que me corroía y esa voz que me susurraba al oído que la literatura no servía para nada. El miedo y esa voz eran lo que me arrinconaba en esa casa, obsesionado por el ahorro, el orden y la limpieza.

¿Qué has hecho hoy?, me preguntó María el cuarto día al volver a casa del hospital y ver que seguía en pijama, apestando a tabaco y a sudor. He hecho la comida, le dije. Pero estaba claro que eso no era suficiente para conmoverla. Suspiró, se sentó a la mesa y comimos en silencio. Si tuviera diez años, pensé, esperarí a que vinieran mis padres a verme, como aquella vez en el campamento, y me dijeran que no desesperara, que al final lo iba a pasar bien, que solo tenía que dejarme llevar.

María notó que algo no iba bien, no era difícil darse cuenta de ello, y después de comer me hizo la pregunta que le quemaba en los labios desde que me vio sangrando en la calle y me acogió en su casa sin decir una palabra, como si se tratara de una promesa o de una penitencia.

—¿Por qué has venido?

Me levanté, recogí los platos y me puse a fregarlos intentando gastar la menor cantidad de agua posible.

¿POR QUÉ VIVÍS EN EL FUEGO QUE NO CESA?

Al quinto día en Buenos Aires me harté. Ya basta, me dije. ¿Qué estás haciendo aquí, Daniel? Tienes una misión, un objetivo. Para eso has cruzado el Atlántico, te has endeudado con tu agente y con Remón, has perdido tu trabajo en el vegano y has desestabilizado una vez más tu relación con María. Solo hay una cosa que puede salvarte: encontrar al doble de Ray Loriga. Encontrar a Jorge Loriga Torrenova.

Lo primero que hice fue salir de casa. Estaba claro que ahí dentro no iba a ocurrir nada. Me compré un móvil nuevo y una tarjeta prepago con un número argentino. Tenía que estar localizable por si me pasaba algo, por si me perdía o me atracaban o me perseguía un fantasma. No lo descartaba. Debía estar preparado para cualquier cosa.

Había mirado en internet dónde tuvo lugar la presentación del libro de Ray Loriga, el día antes de que apareciera su cadáver. Fue en la librería Eterna Cadencia, a solo cinco cuadras de la casa de María. Me pareció una señal. En una ciudad de doscientos kilómetros cuadrados el destino había querido que la primera pista estuviera a solo diez minutos andando.

Llegué a la librería sin saber cómo empezar la investigación. Hasta ahora no había hecho nada práctico. Todo me había pasado de forma imprevista, como si fuera un títere o un héroe sometido al capricho de los dioses. Di un par de vueltas por los pasillos deteniéndome delante de las mesas de novedades y de los estantes. Descubrí que Eterna Cadencia, además de ser una librería, era un sello editorial. Había una mesa dedicada a sus propios títulos. Cogí al azar varios de esos libros, los hojeé y los volví a dejar en su sitio. Llevaba veinte minutos haciendo lo mismo cuando un librero se acercó

a mí y me preguntó, con cara de desconfianza, si me podía ayudar en algo.

—Estoy buscando un libro.

—¿Cuál?

—*Rendición*, de Ray Loriga.

—Ahí no lo vas a encontrar. Lo tenemos en la sección de literatura española.

—Claro. Por eso no lo veía —dije sonriendo para parecer simpático.

El librero hizo una mueca forzada y se dio la vuelta. Mientras se alejaba le pregunté en voz alta:

—¿Conoces a Ray Loriga?

Las otras tres personas que había en la librería dejaron lo que estaban haciendo y volvieron la cabeza hacia mí.

—Estuvo aquí, ¿verdad? Aquí fue la presentación de su libro —dije bajando la voz.

—No lo recuerdo —dijo el librero, y me dio la espalda de nuevo.

—¿Cómo que no? —dije elevando el tono otra vez.

—Soy nuevo. Si fue acá sería antes de que empezara a trabajar.

—¿Puedo hablar con el dueño de la librería?

—Y ¿qué es lo que querés?

—Hablar con él.

Creo que el librero pensó que quería hablar con el dueño de la librería por algo relacionado con su atención. Eso era lo que hubiera pensado yo si alguien se hubiera comportado como yo me estaba comportando, levantando la voz y haciendo preguntas de malos modos. Intenté relajarme. Esa no era la mejor manera de obtener información. Los detectives siempre empiezan siendo amables.

—Perdona, pero necesito hablar con él. Es un tema importante. ¿No me puedes dar su teléfono? Soy escritor.

El librero aprovechó mi franqueza para contestarme provocadoramente.

—No puedo. Le hincha las pelotas que cada dos por tres le llamen escritores inéditos o desesperados que quieren que publique sus libros.

—Yo no soy inédito.

—Y entonces estarás desesperado.

Bajé la mirada, me encogí de hombros. No me quedó más remedio que

darle la razón. El librero notó mi angustia.

—Dale. Podés esperarle acá.

—¿Cuánto tiempo?

—Eso no lo sé.

—Pero seguro que vendrá, ¿no?

—Qué sé yo. Seguro no hay nada. Si acaso la muerte.

Detrás de mí había un patio con unas mesas al aire libre y una pizarra en la puerta con el menú escrito a tiza. No me había dado cuenta de que también había un restaurante.

—¿Puedo comer ahí?

—Si tenés plata, sí.

Me pareció una respuesta osada, pero comprobé si llevaba dinero. Me habían robado la cartera con la tarjeta de crédito. María me había dado diez mil pesos al segundo día de llegar y no sabía cuántos me quedaban. Lo miré. Tenía doscientos.

—¿Qué se puede comer por doscientos pesos?

—¿Doscientos? Pues una bondiola.

—Genial. Me encanta la bondiola —dije sin saber qué era eso antes de darle otra razón para dudar de mí.

Le di las gracias y me fui a una mesa. Una camarera se acercó y le pedí una bondiola y un vaso de agua. En cinco minutos llegó la comida y en cinco minutos la devoré. Cuando había terminado de comer la bondiola, que resultó ser un filete de cerdo, la camarera me recogió el plato y me trajo la cuenta. Le entregué el último billete que me quedaba y se lo guardó en el mandil. Luego se agachó para hablarme al oído.

—¿A quién buscás?

—Al dueño de la librería.

—No, me refiero al otro, al escritor.

—Se llama Ray Loriga. ¿Lo conoces? Quiero decir, ¿lo conociste?

—No, yo no. Pero conozco a alguien que lo conoce.

—Querrás decir que lo conoció.

—¿Cómo?

—Es igual. ¿Cómo se llama ese alguien?

—Martín.

—¿Puedes ponerme en contacto con él?

—Te voy a dar su número. Decíle que le llamas de parte de Bárbara.

—Eso haré.

—Es buen tipo.

—No lo dudo.

—Pero no tiene muchos amigos. Es crítico literario, y es muy duro con los escritores. Tú eres escritor, ¿verdad?

—No, no —dije sin saber por qué.

—¿Eres policía?

—¿Yo? No.

—Mejor. La policía ya estuvo por acá y no fueron muy amables.

—¿Cómo? —exclamé—. ¿Por qué? ¿Cuándo? ¿Qué pasó? ¿Qué querían? ¿Qué dijeron? ¿Con quién hablaron?

—Esas son muchas preguntas y yo no sé las respuestas y además tengo que seguir trabajando.

La camarera escribió un número en una servilleta, me la entregó, y se dio la vuelta sin decir una palabra más. Había vuelto a pasar lo mismo que en Madrid. Alguien conoce a alguien que puede saber algo sobre Ray Loriga. El demiurgo de esta farsa no tenía mucha imaginación.

*

El lugar en el que trabajaba María era el Hospital Municipal José Tiburcio Borda, el psiquiátrico más importante de Buenos Aires. Después de hablar con la camarera me dirigí hacia allí. Fui porque María me dijo que los grupos multifamiliares de las tardes eran abiertos, que podía asistir cualquier persona, que estaría bien que viera las dinámicas que se establecían en las sesiones para que entendiera lo que ella había venido a hacer.

La reunión tenía lugar en una sala grande, donde había cuatro círculos concéntricos de sillas. En total había casi cien asientos. Apenas había sitio libre. Me encontré con María en la entrada y nos sentamos en el tercer círculo, el uno al lado del otro, en los lugares donde solían sentarse los demás españoles que estaban haciendo la rotación en el hospital, todos ellos psiquiatras o psicólogos. El resto del grupo estaba compuesto por pacientes y

sus familiares, además de cuatro terapeutas del hospital que dirigían las intervenciones. Uno de ellos era quien daba la palabra levantándose para entregar el micrófono a quien correspondiera.

Esa primera sesión a la que asistí fue una catarsis colectiva. No todas son así, me dijo María cuando salimos. Nunca había asistido a este tipo de terapia en la que los enfermos comparten espacio, confesiones y vivencias con los que a falta de otra palabra mejor podríamos llamar sanos.

La dinámica es muy simple. Una vez que todos están sentados alguien pide la palabra y comienza a hablar sobre lo que desee. Cómo se encuentra ese día, qué ha hecho durante la semana, qué le ha pasado, qué ha recordado. El único requisito, como a veces recuerdan los terapeutas, es sencillo: Hablá desde vos.

Cuando esa persona termina de hablar sobreviene el silencio, más o menos largo, hasta que otro integrante del grupo pide la palabra porque algo le ha resonado y quiere seguir tirando de ese hilo, o bien porque tiene otra cosa que contar. De esta forma van apareciendo pensamientos, conceptos y sensaciones que se transmiten por la sala hasta crear un clima emocional invisible pero evidente. La enfermedad, la culpa, la responsabilidad. El miedo, el dolor, el alivio. Todo se propaga por el aire, todo se comparte, se asimila, todo resuena.

Los terapeutas no suelen intervenir, salvo si consideran necesario hacer una apreciación a alguien, focalizar un tema, recapitular ideas y lanzar alguna pregunta. A veces también ellos hablan de sí mismos. En esa primera reunión, el terapeuta que dirigía el grupo había perdido esa semana a un amigo. Lo contó, se comentó, algunas personas también lo conocían. Se habló del fallecido y se contaron varias historias sobre él, y fue entonces cuando el terapeuta asumió el control y dijo: No hablemos de él, hablemos de lo que nos provoca la muerte. Yo hablo desde mí, y la muerte de mi amigo me hizo pensar en mi propia muerte. Ahora tengo miedo a morir.

Hubo otras historias. Una mujer que estaba sola y se lamentaba porque su madre no había venido a verla en meses. Un señor cuyo hijo desapareció durante la dictadura. Un chaval que contó que su padre no había estado nunca a su lado. A pesar de no haber desaparecido, dijo, es como si nunca hubiera existido. Se habló del dolor tan fuerte que dejan los desaparecidos, reales o no, un dolor que se quiere volver inmortal, pero que no lo es, y por eso

estábamos allí todos, para matarlo juntos.

A las dos horas se terminó la reunión. Creo que nunca me había costado tanto levantarme de una silla. María me dio un abrazo. Sabía que te iba a impresionar, me dijo ella. Tengo que volver a este lugar, le dije yo.

Salimos del hospital y nos fuimos con los otros españoles a tomar una cerveza. El ambiente se distendió. María me presentó a todos ellos y rápidamente nos pusimos a hablar de la vida en Buenos Aires, del precio de los tomates y del queso, que estaba por las nubes, de los pasos de peatones que no los respetaba nadie, de los autobuses (ellos ya decían colectivos) que iban tan rápido que casi había que bajarse en marcha porque nunca llegan a parar del todo, del tamaño de las latas de cerveza porque eran un poco más grandes que las de España, del mal estado de las calles que están llenas de agujeros y cada día estás a punto de partirte el tobillo, de lo mucho y muy rápido que hablan algunos porteños y de lo cultos que parecen todos, hasta los taxistas, y finalmente, a la hora de pagar, de la sensación de estar gastando mucho dinero porque cualquier cosa vale cien pesos y nosotros seguimos pensando en euros y cuando te vas a cenar y te gastas mil pesos pues te asustas mucho al principio, pero a todo se acostumbra uno.

A la mañana siguiente, nada más despertarme, llamé a Martín, pero no me cogió el teléfono. Le escribí un mensaje contándole quién era y quién me había dado su número. Esperé su respuesta en casa mientras leía en internet algunas de las últimas entrevistas que le hicieron a Ray Loriga. No me di cuenta de la hora y llegué tarde a la reunión multifamiliar. Confiaba en que María me guardaría un sitio a su lado, pero al entrar en la sala vi que no había sido así.

Se volvió a hablar de los desaparecidos, de la soledad, del dolor inmortal. Una persona habló de sus intentos de suicidio, y varias personas continuaron ese hilo, salvo un hombre de unos cincuenta años que levantó la voz para decir que estaría bueno que también se hablara de cosas positivas, aunque solo fuera por un día. Una madre habló del suicidio de su hijo. Una chica del suicidio de su tío. Por un momento pensé en levantar la mano para hablar yo también del suicidio de mi hermana, pero esa vez no llegué a conectar con el clima del grupo. Estaba más preocupado por saber quién era el tipo que estaba sentado al lado de María.

Me lo presentó a la salida. Se llamaba Albert Alexandre y era periodista y

escritor. Tenía siete años menos que yo. Acababa de llegar de viajar solo por el norte de Argentina. Había venido a Buenos Aires para intentar escribir una novela escapando de una relación que él mismo calificó de tormentosa. Conoció a una de las psicólogas españolas en un concierto y ella le habló tan bien del grupo que decidió ir, dijo, porque estaba seguro de que sería buen material literario. No supe por qué se había sentado al lado de María, ni por qué el resto de los españoles le integró de inmediato en el grupo con más cariño que a mí, pero empecé a intuir algo cuando advertí que todos se reían con sus ocurrencias.

En el bar donde solían ir al salir de las reuniones me senté a propósito al lado de Albert. Pensaba desenmascararle o hacerle quedar mal delante de María, tan celoso estaba, pero su simpatía me desarmó. Sabía quién era yo, o eso dijo, aunque no había leído nada de lo que había escrito. Se interesó por lo que estaba escribiendo ahora. Le hablé de los plagiaristas y mencioné a Ray Loriga. Albert dijo que no entendía por qué se había suicidado, que *Héroes* le había impactado mucho de pequeño (eso dijo, de pequeño), y que se moría de ganas de leer *Rendición*. Preferí no decir nada respecto a la muerte de Ray, porque tampoco sabía realmente qué decir respecto a la muerte de Ray. Hablamos un rato más de los escritores argentinos que más nos gustaban, de un taller de crónica literaria al que se había apuntado él, y sobrevolamos el conflicto catalán, que a él le preocupaba verdaderamente y a mí me preocupaba verdaderamente nada.

De camino a casa, María parecía más contenta que yo por haber conocido a Albert. Puedes quedar con él y hablar de literatura, me dijo, así no estarás tanto tiempo solo. ¿Has pensado en buscar un trabajo?, me preguntó después. Entonces supe, con la claridad que solo se alcanza al despertar de una pesadilla, que esa era su forma de perdonarme, que se alegraba de que estuviese con ella en Buenos Aires, que estaba dispuesta a empezar de cero, que María no quería estar con otro, ni con Albert ni con cualquiera, sino conmigo.

*

Ray Loriga decía: «Lo que más me interesa es la estructura, no tanto el mensaje o lo que vaya a contar, sino la calidad de la propia escritura. Porque

estos son artefactos literarios y es la literatura lo que más me importa. Mi trabajo fundamental es la textura de la escritura, la propia escritura».

Creo que ese objetivo y esa pulsión fueron traicionados por Ray Loriga cuando publicó *El bebedor de lágrimas*, una novela por encargo escrita para salir del paso y pagar las facturas, como él mismo aseguró en varias ocasiones. Lo extraño es que solo tres años antes, en una entrevista que concedió en Chile, Ray había dicho: «Quien escribe para hacer un *best seller* siempre llega tarde, porque las modas pasan muy rápido y lo más seguro es que después de escribir durante uno o dos años una novela de vampiros, cuando llegue el momento de publicarla ya no sea el tiempo de los vampiros sino de los dragones, o de los templarios, o de los astronautas».

Ignacio Echevarría, el más fiel defensor de Ray Loriga, y el mayor crítico con los logros de casi todos sus compañeros de generación, seguía escribiendo pasados los años que después de *Lo peor de todo* «no tardó en surgir toda una banda de escritores bisoños investidos de su propia juventud, que hicieron profesión de sus marcas generacionales, explotando sus propios mitos, convirtiéndose muchos de ellos en reporteros de sus propios hábitos, de su propia sentimentalidad, con resultados por lo demás bastante flacos». Es cierto que también reconocía las «poderosas voces» surgidas en esos años, como las de Francisco Casavella, Belén Gopegui y Luis Magrinyà, que confirmaban el buen nivel alcanzado por la narrativa española, y señalaba «individualidades llenas de interés, escritores raros y originales», como Javier Tomeo, Álvaro del Amo y Ramón Buenaventura. Pero su escritor preferido, incluso mimado, seguía siendo Ray Loriga.

Intuyo que Ignacio Echevarría no pudo, o no quiso, leer *El bebedor de lágrimas*, una novela juvenil publicada en 2011 y que nació con la intención de ser un *best seller*. No es temerario decir que lo mejor que hay en ella es la cita de William Blake que abre el libro: «¿Por qué vivís en el fuego que no cesa?».

No sé qué pensaría Ray Loriga de su incursión en la novela juvenil al echar la vista atrás. No creo que estuviera orgulloso de ello, pero tampoco creo que se arrepintiera. Escribir una novela mala no es un acto inmoral en sí mismo, pero sí es, desde luego, perjudicial para la vanidad de cualquier escritor. Aun así, no se mata a nadie por escribir mal. *El bebedor de lágrimas* no está mal escrita, porque Ray Loriga no podía escribir mal, pero no es una

novela que deba ser tenida en cuenta a la hora de hacer balance sobre la dimensión y la perdurabilidad de la obra de su autor.

Yo también quise escribir un *best seller*. Incapaz de terminar ninguna de las novelas que tenía planeadas, todas ellas autobiográficas, fragmentarias, intertextuales, realistas y multiformes, pensé que para salir del abismo lo que tenía que hacer era una novela negra. Todo el mundo parecía capacitado para ello y nadie se tiraba de los pelos por la sobreabundancia de obras con las palabras muerte, sangre o asesinato en el título. ¿Por qué no iba a estarlo yo que me había pasado horas escribiendo lo que pensaba que era literatura?

María nunca confió en esa novela negra de la que en realidad no llegó a leer una sola línea. Pero ella me lo decía, me decía: ¿De verdad crees que puedes escribir sobre crímenes e investigaciones sin haber visto nunca a un muerto ni haber pisado una comisaría más que para renovar el DNI? María tenía razón. Yo no sabía *hacer* una novela negra. De hecho, sigo creyendo que soy incapaz de hacerla, pero las circunstancias me han obligado a intentarlo.

Ray Loriga creyó que publicar una novela tipo *cross over* le serviría para ganar dinero y tiempo, pero parece que se equivocó. En la última página de *El bebedor de lágrimas* advierte al lector que habrá un segundo libro, que nunca llegó a aparecer. Aunque lo más asombroso de esta arriesgada maniobra es que en la nota biográfica de la solapa se anunciara esta novela como la iniciadora de «la saga literaria más ambiciosa de todos los tiempos».

En la otra solapa, la obra se resume así:

«Dicen que, hace unos cien años, una chica prometida en matrimonio fue engañada por un falso enamorado. Dicen también que sus lágrimas trajeron hasta ella a su verdadero pretendiente, que vengó la afrenta. Y dicen que, desde entonces, el Bebedor de Lágrimas vaga arrastrando su espada con el propósito de vengar a toda chica engañada. Eso dicen... aunque a sus dieciocho años, Adela no cree en fantasmas. Recién llegada a la universidad de Carnwell está feliz y desea coger las riendas de su vida. Pero la muerte se cierne como una pesadilla sobre el campus y trae consigo el eco de una extraña maldición.»

Amor. Desengaño. Fantasmas. Asesinatos y suicidios. Afrentas y venganzas. Una parte sustancial del universo de Ray Loriga concentrado en una novela que solo un adolescente con pocos amigos puede leer hasta el

final sin cabrearse (aunque Ray afirmara en una entrevista que a Enrique Vila-Matas sí que le gustó). Pero ¿quién dijo que escribir era fácil? Si la vida, algunas veces, nos da una segunda oportunidad cuando elegimos el camino equivocado, ¿por qué no iba a hacerlo la ficción?

*

Llevaba casi una semana en Buenos Aires y todavía no sabía cuánto tiempo me quedaría, por lo que creí necesario decírselo a mis padres. María se escribía a diario con los suyos por WhatsApp, pero los míos no tenían esa aplicación instalada en sus teléfonos así que los llamé.

—Hola, mamá.

—Hijo, ¿eres tú?

—Sí. Soy yo.

—¿Qué le pasa a tu móvil? Te llamamos ayer varias veces pero lo tienes apagado. ¿Desde dónde me llamas?

—Estoy en Buenos Aires.

—¿Qué?

Le conté a mi madre que María me había regalado el viaje por sorpresa, que estaba bien, que hacía buen tiempo, que la ciudad se parecía mucho a Madrid, que había cosas que eran más caras y otras más baratas, que la carne estaba muy buena pero que había poco pescado, que María estaba muy contenta en su trabajo, que tenía unos compañeros muy simpáticos y estaba aprendiendo mucho, que todavía no sabía cuándo iba a volver, pero que tarde o temprano volvería, que no se preocupara, que como en España en ninguna parte.

Luego hablé con mi padre. Me dijo que le daba pena no haber estado nunca en Hispanoamérica, que le hubiera gustado saber cómo era aquello, que nunca en su vida había cruzado el charco. Daba por hecho que ya no podría hacerlo. Con su pensión de cuatrocientos euros era realmente imposible viajar a cualquier parte. A mí también me dio pena que mi padre no hubiera podido hacer ese viaje, ni siquiera en su juventud. No le dije que yo apenas estaba disfrutando de la ciudad, que no había venido hasta aquí para hacer turismo, que había venido a Argentina buscando a un escritor, a su doble o a su asesino, si no eran la misma persona, y que todo hacía indicar

que no iba a encontrar a ninguno de ellos.

Se hizo un silencio más prolongado de lo normal. Pensé que se había cortado la llamada.

—Papá, ¿estás ahí?

—Tu abuela ha muerto.

—¿Cómo?

—Mi madre. Ha fallecido.

—¿Cuándo?

—Ayer. Por eso te llamamos. Varias veces.

¿Hace cuánto que no veía a mi abuela?

—Lo siento.

—No te preocupes. Tenía noventa y cinco años. Ya había vivido suficiente.

Se produjo otro silencio en el que traté de adivinar si mi padre estaba o no llorando. Creo que no, que no lo había vuelto a hacer desde la muerte de mi hermana. Mi padre le pasó el teléfono a mi madre.

—Bueno, hijo, te dejamos ya, que esto te saldrá por un ojo de la cara. Nos vamos a dar una vuelta por el pueblo. ¿Qué vas a hacer tú ahora?

Creo que fue Vila-Matas el que transcribió en una novela la anotación de Kafka el día que se declaró la Primera Guerra Mundial. Decía algo así: «Esta mañana Alemania ha declarado la guerra a Rusia. Por la tarde he ido a nadar».

Kafka fue capaz de reflejar en dos frases la dicotomía entre el mundo exterior y el interior, entre la historia universal y la historia de cada individuo. Ayer murió mi abuela. Hoy he estado viendo el programa *Madrileños por el mundo, destino Buenos Aires*.

—Voy a salir a dar una vuelta —le dije a mi madre.

—Ve con cuidado, hijo —me advirtió ella.

La relación con mis padres, con mi padre, no fue tan traumática como la que tuvo Kafka con el suyo, pero se podría decir que hubo ciertas similitudes. La sombra de sus éxitos y sus fracasos era tan alargada que durante mucho tiempo ocultó mis victorias y mis derrotas. Mi padre siempre quiso que mis hermanos y yo estudiáramos música, y durante años fue una obligación asistir a clases de solfeo y de guitarra. Cuando crecimos lo suficiente, le

desobedecimos y nos dedicamos a cualquier cosa menos al estudio de la música. No fue fácil hacerlo, mi padre era temperamental y exigente, pero nosotros ya teníamos edad para rebelarnos y él había acumulado tantas decepciones que lo natural a esas alturas era ignorarnos. Con el paso de los años, sobre todo tras los nacimientos de sus nietos, el comportamiento de mi padre evolucionó del autoritarismo hacia la permisividad. Se volvió más comprensivo y menos radical, así que no me hizo falta escribirle una carta para protestar contra su figura.

¿Por qué al recordar mi infancia no me olvido de la parte traumática heredada pero sí de todas las cosas tan simples y hermosas que hicieron nuestros padres para demostrarnos su amor?

Cuando mi madre nos llevaba a la cama un zumo de naranja recién exprimido los días que no íbamos al colegio porque teníamos fiebre y se quedaba a nuestro lado leyéndonos cuentos. Cuando mi padre nos llevaba a coger moras en las zarzas que rodeaban las calles de su pueblo. Cuando los dos se quedaban dormidos en el sofá viendo con nosotros una película de Disney y se despertaban durante los créditos y los dos afirmaban que les había encantado. Cuando llegaba el otoño y nos tumbábamos en el césped del jardín de la urbanización y mi padre nos cubría con las hojas caídas. Cuando mi madre nos enseñaba a cantar las mismas canciones que le había enseñado a ella su madre. Cuando mi padre nos llevaba a los aparcamientos vacíos de La Majada para enseñarnos a conducir. Cuando renunciaban a salir a cenar para darnos a nosotros el poco dinero que tenían a pesar de saber que nos lo gastaríamos en vino barato y Coca-Cola. Cuando antes de terminar esa llamada los dos dijeron al unísono, te queremos, hijo, sé que no te lo decimos mucho pero te queremos, no lo olvides. Y luego colgaron el teléfono, tan rápido que no me dio tiempo a contestarles lo que habría debido y querido decir: yo también.

Dejé el móvil y entré en mi cuenta de Twitter. Tato Rivas Rosino, al que nunca perdía la pista, había escrito un tuit en el que decía que nada de lo que le había pasado literariamente hablando, los libros, los premios, el dinero, las columnas de opinión, las entrevistas, los focos, nada de eso le hacía tan feliz como prepararle cada día la comida a su mujer.

Había quedado para cenar con María en una hora. Hasta entonces ella estaría con sus compañeros de trabajo. Pensaba que no me importaba que

María tuviera una vida laboral, familiar y social infinitamente más activa que la mía. Cuando no quería escribir y no tenía nada mejor que hacer, cuando María se iba con sus amigos y yo me quedaba en casa mirando el móvil escribiendo mensajes de WhatsApp a cualquier persona que pudiera contestarme, cuando iba pasando el tiempo y cada vez había menos gente que se preocupara por mí, cada vez menos gente que me preocupaba, entonces sí me importaba. Estaba perdiendo el gusto por las reuniones sociales, perdiendo el interés por los avatares de los demás, por sus avances y retrocesos, y si un escritor deja de preocuparse por su entorno y por las transformaciones de quienes están a su alrededor, ese escritor no vale gran cosa.

Tenía pocas ganas de escribir. Podría dejarlo y aprovechar que estaba en Buenos Aires para leer *Rayuela* una vez más, inventarme un orden nuevo y no salir de ella hasta que no me la aprendiera de memoria.

Albert me dijo cuando nos conocimos que no había podido con *Rayuela*, que la dejó a medias. Que prefería leer libros actuales. María tampoco tenía ganas de leer *Rayuela* porque era una novela demasiado larga y ella cada vez tenía menos tiempo y porque me había oído decir que ese libro había envejecido mal. La realidad, como sabía Félix, no es que el libro hubiera envejecido mal: éramos nosotros.

—No soporto la idea de hacerme mayor —me dijo María esa misma noche mientras comíamos una entraña en la parrilla Don Niceto—. Me siento rara —dijo cuando ya habíamos acabado de cenar—. Ya no soy la misma persona que era en Madrid, ni mucho menos la misma persona que estuvo viviendo en París, en Colonia, en Ecuador, en Berlín y en México D. F.

Esa persona, esa mujer, tenía toda la vida por delante y todas las opciones a su alcance. Esa persona había estudiado medicina y traducción y periodismo y antropología y manejaba con soltura cuatro idiomas y sabía hacerse valer y no había ningún reto que no fuera capaz de superar. Esa persona no tenía nada claro, simplemente actuaba por impulsos, ahora me voy, ahora me quedo, ahora me acerco a ti, a mí, ahora me alejo de aquí, de ti, quién sabe si para siempre.

No tiene nada que ver contigo, me dijo luego para tratar de tranquilizarme. Cada vez que María emprendía un viaje se volvía más distante, al menos durante un tiempo impreciso, porque estar sola le obligaba

a dar demasiadas vueltas a su vida, a sus decisiones y a sus elecciones. Esta vez le había vuelto a pasar. Se estaba alejando, se olvidaba de mí, de nuestro proyecto de vida en común, de formar una familia.

¿Qué pasaría si algún día tuviéramos un hijo?

¿Seríamos dos personas unidas por un pequeño ser humano, o seríamos verdaderamente una familia?

¿Significaba esa palabra lo mismo para los dos?

Después de cenar volvimos a casa y nos metimos en la cama. Intenté acercarme a ella, pero me respondió que estaba cansada. Me dio un beso y se dio la vuelta. No me preocupé. La abracé por la espalda y nos quedamos dormidos.

Ya no éramos las mismas personas que antes, de eso no había duda. Éramos más viejos y estábamos cansados, pero al menos estábamos juntos y al día siguiente ella iría a trabajar y yo me quedaría escribiendo o saldría en busca de Ray Loriga, pero fuera como fuera tendría la comida preparada cuando María volviera a casa y eso me haría feliz.

Tato Rivas Rosino siempre tiene razón.

TODOS QUISIÉRAMOS ESTAR EN OTRO SITIO Y SER OTROS, PERO SOMOS NOSOTROS Y ESTAMOS AQUÍ

Me desperté a la misma hora que María y desayunamos juntos. Hicimos varios planes para el fin de semana. Ir a la feria de mataderos a escuchar chacareras, pasear por el parque Centenario, acudir a un teatro de la calle Corrientes, visitar la Biblioteca Nacional. Luego ella se marchó al hospital y yo me tumbé en el sofá y encendí el televisor. Miré varios canales hasta que di con un programa de información matinal, en el canal 5, en el que cuatro personas hablaban de actualidad política internacional en torno a una mesa. Podría decir que me sorprendió descubrir que una de ellas era Tato Rivas Rosino, pero no fue así.

No me había enterado de que el presidente del Gobierno español estaba de visita en Buenos Aires. Sobre ello giraba el debate, en el que además de Tato había otros dos periodistas españoles. Discutían entre ellos sobre las declaraciones de nuestro presidente tras su visita al Museo de la Memoria de Buenos Aires, el exESMA, un lugar donde miles de argentinos fueron torturados durante la dictadura militar. Subí el volumen al mismo tiempo que sonaba mi teléfono. Era Martín.

—Hola, Daniel. Bárbara me dijo que querías hablar conmigo. Nos encontramos en media hora en el Varela Varelita. ¿De acuerdo?

Solamente me dio tiempo a responder que sí. Apagué el televisor. Me vestí a toda prisa y salí a la calle. Tardé algo más de media hora en llegar al lugar, un bar de los de toda la vida, sin adornos ni moderneces, con carteles viejos en las paredes, sillas viejas, camareros viejos y olor a viejo.

Entré mirando a cada uno de los clientes. No me resultó difícil descubrir quién era Martín. Ocupaba una mesa pegada a la ventana. En cuanto se cruzaron nuestras miradas Martín hizo un gesto con la cabeza y levantó ligeramente la mano. Me acerqué a él. Se levantó.

—Un gusto.

—Lo mismo digo.

Nos sentamos. Martín llamó al camarero.

—¿Qué tomás?

—Cerveza. Pero que sea sin alcohol. Cero cero.

Había empezado a tomarme en serio las recomendaciones de María. Era mi forma de demostrarle que quería cambiar. Tener la mente despejada. Afrontar los problemas. Mirar para adelante. Intentar ser mejor.

—No tenemos —dijo el camarero.

—Ah, ¿no? Bueno, en ese caso me tomaré una con alcohol.

Al menos lo había intentado.

—Este bar es clásico —empezó a decir Martín—. Acá se armó la defensa de Pablo Katchadjian cuando fue acusado de plagiar *El aleph*. ¿Sabés quién es Pablo Katchadjian? Su libro no era exactamente un plagio, era otra cosa, pero hay demasiada gente que no tiene sentido el humor.

—Mala cosa eso de plagiar —dije yo por decir algo cuando me trajeron la cerveza y di el primer sorbo.

—Acá vienen muchos escritores, muchos artistas. Y ¿sabés lo que hacen? Nada, no hacen nada. Beben y hablan. Nada más. Beben y hablan y luego se van a casa a dormirla y al día siguiente vuelven acá y hacen exactamente lo mismo. Vos también sos escritor, ¿no es cierto?

Quise negarlo una vez más, pero Martín parecía saber la verdad.

—La literatura es un empeño fatuo. Lo único que desean la mayoría de los escritores es impresionar a los demás, a las chicas o a sus amigos, a sus mamás y a sus papás, a los cuatro borrachos que hay en este bar, en todos los bares del mundo, cuatro borrachos que siempre han estado y que siempre estarán en un bar, bebiendo sin parar hasta emborracharse para olvidarlo todo, y por eso vuelven al día siguiente, buscando el rastro perdido, la memoria olvidada, el arma del crimen.

—Entiendo —dije, y asentí con la cabeza, pero la verdad era que no

entendía nada.

—Todos los escritores son unos borrachos.

—Con alguna excepción, pero sí, vaya.

—Todos los escritores son unos inútiles.

—Hombre, yo no diría tanto.

—Todos los escritores son plagiaristas.

—En eso estoy totalmente de acuerdo.

—Estás en peligro, Daniel.

—¿Cómo dices?

—Estuve en la librería durante la presentación del libro de Ray Loriga. Éramos pocos. Quince o veinte personas nomás. La fama de Loriga en esta orilla fue decreciendo con el paso de los años. Si no hubiera recibido el Premio Alfaguara ni siquiera le habrían traído acá. Y si no hubiera muerto, vos tampoco estarías en esta ciudad, ni estarías hablando conmigo ni estarías en peligro.

—¿Por qué sabes que estoy buscando a Ray Loriga?

—Tengo contactos.

—Y ¿por qué dices que estoy en peligro?

Martín hizo una pausa dramática. Respiró hondo. Removió la cucharilla de su café. Sabía que no era necesario que yo dijera nada para que él siguiera hablando.

—El editor de Eterna Cadencia me presentó a Ray Loriga aquel día, nada más terminar el acto. Me junté con otros amigos de Loriga y nos fuimos todos a tomar unas cervezas. No imaginé que serían tantas. Estuvimos en varios bares de Palermo. Loriga era un gran comunicador. Era el centro de todas las conversaciones, contaba anécdotas y aventuras sin perder la templanza a pesar del alcohol y el cansancio acumulados. Nos habló de su infancia en O'Donnell, de peleas de bandas a cuchillo en plena calle por hacerse con el control del parque, de la llegada de la heroína a su barrio, de sus primeros libros, de algunos viajes lisérgicos, del Real Madrid, de los mejores hoteles en los que había estado, de Sonic Youth y de Nueva York, de un festival de poesía en Holanda donde coincidió con Douglas Coupland y Jay McInerney, de sus amigos argentinos, de Viggo Mortensen, de Maradona y de Messi, y se quejó de que los periodistas se habían pasado la vida

tergiversando sus palabras hasta crear una imagen distorsionada de su persona, hasta crear un personaje del que estaba harto. Mencionó que había un escritor español que estaba escribiendo una novela sobre él, una novela larga, remarcó, demasiado larga, más larga que cualquiera de las que había publicado él, por lo que Loriga pensaba, y estaba seguro de ello, que ese escritor acabaría haciendo el ridículo. En el último bar en el que estuvimos ya casi no podíamos hablar. Un tipo se acercó a nuestro grupo y se puso delante de Loriga y le dijo: Hola, Ray, ¿me recuerdas? Loriga se puso blanco, le dio la mano con lentitud, se disculpó y fue al baño. Todos nos dimos cuenta de la tensión que había creado ese reencuentro. Nadie sabía quién era ese tipo, que no se había presentado siquiera. La situación era tensa. Antes de que Loriga volviera del baño, el tipo dijo: Chao, amigos, decidle a Ray que no estaré muy lejos. Luego dijo su nombre, hizo una reverencia y se marchó.

Martín se calló. Levantó la mano, el camarero se acercó y pidió otro café.

—¿Y bien? —le pregunté.

—Estoy de resaca.

—¿Eso es todo?

—Hay más. Loriga volvió del baño. Tenía la cara y el pelo mojados. Parecía más tranquilo. ¿Se ha ido?, nos preguntó. Solo quedábamos ya el editor de Eterna, una mujer de prensa de la editorial, un hombre que apenas había hablado en toda la noche y yo. ¿Quién era?, le preguntó la mujer. Loriga dejó a un lado la locuacidad y la templanza que había mostrado durante toda la noche, y respondió con la voz grave y los ojos muy abiertos: Un fantasma. Ninguno se rió al oír aquello. Un segundo después Loriga dijo que estaba cansado y que quería marcharse. ¿Te acompaño?, le preguntó la mujer. Prefiero ir solo, dijo Loriga, y se dio la vuelta y se marchó sin darnos tiempo a reaccionar. Esa fue la última vez que lo vi. Al día siguiente apareció su cadáver. Por la tarde vinieron dos policías a interrogarme. A pesar del uniforme, del cambio de peinado, de la resaca que yo tenía y de que solo lo había visto un minuto, lo reconocí. Era él.

—¿Quién?

—Jorge.

—¿Cómo?

—El tipo que la noche anterior vino a saludar a Ray.

—¿Se llamaba Jorge?

—Jorge Loriga Torrenova.

—¿Hablas en serio?

—Así fue como se presentó, pero en realidad no se llamaba así.

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando me interrogó me fijé en su placa. Su verdadero nombre es Lucas. O Luis. O Lucio. O Luciano. No lo recuerdo, pero sé que empezaba por Lu.

—¿Qué más sabes?

—Nada más.

—¿No sabes nada de las cartas?

—¿Qué cartas?

—Las amenazas.

—¿Qué amenazas?

—Ray Loriga recibió varias cartas con amenazas de un tipo que firmaba como Jorge Loriga Torrenova. Las enviaban desde aquí. Tengo una de ellas.

—Cualquiera puede firmar una carta con ese nombre.

—Sí, pero si Jorge Loriga Torrenova existe *de verdad* quiere decir que las amenazas fueron reales.

—Jorge Loriga Torrenova no existe. Se llamaba Lucas. O Lucio.

—Tengo que ir a la comisaría.

—¿Para qué? Por ahí te dicen cosas que sería mejor que no sepas.

Me pareció el mejor motivo que podía darme para ir. Me levanté de la silla con lentitud. Alargué el brazo para darle la mano a Martín. Él también se levantó y agarró mi mano.

—Tenés que elegir, Daniel. Te quedás acá y te atenés a las consecuencias, o deshacés el camino y te olvidás de este asunto y te volvéis cagando leches a Madrid.

—No puedo abandonar ahora.

—¿Cómo que no? ¿A quién querés impresionar vos?

Cogí aire antes de pronunciar estas palabras:

—A los cuatro borrachos de todos los bares del mundo.

No recuerdo cuándo leí un artículo de Patricio Pron en el que se lamentaba de la existencia de algunos tipos de escritores, entre ellos, eso sí lo recuerdo perfectamente, aquellos que solo podían escribir tras la muerte de un familiar. El comentario me dolió, pues comprendí que Patricio y yo nos alejábamos irremediabilmente y que ese cambio era el primero de una serie infinita.

Si mi hermana no se hubiera suicidado yo nunca habría sido escritor. No, al menos, el tipo de escritor en que me convertí. Todo lo que había escrito antes de su muerte era pretendidamente hermoso. Cuentos con finales felices, cuentos de aprendizajes y de amor, cuentos sobre el valor de la amistad. Cuentos para mirar el lado positivo de las cosas.

La desaparición de mi hermana y la primera ruptura con María me enseñaron el lado negativo de esas historias. ¿Qué sentido tenía escribir sobre la belleza si ya no podía soportar el dolor, si las dos mujeres que más me habían querido hasta ese momento me habían dejado solo?

En Buenos Aires empecé a sentirme culpable por estar escribiendo sobre ellas sin que ninguna de las dos pudiera defenderse. Me parecía una traición, sobre todo en relación con María. No era justo que gran parte de lo que pasaba por mi cabeza le estuviera vetado. No era lógico que escribiera sobre ella pudiendo hablar con ella. Pero a lo mejor este ejercicio era la meta de la que María me hablaba, la ocupación que necesitaba para desentenderme poco a poco de ella y dejar de obsesionarme por lo que pudiera pasarle, lo que sea que pudiera pasarnos a los dos.

Cuando uno es joven y está cabreado y tiene sueños y cansancio, toneladas de cansancio, como tenía Ray Loriga cuando él también era joven, parece inevitable aferrarse a la desesperación, a esa imagen de escritor atormentado que intenta sacarse de encima sus demonios mientras ellos le están tirando de los pelos. Pero esa época había quedado atrás. Ahora tenía la sensación de que cada palabra que escribía sonaba forzada, que las pocas metáforas que elaboraba parecían adornos navideños en vez de disparos a bocajarro. Pensaba en el dolor que le podía causar a alguien lo que dijera en estas páginas, en la insensatez y el descaro de abrirme el vientre y mostrar mis vísceras una vez más, pensaba en el rechazo y el aburrimiento que podía generar esta confesión monocorde y redundante.

Quería seguir escribiendo con honestidad, con las mismas armas y la misma transparencia, pero de ninguna manera quería descender una vez más al abismo de la autodestrucción y la locura. Nunca había dejado de rondar por mi mente una palabra, esa que al Sebastián de *Ya sólo habla de amor* le daba vergüenza escribir, esa palabra que me negaba a pronunciar para evitar sus conjuros o simplemente para olvidarla, para ignorarla, para dejar atrás la tragedia y salir adelante, para eludir a la muerte que me daba tanto miedo y que estaba tan cerca.

«Pero a qué tanto eufemismo, si la palabra es suicidio, digámosla bien alta y veremos cómo se aleja.»

María lo sabía, pero su estrategia era diferente. En vez de hablar de ello, me decía que saliera más y que escribiera menos, que no me obsesionara con la literatura si no quería volver a caer en el mismo bucle de frustración y desidia. Yo sabía que ella tenía razón, pero le decía que no, que *tenía* que seguir escribiendo. María debería prohibirme escribir, u obligarme a escribir otra cosa, una historia sobre otros, sobre cualquiera que no fuéramos ella y yo y mis fantasmas. Pero estaba claro que no lo iba a hacer, y en cualquier caso yo estaba demasiado abstraído para reaccionar, obsesionado como estaba con la literatura y con el peligro y con la posibilidad de que ella me abandonara dejándome solo otra vez.

¿Por qué entonces me anticipaba al desastre si aún estábamos juntos, si había vuelto a estar con ella, había logrado que me perdonara, y estaba a salvo de esa palabra que nunca dejaba de retumbar en mi cabeza como si fuera un mensaje o una advertencia?

*

«Todos quisierámos estar en otro sitio y ser otros, pero somos nosotros y estamos aquí.»

Za Za, emperador de Ibiza es el libro más grotesco y divertido de Ray Loriga. Publicado en 2014 por Alfaguara, narra las aventuras de Zacarías Zaragoza Zamora, alias *Za Za*, un *dealer* de cocaína retirado en Ibiza que se ve envuelto en una trama disparatada cuando descubre que la mejor droga del mundo, la droga de la felicidad, lleva su nombre: ZAZA.

En una entrevista que le concedió a Winston Manrique Sabogal, Ray

contestó así cuando el periodista le pidió que definiera algunas palabras.

Paraíso: «La Ibiza del libro es la de los setenta de mi infancia y la de hoy. Es como el paraíso perdido».

Euforia: «Una sensación que con la edad se abandona. El éxito, las drogas...».

Amistad: «Acaba siendo lo que más importa».

Amor: «En sus múltiples formas está en todo. Es una complicación enorme pero hermosa».

Sexo: «Después de la música lo más entretenido. Es sentirse vivo y muerto a la vez. Como encajar las piezas de un puzle».

Felicidad: «Como obligación parece la causa de los males, una condena. Como anhelo no es mala».

Alegría: «Una palabra que cambia dependiendo de lo que quieras conseguir. No sé si he sido especialmente feliz. Alegre es no haberme colgado con tantas cosas vividas».

Eso dijo Ray entonces, que la amistad era lo más importante, que el amor era una hermosa complicación, y que estaba alegre por no haberse colgado.

En su novela más desquiciada, con permiso de *Tokio ya no nos quiere*, Ray define así a su protagonista: «Za Za tenía cincuenta y tres años, pero era un viejo vocacional. Un muerto perfecto. [...] Es más, en un mundo ideal (en el que pensaba inocentemente que vivía) le gustaba imaginar que carecía de futuro, que transitaba como una sombra entre dos nada, que sin estar muerto no estaba tampoco del todo vivo».

Otra vez la muerte al acecho, otra vez la ausencia de confianza en el futuro y la percepción fantasmal de la existencia.

El narrador de la historia de *Za Za* es consciente de su poder y de su influencia, y manipula a su antojo la narración y los acontecimientos. Es un narrador no fiable, como casi todos los narradores que ha creado Ray Loriga, y que son y no son el mismo Ray Loriga. La novela está llena de advertencias, de reflexiones alegres y satíricas sobre la sociedad y sus hipocresías. Ray habló de ello en la entrevista:

«Una de las peores formas de entender la democracia es la histeria colectiva alrededor de que cualquiera y todo vale. ¡Son gilipollices! La sociedad fomenta los atajos al éxito o la fama que daría la felicidad. O el dinero, sea ilícito o legal. El resultado es que cualquiera puede ser un

ciudadano ilustre. Hay confusión. Además, se extiende la idea de que aquello que ven muchos es bueno a ultranza, y no siempre es así. Es un desconsuelo porque no hay elementos de juicio, ni valoración. Falta criterio y rango y verdadera apreciación. La libertad es sagrada pero no se puede dejar todo en manos de la dictadura de la opinión.»

Otra de las entrevistas que concedió Ray Loriga tras la publicación de *Za Za, emperador de Ibiza* fue la que escribió Karina Sainz Borgo en la web de *Voz pópuli*. La declaración que escogió la periodista para titular su artículo evidencia el estado de ánimo por el que pasaba Ray en ese momento: «Yo quería ser Ray Loriga de mayor y ahora que lo soy no lo soporto».

Karina Sainz le pregunta: «Nadie, jamás, le ha permitido envejecer. ¿En esta novela se ha dado el permiso?» Y Ray contesta: «Sí. La pregunta es la respuesta. Publiqué mi primer libro a los veintiún años, ahora tengo cuarenta y siete. Son muchos años. He sujetado a mis hijos, les he dado de comer, he tenido mil aventuras y dije: ¿Por qué no un libro para mí? Para reírme, para hacerme gracia a mí mismo, para caerme bien a mí mismo».

La aventura delirante que atraviesa *Za Za* podría ser un reflejo de la vida delirante que atravesó de mil maneras diferentes Ray Loriga, hasta que llegó el momento de tomarse menos en serio: «¡Te puedes reír de todo! La risa es una posición frente a los asuntos de la vida. Yo no critico el mundo, lo veo. Tú no escribes un libro sobre el mundo, escribes un libro desde un lugar del mundo. Hay que esquinar la mirada y ser valiente. Los cobardes, ¿sabes?, no escriben libros».

No hay que ensalzar por norma a quienes escriben libros, pero a aquellos que cuando escriben se atreven a ponerse en duda, a asumir riesgos y a luchar contra sus propios demonios no les falta valor.

«Cuando veo a un señor o una señora en un banco al sol —dice Ray Loriga en la entrevista—, pienso: eso quiero ser. Y eso es *Za Za*: el señor de la petanca. Cuando sea mayor quiero jugar juegos que no hagan daño. Por eso *Za Za* es un viejo prematuro. Porque yo, como él, soy un buen muerto.»

Ray Loriga estaba muerto, era un buen muerto antes de estarlo, y fue un buen muerto cuando murió. Pero se equivocó en una cosa. Ese juego al que se refería y al que le gustaría jugar de mayor no fue para nada inofensivo.

Pocos días antes de emprender la gira latinoamericana que le llevaría a Buenos Aires, Ray Loriga presentó *Rendición* en el Espacio Telefónica acompañado de Manuel Jabois. La charla no fue especialmente iluminadora, ambos escritores parecían ensimismados y cansados, como si estuvieran hablando dentro de una celda en tinieblas, y Ray solo pareció volver de allí cuando llegó el momento de las preguntas de los asistentes.

Un joven cogió el micrófono y le preguntó a Ray qué pensaba de los escritores que venían después de él, de aquellos que estaban escribiendo ahora, y si en algún momento se había planteado que podían ser una amenaza. La respuesta de Ray fue ejemplar: «Nunca he considerado en este oficio de la escritura que los demás pudiesen ser mis enemigos, ni los coetáneos ni mucho menos los futuros escritores que vengan».

Ray contó una anécdota para ilustrar su pensamiento, una hermosa metáfora sobre el aprendizaje en la natación. Dijo que de pequeño le gustaba mucho nadar, que acudía a clases todas las semanas y que tenía un profesor que le enseñó a no fijarse en los demás. «Mi profesor me enseñó que cada nadador va por un solo carril y que es preferible no mirar lo que hacen los demás nadadores en sus carriles porque entonces pierdes tiempo, que para algo están las bolas que separan los carriles, que un nadador, y por extensión un escritor, solo compite contra sí mismo, contra su propio tiempo, y que la mejor manera de avanzar es fijándose en uno mismo y no en los demás.»

La siguiente persona que cogió el micrófono también hizo una pregunta incisiva: ¿Esperaba que iba a llegar hasta aquí cuando empezó a escribir?

Ray contestó al instante con un no rotundo, pero en vez de recurrir a la falsa modestia para explicar su respuesta tomó otro camino: «Esperaba que iba a llegar más lejos. Cuando uno se pone a escribir un libro piensa que va a ser Joseph Conrad, si no para qué narices lo hace. Otra cosa es que lo consiga. Pero creo que hace falta una sana ambición a la hora de escribir. El impulso de escribir parte de la admiración tan grande a escritores a los que tienes en un altar y tú quieres estar ahí. Por lo cual creo que todavía no he llegado ni a lo que soñaba cuando empecé, y lo digo sinceramente, y no creo que sea nada malo».

Empeñarse en ser un escritor *serio* es una ambición peligrosa. Antes de publicar *Cocaína* escribí dos novelas realmente malas. Eso no me impidió

enviarlas a varias editoriales que sabiamente declinaron su publicación. En una de esas presentaciones a las que acudía coincidí con Ignacio Echevarría. La osadía de la juventud me permitió acercarme a él y decirle que era escritor. ¿Dónde has publicado?, me preguntó Ignacio antes siquiera de preguntarme el nombre. No tuve tiempo de inventar una mentira. Tato Rivas Rosino estaba a mi lado y le dijo que yo aún no había publicado, pero que era, o sería, un gran escritor.

Echevarría nos despachó pronto, pero antes nos dio su dirección de email para que le enviáramos cualquier cosa que quisiéramos. Esa misma noche le envié la primera novela que escribí. Al día siguiente recibí su respuesta:

«Querido Daniel: Leeré tu novela. No puedo decirte cuánto tardaré en leerla, pero la leeré.»

Me emocioné tanto que no fui consciente de que le había enviado una novela pésima a uno de los críticos literarios más importantes del país. No volví a recibir un email de Ignacio Echevarría. No me lo volví a cruzar en ninguna presentación o fiesta literaria. No me atreví a escribirle otro email para preguntarle qué le había parecido mi libro. Olvidé que algún día nos habíamos conocido y seguí escribiendo mi destino, entre lo sublime y lo intrascendente.

Jamás imaginé que sería un doble de Ignacio Echevarría, a quien Bolaño bautizó como personaje en *Los detectives salvajes* con el nombre de Iñaki Echavarne, quien ejerciera de padrino en el duelo que estaba por dirimirse entre Tato Rivas Rosino y yo, dos escritores competitivos porque de pequeños no tuvimos un profesor de natación que nos enseñara a nadar únicamente por nuestro carril.

NO HAY SEÑALES QUE NOS ANIMEN A PENSAR QUE ALGO PUEDE MEJORAR

Salí del Varela Varelita y paré el primer taxi que pasó.

—¿Adónde vamos? —me preguntó el hombre.

—A una comisaría —le dije—. ¿Sabe dónde hay alguna por aquí cerca?

—En Retiro. Le puedo llevar a esa.

Más tarde supe que esa comisaría no era la que estaba más cerca. Ahora dudo si el taxista quería darme un paseo por la ciudad para que la carrera saliera más cara, o simplemente estaba escrito en alguna parte que alguien me tenía que llevar a esa comisaría y no a otra. ¿Quién no estaría paranoico en mi situación?

Tardamos media hora en llegar. Durante el camino el taxista me preguntó si me estaba gustando Buenos Aires, qué pensaba de los argentinos, de la visita del presidente español, del presidente español, del presidente argentino, si me gustaba el fútbol, de qué equipo era y por qué, qué hacía en la ciudad, cuánto tiempo iba a quedarme y por qué había venido.

—Por varios motivos —le dije finalmente—, pero sobre todo para resolver un crimen.

—¿Sos policía?

—Soy escritor.

—Haber empezado por ahí. Y ¿qué es lo que escribís? ¿Una novela policíaca?

—Una novela. Sin más. Y quizá demasiado larga.

—¿Una trilogía? Es lo que se lleva ahora, ¿no?

—A tanto no llego.

—Bueno, espero que sea un éxito de todas formas.

—Yo solo espero que sirva para algo.

—Y ¿para qué sirve una novela? —dijo el taxista al mismo tiempo que detenía el coche—. Son cuatrocientos pesos.

Pude pagarlo porque María me había dado un billete de mil por la mañana. Le di las gracias al taxista y abrí la puerta.

—Andate con cuidado. No todos los policías de esta ciudad son de fiar.

Estaba más cansado que asustado de que todo el mundo me advirtiera de un peligro inminente, pero intangible.

Crucé la calle y me dirigí a la comisaría. En ese momento fui consciente de que no sabía por qué había ido allí, qué pensaba decir, con quién quería hablar, cómo se haría el trámite pertinente. No sabía nada. María tenía razón. Yo no podía escribir una novela policíaca.

Entré en el edificio. Había dos mujeres detrás de un mostrador.

—¿Qué desea? —me dijo una de ellas.

—Estoy buscando a un agente.

—¿Cómo dice?

—Se llama Jorge Loriga Torrenova. Lleva el caso de la muerte de Ray Loriga.

La otra mujer volvió la vista hacia mí.

—¿Quién sos?

—Me llamo Daniel Jiménez. Estoy investigando el asesinato de Ray Loriga.

—¿Sos policía?

—No.

—En ese caso no podemos ayudarlo.

—¿Puedo hablar con su superior?

—Pero ¿qué está diciendo? —dijo una mujer—. ¿Se volvió loco?

—Apártese, señor Jiménez —dijo la otra.

Detrás de mí había varias personas. Me eché a un lado y las dejé pasar. Esperé varios minutos de pie, sin dejar de mirar a las dos mujeres. Ellas tampoco dejaron de mirarme a mí cada vez que tenían oportunidad. Me puse nervioso. Noté que el corazón me latía más deprisa. Se me calentaron las

sienes, las orejas, las piernas me temblaban. No me di cuenta de que dos agentes se habían colocado a mi espalda hasta que uno de ellos me agarró el brazo.

—No puede estar acá.

—¿Por qué no?

El policía me empezó a arrastrar hacia la salida, al principio con movimientos suaves pero enseguida con violencia.

—¿Tiene un documento de identidad? —me preguntó el otro agente que nos escoltaba.

—Me lo robaron.

—¿Está indocumentado?

—Tengo el pasaporte. En casa. Soy español.

—Eso ya lo sabemos.

—Le vamos a dejar que se marche, señor Jiménez, pero le recomendamos que vaya a su departamento y agarre su pasaporte y se marche de este país.

Me soltaron. Intenté fijarme en el nombre que había en sus placas. Las miré. No había ningún nombre escrito en ellas. Solamente un número. Los dos agentes siguieron mi mirada. Se cruzaron de brazos. Se irguieron.

—Andate de una vez.

—No digás que no te avisamos.

Les miré una última vez y me di la vuelta y empecé a caminar. Llamé a María. Tenía el teléfono apagado. Crucé la carretera. Me giré y vi que los dos policías no se habían movido del sitio. Uno de ellos levantó la mano y el otro se rió. Luego dieron varios pasos hacia delante y se pararon en la acera. Me puse a andar deprisa calle abajo, volviéndome cada tanto para comprobar que ninguno de los dos agentes me seguía. Al doblar una esquina empecé a correr. No paré de hacerlo hasta que apenas podía respirar. Me apoyé en una parada de autobús. Sentí una náusea y vomité. Una anciana se acercó y me dio un pañuelo. ¿Estás mejor?, me preguntó. Las demás personas que había en la parada se arremolinaron en torno a nosotros para saber qué pasaba. Levanté la vista. Había dos policías mirándonos al otro lado de la calle. Llegó un autobús a la parada y me subí. No llevaba tarjeta de transporte. La anciana que me había dado el pañuelo me pagó el viaje con su tarjeta. Sentate acá, me dijo. Estaba mareado. Cerré los ojos. ¿Adónde va este colectivo?, le pregunté

a la anciana. ¿Adónde vas vos?, dijo ella.

Empecé a ser consciente de lo mucho que me había equivocado. Estuviera Ray Loriga vivo o muerto, ¿qué me importaba? No tenía que haber venido a Buenos Aires. No tenía que haber dejado la medicación. Habría sido mejor quedarme en Madrid sirviendo tofu y cuidando del gato. Habría sido mejor no haber conocido nunca a Ray Loriga.

Me bajé del autobús donde me dijo la anciana. Todavía estaba nervioso. Le pregunté a la primera persona que me crucé si sabía dónde quedaba la calle Humboldt. No estaba muy lejos. Fui hacia allí. Cada dos pasos echaba la vista atrás por si me perseguía alguien. Todas las caras me resultaban conocidas. Todas las personas me parecían peligrosas. Todas las miradas las consideraba amenazadoras. Cuando encontré la calle que buscaba me puse a correr otra vez.

Llegué al portal jadeando. Me llevé las manos a los bolsillos pero no encontré las llaves. Se me habrían caído mientras corría. El teléfono sí lo tenía, lo había llevado todo el tiempo agarrado en la mano. Volví a llamar a María, pero no respondió. Me aparté de la puerta y miré la fachada. Sopesé la idea de trepar por una de las tuberías. Estaba desesperado. Me dejé caer al suelo y empecé a gimotear. No pude oír los pasos que se acercaban hasta que fue demasiado tarde.

—Che, levántate.

Ya está, pensé, me cogieron.

Moví la cabeza, agarré la mano que me tendían y me incorporé. Cuando lo estaba haciendo vi la culata de una pistola que sobresalía del pantalón de la persona que tiraba de mí. Una vez de pie le vi la cara. Era el tipo del lavacoches, el que había visto cada tarde cuando salía a fumar a la terraza.

—¿Qué pasó? —dijo.

Mi móvil empezó a sonar. Era María.

—¿Dónde estás? —le pregunté.

El tipo del lavacoches se quedó en el sitio, escuchando nuestra conversación.

—Llegando a casa.

—Date prisa, por favor.

Colgué. Le di la mano al tipo del lavacoches y le hice un gesto para

indicarle que estaba bien. Se giró y se fue a la acera de enfrente. Encendió un cigarrillo. Entonces comprendí.

A los cinco minutos llegó María. Le di un abrazo y le susurré al oído:

—No hagas nada extraño. Nos están vigilando.

—¿Qué?

María se apartó de mí, me miró a los ojos. Ella también creyó comprender.

—Estás borracho, ¿no?

—Abre la puerta, por favor.

—¿Y tus llaves?

Me encogí de hombros y ella sacó las suyas. Subimos en el ascensor en silencio.

—¿Qué te pasa? —me preguntó María cuando entramos en casa. Parecía más calmada, dispuesta a tener una conversación amistosa. Pero yo ya había tomado una decisión—. Es por la novela, ¿verdad?

—¿Qué?

—No te preocupes por eso ahora. Si no puedes escribir no escribas. No es tan importante. Cualquiera puede escribir una novela.

—¿Cómo?

—Eso es lo que dices tú siempre.

—Pues estaba equivocado.

—Tienes que hacer algo, Daniel. Si no quieres escribir búscate un trabajo. Para hacer lo que estás haciendo aquí podías haberte quedado en Madrid.

—Tienes razón. Por eso me voy de esta ciudad.

—¿Y qué pasa con Ray Loriga?

—Me da igual Ray Loriga —dije airadamente. María enarcó las cejas y yo intenté calmarme—. La pregunta es qué pasa con nosotros.

María se quedó callada unos segundos. Luego habló en voz baja, con un tono conciliador, dándome a entender que todavía tenía una oportunidad de redimirme.

—No lo sé. ¿Qué crees tú que pasa?

Empecé a sacar mi ropa del armario y a meterla en la maleta. María me miraba con una media sonrisa en la cara. Supongo que no sabía si debía reírse por mi sobreactuación o debía preocuparse realmente por mi neurosis.

Recogí las camisetas que había en un cajón. Al sacarlas se cayeron el pasaporte y el sobre. No sé por qué lo había guardado allí. María lo vio y lo cogió. Era el sobre que contenía la carta escrita por el otro Ray Loriga, o por quien fuera. María sacó la hoja blanquiazul que había dentro. Miró la letra.

—¿Por qué tienes tú esto?

—¿Cómo que por qué tengo yo esto?

—¿De dónde lo has sacado?

—¿De qué me estás acusando?

—¿Cómo lo has conseguido?

—¿Por qué hablamos con preguntas?

—Contéstame.

Me acerqué a ella. Miré sus ojos cuerdos con mis ojos de psicótico.

—Es una de las cartas que recibió Ray Loriga después de ganar el Premio Alfaguara. Por eso me están vigilando. Por eso quieren que me vaya de aquí.

—¿Cómo la has conseguido?

—Me la dio un tipo que se llama Mario, en Madrid. No puedes quedártela. Es peligroso.

—¿De qué estás hablando? Estas son las hojas que repartimos en el Borda a los pacientes ingresados.

—Debe de haber muchas así, imitando la bandera argentina, con el sol en el centro. Aquí todo el mundo adora la bandera.

—Sí, pero la letra es única.

—Parece la letra de un niño. Igual la escribió alguno de los hijos de Mario. No lo sé. No sé quién está detrás de todo esto.

—Esta letra no es de un niño. Es de Jorge.

—¿Quién es Jorge?

—Un antiguo paciente del hospital.

—¿Cómo?

—Puede que le hayas visto. Todas las tardes viene a las reuniones.

—¿Al grupo multifamiliar?

—Igual tengo alguna carta suya.

—¿Por qué?

—Jorge me escribe cartas de vez en cuando. Con poesías y cosas así. Dice que es escritor. Debo de tener alguna guardada.

—¿Cómo se apellida ese Jorge?

María empezó a buscar dentro de las carpetas que había sobre la mesa, entre las páginas de las revistas especializadas. Sacó todas las cosas que había en su bolso.

—Bueno, déjalo ya. No la tienes. Dejémoslo así.

—Aquí está.

Entre medias de unas hojas de publicidad de distintos bares y teatros, arrugada y casi deshecha, estaba la carta. Una hoja blanquiazul, con un sol radiante en el centro, escrita por las dos caras. No la leí, solamente me fijé en la letra. María le dio la vuelta y encontró la firma.

—Jorge Loriga Torrenova.

—¿Qué?

—Loriga. Claro. Debe de ser pariente suyo. Por eso le enviaba cartas.

No podía creérmelo. No podía ser *verdad*. Cogí la hoja y la coloqué en la mesa, al lado de la carta que me había dado Mario.

—Son de la misma persona —dijo ella.

—Eso es lo malo —dije yo.

—¿Por qué? ¿Qué dice la carta que tienes tú?

Miré la maleta a medio hacer. Miré a María. Y después de mucho tiempo sin hacerlo, sonreí.

—Que voy a quedarme más tiempo en Buenos Aires.

*

Dicen que todos llevamos un escritor dentro, que todos somos una novela andante. Es una afirmación atrevida pero seguramente cierta. Otra cosa es que todos seamos capaces de escribir esa novela, que todos seamos capaces de dar forma a nuestra abstracción.

Ricardo Piglia lo expresó así: «¿Cómo se convierte alguien en escritor, o es convertido en escritor? No es una vocación, a quién se le ocurre, no es una decisión tampoco, se parece más bien a una manía, un hábito, una adicción, si uno deja de hacerlo se siente peor, pero tener que hacerlo es ridículo, y al final se convierte en un modo de vivir (como cualquier otro).»

Cuando estaba escribiendo los relatos de *La vida privada de los héroes*,

María siempre me decía que dejara de escribir sobre la gente que me rodeaba, que me estaba encasillando y repitiendo, que a nadie, salvo a ellos, a los amigos que allí retrataba, les iba a interesar lo que yo escribiera, que por qué no escribía sobre otra gente, sobre personas que no escriben ni son escritores ni le preocupan lo más mínimo las derivas de nuestra vida. ¿A quién le importa la vida de Ray Loriga?, me preguntó antes de que Ray muriera, cuando supo que mi próximo libro trataría sobre él. Lo que no sabía María, lo que no podía saber, era que lo único que yo quería era escribir sobre nosotros.

Unos días antes de la discusión volvimos a hablar de ello. María había estado treinta y dos horas trabajando. Yo, en cambio, no hice nada en todo ese tiempo. Me desperté tarde, después de comer me eché la siesta y a las doce ya estaba otra vez en la cama. Al día siguiente me levanté con el tiempo justo para preparar la comida. María llegó cabreada del trabajo porque no le habían dejado librar la guardia del día anterior.

Hice todo lo que pude para que se le pasara el mal humor. Ordené la casa, bajé a comprar un vino, preparé la cena. Ella no se movió del sofá. Tenía un disgusto tremendo y además no se encontraba bien. Cuando se fue a la cama me agradeció que hubiera estado tan atento con ella. Te lo mereces, le dije, y luego ella me dijo que me quería. Esa fue la última vez que lo dijo.

Ese mismo día, María no lo recordó y yo no quise comentarlo, era el décimo aniversario del suicidio de mi hermana. Cuando ella murió yo tenía veintiséis años, una edad difícil para asimilar un hecho tan dramático. En aquellos momentos era tan frágil que la desaparición de mi hermana fue más de lo que podía soportar. Por eso reaccioné de manera absurda y egoísta, marchándome a Cádiz lejos de todo y de todos. Era el momento de estar con la familia, de apoyarnos los unos a los otros, pero en vez de eso me largué de Madrid sin mirar atrás.

Estuve en Cádiz cuatro meses, viviendo con el mexicano que se reía. Apenas escribí veinte páginas. Leía mucho, comía poco, dormía todo el tiempo que me permitía la razón. Es increíble cómo recurro al sueño cada vez que las cosas se tuercen. Es una manera ciertamente cobarde de enfrentarme a los problemas, más bien de no enfrentarme a ellos. Como el hecho de escribir lo que me pasó a mí a raíz del suicidio de mi hermana pero no preocuparme por lo que sucedió en las vidas de mis padres, de mis hermanos. Ni siquiera soy capaz de hablar de ella. Solo hablo de mí.

Me da pavor recordar los tiempos en los que mi hermana estaba viva. Casi he olvidado el día de su cumpleaños, el día que nació, pero siempre tengo presente el día que murió, quizá por la responsabilidad que siento por no haber evitado que se echara una soga al cuello.

Hablé muchas veces con María de esos sentimientos. Ella siempre decía que no podíamos hacer nada, que si una persona quiere quitarse de en medio tarde o temprano lo logra. María decía, deduciéndolo de lo que yo le había contado de su vida y de su rol en mi familia, que mi hermana cargó con todos los traumas familiares, que soportó quiebros y penurias hasta que un día no pudo más y saltó. Visto así, la responsabilidad de su muerte recaía con más fuerza sobre todos nosotros.

Al día siguiente comí con Cristina, la que había sido mi novia durante los años que estuvimos en la universidad. Su hermano también se suicidó. Sin embargo, en su familia aceptaron el duelo desde el primer momento, y ni ella ni sus padres parecen haber tenido ese sentimiento de culpa que nos corroe a nosotros. Hablan de él a menudo. Lo recuerdan juntos. Le conté que el día anterior había sido el aniversario de la muerte de mi hermana. Le dije que me pasé la mañana durmiendo y la tarde con María, que no llamé a mis padres, que no escribí, que María me quería y que yo la quería a ella, que todo hacía indicar que lo había superado, pero no era verdad, una cosa así no se supera nunca. Ella lo sabía, ella debía de saberlo.

—Soy demasiado necio o demasiado egoísta para superarlo.

—Tienes que cambiar tu forma de verlo. Tienes que perdonar a tu hermana por lo que hizo —me dijo Cristina—. Solo así podrás superarlo.

—La he perdonado —le dije yo—. Lo único que me gustaría saber es si ella nos ha perdonado a nosotros.

*

Lo primero que hice cuando supe que había encontrado al otro Ray Loriga fue escribir un mensaje a Palmira: Creo que he encontrado al doble de Ray. Me quedé pensando un momento a quién más podía interesarle ese dato. Entré en mi lista de contactos del correo electrónico y los revisé todos. Descubrí que aún tenía el email de Enrique Vila-Matas, uno de los mejores amigos de Ray. Le escribí:

«Querido Enrique: Perdona que le moleste.

Soy Daniel Jiménez, hace unos años le hice una entrevista para la revista *Tiempo*, supongo que no se acordará.

»Como amigo que era de Ray Loriga, creo que le interesará saber que tengo una pista que podría aclarar las extrañas circunstancias de su muerte.

»Estoy haciendo todo lo posible por averiguar qué pasó realmente.

»En cuanto sepa algo más le volveré a escribir.

Saludos.»

Hace muchos años, Tato Rivas Rosino y yo le hicimos una entrevista a Vila-Matas. Estábamos tan nerviosos que nos pedimos una copa para templar los nervios, lo que sin duda fue un error. Durante la entrevista hablamos de más, nos interrumpimos entre nosotros y le interrumpimos a él. Enrique no pareció disgustado por ello. Al contrario. Nos dijo que le había encantado la charla, nos firmó el ejemplar de *Dublinesca* que llevábamos cada uno y nos dio su email por si queríamos preguntarle algo más a la hora de escribir el artículo.

Tato y yo seguimos bebiendo hasta que nos emborrachamos. Esa borrachera fue el origen de una amistad leal, aunque a ráfagas, como todas las amistades que surgen entre dos jóvenes que pretenden ser escritores. Ninguno había publicado aún, y los textos que escribíamos estaban muy lejos de ser reseñables, pero teníamos la esperanza de conseguir lo primero, y nos esforzábamos para alcanzar lo segundo. Mejor o peor, los dos lo logramos. Publicamos, mejoramos nuestra escritura, y seguimos siendo amigos. Hasta que un buen día publiqué un artículo y dejamos de serlo.

Nuestras carreras fueron diferentes. Tato alcanzó la meta pronto, y como decía Foster Wallace, eso le permitió adivinar *pronto* lo que era realmente importante, o lo que él creyó que era realmente importante. Cuando publicó su segundo libro, me lo envió a casa con una dedicatoria alentadora pero también enigmática. Decía: «Para Daniel. Como verás, querido, puede costar más o menos tiempo pero una obra en la que crees acabará saliendo publicada en este nido de aspirantes llamado España». En realidad, la palabra *aspirantes* estaba precedida de otra que Tato tachó a conciencia, pero todavía puede leerse. La palabra tachada es *víboras*. La dedicatoria continuaba así: «Espero que esta prueba material te ayude a recorrer este camino tan agotador, aunque te aseguro que llegar a la meta no es como lo habíamos

imaginado».

¿Quiénes eran las víboras? ¿Por qué me alentaba y al mismo tiempo me prevenía? ¿Qué era lo que no era como nos habíamos imaginado, y qué era exactamente lo que nos habíamos imaginado?

Tato fue la primera persona que leyó el primer borrador de *Cocaína*. Una tarde que pasaba por Madrid nos vimos y pudimos comentarlo. Sus impresiones me fueron de gran ayuda para pulir algunos pasajes, aligerar la trama y equilibrar el tono. Se lo agradecí esa tarde, y pude hacerlo otro día después de que se publicara el libro. Pero después escribí aquel artículo y ya no volvimos a vernos.

¿Qué había escrito en ese artículo para que Tato Rivas Rosino decidiera interrumpir nuestra amistad?

Nada grave. Sencillamente me atreví a comparar la labor crítica de Tato con otro escritor y crítico literario, al que llamaré Luis. Tato y Luis, enemigos, al parecer, entre sí, eran para mí dos figuras necesarias para entender y valorar la producción literaria contemporánea, cada uno a su manera. Luis con descaro, arremetiendo contra todo y contra todos, con nombre y apellidos, a veces saltándose las normas de la buena conducta. Tato con sutileza, haciendo lo propio pero sin nombrar a nadie, quejándose del vacío panorama de la literatura en español, lanzando dardos a un público invisible. No sé quién de los dos era más íntegro, pero ambas conductas me parecían necesarias.

El artículo se publicó en internet. A los pocos minutos recibí el mensaje de Tato: «¿Cómo has podido hacerme esto?». Al principio creí que se trataba de una broma, pero contesté con prudencia y le dije que me gustaría invitarle a tomar una cerveza para hablar del asunto. Su respuesta fue: «Yo te invito a que hablemos de esto dentro de, al menos, dos años, ¿vale?».

Así, de esta forma tan abrupta e infantil, me enteré de que nuestra relación se había terminado.

Mientras recordaba esta historia me preparé para salir de casa. María se había marchado diez minutos después de la revelación sobre la carta porque había quedado para cenar con sus compañeros de trabajo. Me pidió que saliera con ellos, que me olvidara de Ray Loriga esa noche, y me dio un lorazepam para calmar la ansiedad. Me tumbé en el sofá y me quedé dormido. Me levanté tres horas después sin saber dónde estaba ni por qué

había llegado ahí. Miré por la ventana. Había anochecido. Llovía. No vi a nadie por la calle. Me di una ducha. Antes de irme revisé el correo y vi que tenía un mensaje de Enrique Vila-Matas.

«Querido Daniel:

»Nos conocimos en el Hotel de las Letras, estabas con Rivas Rosino. Y recuerdo que has escrito alguna vez sobre mis libros, una al menos sobre *En un lugar solitario*.

»Y también recuerdo que cuando salió *Cocaína* atizaste a los autores como yo, supuestamente situados (no lo estoy en realidad). Y por suerte tengo sentido del humor, lo que me permite reírme de todo.

»Menos gracia me hace lo que me cuentas. Veo que has tardado demasiado en encontrar el cabo suelto. Me imagino que no habrá sido tan fácil como creíamos. Solo espero que sepas enfrentarte a lo que te espera con entereza.

»Te mando un abrazo.»

Me quedé pasmado. Primero porque se acordara de mí, y segundo por el contenido de su mensaje. ¿Un cabo suelto? ¿A quiénes se refería ese *creíamos*? ¿A qué se supone que me iba a enfrentar?

Me senté delante del ordenador y escribí otro email plagado de preguntas. Esperaba una respuesta inmediata, pero no llegó. Cinco, diez, veinte minutos. Nada. Escribí otro email, esta vez más comedido. Esperé otros veinte minutos, y luego veinte más. Una hora después no había llegado ninguna respuesta.

Me enfadé. Me enfadé con Vila-Matas. María me escribió para saber si había decidido ya lo que iba a hacer. ¿Qué iba a hacer respecto a qué? Me enfadé también con ella. Como no respondía, María me llamó. Dudé si cogerlo o no. Todo lo que vino después se podría haber evitado si no hubiera respondido esa llamada.

—¿A que no sabes a quién me acabo de encontrar?

—¿Estás con Ray Loriga? —le pregunté a punto de gritar y lanzarme por la ventana.

—¿Te has vuelto loco?

—Creo que sí.

—Estoy con un amigo tuyo.

—¿Un amigo mío? ¿En Buenos Aires?

—Te lo paso.

Oí la risa de María y me imaginé a varias personas que por alguna extraña casualidad estuvieran en Buenos Aires de vacaciones, por trabajo o qué sé yo. No sé cómo no pensé en él.

—Hola, Daniel.

No reconocí la voz. Había mucho ruido en el bar o donde fuera que estuviesen.

—¿Quién eres? —le pregunté.

—Ya han pasado dos años.

Cada vez estaba más nervioso y cada vez oía más gritos de fondo. ¿Quién era? ¿Dónde estaba? ¿Es que no podía hacer un esfuerzo y alejarse de los altavoces?

—Ya no estoy enfadado contigo.

Entonces lo entendí.

—Dale, loco. Vení acá —dijo Tato Rivas Rosino imitando patéticamente el acento porteño.

*

Francisco Umbral murió en La Majada en el año 2007. Umbral gozó de un prestigio en vida que suele estar reservado para unos pocos elegidos. Sus artículos, igual que algunas de sus novelas, eran famosos y admirados, tan distintivos como su melena canosa, sus bufandas y su inolvidable cabreo en un programa de televisión en el que se hablaba de todo menos de su libro.

En 2017, diez años después de su muerte, la editorial que aún tenía los derechos de su obra anunció que iba a quemar los ejemplares restantes acumulados en los almacenes en vez de intentar venderlos. Los libros se salvaron de la hoguera por la intervención de la Fundación Francisco Umbral, que vela por la obra y la memoria del autor de *Mortal y rosa*, y que compró a precio de saldo todos los libros de su héroe.

¿Qué pasaría con la obra de Ray Loriga diez años después de su muerte? ¿Sería quemada en un polígono industrial con la permisividad y el beneplácito de los lectores y de los escritores que le habían seguido y

encumbrado en vida? ¿Qué novela sería la más recordada de Ray Loriga cuando el tiempo hubiera devorado sus otros libros? ¿*Héroes*? ¿*Tokio*? ¿Sería la última, *Rendición*, la obra que le devolvió el prestigio perdido y le alzó con una nueva victoria, la misma novela que le sirvió de refugio y que se convirtió en su testamento?

Rendición fue un quiebro, otro, en la narrativa de Ray Loriga, algo que se evidencia desde la portada, en la que se muestran dos huellas que pisan un suelo blanquísimo y agrietado. Son las pisadas de los personajes que huyen de La Comarca y se dirigen a la Ciudad Transparente, las pisadas de los lectores que quisieron encontrar en este libro las huellas del escritor que leyeron cuando eran jóvenes y buscaban reconocerlo y reconocerse, las pisadas del propio Ray Loriga buscando una epifanía que aún no sabía cuándo y de qué manera la iba a encontrar.

El protagonista y narrador del libro no es un héroe, porque como dijo Ray en una entrevista al *The New York Times*: «No me gustan los personajes heroicos porque todos somos un poco miserables».

¿Dónde estaba esta historia distópica y por qué fue la elegida por Ray Loriga para intentar relanzar su carrera y demostrar que aún no estaba vencido del todo? Ray manifestó en esa misma entrevista: «La escritura de este libro me ha llevado casi ocho años, con lo cual no puedo decir que hubo un rayo de luz, más bien fue un proceso natural que desembocó en esto». Esto es *Rendición*, una parábola o una fábula, como prefería llamarla Ray Loriga, o una alegoría, como dijo Carlos Pardo en su crítica en *Babelia*, sobre las contradicciones y los mecanismos de supervivencia de la condición humana cuando está sometida a una situación de incertidumbre y de control.

Así empieza Carlos Pardo su reseña: «Con algunos escritores que han tenido la fortuna de convertirse en fenómenos sociológicos uno siempre tiene la tentación de hacer un balance que no solo habla del autor, sino del país que lo eleva. Desde *Lo peor de todo*, su primera novela, Ray Loriga fue el fetiche literario en el que toda una generación de españoles quería reconocerse: Loriga era *moderno*, era también *auténtico*, posando encima de una Harley Davidson, y escribía, por fin, *como los de fuera* (cite cada uno a los que quiera). Una escritura tendente al aforismo, con protagonistas desarraigados y nihilistas (la cara romántica del cosmopolitismo), lirismo siempre pertinente y un oído poderoso eran los ingredientes para desatascar el excesivo peso de

la tradición realista o de una vanguardia local de frases kilométricas. Loriga daba una imagen de un país emancipado de raíces antagónicas, de sus odios, patetismo y, en cierto sentido, paletismo».

Antes de su muerte, la crítica ya coincidía en señalar a Ray Loriga como el perturbador de la paz literaria heredada de la Transición. Con esta novela, en la que su protagonista, con angustia pero con humor, muestra su indiferencia o incapacidad para adaptarse a un nuevo orden de cosas, Ray Loriga quería decirnos algo sobre la sociedad y sobre nosotros mismos. Y también, por supuesto, sobre él.

«En ese momento me di por vencido, y de la suerte que corrieron los demás en ese nuevo mundo poco puedo contar. Imagino que les iría de maravilla y que gente como yo, sin fe en el futuro, fuimos siempre el enemigo.»

Sin fe en el futuro. ¿Había perdido Ray Loriga toda esperanza de que las cosas fueran mejor? ¿Nos estaba diciendo que había otros, más ingenuos o más gallardos, a los que sí les estaba permitido seguir teniendo fe en sus capacidades y en su porvenir? ¿A quiénes se refería exactamente?

«Nuestro optimismo no está justificado, no hay señales que nos animen a pensar que algo puede mejorar.»

Las últimas frases del último libro de Ray Loriga son reveladoras, clarividentes. Podrían ser las dos últimas frases que habría dejado escritas Ray en una probable nota de suicidio, que todavía podía existir o no.

«Uno tiene que saber cuándo su tiempo ya ha pasado. Y aprender a admirar otras victorias.»

Si tuviera que elegir uno solo de los libros de Ray Loriga donde quedarme podría ser este, porque es indudable que en él estaba contenido el misterio que debía descifrar, el último mensaje que su autor quiso lanzar a un mundo que ya no comprendía ni quería comprender porque había perdido la fe en el futuro y porque había descubierto que su tiempo ya había pasado.

«A veces uno tiene que esperar a que las cosas sucedan por más que intuya lo que podría suceder, porque si no, te toman por loco.»

Realidad o ficción, finalmente sucedió lo que tenía que suceder.

Ray Loriga estaba muerto y yo estaba a punto de encontrarme con su fantasma.

*

El miedo envejece. El alcohol y el tabaco también, y por supuesto las drogas, y también la tristeza, la tristeza es destructiva, pero el miedo es avasallador. Desde que murió Ray Loriga había envejecido tanto que me costaba reconocerme en el espejo. Me di cuenta de ello antes de salir de casa.

Cogí el pasaporte y la carta firmada por Jorge Loriga Torrenova, como si fuera un arma o un amuleto. Vi que María se había dejado la cartera sobre la mesa. No me extrañó. Era frecuente que se le olvidara algo, el móvil, las llaves, las gafas. Abrí el monedero. Había al menos cinco mil pesos y también estaban sus tarjetas de crédito. Bajé a la calle y paré un taxi porque llovía como si el mundo fuera a desaparecer.

—¿Adónde vamos? —me preguntó el taxista. Le di la dirección del lugar que me había indicado Tato Rivas Rosino antes de colgar, y me recosté en el asiento—. ¿Querés ir a La Boca? ¿A estas horas? Si fuera vos me quedaría en casa —dijo el hombre mientras fruncía el ceño para ver mejor la carretera—. Lo raro es que todavía no se haya ido la luz. Cuando llueve tanto siempre hay un apagón. En noches como esta no puede pasar nada bueno. En noches así solo salen a la calle los pendejos y los maleantes. ¿Sos un pendejo o un maleante? Yo no te veo cara de pendejo, así que serás un maleante. ¿Llevás plata? Espero que no seás como esos que cuando paro y no tienen plata salen corriendo del auto, porque no tengo ganas de salir detrás de vos.

—No se preocupe. Tengo dinero y no voy a salir corriendo.

—¿Español?

—Sí.

—¿De dónde?

—Madrid.

—¿Madrid? Lindo Madrid. No lo conozco, pero sé que es lindo.

—Tiene sus cosas.

—Me llamo Iñaki —dijo el taxista volviendo la cabeza—. Iñaki Echavarne. Un gusto.

—¿Cómo?

—Mis padres eran vascos. Llegaron acá en la posguerra, con mis abuelos. Mis abuelos murieron antes de que yo cumpliera cinco años. Apenas los

recuerdo. Mis padres ya murieron también.

—Lo siento.

—Y mi mujer murió hace un año.

—Vaya —le dije—. Lo siento.

—Dale, no seas compasivo conmigo. No lo necesito.

—Lo siento.

—No lo sientas tanto, chabón.

Me callé. ¿Había oído bien su nombre?

—¿Cómo te llamás? —dijo al cabo de unos minutos.

—Daniel.

—Y ¿qué vas a hacer en esa covacha, Daniel?

—No lo sé.

—¿No lo sabés?

—¿Qué es una covacha?

—Un lugar de mala muerte.

—Voy a ver a un amigo. Bueno, hasta hoy era mi enemigo, pero me llamó para decirme que ya no lo es.

—Pará un momento. ¿Vas a verte con un pibe que hasta hace un momento era tu enemigo y que te ha citado en una cueva a las tres de la madrugada?

—Visto así no suena muy bien.

El taxista echó a un lado el coche y lo detuvo. El agua seguía golpeando con fuerza los cristales. El limpiaparabrisas seguía funcionando pero no daba abasto. ¿Por qué había parado el coche? ¿Por qué estaba yo allí? ¿Por qué no me había ido de Buenos Aires? ¿Por qué había hecho caso a Tato Rivas Rosino? Respiré hondo un par de veces. Ya era demasiado tarde para hacerse preguntas.

El taxista metió la mano en la guantera y sacó lo que parecía una funda de gafas. Se giró y me la ofreció.

—Tomá. Agarrála.

—¿Qué es?

Iñaki me hizo un gesto para que la abriera. Lo hice despacio, temiendo descubrir lo que no quería encontrar.

—Es un cuchillo.

—Lo es.

—¿Por qué me da un cuchillo?

—Porque en noches como esta no puede pasar nada bueno.

Iñaki se giró, arrancó el coche y condujo más rápido que antes, y ya no volvió a abrir la boca hasta que llegamos a la dirección que le había dado.

—Andate, Daniel.

—¿Qué voy a hacer con esto? —le dije mientras sacaba el dinero. En una mano tenía la cartera de María y en la otra el cuchillo.

—No tenés que hacer nada si no querés. Pero guardátelo de todas formas.

Le entregué la cantidad que decía el taxímetro y salí del coche. Miré cómo se alejaba. Seguía lloviendo como si fuera la última noche en la tierra. Metí el cuchillo en su funda y la guardé en un bolsillo del abrigo. Di un par de pasos. Estaba delante del número que me había dado Tato Rivas Rosino. Me coloqué delante de la puerta y golpeé la madera con el puño. No parecía la puerta de entrada de una discoteca, como había creído al principio. Saqué el móvil para llamar a María, algo que debería haber hecho antes de salir de casa. Una voz me anunció que no tenía saldo. ¿Cómo no me había dado cuenta? El dinero. Siempre el mismo problema. Estaba a punto de lanzar el teléfono por los aires cuando la puerta se abrió. Tato Rivas Rosino me franqueaba la entrada con la mejor de sus sonrisas.

—Adelante, plagiarista.

Se dio la vuelta y le seguí sin decir una palabra. ¿Qué clase de broma era aquella? ¿En qué momento se había convertido la farsa en realidad?

Apenas había luz en los pasillos que atravesamos. Tato caminaba deprisa y sin mirar atrás. ¿Adónde vamos, Tato?, me escuché decir, pero no sé si lo dije o solo lo pensé. Llegamos a una puerta cerrada y Tato la abrió, se giró y volvió a franquearme la entrada con esa sonrisa que tan bien tenía ensayada.

—No tienes que agradecerme nada —dijo mientras pasaba frente a él.

—¿Dónde está María? —le pregunté antes de dar un paso más. No hizo caso a mi pregunta y me dio un empujón para que entrara en la sala.

—Daniel —dijo Tato Rivas Rosino a mi espalda con solemnidad impostada—, te presento a Jorge Loriga Torrenova.

Cuando me acostumbré a la luz vi a un hombre sentado al fondo de la habitación. Le vi la cara y le reconocí al instante. Era el mismo hombre que

en la segunda reunión multifamiliar había dicho aquello de por qué no hablamos de cosas positivas. Quise reírme, gritar, aplaudir. Quise darme la vuelta y pegarle un puñetazo en plena cara a Tato Rivas Rosino. Quise huir, salir corriendo, volver a Madrid con mi madre y con mi padre, volver a casa con María, quise decirle a María antes de que fuera demasiado tarde que lo sentía, tanto y tantas veces, por todo lo que había hecho mal, porque supe que en noches como esa, como había dicho el taxista, como había dicho Iñaki Echavarne, no podía pasar nada bueno. Quise hacer todo eso pero la verdad es que no hice nada. Simplemente esperé a que el fantasma de Ray Loriga diera el primer paso.

Jorge Loriga Torrenova se levantó de su silla con lentitud y fue directo hacia mí sin dejar de mirarme. En ese tiempo pude fijarme en él. Era alto, gordo y estaba prácticamente calvo. Si era el *doppelgänger* de Ray Loriga no sería por su aspecto físico.

—Me estabas buscando, ¿no es cierto?

No supe o no pude decir nada. No lo he encontrado yo, pensé: él me ha encontrado a mí. Jorge sonrió como sonríen quienes tienen algo que ocultar, y luego añadió en un tono que pretendía ser conciliador pero resultó amenazante.

—Y ¿qué es lo que querés de mí?

Me costó más tiempo del que había pensado responder a su pregunta, como si ahora que estaba tan cerca de lograrlo no supiera si sería o no una buena idea.

—Quiero encontrar a Ray Loriga.

Jorge Loriga Torrenova se rió con suficiencia, con sonoridad, trasluciendo esa seguridad que aporta el saber que tu enemigo está completamente vencido.

—Ray Loriga no existe.

Dijo aquella frase lentamente, pronunciando cada sílaba con delectación y algo parecido al orgullo pero que no sé si lo era.

—O bien, como dirían ustedes, los plagiaristas, Ray Loriga somos todos.

Jorge Loriga Torrenova se dio la vuelta y regresó a su asiento. Tato Rivas Rosino había desaparecido sin que me diera cuenta. Jorge me invitó a sentarme en la silla que había a su lado. Lo hice. El silencio era total hasta que la puerta se cerró de golpe provocando un ruido metálico, como ocurre

en las peores películas de terror. Me sobresalté. Quise hablar para espantar el miedo que sentía. Estaba solo en una sala vacía de un lugar desconocido en una ciudad que no era la mía con un hombre que podía ser el asesino de Ray Loriga.

Me palpé los bolsillos. Con la mano derecha encontré la carta que me había llevado hasta él. Con la mano izquierda toqué la funda de gafas que no contenía unas gafas. Creí relajarme y saqué la carta. Me di cuenta de que Jorge Loriga Torrenova era inmovible cuando le hablé de la amenaza escrita por él en ese papel blanquiazul con un sol amarillo en el centro.

—Ray Loriga no existe, Daniel. Solo es un personaje de ficción. El mejor personaje de la literatura española de los últimos tiempos. El héroe de una novela policíaca para principiantes. Un héroe que no va a morir nunca.

Jorge Loriga Torrenova dijo aquello y yo no dije nada más porque entonces, como si fuera una consecuencia directa de sus palabras, se produjo el esperado apagón. La noche se introdujo en la sala y perdimos la capacidad de ver y ser vistos. Éramos, o podíamos ser, el mismo y otro.

Una voz resonó en medio de la penumbra.

—¿Has pensado ya cómo quieres morir?

Me levanté de un salto al escuchar el clic que hace una pistola al ser cargada. Me llevé la mano a la chaqueta. Abrí la funda de gafas que no contenía unas gafas, blandí el cuchillo, que acaso no sabría utilizar, y me adentré con paso firme en la oscuridad.

No hubo una pelea. No hubo gritos ni golpes. No encontré resistencia. Di dos pasos con el brazo extendido y enseguida noté la hoja hundirse en algo blando. Retiré la mano, di un paso atrás y dejé caer el cuchillo.

Un minuto después volvió la luz. Jorge Loriga Torrenova estaba tirado en el suelo, su cuerpo se estaba rompiendo, parecía otro hombre, parecía un héroe disecándose, un dios desintegrándose. Lo miré y vi su tez palidecer y sus ojos hincharse y sus extremidades agarrotarse de repente, vi su rostro y sus vísceras, vi mi rostro reflejado en sus pupilas y sentí vértigo y lloré, porque comprendí al instante que algún día yo también sería asesinado por un vulgar plagiarista.

EL ASESINO

La literatura no puede ser simple espectáculo: [...] a menos que el escritor corra un riesgo personal —a menos que el libro haya sido para el escritor, en cierto modo, una aventura hacia lo desconocido; a menos que el escritor se haya planteado un problema de difícil solución; a menos que el libro acabado tenga que haber vencido una gran resistencia—, no merece la pena leer su obra. Y en mi opinión, desde el punto de vista del autor, tampoco merece la pena escribirla.

Sobre la ficción autobiográfica
JONATHAN FRANZEN

Tengo que adivinar de entre todas las historias que me rodean cuál es la mía, eso que llamamos con grandilocuencia la historia de mi vida. Mi vida, la que necesito explicar, la que quiero que un jurado perdone, la que deseo que un héroe glorifique, empieza ahora.

Me está costando más esfuerzo del que pensaba escribir este libro. Intento ser lo más fiel posible a la verdad, o al concepto de verdad que yo tengo. Todo lo que ha pasado desde que me detuvieron me es ajeno. No sé nada de nadie. Nadie me ha contado qué ha pasado *realmente*. Nadie espera nada de mí.

No es fácil saber quién es el malo y quién es el bueno en esta historia, quién miente y quién dice la verdad. La verdad es una mentira repetida dos veces. El consejo, o la advertencia, o la amenaza que me lanzó Palmira cuando pude hacer una llamada y la elegí a ella fue sencillo: A partir de ahora, Daniel, si vas a contar lo que ha pasado, di la verdad o te matarán.

Lucia Berlin confesó una vez: «Exagero mucho, y a menudo mezclo la realidad con la ficción, pero de hecho nunca miento».

Jorge Loriga Torrenova está ingresado en el hospital, en cuidados intensivos. Cuando llegaron la ambulancia y la policía al lugar del crimen yo ya me había marchado. Le dejé solo, tirado en el suelo, y salí huyendo. Ray Loriga, el otro, el verdadero, está muerto. Sigue muerto. Yo estoy vivo. A la espera de un juicio que no llega y de una redención que no es posible.

Otro día hablé con Félix y sus palabras fueron inextricables y enigmáticas. No puedo hablar mucho, me dijo, pero no tires de la manta. ¿Cómo?, le pregunté. No te preocupes, me dijo, todo irá bien. Sé fuerte.

Cuando llegué al aeropuerto de Ezeiza supe que no quería volver a esta ciudad jamás, que Buenos Aires había sido una trampa y una jaula y que ahora debía escapar, que ahora podía escapar aunque no supiera adónde, antes de que fueran a por mí, porque aún era libre y el mundo parecía un lugar más hermoso cuanto más me alejaba de ellos, de Ray Loriga, de Tato Rivas Rosino, de los plagiaristas. ¿Adónde desea viajar?, me preguntó la azafata en el mostrador de Air Europa. Me da igual, le dije. Llevaba la cartera

de María con su tarjeta de crédito y me sabía el número secreto. Confiaba en poder pagar el billete con ella sin que la mujer se diera cuenta. Lo que menos me preocupaba era que me pudieran acusar también de un robo. ¿Quiere un billete de ida y vuelta?, me dijo la azafata. No, desde luego que no. No quiero volver aquí. Quiero huir, le dije. Muy bien, me dijo ella. Pero uno no puede escapar de sus huellas dactilares. Fue entonces cuando alguien a mi espalda me puso la mano en el hombro y me dijo, se acabó todo, Daniel. Me volví y vi a los dos policías que me interrogaron en Madrid, en mi casa. ¿Qué estaban haciendo ellos allí? Me acordé de mi casa, del gato, del restaurante vegano. Te dijimos que nos avisaras si salías del país. Me encogí de hombros. ¿Qué puedo decir? No soy un tipo de fiar.

Me llevaron a un calabozo en la comisaría de Retiro. ¿Dónde si no? Un juez decretó, supongo que alertado por esos mismos policías, que existía riesgo de fuga, así que al día siguiente me trasladaron a la prisión de Devoto, un centro penitenciario donde cientos de personas fueron torturadas en los años posteriores al golpe de estado de 1976. Muchas de ellas desaparecieron posteriormente. Como si este lugar fuera un triángulo de las Bermudas terrenal y macabro.

Algunos días voy a la sala de la televisión con los demás presos. Casi todos ellos son más jóvenes que yo. Chavales en prisión preventiva por atracos con violencia, malos tratos, altercados con la policía, tráfico de estupefacientes. Me siento en una silla apartada y miro la pantalla intentando no pensar en nada. Política nacional e internacional, economía, deportes y la previsión meteorológica. Nada de eso me importa. Me doy cuenta de cómo decrece la intensidad de los días según van pasando. Una tarde un tipo se sentó a mi lado, pegado a mi hombro, empujándome un poco más cada vez, como si quisiera tirarme de la silla o simplemente molestarme para provocar una pelea. Me levanté para irme pero él me agarró el brazo. ¿Por qué estás acá?, me preguntó. Le miré sin saber qué responder. Me dio un tirón y habló de nuevo. Che, flaco, ¿no me oíste? Te he preguntado que por qué estás en cana. Entorné los ojos y le miré con cara desafiante y le dije con voz grave: Porque soy un asesino.

Mi rutina aquí dentro es asfixiante, pero llevadera. No es la primera vez que estoy encerrado en un cuarto de tres metros cuadrados. Hace muchos años estuve dos semanas ingresado en un hospital, en la planta de psiquiatría.

Cristina vino a verme una mañana y me trajo un libro de Borges. ¿Por qué, precisamente, me has traído un libro de Borges?, le pregunté. Estaba convencido de que lo había hecho para que me diera cuenta de que yo nunca sería capaz de llegar a su altura. Cualquier cosa que sucedía o hacían los demás era un ataque velado hacia mí. Estaba paranoico. Me dieron pastillas, decenas de ellas, para romper las sinapsis erróneas que se estaban produciendo en mi cerebro. Me recomendaron dejar de leer, dejar de escribir. Les hice caso. Años más tarde, la literatura de Borges fue el primer nexo de unión entre Félix y yo, el germen de nuestro Movimiento y de nuestra obsesión por el doble y los espejos, por la cabalística y la venganza, por los laberintos y la erudición. Ahora sé, pero entonces no supe, que mi locura no era congénita sino transitoria, circunstancial. Ni hereditaria ni genética, pero irremediable.

Me acuerdo de Félix y de los demás plagiaristas, de cuando estábamos los cuatro bebiendo en un bar, refiriendo anécdotas triviales sobre cualquier cosa que no tenía nada que ver con nosotros, o bien expresando nuestros sentimientos, explicándonos los unos a los otros, buscando comprensión y consejo en la sabiduría cotidiana de los demás. Así era nuestra amistad. Un remanso de paz y de bienestar, un territorio neutro, un *ring* sin boxeadores. Amistades férreas, puras, recíprocas, sin intermediarios. La amistad entendida como un padrino, donde el otro tiene la difícil tarea de ocupar el lugar que dejó libre tu padre. Amistades duraderas pero finitas, que indefectiblemente terminan a golpes, con el asesinato de uno de los padrinos. Como la amistad que hubo entre Ray Loriga y yo.

Tato Rivas Rosino vino a verme antes de abandonar Buenos Aires. Cuando me anunciaron su visita tuve ganas de acuchillarlo a él también. Nos vimos las caras desfiguradas por el miedo y la tristeza. Hablamos de Ray Loriga y de mi crimen. Todos los escritores son unos asesinos, y los plagiaristas somos todavía peores. Tato dijo que intentaría hacer algo por mí. Algo más, remarcó. No hagas nada, le dije, solo dime si tú estabas al tanto de todo. Sí, me dijo. ¿Qué fue el clic que escuché en la sala cuando se fue la luz? ¿Llevaba Jorge Loriga Torrenova una pistola? No, dijo Tato. Nadie quería hacerte nada, Daniel. Nunca hemos querido hacerte daño. ¿Hemos? ¿A quiénes te refieres? Tato Rivas Rosino sonrió de esa forma suya, tan encantadora como indescifrable, y no dijo nada más.

Me gustaría suicidarme, le dije al psiquiatra de la prisión cuando me llevaron a su consulta para hacerme un examen psicológico. No era la primera vez que le confesaba a un médico esa intención. Uno de los primeros psiquiatras que visité me dijo que más de cuatro mil personas se suicidaban al año en España. Son cuatro veces más de las personas que mueren en accidentes de tráfico. ¿Por qué nunca se habla de estas muertes en los telediarios? Enseguida me imaginé ser una de ellas, una de esas personas que se quitan de en medio y ni siquiera tienen un minuto de gloria en la televisión. Nunca he sabido si sentirme orgulloso por haber sido capaz de evitar ese destino, o sentirme una mierda por no saber nada de todos esos pobres desdichados. Como mi hermana. El psiquiatra me dio esa información y acto seguido me preguntó: ¿Qué pasaría si los telediarios abrieran cada lunes los informativos con la noticia de que alrededor de setenta personas se han suicidado la semana anterior? No lo sé, le dije. Ya lo ves, Daniel, tú también puedes hacerlo si quieres, puedes elegir morir, adelante, pero también puedes elegir vivir. Y eso es lo que he estado haciendo todo este tiempo.

Delante de la celda en la que escribo han construido otro módulo que ha tapado la vista al cielo de Buenos Aires que se contemplaba desde mi diminuta ventana. Me pasé días pensando qué era lo que prefería, que terminaran cuanto antes las obras para acabar con el ruido aunque mi celda se nublara, o que las obras se eternizaran y seguir viendo el horizonte aunque tuviera que soportar ese incesante murmullo. Ahora, cuando empiezo a escribir y hace buen día, la luz que llega hasta mi celda no es directa; es un reflejo. Un espejismo. Escribo sobre lo que los demás aparentan, sobre lo que reflejan y proyectan. Escribo sobre fantasmas, sobre las sombras, sobre héroes a contraluz, sobre nadie.

Como no sé nada de los demás, hablo de mí. En el fondo solo busco atención y comprensión. Me comporto como lo hacía en el colegio: suena el timbre, se abre la celda, y yo vuelvo a quedarme solo en la clase como si fuera un estuche vacío, o un abrigo inútil porque ha salido el sol, o un libro cerrado oculto en la cajonera. Cuando me dejan voy a la biblioteca o al gimnasio. He releído por orden de publicación todos los libros de Ray Loriga y he perdido cinco kilos. Los libros tuvieron que traerlos porque no había ninguno. Ahora los tienen todos, y se quedarán aquí como prueba testimonial

de mi lucha, de mi obsesión, de mi crimen.

Muchos días sueño con el hombre con el que María podría compartir su vida a partir de ahora, pero cada vez que sueño con él su rostro está difuminado, y su cara me recuerda a amigos de la infancia, a viejos profesores, a actores de cine, a escritores muertos, a cualquier persona que de alguna u otra manera cambió mi vida para siempre. Entonces me despierto y doy las gracias a mi inconsciente porque logra evitar que tenga que verle la cara al fantasma que me ha robado, o que me robará, lo que más quería en la vida.

Después de mi encuentro con Jorge Loriga Torrenova estuve lo que quedaba de noche deambulando por la ciudad. Al amanecer entré en un bar y desayuné. Luego salí a la calle. Hacía una temperatura agradable. Cuando llegué a la avenida Córdoba me ubiqué. No estaba muy lejos de la casa de María. Pensé si debía volver allí o era mejor desaparecer sin dejar rastro. Opté por lo segundo. Mi teléfono estaba sin batería. Era probable que ella me hubiera llamado para saber dónde me había metido. ¿Por qué la abandoné? ¿Quería protegerla? Supongo que sí. Pero también sabía que tarde o temprano me abandonaría ella y supongo que fue por eso, para no enfrentarme a esa situación, por lo que yo me alejé de ella precipitadamente, como hacen los animales moribundos que se apartan de la manada para no impedir el avance de los demás. Me fui sintiéndome como un perro que no encuentra el camino de regreso a casa, y me imaginé que mi madre había puesto carteles con una foto mía en todas y cada una de las farolas y de los árboles de La Majada, como se hace cuando se pierde un perro.

No me agrada que me hayan implicado en este asunto, les dije a los policías que me detuvieron. Si lo que quieren es encontrar al asesino de Ray Loriga yo no sé dónde está, yo no puedo decírselo. Jorge Loriga Torrenova es quien podía decírselo y está muerto. Tampoco él ha podido escapar a su destino. No está muerto, me dijeron, está en el hospital, pero todavía puede salvarse. Entonces, ¿qué quieren que haga yo? Si pudiera ayudarles lo haría. ¿De dónde sacaste el arma?, me preguntaron. ¿El cuchillo? Me lo dio un taxista. Se llamaba Iñaki Echavarne. Búsquenlo. Tendrá una licencia. Él podrá decirles que no fue un homicidio premeditado. Yo iba desarmado hasta que me encontré con él. Seguro que eso es un atenuante. ¿Han hablado ya con Tato Rivas Rosino? Él fue quien me llevó hasta Jorge Loriga Torrenova.

Él tiene que saber algo. Él también es culpable de algo. Todos ellos lo son. ¿Quiénes son ellos?, dijo uno de los policías. ¿Cómo que quiénes son ellos?

Todas las personas piensan que sus dramas son más importantes que los dramas de los demás. Ninguna víctima nos preocupa tanto como nosotros mismos. Ningún cadáver nos da tanto miedo como el cadáver que seremos. Ninguna muerte nos importa tanto como la muerte que nos espera. Por eso no siento lástima por Jorge Loriga Torrenova, por el destino del verdadero Ray Loriga. Tampoco puedo sentir alegría por la vida que le espera a María lejos de mí. ¿Alguno de ellos se preocupa por lo que sea que me depare el destino? Mi drama es uno y el mismo. El único.

Mi madre perdió a su padre cuando ella tenía diez años. Cuando creció y tuvo que educarnos siempre usaba la misma fórmula para todo. Si no vienes a la mesa de una vez, te quedarás sin comer como yo me quedé sin mi padre. Si sigues sin tomarte en serio tu carrera, te quedarás sin trabajo como yo me quedé sin mi padre. Si no haces caso a tu madre, te quedarás sin mujer como yo me quedé sin mi padre. Nunca le hice mucho caso a mi madre, y si no haces caso a lo que dice tu madre puedes acabar perdiéndolo todo.

Hace mucho tiempo que nadie me habla de mi hermana. Nadie dice su nombre. No me acuerdo de su voz. Si volviera a oír la voz de mi hermana, tal vez creyera entonces en la belleza del mundo.

A mediodía salimos al patio. El sol proyecta mi sombra en el suelo y me dedico a seguirla. Al anochecer es peor. Las luces de los focos reproducen mi reflejo y mi sombra se multiplica y me persigue hasta la celda. Esa sombra que se proyecta en la pared por efecto de la luz mientras escribo no es la mía. Yo no estoy aquí. Esto no está pasando *realmente*.

No estoy loco. Lo estuve, ahora puedo decir que sí, que lo estuve. Estuve desquiciado. Creía que la literatura podría salvarme, que todo lo que había leído y todo lo que había escrito y todo lo que todavía tenía que leer y escribir me salvarían de la caída. Pero no fue así. Me caí. Me caí y me regodeé en la caída. Estaba solo y me quería morir. Siempre he querido morirme. A lo mejor habría sido mejor así.

Soy un mojigato, un niño que se cree un hombre por escupir al suelo y fumar delante de todos sus compañeros de colegio. Un niño miedoso, ensimismado, que de vez en cuando se envalentona y se comporta como si fuera un héroe de anécdotas triviales. Un tipo sin carácter que necesita

reafirmar su posición en el mundo a base de llantos y rabietas. Un niño malcriado que necesita llamar la atención. Todos lo necesitamos, Daniel, me dijo una psicóloga para exculparme o para darme ánimos, no lo sé. Eso, y que no me creyera más que nadie.

Hace un tiempo acudí a sesiones de *coaching* y motivación personal con una mujer que me repitió esa consigna: Sé más humilde. Ambas mujeres tenían razón, pero me dio rabia tener que reconocerlo. Mi *coach* añadió un elemento más a la ecuación: me llamó egoísta. Fue durante una sesión en la que acabé llorando al imaginar que María y yo podríamos, algún día, formar una familia. La imaginé a ella y a un crío que apenas se tenía en pie esperándome en mitad de un camino. No le dije a la *coach* lo que había visto mientras mantenía los ojos cerrados y ella me guiaba con sus palabras hacia ese lugar desconocido. ¿Qué has visto?, me preguntó. Me quedé callado. ¿Qué había allí? ¿Por qué estás llorando? Tienes que decirme lo que has visto, Daniel, si no lo haces no puedo ayudarte. No lo sé, dije al fin, pero se oían risas. Creo que fue entonces cuando ella me llamó egoísta. No volví a verla nunca más.

Todos nos sentimos especiales y únicos. Me lo dijo otro de los psicólogos que he visitado. Me dijo: Daniel, tienes mucho potencial dentro, eres una persona fuerte, con toda la vida por delante, no te dejes avasallar por nadie, tu vida será lo que tú quieras que sea, no pierdas nunca la esperanza, no desesperes, no te avergüences de nada, mira siempre de frente y llama a las cosas por su nombre, tú eres bueno y te mereces lo mejor. Después de oír aquello tampoco volví a su consulta.

Sueño con un hombre que entra en el portal de su casa y sube al piso donde se encuentra su hogar. Todo parece normal, aunque sin darse cuenta el ascensor ha subido muchísimos pisos más. Al salir está aterrado. Baja corriendo por las escaleras y acaba llegando a un cuarto pequeño y oscuro donde huele a rancio, podría ser el cuarto de contadores. En cada pared hay una puerta y él sabe que solo puede elegir una y que una vez que la abra no podrá volver atrás. No se lo piensa demasiado, abre una puerta al azar y vuelve a salir al portal de su casa, pero esta vez tampoco puede salir de ahí, la puerta del ascensor no está y la puerta que da a la calle no está y sin embargo todas las paredes son cristaleras desde las que puede observar a la gente pasar y hacer su vida pero ninguno repara en él. En un momento dado, un hombre

que es exactamente igual que él se detiene frente al cristal y se acerca. Si no fuera por ese cristal las narices de ambos hombres podrían tocarse. El hombre que está dentro grita algo, pero el otro no puede oírle, en su lado del cristal hay un espejo en el que se está mirando para atusarse el pelo y cuando termina de hacerlo suelta una bocanada de aire que empaña el espejo y el hombre al otro lado del cristal ya no puede verlo, ya no puede ver nada más que sombras.

Marguerite Duras escribió: «Hallarse en un agujero, en el fondo de un agujero, en una soledad casi total y descubrir que solo la escritura te salvará».

Un escritor joven y desnutrido siempre quiere ser otro, busca incesantemente parecerse a las personas cuyos textos le han transformado y quizá mejorado. Un escritor maduro y bien alimentado es capaz de separar el impacto de una lectura de la persona que la provocó, porque lo que realmente nos cambia la vida es el libro, las palabras que contiene, el mundo que desvela y oculta, y no el escritor más o menos aburrido, más o menos excéntrico, que lo puso todo allí por obligación o por azar.

Hay otro sueño que se repite cada cierto tiempo desde que estoy encerrado. Sueño que me despierto en mitad de la noche y a mi lado hay una persona, una cara con una media sonrisa terrorífica, y entonces me despierto realmente y lanzo un puñetazo al aire. Mi mano golpea la pared y empieza a sangrar, pero yo prefiero acostarme de nuevo y volverme a dormir. La cara que veo, la cara que siempre veo y a la que intento golpear, la cara que no está porque hay una pared de piedra y yeso en su lugar, siempre es la cara de Ray Loriga. Del otro Ray Loriga. El que no apuñalé yo.

Una noche de tormenta, en la época en que estaba escribiendo *Cocaína*, sentado a la mesa frente al ordenador, empecé a llorar. ¿Qué estaba haciendo con mi vida? ¿Por qué no salía a la calle con un abrigo y me dedicaba a buscar un trabajo *serio*? En las raras ocasiones en las que lo hacía el resultado era desastroso. Acababa sentado en un banco, al lado de un mendigo, compartiendo con él cigarrillos y confesiones. Una vez, uno de ellos me contó lo que había soñado la noche anterior: He soñado que mataba a mi padre. No sé por qué he soñado eso porque mi padre murió de cáncer hace muchos años. Cuando me he despertado estaba seguro de que las cosas habían ocurrido así, que mi padre no murió de cáncer sino que yo lo había matado. Todavía no tengo claro qué ocurrió realmente, pero eso no cambiaría

las cosas, y además me importa un bledo. Esa misma noche le envié un email a Patricio Pron. Manteníamos una relación amigable, en la que él actuaba de maestro y yo de ingenuo aprendiz. Le hablé del mendigo, del sueño, de mi padre y de María, de las dificultades para seguir escribiendo, de la impotencia y de la frustración por no ser capaz de escribir una obra verdadera. Patricio Pron me contestó al día siguiente: La convicción de que somos escritores es lo único que nos diferencia de los demás. No desesperes, Daniel. Un escritor verdadero nunca puede dejar de serlo. ¿Eres tú un escritor verdadero?, terminaba preguntándome. ¿Qué es un escritor verdadero?, fue lo único que se me ocurrió preguntarle a Patricio Pron a vuelta de correo. Nunca obtuve respuesta a esa pregunta, como si el mismo hecho de formularla fuera una estupidez o una insolencia.

Entonces reapareció María y volví a enamorarme de ella y todo lo demás empezó a importarme bien poco. Me enamoré y comprendí que solo quería hacer su vida más fácil. El amor como refugio, como único lugar a salvo del desastre. Pero también eso se acabó. Y volví a casa de mis padres. Fue como caer en un pozo sin fondo. Cada noche mi padre se sentaba en el sillón, apagaba las luces y tocaba la guitarra, por lo general canciones tristes y alguna que otra canción popular que mi padre interpretaba casi todas las noches al mismo tiempo que veía una película sin prestarle más atención que a los ruidos que hacían los basureros que a esa hora recogían los desperdicios acumulados en nuestra calle. Mi madre roncaba con fuerza en su habitación, porque mis padres hacía años que dejaron de dormir en la misma habitación, y de vez en cuando el perro ladraba y el gato maullaba y yo mismo aullaba en mitad de la casa como si estuviera en lo alto de una colina y entonces pensaba: esta es mi vida, este es el sonido de mi vida, la banda sonora de mi existencia, podría decir de mi decadencia, pero si no hubiera sido por mis padres yo estaría aún peor, estaría viviendo en la calle como un mendigo, pidiendo unas monedas para comer, clamando al cielo por mi desgracia, pero por fortuna aún estaba vivo y tenía un techo, seguía dando la cara, escribiendo y sobreviviendo. Me di cuenta de lo mucho que quería a mis padres, a los guardianes de mi celda, a quienes me mantenían a duras penas sin pedirme nada a cambio. Simplemente estaban ahí, mi padre tocando la guitarra y mi madre cumpliendo a rajatabla con su jornada laboral para llegar a casa y una vez en ella hacer la comida de su hijo descarriado, limpiar el

polvo que se acumulaba sobre las fotografías, barrer y fregar el suelo de la cocina, cambiar las sábanas, limpiar la ropa, planchar las camisas que yo solo utilizaba para las escasas e infructuosas entrevistas de trabajo que tenía. En cambio yo, ¿qué podía hacer por ellos? Nada. Asistía como espectador al desarrollo de sus vidas, escuchaba sus ronquidos, sus tristes canciones, invadía sus espacios privados, condicionaba sus rutinas, soportaba sus manías, ensuciaba sus toallas, controlaba sus achaques y encubría sus miserias porque ellos eran mis padres y yo les quería. Aunque todas las noches su respiración y sus melodías me impedían conciliar el sueño a una hora decente, y aunque todas las mañanas me levantaba con la absurda idea de abandonarlos, la verdad es que seguía con vida simple y llanamente porque ellos no quisieron abandonarme a mí.

Cuando hablé con mi madre por teléfono, a los pocos días de estar preso, ella me dijo: Me arrepiento de muchas cosas, hijo, pero sobre todo de no haber sido capaz de lograr que tú y tu hermana fuerais felices. Después de oír aquello quise decirle a mi madre que ella no tenía la culpa de nada, ni ella ni nadie, pero igual no era verdad. Recuerdo un verano que mi hermana y yo pasamos en casa de mi abuela. Mientras nosotros jugábamos de habitación en habitación, la madre de mi padre, viuda y cansada, nos perseguía por la casa y de vez en cuando le oíamos decir, tan bajo que ella pensaba que no podíamos escucharla: Me quiero morir, Dios mío, me quiero morir. Resulta difícil crecer feliz sabiendo que tu abuela había renunciado a serlo.

A mi madre siempre le dio miedo todo, que saliéramos de casa solos, que camináramos debajo de un andamio, que abriéramos la puerta del coche sin mirar antes si venía otro coche por la carretera que se pudiera llevar por delante la puerta y nuestro brazo, que comiéramos tantos dulces, que nos quedáramos dormidos sin taparnos los riñones, que dejáramos la estufa encendida y la casa saliera ardiendo, que la vida no nos devolviera todo lo que le habíamos dado. Siempre ha tenido miedo y seguramente sigue teniendo miedo porque las cosas suelen salir mal. Es indudable que yo heredé y asimilé todo ese miedo. ¿Por qué si no presentí antes de venir a Buenos Aires que la desgracia estaba tan cerca? A mi madre también le daba miedo la escritura, el proceso y la finalidad de la escritura. Decía que escribir no era saludable. Esa era la palabra, saludable. Que escribir era una cosa muy solitaria, que había que pasar mucho tiempo solo, pensando, y que eso no

podía ser bueno para nadie. Pensar mucho no es bueno. Pensar mucho no conduce a nada. En eso, pienso ahora, tenía razón.

El día que hablé con mi madre también se puso al teléfono mi padre. Me duele, dijo él, que si voy a Hispanoamérica por primera vez en mi vida sea para ir a ver a mi hijo a la cárcel. Colgué el teléfono sabiendo que nunca vendrían a verme, y que había decepcionado una vez más a mis sufridos progenitores.

Una mañana vino a visitarme Albert Alexandre. Estaba hecho polvo, se podría decir que estaba más angustiado que yo. ¿Qué ha pasado, Daniel? ¿Qué has hecho? Me hizo unas cuantas preguntas sobre el Movimiento plagiarista porque quería escribir un artículo sobre nosotros, pero sin mencionar *aún* el crimen. Hasta que no se dicte la sentencia, me dijo, todavía eres inocente. Todos somos inocentes hasta que se demuestre lo contrario. Bueno, le dije, en este caso no es así, en este caso todos estamos condenados. Creo que nunca tenía que haber abandonado a mi pareja, que nunca tenía que haber venido a Buenos Aires, me dijo Albert. Buenos Aires nos ha destruido a los dos. Eso no es cierto, le dije mirándole a los ojos con una ternura impostada. Buenos Aires no es culpable de nada. Somos nosotros.

Un día me dejaron revisar el correo electrónico bajo la supervisión de un celador. Me habían llegado varios mensajes. Enrique Vila-Matas no se andaba con rodeos: Lo has estropeado todo, Daniel. María, la librera de Cervantes y Compañía, me había escrito para decirme que ya tenía el último libro que le encargué, *Black out*, de la escritora argentina María Moreno, aunque yo no recordaba haberle pedido ese libro. Carmen Ramos, la editora de los *Doce cuentos del sur de Asia*, quería saber si tenía editorial para publicar este libro, porque si no escribes un libro sobre *esto*, decía, no sé de qué vas a escribir en el futuro. El último mensaje que recibí era una invitación enviada por Carlos Pardo a todos sus contactos para asistir a la presentación del nuevo libro de Tato Rivas Rosino, una distopía sobre los peligros de las revoluciones y las ventajas del inmovilismo, o todo lo contrario. El acto estaba apadrinado por Ignacio Echevarría, el crítico que siempre defendió a Ray Loriga, el crítico que nunca leyó mi novela. Una vez más, Tato había conseguido lo que yo no podía conseguir. Al terminar el acto se serviría un vino de la región, aunque no se especificaba de qué región. Pensé que estar preso no era tan espantoso si podía librarme de acudir a más

presentaciones literarias.

Otro día me dejaron leer un artículo escrito por Karina Sainz Borgo en el que entrevistaba a Rodrigo Fresán. Hablaban de Ray Loriga, de su muerte y de su legado. Hablaban de Pablo Katchadjian y de su *Aleph engordado* como ejemplo de plagiarismo benéfico, pero no mencionaban nada del Movimiento plagiarista, de mi investigación, de mi encarcelamiento. Como si no existiera. Como si nada de lo que hubiera pasado fuera *real*. Por un momento pensé que nada de lo que había pasado era, en verdad, *real*.

La última llamada que recibí fue la de Mario, el camarero del bar Gaudí que me contó la historia del doble y me entregó la carta. Sus palabras me alentaron y al mismo tiempo fueron la prueba definitiva de mi culpabilidad: Has hecho lo que tenías que hacer, Daniel. No te arrepientas de ello.

—Hola.

—María, ¿eres tú? ¿Estás aquí?

—Sí, estoy aquí.

—¿Estás aquí *realmente*?

—¿Cómo estás?

—¿Por qué estabas con Tato Rivas Rosino aquella noche?

—Eso no importa. Ahora estoy aquí, contigo.

—Sí, pero te fuiste.

—Tú también te fuiste. Sin decir una palabra.

—¿Qué podía decirte?

—Ahora no importa. Ahora estoy aquí. Eso es lo importante.

—Sí. Bueno, no.

—¿Por qué?

—Hay fantasmas.

—¿Cómo?

—Sí, hay fantasmas. ¿Y dónde estabas tú todos los días que me miraba al espejo y veía fantasmas detrás de mí?

—¿Desde cuándo crees en fantasmas?

—Desde que apuñalé a uno de ellos.

—Creo que estoy embarazada.

—No quiero morir.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Espérame. Yo no estoy muerto, todavía no, y voy a ser un buen padre. El mejor padre para los gemelos de los que estás embarazada.

—¿Qué gemelos?

—La adivina de La Boca. La ciega. Ella me lo dijo.

—¿Y te lo creíste?

—Acertó. Dijo que encontraría a Ray Loriga al cabo de siete días, y lo hice. Dijo que tendría que tomar una decisión, que sería feliz o desdichado para siempre según lo que hiciera.

—Esto no es una novela, Daniel. Esto es *real*. ¿Desde cuándo crees en esas cosas?

—Nunca he creído en esas cosas.

—No digas nunca. Siempre me dices que no diga nunca y siempre porque nunca es verdad y siempre nos equivocamos al decirlo.

—Tienes razón.

—Lo sé.

—Siempre tienes razón.

—Lo único que te hace falta es un poco de paciencia.

—No me abandones ahora.

—Nunca lo haré.

No recordaba que Ray Loriga aparece en *Cocaína*, en un pasaje donde el protagonista acude a La Central de Callao y se encuentra allí con Christina Rosenvinge. Está a punto de acercarse a ella y decirle algo, lo que sea, pero finalmente no hace nada, roba un libro y compra otro. Entonces el narrador escribe: «Sales de allí con dos libros y con la cocaína en el bolsillo pequeño de tu pantalón y con la angustia de saber que el fantasma de Ray Loriga persigue tus devaneos por la ciudad». La escritura como presagio o conjuro. La escritura como anticipación. Hace muchos años que el fantasma de Ray Loriga me persigue. Y al final nos encontramos. Y lo maté. No se puede ser bueno y un gran escritor al mismo tiempo.

La literatura no sirve para nada. El hombre libre solo existe al final de su empeño.

Están aquí los dos policías españoles que me detuvieron. Me trasladan al Borda, al hospital psiquiátrico. Estaré ingresado allí bajo vigilancia las veinticuatro horas del día. Dicen que necesito ayuda médica especializada.

Han venido con ellos dos agentes de la policía metropolitana de Buenos Aires. Nosotros descubrimos el cadáver de Ray Loriga, dice uno de los policías argentinos. Jorge Loriga Torrenova ha muerto, dice uno de los policías españoles. El juicio será pronto, dice el otro policía argentino. Te hemos traído esto, dice el otro policía español. Saca de una bolsa el libro *Los escritores plagiaristas*. Es el ejemplar que le entregué firmado a Ray Loriga en la Feria del Libro. ¿Qué pasa con la primera muerte de Ray Loriga?, les pregunto a todos y a ninguno. ¿Qué pasó *realmente*? Los cuatro policías se miran, intuyo que ninguno de ellos quiere decirme la verdad, o no la saben, o no existe. No te preocupes por eso ahora, dice uno de los policías españoles. Se hartó de escribir, dice uno de los policías argentinos. Ese caso está cerrado, dice el otro policía español. Fin de la historia, dice el otro policía argentino. Se vuelven a mirar entre ellos, se sonríen. Guardo el libro en la bolsa, junto con las hojas blanquiazules con un sol amarillo en el centro que me trajo María. Las hojas en las que terminé de escribir este libro, esta confesión, esta investigación inútil, esta farsa. Me colocan las esposas y me empujan afuera.

Matar al padre no es un acto cobarde ni menor. Nada de lo que hacemos lo es. Jorge Loriga Torrenova no era Ray Loriga, pero él creía que sí, que lo era, y con eso fue suficiente. Igual no tenía que haberlo matado. Igual tenía que haber dejado que él me matara a mí.

Como si fuera una profecía o una maldición, Ray Loriga ha muerto dos veces. Cumplida mi tarea de justiciero, ahora soy nadie. Mejor dicho soy el otro: no tengo destino sobre la tierra y he matado a un hombre.

Yo soy Jorge Loriga Torrenova.

Yo soy Ray Loriga.

No puedo imaginar un final mejor.